

NUESTRO TIEMPO

Nuestro Tiempo

REVISTA MENSUAL

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

Director: SALVADOR CANALS

— 1901 —

I

DE ENERO A JUNIO

(Segunda edición)



MADRID

Oficinas: FUENCARRAL, 131

IMP. DE AMBROSIO PÉREZ Y C^{IA} — PIZARRO, 16

1908

Nuestro Tiempo

REVISTA MENSUAL

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

Año I

Madrid, Enero de 1901

N.º 1.º

REFLEXIONES

Á MODO DE PRÓLOGO

Al consultar precedentes—¿somos ó no somos españoles?—para escribir esta introducción á los trabajos de NUESTRO TIEMPO, tropecé con estas palabras alarmantes del primer número de cierta Revista francesa: *La primera condición que se requiere para fundar una Revista, es tener algo de loco*. Lo que quiere decir que cualquiera puede fundar una Revista, puesto que no hay quien no tenga algo de loco, y que locura es la empresa que acometo. Fuéralo para mí en los resultados como lo es para el editor que bajo tales auspicios siniestros comenzaba, y colmadas quedarían mis aspiraciones.

¿Y por qué no? Sin acudir á la frase estereotipada de que NUESTRO TIEMPO «viene á llenar un vacío», puedo decir que es una Revista, un periódico completamente nuevo en España. Será bueno, será malo; pero nadie puede negar que es nuevo. Hay en nuestra Prensa periódicos diarios que nada tienen que envidiar, en punto á información y moralidad, á los de algunas naciones; hay semanarios populares presentables en concurso con cualesquiera otros; hay Revistas de doctrina y amenidad literaria como la *Contemporánea* y la *España Moderna*; hay publicaciones especiales para diversas profesiones, formales é interesantes; pero no hay en ella ni una Revista de Revistas, ni una Revista enciclopédica, ni un *Magazine*—también en España á principios del siglo XIX los había y también se llamaban *Almacenes*—de esos que

tanta eficacia tienen en la divulgación de la cultura en Inglaterra y los Estados Unidos.

No será de esta clase NUESTRO TIEMPO. Para el éxito moral y económico del *Magazine* es condición indispensable la modicidad del precio; para sostener un precio módico se necesita una gran tirada, y para hacer y colocar una gran tirada se requieren medios distintos de los que me propongo emplear, y algunos de los cuales no existen hoy en España para hacer las cosas con la perfección que podría dar y daría el triunfo. El encarecimiento del papel por la tiranía que, al amparo de un Arancel hecho á la medida, ejercen sobre toda empresa editorial las fábricas sindicadas; el abandono en que nuestras Escuelas de obreros tienen la enseñanza práctica de las artes del libro; la desorganización de nuestro gremio de librería y la parsimonia mercantil de nuestros libreros; la escasez de escritores amenos que prefieran «contar cosas», exhibir ideas ó donaires; la falta de buenos agentes de publicidad que no busquen el anuncio con la jaculatoria mendicante que lo deprecia ni con el trabuco amenazador que le deshonra; la carencia absoluta del tipo del accionista de negocios periodísticos que limite su intervención en ellos al examen de la gestión y al cobro de los dividendos, si los hubiera, sin pretender emitir su autorizado parecer sobre la manera de poner las fajas y el pensamiento generador de los artículos, son otros tantos obstáculos para la creación de un *Magazine*, y yo renuncio á la gloria de superarlos.

Tampoco puedo decir que NUESTRO TIEMPO haya de ser una *Revista de Revistas*; pues aunque la sección de tal rótulo ocupará en nuestras páginas una parte importantísima, no sólo por el espacio que se le dedique, sino por el celo que en ella se ponga, no será lo único que llene las hojas de NUESTRO TIEMPO, donde al lado de esas noticias de la labor ajena, aparecerán trabajos originales, inéditos, especialmente escritos para nosotros sobre cuantos temas científicos ó literarios plantee la actualidad en todo el mundo. Dicho queda con esto que se trata de una *Revista universal enciclopédica* esencialmente de *información* y que en todo buscará la amenidad, sin llevarla hasta los límites en que comienza lo frívolo é insignificante.

Si por delante de nuestros ojos pasan en el cinematógrafo de la Prensa cotidiana mil asuntos españoles y extranjeros que la gente desearía conocer en los hechos, no á través de las ideas ó conveniencias de los que en ellos figuran; si otros mil asuntos hay de interés para todos ó de interés para algunos que ni siquiera rozan los periódicos diarios, por no ser de su jurisdicción ó de su gusto; si es notorio que después de los desastres de 1898 ha entrado en el ánimo de todos los españoles el convencimiento de que es menester que nos enteremos de lo que en el mundo ocurre y de lo que hombres y cosas son por dentro; si el éxito de las secciones de *pasatiempos* de algunos periódicos y la circulación rápidamente obtenida por semanarios como *Alrededor del Mundo* y *Por esos mundos* .. demuestran que hay masa de lectores muy considerable que desea enterarse de algo más que el chismorreó político y la crónica escandalosa de fiestas y crímenes, ¿será locura pensar que puedan hallar benevolencia estas páginas en que mensualmente y con buenas y agradables formas—á ello se aspira, por lo menos—se pase revista á cuestiones grandes ó chicas, interiores ó exteriores que preocupan á todos ó que á muchos interesan?

Si damos á cada afición ó á cada profesión un índice sumario de las lecturas especiales que le conciernan, y á la generalidad de los que quieran «estar al tanto» un cuadro de lo que en el mundo ocurre ó se dice sobre ciencias y sobre artes, desde las realidades de la política hasta las abstracciones de la filosofía; si procuramos con nuestra lectura al ocioso un entretenimiento y unas cuantas noticias aprovechables para la conversación, y al estudioso un reflejo de la vida intelectual española, sin cronistas hasta ahora, y de la vida intelectual extranjera, sin relatores hasta ahora en nuestra lengua, ¿será locura llamar á las puertas del público?

Verdad es que un refrán clásico nos advierte de que «aprieta poco quien mucho abarca»; pero de estas advertencias me defiendo pensando que si está todavía en nebulosa la existencia de público suficiente para una Revista general á cuya lectura puedan acudir todas las especialidades, ¿no será mucho más problemático el que lo haya para sostener Revistas que sólo cultiven un grupo determinado de ideas ó de gustos? Además, la cultura

hoy ó es muy extensa ó no es cultura. Son paralelos en las sociedades contemporáneas más adelantadas el hecho de la generalidad de la cultura y el hecho de la especialidad en las profesiones. Así como ha desaparecido entre los buenos médicos el tipo del que diagnosticaba sobre todo y lo operaba todo, ha desaparecido también aquella cultura que consistía en sobresalir en una rama determinada de conocimientos, aunque se ignorase de las otras ramas hasta la existencia y la forma de las hojas. No se considera hoy hombre culto al «humanista» familiarizado con todas las literaturas, pero que no está convencido de que el barómetro y el termómetro, ó la astronomía y la meteorología sean cosas distintas; ni al ingeniero ó al militar en pleno dominio de su conciencia propia, pero indeciso en el punto de si Homero, Cervantes y Goethe fueron coetáneos....

El español que al presente sienta curiosidad de todo esto y quiera conocerlo, necesita: primero, saber más de un idioma extraño, pues en las Revistas extranjeras hay tal exclusivismo nacional, que es muy difícil enterarse por una francesa, verbigracia, de lo que pasa en Inglaterra y por una inglesa de lo que ocurre en Francia; segundo, leer más de una Revista, pues cada día es más escaso el número de las universales, dado que cada día son más numerosos los grupos especiales que tengan la propia, y tercero, gastar mucho dinero, pues entre trabas administrativas, diferencias de cambio y comisiones de librería, podemos imaginarnos aún en aquella época de ha cien años en que estaba prohibido, bajo amenaza de la hoguera, la importación de libros extranjeros. Si creo, pues, que hay un deseo y que debe de haber una necesidad á las cuales puede responder NUESTRO TIEMPO, ¿no será *locura razonable* la de echar á la calle estas hojas, para cuya intención pido amparo á los lectores?

Para la intención digo, porque ni debo pedir benevolencia para aquellos escritores ilustres que han de aportar á estas páginas los méritos de su inteligencia y la autoridad de sus prestigios, ni puedo imaginar, sin notorio é imperdonable pecado de soberbia, que lo que intento hacer sea hecho, que logre realizar todo aquello á que aspiro y que en estas reflexiones expongo.

EL EDITOR.

EL MES PASADO

1.º de Enero de 1901.

La boda de la Princesa.

Con toda verdad se puede decir que el último mes del siglo XIX ha sido en la política española el de la boda de la Princesa de Asturias, no sólo porque ese asunto ha apagado todos los demás, sino también porque á propósito de él, se ha abordado todos los problemas políticos del presente y delin mediato porvenir de nuestra Patria.

La exuberancia de nuestra oratoria y la libertad de nuestra tribuna, han tenido ocasión de mostrarse con el mayor relieve. Orador hay que ha hecho media docena de discursos muy extensos sobre ese tema, y oradores que lo han tratado con tal minuciosidad en los detalles y tanto naturalismo en los argumentos, que bien se podría creerlos rayanos en la descortesía y en la impertinencia. Desde la que ha sostenido que los individuos de la familia real pueden casarse cuándo, cómo y con quién guste el jefe de la familia, hasta la que imagina que las Cortes tienen el derecho de mezclarse en esos matrimonios, incluso para inventariar el ajuar de la augusta novia, todas las opiniones han tenido un valedor en este debate que á las gentes políticas ha parecido mucho más interesante que aquellos en que se debió discutir nuestros recientes desastres y sus transcendentales consecuencias.

En el curso de este asunto se ha echado de ver una vez más la característica de los monárquicos españoles, excesivamente cortesanos de la realeza cuando ocupan el poder, imprudentemente cortesanos del pueblo cuando están en la oposición. Con excepción de Cánovas, así han sido siempre, observándose que precisamente aquellos que, al ser ministros parecían más adictos á la persona del Monarca, son los que más pronto se deslizan á conminarlo cuando no tienen representación oficial. Esto se ha comprobado ahora una vez más, con la sola excepción de los elementos que siguen al Sr. Gamazo y al Duque de Te-

tuán, los cuales han observado frente al proyecto de enlace la actitud correspondiente á estadistas demócratas y monárquicos.

Entre los republicanos ha habido, como siempre, tendencias contradictorias, como la del Sr. Sol y Ortega, que ha discutido la boda con grande acopio de argumentos inflamables, y la del señor Pi y Margall, que se ha desentendido del asunto diciendo que eso era cosa que sólo podía interesar á la familia de los novios. Sólo el Sr. Azcaráte ha estado en su sitio sosteniendo la buena doctrina constitucional y guardando á la vez con exquisita cortesía todos los respetos. Los carlistas han presenciado en silencio los debates, seguros de que en beneficio suyo habían de resultar y, tanto más, cuanto más se procurase acumular recuerdos sombríos alrededor de la persona del futuro Príncipe consorte. La opinión, la gran masa nacional alejada de toda política, acabó por contagiarse del pesimismo de los enemigos de ese matrimonio, ya porque á toda hora tiene atractivo para nuestro carácter lo que puede mortificar al poderoso, ya porque aun somos capaces de sentir el encanto estético de los discursos contra la reacción. Imagino, sin embargo, que ese estado de opinión hostil, ha sido superficial, que ya está desvanecido y que si no vienen sucesos que puedan resucitarlo y profundizarlo—y estos sucesos pueden ser los manejos clericales de ciertos Ministros, y los propósitos carlistas que hace sospechar el empeño del Gobierno en el armamento de barcos para perseguir el contrabando de armas—, la boda de S. A. con el elegido de su corazón juvenil, se realizará sin entusiasmo del país, pero también sin protestas ni molestia de nadie.

Si fuese lo contrario, nadie tendría la culpa más que nuestros monárquicos en turno de poder. Fueron culpables al no prever que había de llegar la necesidad de casar á la Princesa de Asturias. Nacida ésta en 1880, á ninguno de nuestros jefes de partido había preocupado el pensamiento de que sería menester casar á la augusta niña, y de que esto era cuestión en que ellos habían de intervenir con toda responsabilidad. Dejaron correr el tiempo y que S. A. sintiera despertar el alma al amor por un mozo que á sus prendas personales de apostura, inteligencia y simpatía, juntaba la circunstancia de su intimidad en la existencia retraída y austera de la real familia.

Este error fundamental no ha sido enmendado después, sino empeorado por yerros más graves. En los primeros meses de 1889 se comenzó á hablar de la boda. El Gobierno lo rectificó tímidamente; pero al mismo tiempo procuraban los Ministros que la especie circulase como *ballon d'essai* para explorar la opinión. ¿No era esto dar por adelantado margen á las alarmas de la opinión liberal? Si el Gobierno mismo creía necesario sondear el espíritu público, ¿no justificaba previamente sus po-

sibles protestas ulteriores? El Sr. Sagasta, jefe proclamado de la oposición de S. M., se encargó de completar esa obra deplorable dando una nota aguda contra la significación reaccionaria del Conde de Caserta, y hablando insistentemente de un país liberal, como si frente á éste existiera otro que no lo fuese. Hiciéralo por sincero convencimiento ó por recurso para no complacer á sus amigos codiciosos de llegar al Gobierno, el caso es que la conducta del Sr. Sagasta desde Avila preparó la opinión para la hostilidad que después, aunque sólo á flor de piel, se ha manifestado.

Explíquese como se quiera esa conducta de los Sres. Silve-la y Sagasta, su responsabilidad en lo ocurrido y en lo que pudo ocurrir es notoria, porque de todas maneras dejan al descubierto á la Corona, y esto es el error más grave que pueden cometer los jefes de partidos de gobierno en las Monarquías constitucionales. Obligan á suponer que ese asunto fué tramitado por la Corona sin consultarlo ni siquiera notificarlo á sus hombres de Gobierno, ó inducen á sospechar que aquella impuso su personal parecer al de los que tienen la responsabilidad de cuanto ella hace. ¿Quién no percibe la gravedad de cualquiera de estas dos suposiciones, singularmente si existiese entre nosotros aquel vigoroso espíritu público que tantas páginas ha escrito en la historia del siglo xix? Hace treinta años, ¡qué hoguera la que se hubiese encendido involuntariamente! ¡Cómo la hubieran agrandado los rumores en circulación respecto de exigencias inverosímiles, lo mismo sobre dote que acerca del personal de la futura casa de los Príncipes de Asturias! ¡Qué llamaradas hubiese arrancado á aquella hoguera la superstición excitada por el accidente que estuvo á punto de costar la vida á los diputados que en carrozas de gala dirigíanse á Palacio para entregar el Mensaje del Congreso!

Pero todo esto ha pasado y la boda de la Princesa con don Carlos de Borbón tiene estado constitucional; será un hecho en la fecha desde hace tiempo anunciada, y motivos hay para asegurar que ese enlace de la actual heredera del Trono no será, por sí mismo, factor de decisiva influencia en la suerte futura de España. ¿Se hubiera podido pensar lo mismo de un enlace con la Casa reinante en Italia ó con la Casa reinante en Portugal, únicas donde se podía buscar novio para nuestra Princesa? Los compromisos de una y otra nación en la política internacional, y la situación de la primera respecto del Vaticano, ¿no nos hubieran creado dificultades que en modo alguno pueden venirnos de una familia destronada, de ideales desinteresados más que de ambición militante, y cuya misma pobreza actual se explica por nuestros cortesanos como una gallarda demostración de nobleza de espíritu, cuanto que, á cambio de la

renuncia de un imposible—porque Italia será Monarquía de los Aosta ó será República—, se podría trocar en opulentas riquezas? Se ha insistido mucho, como en argumento capital, en la historia carlista del Conde de Caserta. Pues una de dos: ó la boda se hace por acuerdo entre el padre y el hijo, y en este caso, cuanto mayor sea la importancia del primero en el carlismo, tanto más ventajoso es traer el segundo á la dinastía reinante, ó la boda se hace á disgusto del Conde, y en este caso, ¿es lógico rechazar á D. Carlos de Borbón por una significación de la que él se libra al contrariar á su padre casándose con la Princesa de Asturias?

La educación del Rey.

Con este asunto se ha unido el de la educación dada á don Alfonso XIII, cuya minoridad se acerca al término que la Constitución le señala. Asombro justificado habrán producido en el extranjero también estos debates, porque los han planteado y mantenido hombres que desde que nació el Rey hasta hoy han pasado varias veces por los consejos de la Corona. Si el país viese mañana, en la piedra de toque de las funciones regias, que esa educación había sido mala, ¿contra quién se querellaría sino contra los consejeros responsables que cuando fué oportuno y posible enmendarla y encauzarla bien, hurtaron el cuerpo á las molestias de esa obligación? ¿Cómo habría de redimirlos de culpa el hecho de alzarse ahora, cuando el mal, si lo hubiera, no tendría remedio, á alarmar á la opinión denunciando aquella educación de S. M. como inadecuada para la augusta misión que muy pronto ha de pesar sobre él?

Estas alarmas han adquirido posteriormente á aquellos debates cierta justificación por el incidente del padre Montaña, que, no por habérsele puesto término radical muy pronto, deja de ser un tanto perdido por una causa de la mayor importancia. El sacerdote Fernández Montaña—que no es jesuita como ha escrito la prensa extranjera, y el hecho de haber cometido pifia tan grande es la mejor demostración de que nada tiene que ver con aquella Compañía de hombres discretísimos—no ha dicho nada nuevo, ni siquiera ha dicho bien los viejos tópicos que confiara á los columnas de *El Siglo Futuro*. Así como en los debates del Congreso se invocó como tratadista capacitado para hablar de reyes y príncipes del siglo xx á Saavedra Fajardo, el padre Montaña ha invocado como tratadista de derecho político en estos tiempos al gran Quevedo en su *Política de Dios y Gobierno de Cristo*. Con esto queda dicho el caso que se puede hacer de este presbítero para los menesteres de la vida política contemporánea.

Pero claro es que tiene que sernos muy desagradable que haya estado tanto tiempo enseñando Religión y Moral al Rey un hombre que todavía sostiene que el liberalismo es pecado, como si León XIII no hubiese rectificado eso para los católicos del siglo xx, como para los de principios del siglo xix lo rectificó Pío VII. Y otra vez salta aquí la responsabilidad de los dos partidos monárquicos que nombraron y sostuvieron en aquel puesto al padre Montaña quien, aunque *reconocementero*—como llama el Sr. Nocedal á los que reconocen las instituciones actuales—, ha sido siempre furibundo integrista, cantor desenfrenado de las glorias y del genio de Felipe II, que á tan alto precio estamos pagando todavía, como una de aquellas fatalidades de la Historia, de la que muy tarde ó nunca se libran los pueblos.

Mas, ¿se puede decir por este incidente ni por otros anteriores que haya en España planteado un problema entre la democracia y la reacción, como se ha sostenido en las sesiones de Cortes del pasado Diciembre? Durante algunos años ha sido «cursi» hablar de estas cosas. Considerábase todo ello una niñería, impropia de pueblos hechos y derechos. Hoy el tema vuelve y de él nos dan ejemplo otras naciones. En Inglaterra tenemos el *School board*, de Londres, donde reaccionarios y liberales luchan, habiendo perdido éstos algunos votos, pero no la mayoría con que pelean por la independencia de la Escuela. En Bélgica trabaja infatigablemente la Unión liberal socialista contra la intrusión del clero en las Escuelas. En Francia, y esto es lo que más nos ha impresionado por la actual campaña del Gobierno de M. Waldeck Rousseau, las Congregaciones religiosas están amenazadas, y León XIII ha tenido que salir á su defensa, invocando á su favor—á pesar del padre Montaña—la democracia igualitaria y fraternal en que vive la «gran nación francesa». Tanto en Francia, donde algunas Congregaciones han aparecido complicadas en el movimiento nacionalista, como en Bélgica y en Inglaterra por otras razones, esas cuestiones son verdaderas cuestiones políticas. ¿Lo es también para nosotros?

Clericalismo y democracia.

Que hay planteada en el seno de la sociedad española una cuestión religiosa de notoria transcendencia social, parece innegable. Las Comunidades religiosas se hallan en creciente prosperidad, y ésta no corresponde, como podría creerse, á un mayor vigor en la fe de la mayoría del país, sino á un más profundo desdén para todo lo ultraterreno é ideal. No mirando á la minoría de creyentes sinceros y de buena fe que creen y practican en el templo y fuera de él sus ceremonias, sino á la masa

de la nación, vemos clases elevadas que por moda y buen tono se agrupan alrededor de aquellas Asociaciones dándoles su mayor fuerza; una parte de la clase media que, por ambición de pasar á la inmediata por el tamiz de los actos religiosos, ó por necesidad de ese ó de cualquier otro modo de vivir, forma el coro; la otra parte de la mesocracia, que por no desafinar se calla, y el pueblo en quien han muerto á su tiempo la fe religiosa y los ideales políticos, quedándoles sólo odios sociales contra toda autoridad moral ó material, contra toda superioridad legítima ó ilegítima.

De los dos primeros factores nace la prosperidad de las Comunidades que cada día aumentan sus caudales y su influjo. De los otros dos, nace el peligro social que aquella prosperidad significa. Si hay un peligro, debe haber una preocupación de los hombres de Estado; ¿pero puede esa preocupación expresarse en violentos discursos del Parlamento ni en artículos alarmantes de la Prensa popular? Creemos que no, por la misma razón que nos parecerá mal cuanto tienda á concitar odios y relajar respetos, sin antes prepararnos por una educación racional para la vida pública y para la privada. A los que estén por cualquier motivo al lado de ese poder religioso, se les estimulará con tales campañas á emprender arriesgados caminos, y á los que sienten contra aquel poder irreflexivos odios, se les empujará en una dirección donde se puede adivinar cuáles serían las primeras víctimas, pero no se puede presumir cuáles serían las segundas, cuáles las últimas.

Hay que atender al problema del clero secular, pensando en él, no para economías del presupuesto de Gracia y Justicia, sino para dignificarlo y realzar su nivel moral y material, único modo de que pueda ejercer, sobre todo en la sociedad del campo, su altísimo ministerio, y ya dijo algo de esto, con espléndida elocuencia, el Sr. Canalejas. Hay que atender al problema de la enseñanza, para que los padres no tengan que acudir resueltamente y sin vacilar á la de las Comunidades, por razones evidentes de higiene del alma y del cuerpo. Hay que atender á la creación de ideales grandes y generosos con que fortalecer la raza decaída, para que no se deje, en su postración, llevar por corrientes de moda ó de circunstancial egoísmo. Hay, especialmente, que inspirar todos los actos en una grande y absoluta sinceridad, porque el mayor mal de los males es el espectáculo de que acometan esos rumbos antidemocráticos de odio á elementos que ejercitan derechos comunes, algunos de los que en las realidades del gobierno transigen hasta el abandono de las prerrogativas del Poder civil en su coexistencia armónica con el Poder religioso. Sólo Gobiernos del insigne Cánovas han recabado en España aquellas prerrogativas.

Los partidos y sus costumbres.

Y todo esto se concreta en la necesidad de que cambiemos radicalmente la manera de ser de nuestra política, sacándola de la atmósfera corrompida de las tertulias madrileñas para llevarla al aire puro y confortante de lo que debiera de ser nuestra vida pública. Hubiérala, tuviesen realidades de las leyes democráticas bajo las cuales vivimos en las apariencias oficiales desde 1890, y no serían motivos de alarma todos los que en las recientes discusiones del Congreso han sido invocados. El general Azcárraga, en uno de esos grandes aciertos propios de las almas sencillas, señaló claramente, y tal vez sin plena conciencia de ella, luminosa verdad al decir que lo que debían hacer los hombres políticos no era discutir bodas de Príncipes ni educación de Reyes, sino convencerse de que de ellos depende todo en nuestro régimen constitucional y de que necesitan, por tanto, variar de conducta.

El Sr. Gamazo desarrolló claramente en dos excelentes discursos esta idea en él antigua; y si seriamente se estudiase cuanto dijo, por todos se convendría en ir á la acción fundamental propuesta por el Sr. Gamazo. Es evidente que el país no está representado en las Cortes, y que la soberanía que constitucionalmente debieran ejercer aquéllas con el Rey, radica en éste con sus partidos, y como el Rey nada puede hacer sin sus Gobiernos responsables, en éstos, en los partidos, aun menos, en sus jefes intangibles, está toda y la única soberanía. De aquí lo que en cierta revista inglesa se expuso y se llamó, hace tres años, el «seudo-constitucionalismo de España». ¿Remedio democrático de tal situación? Pues pedir al país que vote, quitándole previamente las trabas con que los Gobiernos se lo impiden, desde el Ministerio de la Gobernación y desde los Ayuntamientos entregados á los caciques.

Salga de las urnas lo que salga, garantizando la Corona la sinceridad de la lucha á ello habría que atender. Sería hueno ó malo, pero sería la voluntad del país, un factor con que se contaba más antes de rescitado en las leyes el Sufragio universal que ahora que se gobierna con la mixtificación de éste. Que no puede España seguir como está, sometida á dos partidos artificiales y desprestigiados que se limitan á ocupar por turno el Gobierno sin gobernar nunca, es cosa que ya todos proclaman, pues cada día son más densas las nubes que por todas partes nos rodean.

Portugal, Inglaterra, Holanda.

No se ha querido ver una de ellas, á pesar de haberse formado ante nuestros ojos. La proclamación de la alianza anglo-lusitana en un banquete ofrecido, en los primeros días de Di-

ciembre, por el Rey de Portugal al Almirante de una escuadra inglesa anclada en Lisboa, es un factor de la mayor importancia en cuanto á la vida exterior de España se refiere. Aquella inteligencia es un hecho antiguo, pero recientemente ha sido confirmado por la conducta de Portugal en Lorenzo Marqués respecto de la guerra anglo-boer y por el viaje triunfal de aquella escuadra inglesa por las costas portuguesas. Porque no se debe creer que se trate de un interés de la Corte de Lisboa, sino de un verdadero movimiento de la opinión lusitana, que ruidosamente se manifiesta por todos los medios, como se ha visto en la actitud unánime de aquellos periódicos acerca del conflicto de Portugal con los Países Bajos.

No ha pasado este conflicto de la retirada, con licencia, del Ministro de Portugal en La Haya y del de los Países Bajos en Lisboa. La causa de esto es una consecuencia de la actitud de los dos países en la colonia de Lorenzo Marqués respecto de aquellos beligerantes. El Cónsul de los Países Bajos protegía á los boers en cuanto podía, singularmente en la importación de armas. Portugal reclamó, y, al cabo de muchos días, se le contestó que se instruiría expediente para averiguar lo que hubiese de cierto en la denuncia contra el Cónsul. El Gobierno de Lisboa se molestó, porque es lo corriente que no se sometan á prueba esas quejas, y como el de La Haya no lo atendiera retiró aquél al Cónsul el *Regium exequalur*; y de ahí la retirada de los dos Ministros acreditados por ambos Gobiernos entre sí.

La coincidencia de este hecho probatorio de la alianza de Inglaterra con Portugal, y la proclamación de ésta y de sus precedentes históricos, pasaron casi inadvertidos para nosotros, á pesar de que eso significa que en las contingencias del porvenir Inglaterra ocupa sobre España, por nuestro litoral ó por la frontera portuguesa, la distancia comprendida entre la ría de Arosa, en el Atlántico, y Algeciras, en el Mediterráneo.

Krüger en Europa.

No nos forjemos ilusiones. El viaje de Krüger por Europa demuestra que los pueblos débiles no deben confiar más que en sí mismos para defenderse de los peligros que por parte de los fuertes los amenacen. Todo el entusiasmo alborotador de Francia no tuvo eficacia alguna sobre su Gobierno. Los nacionalistas hallaron ocasión para gritar por las calles; los patriotas de buena fe, motivo para desahogar un poco de odio contra los ingleses, pero nada más. Mommsen, hablando por aquellos días en Berlín con un francés, le dijo:

—Ahora tenéis en París el segundo glorioso vencido..... El primero fué Mac-Mahon, después de Sedán.

Esta frase cruel pinta la psicología del *krugerismo* agudo de los franceses. Todo vencido tiene para ellos el perfume melancólico del recuerdo de su propio vencimiento..... Así y todo, el Ministro Decalssé se negó rotundamente á tirar la primera piedra en lo del arbitraje. Inglaterra no ha reclamado de los honores tributados al Presidente; pero su Prensa ha hecho constar que cuando Prusia se anexionó Hannover en 1866, y cuando Inglaterra se anexionó Burma en 1885, no necesitó comunicarlo oficialmente á las potencias para que éstas reconocieran la anexión.

Mas el mayor desengaño de Krüger lo esperaba en Colonia. Su grande amigo Guillermo II, ¿cómo no había de hacer algo por él? Y lo que hizo fué mandar que le dijeran por telégrafo: «Su Majestad siente mucho que disposiciones anteriormente adoptadas le impidan recibir en estos momentos al Presidente Krüger.» La fórmula es feliz, pues ni se reconoce la anexión, puesto que se llama Presidente á Krüger, ni se agravia á Inglaterra, puesto que no se le recibe.

La Prensa francesa recuerda que Krüger visitó en 1884 á Guillermo I, y que éste le brindó la más viva amistad para los boers, y recuerda también el telegrama famoso del 96, cuando la incursión Jameson: «Os felicito sinceramente porque con vuestro pueblo, sin acudir á la ayuda de las potencias amigas y empleando sólo vuestras fuerzas contra las bandas armadas que invadieron vuestro territorio, habéis logrado restablecer la paz y proteger á vuestro país contra los ataques de fuera».

La Prensa alemana ha contestado terminantemente: un gran pueblo no se deja guiar por sus sentimientos, sino por sus intereses. Bismarck lo decía: *¿Was ist uns Hecuba?* ¿Qué nos importa Hecuba? Y además, los ingleses han pecado, pero los boers también; ninguna nación que tenga idea de sus responsabilidades puede aceptar la guerra de guerrillas, y sería aceptarla proteger á los boers mientras la empleen. En el Reichstag sólo tuvieron los boers de su parte á los socialistas de Bebel y á algunos individuos del Centro agrario. El canciller de Bulow obtuvo un gran triunfo contestándoles en un discurso que está en una frase: El hombre de Estado debe llevar el corazón en la cabeza.

La *Gaceta de Westminster* ha dado la clave de esta conducta de Alemania: «¿Para qué han de intervenir las potencias? Mientras más tiempo esté Inglaterra ocupada en el Africa austral, más tiempo están libres las potencias para realizar cuanto quieran. A Alemania, en particular, nuestra guerra con los boers es muy provechosa. Sus hombres de Estado no trabajan gratis. Al principio de la guerra les dimos Samoa. Estuvieron tranquilos algún tiempo, y cuando se agitaron les dejamos un

depósito de carbón en el Golfo pérsico y libertad de acción en el valle del Eufrates. Luego los sacamos del aislamiento en China y les abrimos el valle del Yang-Tsé, y les entregamos el Chang-Toung. Ahora les damos la bahía africana de Wal-fish.»

Las esperanzas se tornan á la Reina Guillermina. Los periódicos franceses le recuerdan el verso de Víctor Hugo:

Nous devenons petits: femmes, vous êtes grandes.

Pero la Reina Guillermina está en visita con su tía la Duquesa de Albany, nuera de la Reina Victoria, y Krüger tiene que esperar, y después de recibido y agasajado platónicamente, el viejo Presidente esperaba todavía la hora de la justicia.

La guerra en Africa.

Sus compatriotas, sin embargo, no se fían de la Virgen, y corren que se las pelan hacia la Ciudad del Cabo. El mando de lord Kitchener se inaugura con grandes reveses. Delarey y Botha le dan serios disgustos en el Transvaal, y Dewet se burla de todas las previsiones jugando con las columnas inglesas, como Maceo en Cuba con las nuestras, con las atenuantes ahora de que el terreno es mucho mayor y menor la obligación de los ingleses de conocer militarmente aquellos territorios. Acércase Dewet al río Orange, y de pronto retrocede..... para que las tropas británicas dejen invadir la Colonia del Cabo por el Este y por el Oeste á un tiempo, avanzando estas partidas más cada día, como si su intención fuese llegar hasta la capital misma de la Colonia.

Justo es convenir en que todos estos progresos de los boers no son obra suya. La agitación de los afrikanders les sirve de preciosa utilidad. Un capitán de guardias escoceses se alababa de la siguiente hazaña de guerra: Estando yo en Graspan al cuidado de prisioneros boers, llegó á visitarlos un grupo de holandeses, sus parientes ó amigos; los dejé pasar, pero cuando iban á retirarse... fueron presos á Santa Elena... Estas y otras gracias por el estilo han provocado el movimiento afrikander.

El Congreso de Worcester, celebrado en los primeros días del mes que reseñamos, ha tenido excepcional importancia. Worcester es un pueblo pequeño, á 150 kilómetros de la ciudad del Cabo. Han asistido millares de congresistas, que han deliberado y votado bajo la amenaza de las tropas británicas allí congregadas. No han hecho falta, porque, aunque los discursos han sido violentísimos, la Asamblea no ha alterado la paz apa-

rente. En todos los oradores ha vibrado la misma nota: Inglaterra no puede hacer impunemente una guerra cruel á niños y mujeres. Los acuerdos, enviados á la Metrópoli por conducto de sir A. Milner, «el hombre más funesto á Inglaterra después de Cecil Rhodes», según los mismos afrikanders, son terminantes:

El término de la guerra.—La independendencia para las Repúblicas boers como único medio de conservar la paz en el África del Sur.—Un voto de censura y protesta contra Sir Alfredo Milner.—El arbitraje para resolver la cuestión.

Los leales, por su parte, algo á modo de nuestros incondicionales de Cuba y Puerto Rico, han presentado también en Londres sus deseos: la conservación de Milner como autoridad suprema en toda el Africa del Sur; la abolición de la ley marcial lo más pronto posible; la transformación de las dos Repúblicas en Colonias de la Corona, hasta que sea posible hacerlas Colonias autónomas; los gastos de la guerra á cargo de éstas, etc.

Es indudable que la opinión de la Metrópoli comienza á cansarse; el avance de las guerrillas por la Colonia del Cabo hacia el Sur y el apoyo de los afrikanders hacen temer una campaña ilimitada, costosísima en sangre y en oro. Por esto hay unos que proponen negociar con Dewet y Botha, y conservadores caracterizados que piden la paz. En esta opinión influye no poco el convencimiento de que la Gran Bretaña necesita desembarazarse de esto para dedicar atención á China, si no quiere quedar definitivamente á la zaga de Rusia y perder para siempre toda esperanza en sus hermanos de los Estados Unidos.

El Canal de Nicaragua.

Porque la influencia de una opinión conmovida contra Inglaterra y á favor de los boers, como si no mantuviera ella misma situación análoga de su país en Filipinas y en las Antillas, ha entrado por mucho en el voto del Senado norteamericano sobre la cuestión del canal interoceánico. El Presidente Mac-Kinley, aconsejó en su *Mensaje* que se dejara resuelto el asunto; pero no decía ni media palabra que pudiera revelar intenciones favorables para la Gran Bretaña. Tratábala en un párrafo insignificante de los dedicados á las relaciones internacionales, sin un rasgo por el que se pudiera creer que el tío Sam corresponde á los tiernos afectos de John Bull.

Aún ha sido peor lo ocurrido en el Senado al examinar el asunto del famoso canal, sobre la ponencia que se le sometiera por el Presidente. Los miembros de la Comisión que ha dado ese dictámen, aconsejan el trazado del canal por Nicaragua,

creyéndolo el más práctico, el más cómodo y el de más fácil inspección por parte de los Estados Unidos. Calculan los gastos en 200.540.000 dollars. El presupuesto de gastos tomando cualquiera de los dos trazados por Panamá, sería de 142 ó de 156 millones de dollars, y á pesar de esta diferencia de coste, la Comisión aconseja, como queda dicho, el de Nicaragua. La razón principal de estas preferencias está en que el canal de Panamá, había de ser propiedad de Colombia dentro de 99 años, y eso no conviene á los previsores norteamericanos.

Se calcula en diez años el tiempo necesario para abrir el canal, cuyas dimensiones serían de 150 pies de ancho en el fondo como mínimum, y de 35 pies de profundidad con baja marea.

Las esclusas tendrán 150 pies de largo, 84 de ancho y 35 pies de profundidad.

Sabido es que por el Tratado Clayton-Bulwer de 1850, los Estados Unidos é Inglaterra habíanse comprometido á no adquirir derechos exclusivos sobre el canal de Nicaragua ni sobre sus márgenes. El canal quedaría abierto al comercio universal, y no podría ser construído sin el concurso de los dos Estados. Al cabo de los años, la República norteamericana, sintiéndose asaz poderosa para desentenderse de Inglaterra, propuso á ésta que renunciara á su cooperación en la construcción del canal, é Inglaterra, que por encima de todo quería conquistar la solidaridad de raza para la obra del imperialismo, accedió sin otra exigencia que la de la neutralidad del canal.

De aquí el tratado Hay-Pauncesote sometido á la ratificación del Senado.

El Senado ha llevado el asunto con tal lentitud, que Inglaterra hubo de prorrogar el plazo para su ratificación, y al fin la ha acordado, dejando el tratado que ni sus propios autores lo reconocen. Mediante dos enmiendas introducidas á instancias de los senadores Davis y Foraker, los Estados Unidos se reservan el derecho de «proteger» el canal y prohibir su acceso á toda potencia hostil en caso de guerra, y ya es sabido cómo interpretan los Gobiernos de Washington el verbo proteger.

La Prensa inglesa se incomodó por esta manera de modificar unilateralmente un convenio bilateral, y ponía sus esperanzas en el Presidente Mac-Kinley. Este ha encontrado medio de no disgustar abiertamente ni al Senado de Washington ni al Gobierno de Londres, limitándose á transmitir á éste el acuerdo de aquél sin invitación alguna para que lo acepte. El *Times* ha calificado eso diciendo que el Presidente Mac-Kinley se contenta con el papel de «mozo de recados» del *jingoísmo* de su país, y el *Herald* ha replicado con violencia.

Quién asegura que Inglaterra se conformará esperando compensaciones en la cuestión de límites entre el Canadá y el

territorio de Alaska, y quién sostiene que, por el contrario, el Gobierno inglés rechazará el nuevo texto del convenio, dejando las cosas en suspenso y en proyecto indefinidamente el canal, no faltando quien supone que no otra fué la intención del Senado americano influido por los cuantiosos intereses que combaten el canal, sea por Panamá, sea por Nicaragua, intervengalo Inglaterra ó resérveselo exclusivamente la República del Norte. Las Compañías de ferrocarriles perderían mucho con tal comunicación marítima, y sabido es cómo las gastan en aquella nación los intereses en peligro.

Fuese cual fuera la solución, lo indudable es que los Estados Unidos no corresponden muy cariñosamente á los propósitos de Mr. Chamberlain ni á los servicios positivos de Inglaterra, de que nosotros debemos conservar muy amargos recuerdos.

Así en los asuntos de China, las dos naciones que hablan inglés aparecen en discordia y los Estados Unidos, lejos de secundar á Inglaterra, hállanse en gran cordialidad con el Japón y en notoria simpatía para Rusia, la mortal enemiga de la Gran Bretaña.

Las potencias en China.

Porque aunque el acuerdo anglo-alemán, comunicado á todas las potencias, parecía aceptado por éstas, cada cual ha trabajado por su cuenta cuanto ha podido. Consiste el acuerdo, hecho público el 16, en la política de puerta abierta, en la renuncia á miras particulares, manteniendo el *statu quo* territorial, y en el derecho de las partes á proceder como quisieran en el caso de que por alguna otra potencia no se respetase dicho *statu quo*... Y mientras esto se negociaba, las mismas Alemania é Inglaterra, peleaban por hacer un préstamo de 75.000 libras al virrey de Han-Ken, con la piadosa intención de quedarse con las minas de Taie... Al fin ha hecho el préstamo el Banco Inglés de Hong-Kong.

El día 24 lograron las potencias llegar á un acuerdo... relativo y presentar la Nota fundamento de la paz. Cinco ó seis días emplearon los diplomáticos en discutir el sentido del verbo inglés *to comply* del proyecto de Nota. Unos lo traducían por *aceptar*: basta que China acepte las condiciones de paz, para que los aliados pueden retirar sus tropas.

Otros lo interpretaban por *cumplir*; es preciso que China cumpla las condiciones impuestas antes de aquella retirada. Lo primero parecía muy poco, demasiado lo segundo. Al fin se dió con la clave: *to comply* significa conformarse, y quiere decir «aceptar y empezar á cumplir.»

Con esta interpretación, por mano de nuestro Ministro se-

ñor Cólogan, como decano de aquellos diplomáticos, se entregó el día de Nochebuena la Nota de la Cristiandad que pide: envío de un Príncipe á Berlín para que dé el pésame por el asesinato del Embajador alemán y erección de un monumento expiatorio; el más severo castigo para los autores de los atentados, que designarán los representantes de las potencias; monumentos expiatorios en todos los cementerios extranjeros violados; prohibición de la importación de armas; guarnición permanente y fortificación de las Legaciones en Pekín; destrucción de los fuertes levantados en Taku y entre la costa y Pekín; ocupación militar de los puntos estratégicos de esa línea; proclamas durante dos años en todo el Imperio de la pena de muerte para los que atenten contra extranjeros, y publicación en igual forma de los castigos impuestos; responsabilidad de virreyes y gobernadores en cuya jurisdicción se haya violado los Tratados; revisión de los de Comercio y reforma del Gobierno y del ceremonial para recibir á los Ministros extranjeros. El Gobierno chino ha pedido explicaciones sobre algunos puntos, y en ese estado quedan las cosas.

Ya era tiempo. Italia, por sostener su papel en esa comedia, ha echado sobre su presupuesto próximo un *déficit* de 18 millones además de los 19 del corriente, según declaración del Ministro Rubini. Y todas las naciones se han deshonrado por el bandolerismo de sus soldados en el ejército de pacificación. El ex Presidente del Consejo japonés, Okuma, ha dicho que se ha demostrado que las potencias podrían conquistar la China, pero que durante las operaciones, sus soldados se volverían tan salvajes como los boxers. Ya se han vuelto, á juzgar por lo que de sus depredaciones y atropellos se cuenta. ¡Hasta han robado los aparatos del histórico Observatorio de los Jesuitas en Pekín! En una reunión de los Embajadores, uno de éstos propuso que se pidiera indemnización, y otro contestó:— ¿Qué más indemnización que lo que se ha robado?

En cuanto á prestigio, los teatros chinos representan á los europeos, con gran regocijo y algazara de los indígenas, en muñecos de diversos colores y tanaños, todos con bocas muy grandes, insaciables, lenguas muy movibles, brazos muy cortos... y uñas muy afiladas. Por algo ha dicho el humorista norteamericano Mark Twain en un saludo del siglo xix al xx:

—Te traigo una matrona respetable, la señora Cristiandad, que de China, Africa y Filipinas vuelve cubierta de lodo, de basura y de deshonor. Tiene el alma llena de miseria, los bolsillos de botín, la boca de mentiras. Dale un jabón y una toalla; pero escóndele el espejo.

SALVADOR CANALS.

El siglo de las matemáticas.

El siglo xix ha sido tan fecundo en grandes creaciones, que al buscar una que las domine á todas y que pueda servir para dar nombre á la centuria y caracterizarla, nos encontramos con que otras muchas, tan grandes como aquélla, le disputan, en buena ley, la honra y el privilegio.

Se ha dicho que es el siglo del vapor; pero, ¿por qué no el siglo de la electricidad?

¿Y por qué no el siglo de las matemáticas?

Muchos descubrimientos matemáticos se hicieron desde el Renacimiento hasta fines del siglo xviii; pero es que en el siglo xix las ciencias matemáticas se han desarrollado de una manera verdaderamente abrumadora.

A fines del siglo pasado—y conste que escribimos este artículo en los últimos días del siglo xix—, cualquier matemático de primer orden podía abarcar la ciencia aquella en su totalidad.

En el momento presente, podrá la vista del que se encuentre en la eminencia abarcar todos los horizontes de esta rama del saber; pero es materialmente imposible que los recorra todos, y así las especialidades se han impuesto.

Ya en otro artículo probaremos esto; ó mejor dicho, en otros artículos, porque con uno solo es seguro que no tendremos bastante.

Por hoy nuestro objeto es distinto.

Hemos hablado hasta aquí de las matemáticas en general. Pero hay que distinguir la ciencia matemática propiamente dicha, ó sean las matemáticas puras, de las matemáticas aplicadas.

Las matemáticas puras son las de la cantidad y sus leyes; las del orden combinatorio; las de las relaciones entre las variables; las de los simbolismos abstractos; la ciencia desinteresada, superior aún al tiempo y al espacio y á toda aplicación materiales.

La ciencia, repetimos, que prescinde de la materia, de los fenómenos físicos y químicos, del desarrollo de la vida y de

todo aquello que constituye la ciencia positiva propiamente dicha.

La matemática pura toma el concepto de cantidad como concepto abstracto y no dice que esa cantidad sea una fuerza, ni una masa, ni una velocidad, ni un trabajo mecánico, ni una porción de electricidad, ni una sensación, ni, en suma, nada concreto.

Toma la *cantidad* como concepto abstracto, y también como concepto abstracto el *orden combinatorio*.

En suma: es una lógica perfeccionada y sublime de lo más y de lo menos, ó sea de las magnitudes ó cantidades y de sus leyes y combinaciones; lógica que se desarrolla en la región más alta del idealismo.

Aunque no existiera el mundo material le importaría poco. Mientras existiera un cerebro con unos cuantos axiomas y un poder lógico y combinatorio suficiente, las matemáticas puras existirían.

Para descubrir sus leyes, el pensamiento no tiene más que pensar y mirarse á sí mismo por dentro y á cierto número de categorías.

Y claro es que aquí prescindimos del origen de estos conceptos que, según algunos, es un origen espiritual y absoluto; que, según otros, no es más que un empirismo acumulado que, á fuerza de trabajar durante siglos y siglos en el cerebro, ha creado ciertos moldes tradicionales para la razón humana.

De todas estas cuestiones metafísicas prescindimos aquí por completo, y tomamos á las matemáticas puras como ellas son, según los partidarios de la ciencia *a priori*; como ellas creen ser, según los que sostienen que toda verdad científica, aun las mismas matemáticas, no es más que el resultado de la experiencia actual para las ciencias positivas; experiencia acumulada desde que apareció la primera masa protoplasmática hasta el momento presente, para los conceptos racionales por excelencia.

Ello es que desde los tiempos históricos, desde la India, desde el Egipto, desde Grecia, la verdad matemática se distingue de todas las demás verdades por su evidencia, por ser superior al tiempo y al espacio, por ser ó creerse superior á la experiencia misma, por reclamar para sí caracteres eternos y semidivinos.

¿Es esto conciencia de su fuerza? ¿Es ilusión y soberbia? Discútanlo los filósofos cuando analicen los primeros principios de la razón.

Nosotros hacemos constar un hecho, y el hecho es evidéntísimo.

Entre una verdad empírica y una verdad matemática, hay una diferencia profunda.

Cuando un físico dice: «La densidad del hierro es 7», esta verdad ha llegado á tal categoría por una experiencia ó una serie de experiencias.

Que un físico ponga ante sí un pedazo de hierro puro; que ~~analice~~ ~~discurra~~ ~~cuerpo~~ ~~que~~ ~~discurrir~~; que mandle en su ayuda á todos los sabios del mundo; que contemplen con ojos escudriñadores durante años y años el pedazo de metal, y por mucho que contemplen y discurran, no probarán que la densidad de aquel cuerpo es 7, como no acudan á la experiencia.

¿Quién dice que es 7 y que no puede ser 6, 8 ó 1.000?

Las leyes de las densidades de los cuerpos no están escritas de antemano en la razón humana ni en las celdillas cerebrales.

Y lo que decimos de esta verdad ó de este hecho, pudiéramos decir de todos los hechos ó de todas las verdades de las ciencias de la Naturaleza.

¿Quién pudo saber, encerrado en su gabinete, las dimensiones del globo terráqueo ó fijar las magnitudes de los ejes de nuestra órbita planetaria?

¿Quién pudo, cruzándose de brazos, cerrando los ojos y pensando, descubrir que el equivalente mecánico del calor está representado por el número 426, por ejemplo? ¿Y que las atracciones planetarias varían ó parecen variar en razón inversa del cuadrado de las distancias?

Todas las verdades que se llaman empíricas exigen, para tomar puesto en la ciencia, el empleo del método experimental.

En religión pudo haber profetas; en ciencia experimental no los hay; habrá cuando más, y por otras razones, presentimientos; profecías firmes y seguras, nunca.

En cambio, en las matemáticas puras el procedimiento de investigación, y sobre todo el procedimiento de demostración, es absolutamente racional, sin un átomo de empirismo ni de experimentación.

Todavía al investigar en matemáticas pueden aplicarse á la vez el método inductivo y el deductivo; al demostrar, el deductivo tan sólo.

La verdad matemática podría *comprobarse* mediante la experiencia; pero sólo se *prueba*, sólo se *demuestra* por el ejercicio severo, y pudiéramos decir solitario, de la razón.

Valga un ejemplo.

El orden de los factores—dice el matemático—no altera el producto: 4 por 5 es lo mismo que 5 por 4; y el teorema subsiste, sean cuales fueren los números.

¿Cómo se demuestra dicha verdad en la matemática pura? ¿Acaso poniendo muchos ejemplos y viendo que en todos ellos la verdad subsiste?

Este sería el método empírico; pero éste no es el método racional. La verdad no se impone de este modo, ni como universal ni como necesaria. ¿En cien ejemplos, en mil ejemplos, resulta comprobada? ¿Y qué? ¿Quién nos dice que no podrá presentarse un caso no ensayado todavía en que ambos productos resulten distintos?

La *experimentación* nunca supone la *evidencia racional*, sino la *probabilidad empírica*.

Toda verdad empírica está en jaque perpetuo. Un descubrimiento nuevo puede echarla á tierra.

Es cierto: 4 por 5 es 20; y 5 por 4 es 20 también. Pero como ambos productos representan operaciones distintas por su naturaleza, porque el primer producto exige que el número 4 se repita cinco veces, y el segundo que el número 5, distinto del 4, se repita cuatro veces, número distinto del 5; como son construcciones aritméticas distintas sobre números distintos también, la razón humana, sana, y robusta, y reflexiva, no ha considerado nunca como evidente que el orden de los factores no altere el producto. Y ha buscado una demostración, y en todos los tratados de Aritmética se encuentra.

En todos ellos—repito—se prueba que sean cuales fueran los factores, pueden invertirse sin que el producto se altere.

Y se prueba con evidencial tal, que sin necesidad de agotar todos los números, porque no podrían agotarse aunque por los siglos de los siglos estuvieran haciendo multiplicaciones cuantas generaciones han existido, se dice y se afirma—repito—que por alterar el orden de los factores no se altera el producto.

Y no se puede negar esto sin negar la razón humana; como que de su propio fondo, de ella misma, de lo más hondo de su esencia arranca el matemático sus demostraciones.

Como que las matemáticas puras no son otra cosa que la misma razón humana y su potencia lógica desarrolladas en fórmulas y demostraciones y teoremas.

Así las matemáticas puras son la ciencia más *idealista* que existe; es un puro idealismo; y ahora que el idealismo anda de capa caída—según ciertas teorías—, no faltará quien pregunte: ¿Y para qué puede servir una ciencia creada lejos de toda realidad material; forjada á puro devanarse los sesos un hombre que se llama matemático; una ciencia cuyo contenido es un enjambre de abstracciones; creación que, en suma, es la razón solitaria empeñada en fecundarse á sí misma sin recibir nunca los calores ni los estremecimientos del mundo real?

En efecto; la objeción tiene fuerza; el argumento parece sólido.

Lo que se engendró lejos de la realidad sin contar con ella, ¿cómo ha de aplicarse jamás al mundo firme y sólido de las realidades vivientes ó vibrantes?

Pues sin embargo, entre las notas que caracterizan al siglo XIX, una de ellas, quizá la que más domina, si no en la apariencia bullanguera y aparatosa, en el fondo y en las entrañas, es la aplicación constante, y cada vez más extensa, de las matemáticas puras á la industria y á casi todas las demás ciencias, y, en suma, al mundo todo de la realidad.

Las matemáticas puras se han aplicado á la Física matemática; mejor dicho, han creado la Física matemática. La Física experimental se ha impregnado toda ella, para expresarnos de este modo, de los conceptos puros de la cantidad y del número. Y así la óptica se ha constituido como ciencia maravillosa, en que no sólo los hechos dispersos se funden en una gran unidad, sino que mediante el cálculo se prevén nuevos hechos, antes jamás observados.

De suerte que el análisis matemático se anticipa á la experiencia. Lo ideal de las matemáticas se impone á la realidad física. Lo que se engendró fuera del campo experimental entra en él imponiendo sus leyes y sus formas.

Y otro tanto podemos decir de la teoría de la elasticidad. Y aquí las matemáticas puras no sólo se aplican á la ciencia física, sino que llegan hasta la industria, y dan el medio de calcular los grandes puentes de hierro. Así miles de trenes, millones de personas, la vida y la riqueza, la realidad por excelencia, pasan sobre abismos, corriendo sobre unas vigas de hierro bajo la fe de los fórmulas matemáticas.

Otro tanto podemos decir de la electricidad y de sus aplicaciones; ciencias é industrias fundadas en un fluido hipotético y misterioso y en un elemento ideal, como son las matemáticas; de tal suerte, que hasta uno de los conceptos más abstractos de la ciencia pura—la teoría de las imaginarias, queremos decir—, viene á imponer sus leyes ideales al telégrafo sin hilos. Y es posible la transmisión cuando las raíces de ciertas ecuaciones son imaginarias, y no lo es cuando son reales; porque en el primer caso, el movimiento del fluido eléctrico es continuo, y en el segundo es oscilante.

Dijérase que el idealismo de las matemáticas se venga de la realidad tosca y grosera, no sólo dominándola y haciéndola su esclava, sino humillándola y escarneciéndola.

No le basta que los métodos experimentales reciban en su seno las leyes del número, las fórmulas algebraicas, todo el ideal de la Geometría, el cálculo diferencial é integral, sino que es preciso que se somentan á lo ideal de lo ideal; no á las cantidades reales, sino á las mismas cantidades imaginarias.

Pero el que habla de la electricidad habla del magnetismo, y basta abrir un libro cualquiera de cierta importancia que trate

de magnetismo y electricidad, para encontrar sus páginas cuajadas de cálculos matemáticos.

Esto se aplica lo mismo á los grandes tratados como el de Mas-Well y Mascart y Joubert, como al último libro de electrotecnia en sus aplicaciones prácticas.

Siempre las matemáticas puras empapando, por decirlo de este modo, con su jugo todas las ramas de la Física, desde la más alta región científica á la región industrial más modesta.

Ni cesa la invasión matemática al llegar al calórico y sus aplicaciones, y aquí nos encontramos con las teorías más elevadas del cálculo integral resolviendo los problemas de la conductibilidad, y nos encontramos, sobre todo, con una nueva y admirable ciencia, la *termodinámica*, creada en este siglo.

Y nada hemos dicho de la Astronomía, porque toda persona de mediana cultura sabe que la mecánica celeste es una ciencia eminentemente matemática y que en ella se aplican las teorías más elevadas del análisis, como son, por ejemplo, las teorías de la integración.

Ahora bien; al descender las matemáticas puras desde sus elevadas regiones idealistas hasta el mundo de la realidad y hasta imponerse á la observación de los fenómenos, y hasta á la experimentación, ha necesitado bajar por grados.

Uno muy tenue, que apenas se nota.

Otro, en que ya el elemento material adquiere verdadera importancia.

Y otro tercero en que ya, resueltamente, se funden en una gran unidad el elemento idealista de las matemáticas y el elemento real del universo, ó, si se quiere, la materia con sus evoluciones y sus leyes empíricas.

Es decir, que el espíritu de la matemática pura pasa por tres grados al encarnar en el mundo físico.

El primero de estos tres grados, ya lo hemos dicho, es muy tenue; tanto, que muchas veces este segundo momento se confunde con el primero y algunos lo consideran comprendido en la definición de las matemáticas puras.

Pero en rigor éstas no se ocupan más que de la cantidad en abstracto, de las funciones ó leyes que enlazan las cantidades variables, de los números de sus admirables relaciones, del orden combinatorio, de la teoría de la posición y del llamado en general cálculo de los infinitos; y así, en adelante, siempre el idealismo más puro.

Que las matemáticas puras abarcan hoy un campo tan extenso que de todo esto tratan y aun no estamos seguros de no haber omitido ramas importantes de la ciencia.

Bien es verdad que si se quiere expresar todo ello de una manera sintética, podemos decir que tratan de la *cantidad* y del

orden. Y bien; al concretar en un primer grado las anteriores abstracciones, nos encontramos con una primera aplicación de las matemáticas puras al espacio, de donde resulta la Geometría, que generalmente se considera como formando parte de las matemáticas puras, pero que en rigor es una aplicación de aquéllas.

Porque la cantidad matemática es cualquiera: y en este caso del espacio la cantidad ya no es indeterminada, sino que es la cantidad geométrica.

La cantidad concreta puede ser una masa, una fuerza, una velocidad, un trabajo mecánico, una cantidad de electricidad, una cantidad de luz ó de calor y hasta una cantidad de sensación ó de vibración nerviosa, que la psicofísica pugna por medir.

Y como puede ser todo esto, la cantidad puede ser también una línea, una superficie, un volumen, una curvatura, una torsión, un sector un cuaternio ó bien otro cualquier concepto geométrico.

De suerte que para nosotros, si la Geometría está íntima y profundamente unida á las matemáticas puras y casi se confunde con ellas, en rigor ya es una aplicación particular de la ciencia de la cantidad.

Tanto es así, que algunos geómetras suponen que ya en el espacio entra el elemento experimental y que el célebre Postulado de Euclides debe ser comprobado por la experiencia, y hasta admiten la posibilidad de espacios de cuatro y más dimensiones.

Sin entrar á fondo en estas interesantes y curiosísimas lucubraciones, no puede negarse que la cantidad geométrica es una determinación particular de la cantidad pura de las matemáticas.

Y así la Geometría es un primer grado de la encarnación de la ciencia ideal.

Los conceptos *a priori* de Kant, ó mejor dicho, las dos formas *a priori* de la sensibilidad, eran el espacio y el tiempo. Y así como la aplicación de las matemáticas puras como perfecto organismo de la Lógica al espacio da la Geometría, así la aplicación al espacio y al tiempo combinados da la *Cinemática*, ó sea la ciencia del movimiento independientemente de sus causas.

En la Cinemática se habla de trayectorias, de aceleraciones; pero ni se habla de masas, ni de fuerzas, ni de energías.

Es una especie de geometría menos abstracta que la Geometría pura, porque ya cuenta con el tiempo.

Y la Geometría y la Cinemática forman aquel primer grado de determinación de que antes hablábamos.

Las matemáticas puras, para salir de su idealismo y descender á la realidad, necesitan irse apropiando ciertos elementos de los que en la realidad aparecen, y estos primeros elementos son el tiempo y el espacio.

El número ya no es número puro; el Algebra no es un Algebra abstracta, porque en este primer grado números y fórmulas se aplican á cosas concretas, las que acabamos de señalar: el espacio y el tiempo.

El *segundo grado* de encarnación es la Mecánica; la llamada mecánica racional, que también pudiera llamarse mecánica pura.

La mecánica racional toma de la realidad pocos elementos, pero importantísimos; por ejemplo, la masa, la fuerza; y como ya no le basta con los axiomas de las matemáticas puras, necesita tomar algunos principios experimentales.

La masa, la gran masa de la mecánica racional está formada de matemáticas puras; pero ya contiene algunos elementos de la realidad y algunos postulados experimentales.

Contiene el espacio, contiene el tiempo, la masa, la fuerza, la relación de carácter experimental entre fuerzas, masas y velocidades, la independencia de ciertos efectos, etc., etc.

¡Qué poco ponen, aunque qué importante, las realidades del mundo! ¡Qué cantidad inmensa de ciencia ponen las matemáticas puras en la mecánica racional!

Y este es el segundo grado que indicamos antes en la evolución de los conceptos matemáticos desde la mayor abstracción hasta sus últimas aplicaciones prácticas.

Ya la mecánica racional, por expresar las leyes del equilibrio y las leyes del movimiento, puede aplicarse, hasta cierto punto, á lo fenómenos de la Naturaleza, como, por ejemplo, á la Astronomía, á la Física; y á las invenciones de la industria, como, por ejemplo, á las máquinas.

Pero la mecánica racional es todavía demasiado idealista, demasiado sencilla—por decirlo de este modo—, para acomodarse á la complejidad enorme de los hechos en las mil combinaciones del mundo inorgánico.

Y para llegar al *tercer grado* de desenvolvimiento es necesario acudir á las grandes hipótesis. Hay que suponer, por ejemplo, que los cuerpos atraen proporcionalmente á las masas y en razón inversa del cuadrado de las distancias, ó que las cosas pasan, por lo menos, como si se atrajesen según estas dos leyes. Y entonces sí, toda la Astronomía se convierte en un problema de mecánica racional y las matemáticas puras triunfan y engendran los sublimes prodigios de la mecánica celeste.

El método de observación, ya que aquí no pueda ser el experimental, no por eso pierde sus derechos ni su importancia;

pero la ley racional le domina, y él está para comprobar fórmulas y determinar coeficientes.

Sin la astronomía práctica, la mecánica celeste sería una pura abstracción, un puro idealismo, un ejercicio de las matemáticas abstractas; pero sin éstas, ¡qué pobre y qué humilde sería la Astronomía, y qué embrionaria y qué vacilante!

La parte sublime á las matemáticas puras corresponde, y así realiza maravillas y descubre astros jamás vistos y manda aparecer en el cielo un nuevo planeta, y la enorme masa planetaria obedece, y acude á la cita en los espacios celestes.

En la Física se forja otra nueva hipótesis, la de la existencia del éter, y mediante ella se forja la óptica matemática, ó mejor dicho, la teoría matemática de la luz como vibración del éter.

Y aquí, como en la Astronomía, en esta Astronomía misteriosa de los átomos etéreos, la mecánica racional, y por tanto las matemáticas puras, se enseñorean como señoras absolutas.

El fenómeno físico se borra ante este problema de mecánica racional: vibración del éter, ó sea de un sistema de puntos enlazados por fuerzas recíprocas, que es en el fondo el problema de la elasticidad de que antes hablabámos.

Y se enseñorea de tal modo la ley ideal, que se anticipa á la experiencia, como por ejemplo, en la refracción cónica, fenómeno que jamás se había observado, que Hamilton, émulo de Leverrier, en este cielo de aquí abajo anuncia, estudiando la superficie de la onda; que los más hábiles experimentadores niegan, y que al fin se encuentra en un cristal de aragonita.

Y de este modo en toda la Física. Así las matemáticas puras, ó si se quiere la mecánica racional, con el auxilio de nuevas hipótesis, hacen suyo el sonido mediante la teoría de las vibraciones de los cuerpos ponderables, y hacen suyo el calor con la teoría de las vibraciones, todavía, de la materia y del éter, y pugnan por apoderarse de la electricidad y del magnetismo, siempre acudiendo al éter, y crean de esta suerte teorías de extraordinaria fecundidad, aunque algo inciertas aún, pero acercándose cada vez más á una gran unidad de todos los fenómenos físicos; por ejemplo, cuando se identifica con la luz la vibración eléctrica en las célebres experiencias de Hertz.

No se ha conseguido tanto en la aplicación de las matemáticas á la Química; pero por el mismo camino se va, y en cada teoría nueva se da un nuevo paso, siempre hacia el mismo norte.

Ya sabemos que aceptando la aplicación de las matemáticas puras á los fenómenos naturales, ha surgido, entre ciertos sabios de gran nombradía, un recelo más ó menos marcado contra lo que se llama la hipótesis mecánica, fundándose en

que, dada una solución en este sentido, se podrían encontrar muchas.

Pero esto, á nuestro entender, importa poco. Porque con la hipótesis mecánica no se pretende desgarrar el velo que cubre los secretos de la Naturaleza, sino buscar un alto simbolismo matemático que, por medio de la mecánica racional, y mediante ciertas hipótesis, reproduzca ó imite, dentro de la unidad más amplia posible, todos los fenómenos conocidos del mundo material y nos dé algo así como la imagen de estos fenómenos.

Quizá la atracción newtoniana no exista. ¿Y qué importa, si las cosas pasan como si existiese y en el espacio de los astros dominan leyes que se expresan racionalmente por medio de la mecánica racional?

¿Es que aquí va también á rechazarse la hipótesis mecánica? Pues del mismo orden, exactamente del mismo orden, aunque algo más complicada, es la hipótesis mecánica cuando se aplica á la elasticidad, al sonido, á la luz, á la electricidad, al magnetismo, al calor y á los fenómenos de la Química.

¿Qué me importa que las masas en movimiento sean grandes como Neptuno y volteen en el espacio celeste, ó que sean pequeñas como un átomo, y se agiten en los espacios atómicos?

Todo esto es relativo. Si creciéramos en dimensiones á medida de nuestra ambición, Júpiter, Saturno y Neptuno podrían ser átomos para nosotros, ni alcanzaríamos á verlos con un microscopio.

Acaso entonces la que hoy es nuestra Astronomía fuera nuestra Física molecular y ciegamente rechazásemos la hipótesis mecánica, que es hoy una de las mayores glorias del genio humano y que se llama mecánica celeste.

En suma: yo creo que el gran progreso de la Física está en reducir todos sus problemas á un solo problema de mecánica racional, á saber: puntos materiales y atracciones y repulsiones en función de las distancias. Porque todas las demás hipótesis y todas las demás soluciones son intermedias y provisionales; porque todo enlace entre los átomos es artificial y transitorio; acaso preste servicios alguna de estas hipótesis; pero al fin y al cabo será preciso desecharla.

Pero esto nos llevaría demasiado lejos. Dejemos cuestiones tan arduas para otra ocasión.

El hecho es que las ciencias matemáticas hoy entran vencedoras por los anchos campos de todas las demás ciencias. Que todas hacen acatamiento á aquéllas.

Que las matemáticas se llaman exactas por excelencia. Y que toda ciencia de la Naturaleza es tanto más elevada y tanto más sube en jerarquía, cuanto más domina en ella el carácter matemático.

Verdad es esta que casi no necesita prueba, y si la necesitase habría que dejarla para otra ocasión; porque este artículo, que es por sí sobradamente árido, va siendo extenso en demasía.

Dejemos para otro lo mucho que todavía nos queda por decir.

José ECHEGARAY



POETAS MODERNOS DE MÉXICO

(ANTOLOGÍA ÍNTIMA)

Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón.

Para conocer el arte contemporáneo hay que estudiarlo en las galerías privadas. Ningún Museo de arte moderno es digno de ese nombre; en todas partes el favor se sobrepone al mérito y la obra genial se pierde entre el hacinamiento de producciones mediocres ó detestables.

Nada tan parecido á estos Museos como las antologías de poetas contemporáneos, distintas en un todo de las antologías clásicas y de los Museos de arte antiguo.

Un busto, un torso, un fragmento cualquiera de la escultura griega ó romana; una estrofa anónima, conservada en la memoria del pueblo y recogida en las colecciones helénicas ó latinas, valen más á nuestros ojos que todo el abigarrado conjunto del arte moderno oficial. La selección de esas reliquias de lo pasado se hizo libremente, adornando el jardín del Museo con aquellas cuyo único mérito es la antigüedad, alineando por orden cronológico en vestibulos y corredores las que tienen un valor relativo é histórico, y reservando el lugar de honor de las salas para el Torso de Belvedere y para la Venus de Milo.

¿Quién, que ame bien los versos—y por amarlos bien entiendo no prodigar el afecto, sino sentir intensamente los escogidos—, deja de imaginar que lleva en la memoria una antología ideal, muy semejante á un Museo clásico? Hay libros de los que sólo se recuerda una página, poemas de los que se retiene una estrofa, y estrofas de las que únicamente se conserva la vibración rítmica de un verso: la vena poética de muchas generaciones de artistas dejó en nuestra alma al pasar esas arenas de oro, como las deja la corriente en el cauce de algunos ríos.

De una de esas colecciones privadas, de mi antología íntima, arrancaré estas hojas para entregarlas á los lectores de NUESTRO TIEMPO.

Decía Balart que lo mejor de la musa americana era lo primero y lo último, y en lo que toca á México pasaba en su aplauso desde Alarcón y Sor Juana hasta Manuel Acuña. Yo abriría esta información crítica de los poetas modernos de mi país con una página de Acuña, si los versos del poeta no fuesen tan conocidos en España.

No lo son otros que merecen serlo como aquéllos.

Los de Manuel Gutiérrez Nájera tienen sitio preferente en mi memoria; han contribuido en mucho al actual renacimiento de la poesía en América, y por ellos he de comenzar.

Una mano piadosa recogió con cuidado fraternal todas las composiciones de este poeta, tristemente perdido para nuestra lírica en la plenitud de sus facultades de creador. Con aquellos versos puede reconstruirse la formación del carácter del artista, desde sus pueriles tanteos de aficionado á coplas y sus imitaciones serviles de versificador adolescente, hasta su afianzamiento en el dominio de la forma, manifestación externa de la personalidad. Y esta afirmación de la personalidad literaria no la encuentra Gutiérrez Nájera ni en sus canciones románticas á lo Musset, ni en sus ingeniosos discreteos de modernista á la moda francesa, sino en la sencillez de sus versos clásicos, impregnados de la tristeza sensual de los elegíacos latinos.

Gutiérrez Nájera no es un impasible: su classicismo no está forjado en frío: á través de los libros es humano, profundamente humano. En las *Odas breves* quizá una producción ajena le dió el molde del vaso, pero la esencia es suya. Esencia exquisitamente amorosa, con voluptuosidades francamente paganas. Es un poeta sincero: no quiere cantar el odio porque no lo siente. En su lira no hay que buscar notas épicas. Su musa

Es la Musa del goce y de la vida;
Su labio moja lúbrico falerno,
No es la musa robusta de los bravos
Que apura, en las veladas del invierno,
El áspero licor de los esclavos.
Déjala, pues, en su Tibur dormida,
O vagar, agitando el áureo tirso
En la marmórea desnudez helena;
Su voz, á los amores consagrada,
Se eleva, como canto de sirena,
A los jónicos ritmos ajustada.

Pero no se crea que esta inspiradora es una atracción. Vive para él y adquiere forma cuando la retrata diciéndole:

En torno tuyo vagan los deseos
Como abejas en torno de una rosa;

Tu mirada es el beso prometido,
 Tu andar, es la cadencia silenciosa;
 Cuando pasas, á labios y pupilas
 En tumulto se asoman los amores
 Para verte en silencio y admirarte,
 Como al pasar el vencedor de Marte
 Salen los niños á arrojarle flores.
 Y tú pasas ¡oh joven vencedor!
 Terciado el arco en la marmórea espalda,
 De pie sobre tu carro marfilino;
 Mozos y viejos cantan tu hermosura,
 Mueven el aire sonoras palmas,
 Y cual si un dios llegara, cuando llegas
 Se arrodillan las almas.
 Nada á tu gloria falta: ni poetas
 Que halaguen blandamente tus oídos,
 Ni el doliente gemir de los vencidos
 Que á tu carro magnífico sujetas.

Y la mujer immortalizada en ese bajo relieve digno del frontón de un templo griego, baja de su carro de marfil y llega hasta el poeta.

La Venus viva inspírale entonces un himno al placer pagano:

Jamás la forma que el poeta admira
 Tuvo más noble encarnación humana,
 Ni con blando compás y jonia lira
 Te pudo enaltecer, musa pagana.
 Todo palpita en tu presencia, diosa;
 No divides tu imperio con ninguna,
 Y reinas en las almas por hermosa,
 Muy más que por sus dádivas. Fortuna,
 ¿Quién huye de tus dardos? ¿Quién no quiere
 Ser víctima en tus aras ofrecida?
 ¿Quién á la muerte con tu amor, prefiere
 Los efímeros goces de la vida?
 Sed insaciable de hermosura lleva
 Mi voluntad á ti; tu forma veo,
 Y con espasmos de placer se abreva
 En tu mórbido encanto mi deseo
 El alma entonces de placer expira,
 La boca tiembla, el seno se levanta,
 Tus ropas huyen..... y la tierra gira
 ¡Oh Venus immortal! bajo tu planta.....

El poeta del goce y de la vida siente que la vida y el placer le abandonan, quiere detenerlos y dice:

Parad el vuelo, taciturnas horas,
 Raudos venid, ¡oh goces no sentidos!

¡Aún el falerno tinte de escarlata
 El cristal de las copas! Aún sostengo
 La jonia lira de brillante plata,
 Y de la esquivada juventud ingrata
 ¡La voladora túnica detengo!
 Deshojemos los lirios. Todavía
 El canto epitalámico resuena:
 Escancia, Ganimedes, ambrosía
 Y Cintia, con sus brazos me encadena,
 Sus párpados no entorna soñoliento
 El ávido placer; fragantes rosas
 Alfombran el marmóreo pavimento,
 ¡Y hay lechos de marfil para las diosas!
 Deshojemos los lirios. Y mañana,
 Cuando llegue el invierno entumecido,
 En sus pálidos brazos de lesbiana,
 ¡Encuéntreme sin fuerzas y dormido!

.....El mañana llegó muy pronto. La vida es ingrata, ama á los que la detestan, no quiere separarse de los tristes ni aun cuando pretenden arrancarse de sus brazos por la fuerza, y huye de sus ardientes enamorados..... Y la vida abandonó al poeta en la plenitud de su ingenio y de su gloria.

Pero su espíritu queda entre nosotros. Tenía razón cuando repitiendo el *Non omnis moriar* de Horacio, escribió:

¡No moriré del todo, amada mía!
 De mi ondulante espíritu disperso,
 Algo en la urna diáfana del verso,
 Piadosa guardará la poesía.

* * *

No se suponga que juzgo impecable la obra lírica de Gutiérrez Nájera. Para mí, el libro en que se la reúne—impreso no ha mucho, y después de la muerte del autor—, es un tomo de borradores con algunas páginas en limpio; pero esas páginas son definitivas y los defectos de las demás no dependen de la técnica del autor.

Las desigualdades que resaltan en los versos de otro poeta, que no sólo ha compartido con Nájera el aplauso del mundo latino-americano, sino que le supera en celebridad, hablo de Salvador Díaz Mirón, parecenme inherentes á la gestación laboriosa de sus versos y á lo rudimentario de sus procedimientos artísticos.

Gutiérrez Nájera decía:

Yo no escribo mis versos, no los creo;
 Viven dentro de mí, vienen de afuera;
 A ese, travieso, lo formó el deseo;
 A aquél, lleno de luz, la Primavera!

Díaz Mirón refiere de un modo alambicado y culterano, pero con sinceridad laudable, que «á menudo pasea consigo durante semanas enteras un aeriforme arquetipo rebelde á los sonoros átomos de la palabra cantada, y que de día y de noche embarga su atención hasta que se condensa y cristaliza».

De ahí arrancan sus capitales diferencias. Los dos son poetas, pero cada uno realiza la belleza de manera distinta.

Valiéndome de un simil que dé plasticidad á mi idea, diré que, mientras Gutiérrez Nájera, cuando acierta, funde bronce sin lacra y esculpe mármoles tersos, Díaz Mirón hace mosaicos, joyas bizantinas y vidrieras de colores; el trazado general es á veces justo, pero de cerca se ven las junturas de las piedras, las soldaduras toscas y la armazón de plomo de los cristales, aunque en ellos se quiebre la luz ó se condense en figuras de colores.

Si en las condiciones de expresión de ambos poetas todo es distinto, en la esencia del estro es, además, contradictorio.

La voluptuosa musa
Que en mis cantos eróticos inspira,
Acobardada y trémula, rehusa
La pindárica lira.

dice Nájera: Díaz Mirón, por el contrario, ama la lucha, y nada encuentra más digno de su numen. Si el uno habla de su placer y de su pena, el otro quiere cantar

No su dolor, sino el dolor humano.

Y, sin embargo, por una de esas antinomias frecuentes en la vida, los más hermosos versos de Nájera son para los demás y por los demás, y los mejores de Díaz Mirón son cantándose á sí mismo:

¡No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente local
¡Mi razón, es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como el cristal de rocal
Semejante al necturzo peregrino,
Mi esperanza inmortal no mira al suelo:
No viendo más que sombra en el camino,
Sólo contempla el esplendor del cielo.
¡Vanas son las imágenes que entrafía
Tu espíritu infantil, santuario obscuro!
¡Tu numen, como el oro en la montafia,
Es virginal, y por lo mismo, impuro!
A través de este vértice que crispa,
Y ávido de brillar, vuelo ó me arrastro,
Oruga enamorada de una chispa,
O águila seducida por un astro.

Inútil es que con tenaz murmullo
Exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que aliente orgullo
Lleva un tropel impenetrable al miedo.

Fiado en el instinto que me empuja,
Desprecio los peligros que señalas,
«El ave canta aunque la rama cruja:
¡Como que sabe lo que son sus alas!»

Erguido bajo el golpe en la porfía,
Me siento superior á la victoria,
Tengo fe en mí: la adversidad podría
Quitarme el triunfo, pero no la gloria.

Deja que me persigan los abyectos,
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrumel
¡La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume!

El mal es el teatro, en cuyo foro
La virtud, esa trágica descuella;
Es la sibila de palabra de oro:
La sombra que hace resaltar la estrella;
¡Alumbrar es ardor!—Estro encendido
Será el fuego voraz que me consuma.

¡La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma!

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos.

Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan.... ¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión! La palma
Crece en la orilla que el olaje azota,
El mérito es el naufrago del alma:
Vivo, se hunde, pero muerto, flota.

¡Depón el ceño y que tu voz me arrulle!

¡Consuela el corazón del que te ama!

¡Dios dijo al agua del torrente: bulle;

Y al lirio de la margen: embalsama!

¡Confórmate, mujer!—Hemos venido

A este valle de lágrimas que abate,

Tú, como la paloma, para el nido;

Y yo, como el león, para el combate.

En estos versos está todo Díaz Mirón: su espíritu romántico á lo Byron; sus brillantes imágenes *hugonianas*; su forma poética, invertebrada y fragmentaria, en la que cada parte subsiste de por sí de tal modo, que lo mismo puede prolongarse la composición indefinidamente, que abreviarse suprimiendo estrofas; y, por último, su técnica primitiva, en la que parece que los primeros versos de cada estancia están hechos después de los versos finales.

Esa técnica de Díaz Mirón, que perjudica á sus obras en

conjunto, favorece las frases aisladas; y si hace difícil hallar, no una composición, sino una estrofa limpia de ripios, permítele hacer versos independientes maravillosos; hasta tal punto, que es casi imposible se puedan citar por separado otros más bellos y en los que aparezca más completo el sentir del autor.

La métrica de Díaz Mirón está reducida al cuarteto endecasílabo y á la silva. No se mueve holgadamente sino dentro de esas formas, de tal manera, que sus redondillas y sus décimas son extraordinarias por lo dificultosas y extravagantes.

Véanse éstas que me evitan comentarios:

Á EVA

Tu mal fulgura y oreá;
Hay en tu pesar inmenso
Algo que trasciende á incienso
Y resplandece y goreja.

• • • • •
Vierte la escarcha bendita
De tu infortunio sagrado.
¡Si el hielo refresca el prado,
La verdura resucita!

Caiga la nube deshecha
Y brotará la mies rubia.
¡Donde no hubo nunca lluvia,
Jamás pudo haber cosecha!

• • • • •
Que tu razón desconfíe
Del destello que alboroza:
¡Dios sabe si quien solloza
Es más feliz que quien ríe!

VERSOS DE UN CLÉRIGO

• • • • •
El feto siente llegar
la hora del parto, y se mueve,
y á su ciego esfuerzo debe,
más que al materno, el brotar.
Arrojada á germinar,
la simiente del sauz
revienta bajo el capuz
en que el vegetal se fragua,
¡y la raíz halla el agua
y el tallo encuentra la luz!
La oruga, exenta de galas,
forja el Tabor de su anhelo,
y al cabo levanta el vuelo
con dos pétalos por alas.
Así, por varias escalas,
y entre horizontes en fuga,

que un mismo arcano subyuga,
cumplen los fines distintos
de sus diversos instintos,
¡feto, simiente y orugal

Parece imposible que el autor de esos renglones sea el mismo en cuyo numen se templaron los versos tajantes como espadas, y sonoros, con sonoridades metálicas de clarines guerreros, con que ensalzó á su ídolo literario:

A VÍCTOR HUGO

—No es cierto que tu espíritu esté faltó
De esa unidad espléndida y brufida
Que constituye el mérito más alto
De un libro, de un diamante y de una vida;
¡Pero pagaste el natural, tributo!
¡Primero, el huevo, y en seguida el avel
Es fuerza que la flor preceda al fruto
¡Y el hombre empiece donde el niño acabel
Roja y azul, la sangre que te anima,
Hizo de ti la aurora que refleja,
La púrpura del sol que se aproxima
Y el zafir de la noche que se aleja.
Tu frente audaz, que el pensamiento arruga,
Puede alzarse sin mancha. ¡Dios te impele:
Nadie reprocha á la rastrera oruga
Que se convierta en mariposa y vuele!—
Envueltos en su túnica inconsútil,
Tus veinte años de destierro gimen.....
El crimen te absolvió.... ¡Pero fué inútil!
¡Tú no absolviste al crimen!
Y allí, de pie sobre tu peña sola,
Nueva Pathmos, ceñida por la ola,
Allí, vuelto á los réprobos distantes,
Y en tu lengua de hipérbolos y elipsis,
¡Lanzaste, nuevo Juan, los fulgurantes
Relámpagos de un nuevo Apocalipsis!
—Y tú no fuiste el único en el duelo,
En la pena, en el Gólgota, en la injuria....
Cuanto era cumbre ó remontaba el vuelo
Sufrió el embate de la misma furia.
Mas, ¿cómo puede ser? ¿Qué fuerza extraña,
Qué ingente cataclismo
Decapitó de un golpe la montaña,
Aventando sus crestas al abismo?
¿Qué tempestad de tenebrosos rastros,
Qué estallido de horno
Rompió el volcán, bajo su nimbo de astros,
Arrojando sus águilas en torno?
¡Profanado el augustó tabernáculo

Y erguidos y triunfantes los protervos!
 ¡Apagada la zarza en el pináculo
 Y allí agrupados en festín los cuervos!
 ¡El pueblo subyugado por la tropa;
 El pueblo audaz, que con ardor fecundo,
 Dando su sangre en holocausto á Europa,
 Reivindicó la libertad del mundo!
 ¡Radiante y vencedor el culto falso!
 ¡La virtud perseguida con encono!
 ¡El deber expirando en el cadalso
 Y la infamia sentándose en el trono!
 ¡Obscurecido el sol! ¡La Francia esclava!
 —¡En dónde estaba Dios, que no veta,
 Puesto que así dejaba
 Prevaler la noche sobre el día?....

La figura literaria de Díaz Mirón se retrata también por entero en esos versos. Siente á Víctor Hugo como algo propio. Tiénele por maestro y le canta en versos que por su contextura aparecen con una conexión que no es común en sus obras. Pero no admira al poeta piadoso de *Las contemplaciones*, sino al poeta iracundo de *Los castigos*. No percibe la ternura inmensa con que nos subyuga á todos el patriarca del romanticismo francés. No presiente que él mismo ha de exclamar más tarde, en frase que es un poema:

.....¡Por algo tiene
 curvas y nervios de mujer la lira!

FRANCISCO A. ICAZA

CUESTIONES DE ACTUALIDAD

El impuesto sobre los alcoholes

El problema tributario que se planteó en 1899 por el Sr. Villaverde, al presentar á las Cortes el proyecto de ley sobre el impuesto de fabricación de alcoholes, no se ha resuelto todavía. Descontentaba á todos los contribuyentes por tal concepto el tipo establecido en las tarifas. Pocas veces puso la masa de ellos mayor número de influencias al servicio de sus necesidades. Dividiéronse en dos bandos los productores. Uno lo formaban los que veían en la destilación alcohólica del vino y de sus residuos una utilidad supletoria, ya que la clausura de los mercados exteriores les acarreaba una segura pérdida en la explotación del zumo de la vid. Componían el otro los que habían puesto mano en el negocio de la fabricación de alcoholes por la destilación de granos, tubérculos y frutas.

Parecía exagerado á los productores de alcohol vínico el impuesto que se consignó en la tarifa proyectada, y no creían justo que se dejase á la libre concurrencia de los productores de alcohol industrial la suerte de nuestra riqueza vinícola. Los agricultores, por su parte, hicieron esfuerzos heroicos por que no prosperara la pretensión de los primeros, ya que la industria naciente en que empleaban su capital requería estímulos del Estado, y no era el modo más eficaz de prodigarlos imponerles un tributo que podía dar al traste con el éxito de su obra.

Tantos clamores se produjeron por ambos lados, que el Gobierno no se atrevió á resolver la cuestión. Indeciso ante la lucha de tan encontrados intereses, no pudo hallar una fórmula de concordia, y, siguiendo el procedimiento normal de nuestra política, dejó para mañana la resolución del asunto. Ese mañana ha llegado. En los presupuestos del Sr. Allendesalazar se plantea nuevamente aquél. Los términos en que se hace muestran que no han sido inútiles las instancias de los vinicultores. El nuevo proyecto dista, no obstante, de satisfacer las aspiraciones de los mismos.

La crisis del vino y la nueva industria alcoholera.—Cada año una ley nueva.—Decrecimiento de la renta.

Dos factores han determinado el movimiento de protesta de los contribuyentes contra los tipos en que se pensó para el impuesto sobre la fabricación de alcoholes: el primero es la crisis vinícola; el segundo, la corriente de actividad industrial ejercida sobre productos del campo.

A partir del tratado de 1882, Francia compró nuestros vinos en grandes cantidades. Fué un negocio seguro el de exprimir los zumos y exportarlos. Filoxerados los viñedos franceses, era preciso que transcurriese algún tiempo antes que retoñasen los vástagos. Desatentos nosotros al porvenir, creímos que aquel líquido fluiría sin tregua, copiosamente, por los cauces abiertos á la producción nacional. Mermó la demanda á medida que en el país comprador tomaban campo las replantaciones y nueva lozanía la vid. Imaginamos que la depreciación de nuestros vinos tenía por fundamento las impurezas que á ellos aportaban los alcoholes industriales. Vino en apoyo de esta presunción la ley de 26 de Junio de 1888, que sometió á un impuesto especial de Consumos de 75 céntimos de peseta por grado centesimal en hectolitro á los alcoholes extranjeros y á los elaborados en el país, sin hacer distinción alguna de su procedencia ó base de producción. Derogada al año siguiente por la de 21 de Junio, que liberó del impuesto especial los alcoholes vínicos y estableció sobre los demás importados y fabricados en España el de 25 pesetas por hectolitro, cualquiera que fuese su graduación, dimos tiempo á que cobrase vida la viticultura francesa, y fuimos quedando como casi únicos consumidores de nuestros ubérrimos viñedos y de nuestras bodegas pletóricas. Poco después los gobernantes en prevenir el término de la demanda, y muy satisfechos los vinicultores al ver cómo había aumentado la que Francia nos hiciera, sólo pensaron en acarrear producto, mirando con negligencia la mejora de la elaboración. En 1882, año en que se firmó el Tratado internacional, exportamos 723.120.502 litros de vino común. Ascendió la venta en el exterior 725.120.502 litros de vino común. Ascendió la venta en el exterior á 725 millones al año siguiente. No llegó á 616 en 1884. Fijóse en 689 millones el número de litros exportados en 1885; en 698 el correspondiente á 1886. En 1887 se nos pidieron 797 millones, 872 y medio en 1888, 840 y medio de 1889 y cerca de 920 millones de litros en 1890. Baste saber, en fin, que en el transcurso de cuarenta años la diferencia en más favorable á la exportación de nuestros vinos llegó á 884 millones y medio de litros.

No podía seguir tanta prosperidad, y así lo anunciaban las

restricciones que oponía á la entrada de los vinos extranjeros el Gobierno francés. Compelidos los vinicultores á alcoholizar los vinos con productos indígenas, diéronse á destilarlos, como si de ello dependiese que no siguieran cerrándose las puertas de aquel mercado. El Fisco, al mismo tiempo, acudió á ellos pidiéndoles cuotas contributivas. En 1892 dictóse una nueva ley sobre el impuesto de alcoholes. Dos afirmaciones se hicieron en ella. Por la primera se restablecía el tributo sobre los procedentes del vino (criterio contradictorio de la de 1889); por la segunda se diferenciaba el impuesto según la procedencia de aquéllos (criterio contradictorio de la de 1888). Fijó en 25 céntimos de peseta por grado centesimal el aplicable á los alcoholes procedentes del vino y de los residuos de la uva, y en una peseta el que lo era á los industriales fabricados en España ó que se importasen del extranjero. Dispuso, además, que se expendieran patentes para la venta al por menor. Un año después se dictó la ley de 5 de Agosto, por la que se gravaba el alcohol procedente de la destilación de la uva y sus residuos con derechos de patente de elaboración, graduando el impuesto con arreglo á la capacidad y calidad de los aparatos destiladores. Al alcohol que se obtuviese de la destilación de frutas y melazas y de cualesquiera otras materias, se le impuso 37,50 pesetas por hectolitro. En 8 de Febrero de 1894 se legisló de nuevo, á fin de establecer patentes para la venta al por menor de las mismas materias impondibles.

En 30 de Junio de 1895 determináronse los límites mínimo y máximo de las patentes de elaboración de alcoholes de uva y sus residuos, con relación á la cuota de la contribución industrial exigible.

El Reglamento de 19 de Abril de 1898 es el último cuerpo de doctrina fiscal relativo al impuesto sobre los alcoholes. Véase la tarifa á que se refiere su art. 3.º:

1. Alambiques simples calentados á fuego desnudo, por cada 100 litros de capacidad total de la caldera, 18 pesetas.

2. Alambiques perfeccionados, con calentavinos, por cada 100 litros de capacidad total de la caldera, tengan ó no tubos de retrogradación, 23 pesetas.

3. Aparatos de cualquier sistema de destilación intermitente con columna, por cada 100 litros del 85 por 100 de la capacidad total de la caldera ó calderas y de la columna, 65 pesetas.

4. Aparatos de cualquier sistema ó autor, de destilación continua, por cada 100 litros de capacidad del 85 por 100 de la columna ó columnas, 125 pesetas.

5. Aparatos en los cuales se destila y se rectifica en una sola operación, por cada 100 litros de capacidad del 85 por 100 de las columnas, 135 pesetas.

Los fabricantes de alcohol industrial (todo el que procede de materias distintas de la uva y sus productos ó residuos), pagarán, según el art. 21 de dicho Reglamento 37,50 pesetas por cada hectolitro, cualquiera que sea la graduación.

Nótase desde luego en la variedad legislativa que hemos indicado cierta inseguridad y un tanteo, no terminado aún, de las bases para la tributación alcohólica. No es mucho, pues, que si tratamos de estudiar con documentos oficiales de nuestra Administración los rendimientos de tal impuesto, sólo podamos hallar partidas que lo representen al llegar al año 1888. En ese año encontramos que la recaudación obtenida por el impuesto especial sobre los alcoholes, aguardientes y licores importados del extranjero y Ultramar, y sobre los elaborados en la Península é islas adyacentes, fué de 11 1/2 millones de pesetas, y no se ve, fuera de la que corresponde á los siguientes años, ninguna otra que llegue á ella. La liquidación del Presupuesto de 1889-90, mostró que se había recaudado por el impuesto dicho cerca de 16 millones de pesetas. En 1890-91, lo obtenido fueron 14 millones de pesetas próximamente. En el año siguiente se recaudó 8.824.000. En 1892-93, 3.266.000. En el quinquenio hasta 1897-98 los ingresos oscilaron entre 2.803.000, cantidad máxima correspondiente á 1895, y 1.812.000, cantidad mínima de fines de quinquenio.

En ninguna nación europea se ha visto decrecimiento tan grande. En Inglaterra, en Rusia, en Francia, en Bélgica, las estadísticas dan á conocer la lucha entablada por el fisco contra el contribuyente y la ayuda que los consumidores prestan al productor en frente del Estado.

El tributo y la moralidad.—Palabras de Gladstone.—El caso de Irlanda.

Se ha dicho muchas veces que el impuesto de los alcoholes era un tributo en favor de la moralidad y de la higiene. Mas es necesario distinguir en esta cuestión el aspecto económico del aspecto social.

El Estado no puede salirse de ciertos límites al imponer gravámenes sobre una fuente de riqueza. Podrá dejar un margen pequeño en la *plus value* que se obtenga de la transformación de las materias primeras por la incorporación á las mismas del trabajo, que les dé nuevo valor en cambio; mas no se le puede permitir la detentación arbitraria de los derechos inherentes á la libertad industrial. ¿Qué tiene que ver el Estado que atiende á las necesidades de la nacionalidad mediante la educación del espíritu colectivo con la tutela religiosa en la Iglesia, y la tutela científica en la Universidad, y la tutela moral en las leyes re-

presoras de actos ilícitos, con el Estado que asiste, en virtud de su aparente soberanía dominical para reducir y transformar el dominio privado, á la elaboración de los productos de lícito comercio?

La función fiscal es función recaudadora, no ética. No se comprende que se disfrace una prohibición con un impuesto.

Conviene no pasar por alto lo sucedido en Inglaterra. De 1862 á 1883 hubo en el Reino Unido un crecimiento de población de seis millones y medio. En el mismo período el número de hectolitros de alcohol consumido pasó, de 629.580.000, á 969.500.000. Al aumento en la mitad del alcohol consumido en 1862 correspondió, pues, el aumento en la quinta parte de la población inglesa.

Se han elevado en Inglaterra los tipos de las tarifas para el impuesto de este líquido de tal suerte, que en treinta años han subido 129 pesetas por hectolitro. Pues, á pesar de ello, el consumo disminuyó muy poco en ese plazo, y en cambio, al estacionarse la cuota, en un período de diez años, de 1876 á 1886, hubo en la recaudación del tributo una baja de 100 millones de pesetas.

Gladstone, con gran perspicacia, dijo: «El té entra mucho en los usos domésticos; pronto tendrá el alcohol quien le mande.» En efecto, el consumo individual de la hoja aromática pasó con firmeza desde 898 gramos hasta 2,49 kilogramos, mientras el del alcohol, en treinta años, pasó de 2,76 litros á 2,49. Véase aquí la natural desviación del gusto más que la eficacia del impuesto para derivarle.

En Irlanda el sacerdote católico Theobaldo Mathew prestó un gran servicio á la moralidad. Porter, el estadístico inglés, lo anotó en su libro *El progreso de la nación*, y Stourm, el notable *budgetaire* de Francia lo ha transportado á uno de los suyos.

Mathew hizo propaganda antialcohólica. Predicó contra la embriaguez. Porter dijo, que el éxito de su predicación había sido uno de los acontecimientos más notables de la época actual.

¡Qué efectos tan portentosos los de su palabra! Su elocuencia se reflejó en los resultados numéricos de una estadística.

En el tiempo que Mathew estuvo en el ejercicio de su piadoso ministerio, contúvose el abuso de las bebidas espirituosas. En 1839 consumió Irlanda 283 millones de hectolitros de alcohol.

Al siguiente año esta cifra se redujo á 194. En 1841 sólo se bebieron 169 millones.

Mathew modificó las costumbres de Irlanda.

Con él desapareció la sobriedad de su pueblo.

Comparaciones de consumo y de impuestos.

Hemos dicho antes qué ingreso dejaba en el Tesoro español el impuesto de alcoholes. Hay que advertir que en el millón y ochocientos trece mil pesetas, en números redondos, correspondientes á 1898, están comprendidos los derechos de Aduanas que hubieron de pagar los aguardientes enviados de Cuba y Puerto Rico y los licores importados del extranjero.

En Inglaterra el impuesto sobre alcoholes ha alcanzado recientemente una suma superior á 520 millones de pesetas. En los Estados Unidos se han recaudado más de 450 millones. En Alemania no ha bajado de 187 millones la recaudación del año 1898. En Francia ha producido el impuesto 278 millones de pesetas, y en Italia 30 millones.

Véase ahora los derechos fiscales que se pagan en algunas naciones. En la Gran Bretaña pesa actualmente sobre cada hectolitro de alcohol un impuesto de 536 pesetas. En Alemania la cuota mínima es de 62,50. En Francia la cuota con que se grava el mismo múltiplo de unidad de volumen está representada por 156,25 pesetas; en Italia, por 147,60, y en Bélgica, por 200.

En el consumo anual por habitantes nosotros aventajamos á Italia, donde á cada uno corresponden 60 céntimos, pues en España puede calcularse aquel en dos litros próximamente, y somos superados por Bélgica, Francia, Alemania é Inglaterra. El consumo individual en el primero de dichos países es de 4,55 litros. En Francia desciende 25 centilitros respecto de la cifra anterior. En Alemania toca á cada uno la misma cantidad que en Francia, y en Inglaterra llega á dos litros y 31 centésimas.

Apenas tocan á cada español en el reparto del total tributo de alcoholes 0,10 pesetas. Cada inglés contribuye al pago de la cuota general con 13,08. Cada alemán, con 3,56; cada italiano, con 0,93; cada francés, con 7,22; cada yanqui, con 6,21. En Suecia y Noruega la proporción del reparto por habitante es, respectivamente, 5,36 y 3,21.

Potencia de las dos riquezas alcoholeras en rivalidad.

En Francia, la ley dictada en Junio de 1890 para elevar los derechos aduaneros de artículos que, como el arroz y el maíz, constituían la base de la destilación alcohólica de substancias farináceas, ocasionó una crisis en la producción del alcohol industrial. En el intervalo de tres años, de 1889 á 1892, su fabricación decayó en 384.792 hectolitros. En 1896 produjéronse, sin embargo, 416.530, y en 1897, 484.637. El alcohol de las melazas disminuyó también dicho año en 88.678 hectolitros, á consecuencia igualmente de la elevación del impuesto de Adua-

nas. En 1896 había en Francia 6.214 fábricas de alcohol. En 1897 aquella cantidad se convirtió en 5.062. El menor número de ellas, 12, estaba dedicado á la destilación de las patatas. El mayor número, 2.094, á la del orujo y residuos del vino; 768 trabajaban sobre este caldo; 191 sobre sustancias harinosas; 215 sobre frutas diversas; 282 sobre melazas y remolachas. El alcohol producido en conjunto en 1897 en las 5.062 fábricas, ascendió á 2.209.288 hectolitros. En 1898 el *stock* general de alcoholes en Francia era de 603.615 hectolitros.

En el Presupuesto de 1899 figura como ingreso probable (sección octava de ellos) por el impuesto de alcoholes, la suma de 284.864.000 francos. En nuestras previsiones financieras del mismo año sólo se calculó como cantidad á recaudar por el mismo concepto, la de dos millones de pesetas. En el Presupuesto siguiente se consignó medio millón menos. En el de 1901 un millón y quinientas mil.

En este mismo año se ha publicado la estadística administrativa de la contribución industrial y de comercio correspondiente á 1895-96. Está para terminarse la de 1896-97. Francia ha publicado ya la relativa á la liquidación del último Presupuesto. En aquella estadística se puede ver que en la época á que se refiere había 23 fábricas de alcohol, de granos, patatas, rubia, orujo y líquidos fermentados, en que se empleaba el sistema inglés; 83 fábricas para la misma producción, en que se utilizaban otros aparatos destiladores ó concentradores, y 76 fábricas, en las cuales se valían los productores de alambiques ó alquitaras comunes. Además, contribuían 95, no anejas, para la rectificación de alcoholes de la misma clase. Las cuotas pagadas por las fábricas de alcohol ascendieron á 49.458,90 pesetas. La rectificación del mismo dió 26.870. Mucho más numerosas fueron las fábricas establecidas para la producción del aguardiente (resultado de la destilación del vino compuesto por partes iguales de agua y alcohol). Con calderas de destilación y concentración se registraron 574, que dieron al Tesoro cuotas por valor de 10.250,79 pesetas; con aparatos de sistema inglés 24, que contribuyeron con 8.034,75, y con alambiques ó alquitaras comunes, 1.751, de las cuales sacó el fisco 101.459,50 pesetas.

Estado actual de los beligerantes.

Como se ha podido ver, Francia impuso derechos elevados á la importación de primeras materias que se destilaban para producir el alcohol industrial. Con ello protegía los intereses de los alcoholes vínicos. Pero allí no ha habido la contumacia en la solicitud que en nuestro país hemos visto. La industria alcohólica ha adquirido entre nosotros más importancia que

nunca. Demanda mucha atención porque en ella van comprometidos intereses de hoy y de mañana. Para conocer su desarrollo sirvan las noticias oficiales publicadas recientemente.

En el segundo semestre de 1900 había en España 2.194 contribuyentes por el impuesto del alcohol vínico, asignados á la tarifa 1.^a La capacidad de sus aparatos destiladores era de 1.026.448 litros, y las cuotas que les correspondían sumaban 68.436,10. En la 2.^a tarifa estaban registrados 278 por una capacidad de 237.116 litros y sus cuotas ascendían á 23.076,13 pesetas. En la 3.^a figuraban 360; la capacidad de los aparatos usados era de 517.152 litros y las cuotas subían á 140.453,94 pesetas. Por la tarifa 4.^a estaban sometidos al impuesto 71 vinicultores; la capacidad total de los aparatos industriales era de 88.128 litros, y el producto de las cuotas llegaba á 42.216,13 pesetas. Por la 5.^a sólo constaban 18 contribuyentes; la capacidad de los aparatos era de 20.771 litros, y la suma de las cuotas, de 12.373,05.

Los totales de productores, capacidad y cuotas, fueron, respectivamente, 2.921, 1.889.609 y 281.555,35.

Las cinco provincias que contaron más número de contribuyentes, citadas de mayor á menor, han sido: Ciudad Real, Madrid, Valencia, Zamora y Zaragoza. Aquellas en que dieron más grande capacidad total los aparatos destiladores, Ciudad Real, Valencia, Zaragoza, Badajoz y Alicante. Las provincias en que mayor suma representan las cuotas, hubieron de ser Valencia, Ciudad Real, Zaragoza, Alicante y Albacete.

En 1.^o de Julio de 1900 había existencias de alcohol industrial en las fábricas de España por 1.258.357 litros. Deducidas las extracciones ó adeudos y las mermas en 31 de Septiembre, quedó un *stock* de 1.136.468 litros.

Según la cuenta corriente de alcoholes que la Administración de Aduanas lleva á los productores y almacenistas en la zona especial de vigilancia de las provincias de costa y fronteras, las existencias en 30 de Junio en fábricas y almacenes, eran las que siguen: alcohol vínico: 8.505.959 litros; alcohol industrial, 1.691.310. El primero fué cargo total en el semestre por 47.767.750 litros, y el segundo por 4.205.290.

El proyecto de ayer y el de hoy. — La causa de los vinicultores ante la realidad.

El Gobierno conservador, por medio del Ministro de Hacienda, Sr. Villaverde, proyectó establecer un impuesto por unidad de hectolitro sobre la fabricación de alcoholes, aguardientes y licores con sujeción á la siguiente tarifa: alcohol de vino, 40 pesetas; aguardiente de vino, 25; alcohol y aguardiente de azúcar, 40; alcohol y aguardiente industriales, 50.

No satisfizo á nadie el impuesto diferencial que se creaba. No se atendía en el proyecto á la situación del mercado vinícola, ni se igualaba la condición de los concurrentes, ni se tenía en cuenta que los vinicultores estaban obligados, por culpas que no les eran totalmente imputables, á la quema de los zumos para suplir algo de las pérdidas que les ocasionaba la falta de pedidos. El actual Ministro de Hacienda, Sr. Allendesalazar, ha presentado otro proyecto de tarifa. En él fija un impuesto de ocho pesetas por unidad de hectolitro para los aguardientes de vino; de 15 pesetas para el alcohol de vino, y de 40 pesetas para los demás alcoholes industriales.

Como se ve, se ha hecho una rebaja de todos los tipos, y además se ha aumentado el impuesto diferencial. Esto no satisface aún todos los deseos. Persisten los vinicultores en pedir que haya más distancia entre el tipo de su impuesto y el de los que elaboran alcoholes industriales.

Nos inclinamos á creer que son atendibles los anhelos de los extractores de alcohol vinico. Ya lo hemos dicho antes; la vinicultura, que ha sido la riqueza de ayer, es la riqueza de mañana. La vid es el signo especial de nuestra productividad agrícola. Merecen protección fiscal sus cultivadores contra los peligros de la concurrencia. Sin hallar salida para los caldos, sólo uno de estos caminos pueden emprender: ó pasarlos por el alambique ó arrancar los viñedos. Lo segundo sería una desgracia de la Nación. Lo primero, un modo de capear los temporales que sufre la vinicultura. Hay que pensar más en el vástago que en el racimo, más en la tierra que en el lagar.

Cuál sea la situación de nuestra vinicultura, lo dicen las cifras de nuestro comercio exterior. En 1897 exportó España hectolitros de vino 5.000.352. Ninguna otra nación fué tan favorecida por la demanda. Con esa cantidad y las que exportaron Argelia, Francia, Austria, Italia y Portugal, las salidas llegaron á 14.249.468 hectolitros. En esa suma, la parte correspondiente á España representaban más del 37 por 100 del total. Pero, ¿consiste todo en vender? Lo que más importa es vender á buen precio por la mejora de la mercancía. Por no hacerlo, esos millones no suponen para nosotros la ganancia que supone para Argelia el 26 por 100 de aquella exportación y para Francia el 12 por 100.

El precio medio de un hectolitro de vino en Portugal es 72 pesetas; en Francia cuesta 131; en Italia 27; en Argelia 35; en Austria 58; en España 24.

Reducida nuestra jurisdicción territorial, la crisis sube de punto. Ya comenzábamos á sentir que perdían el aprecio de los extranjeros nuestros vinos, cuando exportábamos cantidades equivalentes á un 67 por 100 de la general antes anotada.

En los diez primeros meses de 1900 hemos exportado 3.322.754 hectolitros de vino, que nos han valido 70.131.095 pesetas. Esa cantidad será sólo un 15 por 100 de nuestra producción media. ¿Es posible que, descontados los hectolitros que se exporten en los dos últimos meses del año, se consuma tal parte del resto que libre de cuidados á los vinicultores, y no les imponga la obligación de destilar mucho para poder sostenerse?

El pleito de los alcoholeros industriales no es derivación de crisis ninguna. Niegan algunos la mayor baratura de las primeras materias. La nueva transformación de los productos rurales—dicen—requiere atmósfera de vida. El Estado, en su concepto fiscal, no puede negarla. Supongamos, no obstante, que se impusiera la disyuntiva de sacrificar unos intereses á otros. Si los vinicultores no destilan el vino, pierden su producto, porque el precio de venta no es remunerador ni puede aumentarse el coste de producción con los gastos de transporte. Si no destilan los productos agrícolas los alcoholeros industriales, la mercancía que es primera materia de sus destilaciones puede hallar salida inmediata. Se atenuará la utilidad remuneradora, pero no queda sin vender, ni está expuesta á las enfermedades del zumo fermentado.

Dícese con repetición que España es un país esencialmente agrícola. Nuestra producción anual de trigo es insuficiente, sin embargo, para las necesidades de nuestro país. No llega á dos millones de hectáreas nuestro terreno de regadío. En él, por cada una de éstas, se producen, por término medio, 18,50 hectolitros; en cambio, en terreno de secano, que es el resto del que se destina á cultivo de cereales, cada hectárea suele producir menos de seis hectolitros. La nación que más produce en Europa, que es Escocia, da 31 hectolitros por hectárea; y la de menos producción, que es Rusia, 9. La insuficiencia de nuestros productos agrícolas es notoria. No pasa nuestra producción media anual de trigo de 32 millones de hectolitros. En 1899 hubimos de importar cuatro millones de quintales métricos.

En los diez primeros meses de 1900 hemos importado kilogramos de trigo 180.156.557, valorados en 41.436.207 pesetas, y 55.152.345 de los demás cereales, que nos han costado pesetas 7.721.326. En cambio hemos exportado 57.522 kilogramos de trigo y 10.694.984 de los demás cereales, valorados, respectivamente, en 18.407 y 4.491.597 pesetas.

Véase, pues, quiénes, y hasta qué extremo, necesitan protección fiscal.

José ROCAMORA

El torrero del faro de Colón

(CUENTO)

I

El torrero del faro de Colón (Aspinwall) había desaparecido misteriosamente. Ya fuese que buscara la muerte en el seno de las olas, ya que éstas lo arrebataran de la roca en que el faro se levantaba, el caso es que no se encontró ni rastro del infortunado guardián. El puesto estaba vacante, y era menester proveerlo cuanto antes, pues la navegación era allí muy peligrosa, y no se podía exponer los innumerables barcos que hacían la carrera entre Nueva York y Panamá á los escollos que tanto abundan en la bahía del Limón. Durante la noche, para orientarse en medio de la niebla densísima de aquellas aguas calentadas por el sol tropical, no había más guía que el faro de Colón, y por esto el Cónsul de los Estados Unidos en Panamá, encargado de proveer la plaza, se esforzaba por hallar, en el plazo angustioso de doce horas, quien pudiera desempeñarla para que no dejara de lucir aquella noche la artificial estrella, consuelo y salvación del navegante.

No era posible elegir al primero que se presentara. Necesitábase un hombre de gran resistencia física y de firmeza moral inquebrantable, conocedor de la transcendencia de sus deberes. Lo peor era que no se presentaba nadie, ni bueno ni malo, que quisiese sustituir al desaparecido. La plaza no tenía codiciosos, porque nadie ignora que entre ser torrero y estar preso es grande la semejanza. El torrero de Colón no podía abandonar la roca más que los domingos. Todas las mañanas tocaba en aquella un bote que llevaba al guardián sus provisiones para el día, y ese era el único contacto del torrero con la sociedad. Por el día era preciso cuidar de las banderas que señalaban las variaciones atmosféricas. Por la noche había que encender la luz del faro y cuidarla, subiendo 400 empinados escalones..... ¿Cómo habían de abundar los que solicitaran de Mr. Isaac Falcombridge, el Cónsul norteamericano, un puesto de trabajo tan rudo, de responsabilidad tan grande y de tan monótono servicio?

Muy viva fué por esto su alegría cuando se le presentó un candidato. Era éste hombre de edad avanzada, acaso setenta años, pero que se conservaba ágil y fresco, con todas las apariencias de antiguo soldado. Sus cabellos estaban blancos ya, y su tez bronceada de criollo contrastaba violentamente con el intenso azul de sus ojos. La primera impresión del Cónsul fué satisfactoria.

—¿De dónde es usted?

—Soy polaco.

—¿Dónde ha trabajado últimamente?

—En muchos puestos y lugares.

—Un torrero debe ser más estable en sus ocupaciones.

—No deseo otra cosa que hallar una colocación en la que permanecer mientras viva.

—¿Tiene usted documentos que acrediten su honradez?

El viejo sacó del bolsillo unos papeles y un trapo de seda arrugado, y descolorido, resto, sin duda, de una bandera.

—Estos son mis títulos—dijo con orgullo—. Recibí esta cruz en 1830; esta otra en la guerra carlista de España; esta en la legión francesa; esta en Hungría..... También me he batido en los Estados Unidos por el Norte contra el Sur; pero allí no dan cruces.

El Cónsul comenzó á leer los papeles.

—Skavinski..... ¿Es su nombre?..... «Dos banderas tomadas al enemigo en una carga á la bayoneta»..... Veo que ha sido usted un buen soldado.

—Y seré un buen torrero, señor.

—¿Sabe usted que es preciso subir y bajar varias veces en el día la escalera de la torre? ¿Resistirán sus piernas ese trabajo?

—He cruzado á pie las llanuras inmensas entre el Este y California.

—¿Conoce usted el servicio marítimo?

—He sido durante tres años tripulante de un ballenero.

—Vamos, que ha hecho usted de todo, y eso es precisamente lo que me disgusta, la inestabilidad de usted.

—¿Por qué?..... Tal vez sea mi sino la causa de ello.

—Temo que tenga usted demasiada edad para este nuevo oficio.

—¡Ah, señor!—exclamó el viejo con viva emoción, que alteraba su voz—. He sufrido mucho; he pasado por situaciones terribles, y ese puesto colma todas mis aspiraciones. Soy viejo, y necesito encontrar algo definitivo. ¡Sería tan dichoso si pudiera decirme á mí mismo: ¡Aquí podrás quedarte; has llegado al puerto! Esto no depende más que de usted, señor Cónsul. Colocación como ésta acaso no se me vuelva á presentar. ¡Creo

que el hallarme ahora aquí es lo único que tengo que agradecer á la fortuna! Si se me niega este último refugio, estoy perdido. Soy un hombre de bien, y estoy ya rendido de esta fatigósima peregrinación por el mundo.....

Los ojos del viejo suplicaban con tanta amargura y revelaban tal aflicción sus sollozos, que el Cónsul se conmovió hondamente, y le dijo:

—Está bien..... Queda usted admitido como torrero del faro de Colón.

El semblante del polaco se iluminó por inefable regocijo.

—¡Gracias, señor, gracias!

—¿Puede usted ir al faro hoy mismo?

—Sí, señor.

—Hasta luego, pues; pero no olvide usted que la más leve falta en el servicio, significa la pérdida inmediata é irremisible del empleo.

—Lo sé.

Aquella noche, al desaparecer el sol por el otro lado del istmo, sucediéndole instantáneamente las sombras de la noche, los rayos brillantes del faro difundieron por el mar su luz de esperanza: El nuevo torrero ocupaba su puesto.

La noche estaba en calma: el recogimiento de la Naturaleza era absoluto, tranquilo su sueño. Una neblina transparente, como velo de desposada, flotaba en la atmósfera y formaba alrededor de la luna un círculo coloreado como el arco iris. La marea subía, y el mar se agitaba apaciblemente.

Skavinski, asomado al balcón que rodeaba la linterna, parecía un punto negro. Trató de concentrar sus pensamientos; pero su espíritu, conturbado por la emoción de aquel ensueño de paz realizado, no obedecía á la realidad. Imaginábase semejante á una bestia perseguida de todos, que al fin hallaba refugio en aquel islote inaccesible. Había llegado para él la hora del sosiego, la hora del sueño reparador para su alma, rendida de cansancio y de incertidumbre. Invadíalo un sentimiento de inefable dulzura al verse en aquella roca aislada, donde podía tranquilamente recordar las aventuras de su vida errante y las desdichas de su existencia borrascosa. ¡Habían acabado para él las preocupaciones por lo porvenir!

Porque los cambios de que había hablado á Falcombridge no eran sino mínima parte de su vida. Diríase que la desventura de una maldición lo había perseguido siempre..... Apenas levantaba la tienda y encendía el hogar, la tormenta de un infortunio barría la tienda y dispersaba las brasas del hogar.

Desde aquel punto culminante de la tierra colombiana parecía contemplar su vida entera. Había acampado en todas las partes del mundo. Había sido minero en Australia, y había

buscado diamantes en el Sur de Africa, y había estado en la India. ¡Cuántos que trabajaron menos que él, con menos fe y menos previsión, habían triunfado donde él siempre sucumbiera! Creó una granja en California, y una sequía lo arruinó. Intentó comerciar con las tribus del interior del Brasil, y sus barcos, cargados, naufragaron en el Amazonas. Sin armas, y casi sin ropa, vivió durante muchas semanas en los bosques, alimentado con frutas salvajes y expuesto á cada momento á las acometidas de las fieras. Instaló una fragua en Arkansas, y todo lo perdió en un incendio que destruyó la población. En las montañas roquizas fué prisionero de los indios, y por casualidad se salvó de la muerte. Tuvo en la Habana una fábrica de tabacos, y su asociado lo despojó de todo mientras él agonizaba de la fiebre amarilla.....

Al fin llegó á Colón, donde le parecía que debían terminar sus miserias. ¿Quién podría herirlo en aquel islote separado del mundo? En realidad, los hombres, el mundo, no le habían hecho mucho daño; pero la Naturaleza sí. Los cuatro elementos parecían desatados contra él.

Para endulzarle sus amarguras le decían que tenía «mala sombra», y él acabó por creerlo, considerándose víctima de la fatalidad, que jamás lo dejaría de la mano. Pero no se abatía á tantos golpes repetidos, y él, que había afrontado tantas veces la muerte y conocido todas las miserias de la tierra, conservaba en el alma delicadezas de niño, ingenuidades de confiada juventud. Se pasaba el invierno haciendo proyectos para el verano, y veranos é inviernos corrían sin que Skavinski consiguiera más que nuevas penas, nuevas caídas y nuevas canas.

La nostalgia se apoderó de él. Una golondrina, la nieve de una montaña, una música melancólica, todo le recordaba la patria remota y encendía en su corazón el deseo de un rincón sosegado y definitivo. Errabundo y sin domicilio siempre, soñaba con aquel rincón en que pudiese esperar en paz el término de su accidentado viaje sobre la tierra.

Lo había ¡por fin! encontrado, y se resistía á creer tamaña felicidad. Transcurrieron las horas sin que él las sintiera. Parecía que se asomaba por primera vez al mar, puesto que podía contemplarlo sin temor. La linterna del faro rompía las sombras de la noche con triángulo resplandeciente de luz, y los ojos del viejo llegaban más allá de lo que el faro iluminaba, y se perdían en la obscuridad profunda y misteriosa del horizonte.

Las olas, cada vez más altas y más bravas, se estrellaban en la base de la torre, y la luz del faro arrancaba á las crestas de espuma chispas de plata. La marea subía, y el mar se alborotaba, tornándose violenta su voz, antes apacible, rugido fie-

ro el murmullo suave. Parecía á Skavinski que en los acentos del monstruo percibía estampido de cañones, ruidos de selva, el murmurar sordo y prolongado de la muchedumbre. Alzóse el viento, deshizo la niebla, y del fondo del horizonte surgieron negros nubarrones, que ocultaron por completo la luna, y lo amenazaban todo con la fiereza de la tempestad.....

.....Estalló al fin..... A lo lejos apareció una luz verde, la de alguna linterna que en lo alto de un mástil señalaba un barco en peligro.

El torrero bajó á su cuarto, desde el cual apenas sentía, al través de los gruesos muros, el mujir de las olas. ¡Mejor se percibía el tic-tac del reloj! Y el viejo durmió, en aquella noche de tormenta y en aquel islote solitario, el primer sueño tranquilo de su vida.

II

Pasaban horas, días y semanas. El faro era para Skavinski casi una tumba. Los marinos aseguran que, á veces, durante la noche, suben del mar voces que los llaman por sus nombres. Cuando se llega á viejo, acaso se sientan voces análogas que suben de un mundo más profundo y misterioso que el mar.....

Nada tan monótono como la vida en la torre de un faro. Si un joven se presta á ese servicio, lo abandona apenas lo conoce. Por esto los torreros son generalmente gente de avanzada edad, hombres tristes, reclusos en sus propios pensamientos. Si dejan su profesión para volver á la vida ordinaria, van como atontados, como si se despertasen de un sueño largo y pesado. Entre el cielo y el mar, el alma del hombre se pierde aplastada entre dos infinitos. El trabajo maquinal del oficio, casi automático, no le saca de las hondas meditaciones ó de la soñolencia gris en que se zambulle su espíritu. Los días se suceden siempre iguales, como pasan por entre los dedos del devoto las cuentas del rosario bendecido.

Y, sin embargo, Skavinski era feliz como no lo había sido nunca.

Se levantaba con el alba, almorzaba y limpiaba los cristales de la linterna. Después se sentaba en el balcón de la torre y paseaba los ojos por la inmensidad del mar, sin cansarse nunca del constante espectáculo.

Algunas veces veía á lo lejos las velas blancas de los barcos, hinchadas por la brisa y brillantes como las alas de los pájaros bajo el sol deslumbrador. Más lejos, grandes vapores desfilaban en líneas paralelas, despidiendo penachos de humo, como homenaje á Dios en el templo ilimitado de la Naturaleza..... Por el otro lado del balcón Skavinski distinguía el puerto de Colón con el bosque sin hojas que simulaban los palos de los barcos.

Más allá, detrás del puerto, los ojos del solitario percibían las casas blancas y las torres de la población, destacándose claramente en la límpida transparencia del cielo. Desde aquella altura las casas parecían nidos de gaviotas, conchas frágiles los navíos y los hombres hormigas errantes sobre las blancas y polvorientas calles de la ciudad.

A las seis de la tarde el movimiento del puerto acababa. Las gaviotas se escondían en las grietas de las peñas, y las mismas olas parecían calmarse y descansar de la jornada. Sobre la tierra, sobre el mar y sobre la torre misma del faro extendíase la paz como sombra bienhechora. En tal momento apoderábase del viejo dulcísima melancolía. Gozaba las delicias de aquel sosiego por que tanto había suspirado, y el pensamiento de que durase siempre colmábase de satisfacción. ¿Qué más podía apetecer? Skavinski confiaba en sí mismo. Si los hombres construyen asilos para inválidos—pensaba—, ¿por qué no ha de hacerlos Dios para aquellos que no ampara la sociedad?

Cada día se acostumbraba más y se avenía mejor con aquella vida, y todos sus amores se concentraban en aquella torre, en aquel faro, en aquellos bancos de arena, en aquella soledad y en aquellas blancas gaviotas que con él la compartían. Daba á éstas los restos de su comida, y ellas le rodeaban con una nube de alas blancas y le seguían en sus paseos alrededor de la torre, y Skavinski parecía en medio de ellas un pastor en medio de su rebaño. Cuando bajaba la marea paseábase por la lengua de arena que quedaba al descubierto y se entretenía en recoger las conchas que las olas habían dejado. Por la noche, cuando alumbraba la luna, buscaba en los huecos de las rocas los peces que allí habían depositado las aguas al combatirlos.

Al mediodía, cuando la atmósfera estaba clara, veía el istmo de lujuriosa verdura. Aquella vegetación espléndida parecía el su jardín. Los cocoteros y los plátanos formaban gigantescos ramos, que mecía la brisa..... Entre Colón y Panamá se extendía un bosque inmenso. Ayudado por los gemelos de mar, el viejo distinguía entre las ramas legiones de monos y bandadas de pájaros multicolores que se alzaban sobre los árboles como movable arco iris.

¡Cuántos recuerdos trágicos evocaba aquel bosque en la memoria de Skavinski, que ahora tranquilamente lo contemplaba! ¡Qué bien conocía él los peligros escondidos bajo tanta belleza! ¡Cuántas veces se despertó sobresaltado por el rugido del jaguar; cuántas se espantaron sus ojos al ver enredadas como lianas á los árboles terribles serpientes; cuántas miró surgir de un lago apacible feroces cocodrilos! Y debajo de cada hoja, venenosas arañas gigantescas, y en todas partes nubes de mosquitos ponzoñosos é insaciables. ¡Cómo había sufrido en el

seno de aquellos esplendores siniestros que ahora miraba sonriente desde lo alto de su torre, inaccesible para los hombres y para las fieras!

Los domingos dejaba el islote durante algunas horas. Se ponía su traje azul con botones plateados y al pecho todas las cruces y cintajos conquistados en su vida militar. Erguía con orgullo la blanca cabeza cuando al salir de misa oía decir:

—El torrero debe de ser un valiente, y no es hereje.

Cuando acababa la misa volvía a su torre satisfecho de que la sociedad y el continente no tuviera ya atractivo alguno para él. Completaba su descanso dominical con la lectura del periódico español que compraba en Colón y de algún número del *New York Herald* que le regalaba el Cónsul.

¡Con qué avidez buscaba noticias de su vieja patria! Aquel corazón, aislado en una roca, latía siempre de entusiasmo al recuerdo del país natal. Algunas veces hablaba un rato con el patrón de la barca que le llevaba todas las mañanas sus provisiones de boca.

Al cabo de algún tiempo hizo mayor su aislamiento. Ni iba a tierra los domingos, ni leía periódicos, ni conversaba con el patrón Juan. Pasaban semanas enteras sin que hubiera de su existencia más datos que la luz que todas las noches, indefectiblemente, aparecía en lo alto de la torre, mostrando al navegante un camino seguro. El mundo había desaparecido para Skavinski.

No era que se hubiese agravado su nostalgia. Estada completamente resignado con su sino y hecho a la idea de que en aquel rincón debía esperar la muerte. Hacíase más místico cada día, más fervoroso creyente. Sus ojos tenían la expresión candorosa de la primera infancia, y muchas veces quedábase como en éxtasis mirando al horizonte. A cada momento perdía algo de su personalidad bajo la presión de lo infinito del cielo y de lo infinito del mar, que por todas partes lo rodeaban. Complacíase en aquel inmenso misterio de la Naturaleza, y su espíritu se envolvía con él, como con suavísimo manto de plumas, encantado de aquella inconsciencia que participaba de las dulzuras del sueño y de la consoladora manumisión de la muerte....

III

Pero llegó la hora de despertar. Una mañana, cuando Skavinski bajó de la torre para recoger las provisiones que el bote le había dejado, halló junto a ellas un paquete. Vió en éste un sello de los Estados Unidos, y su nombre en gruesos caracteres..... Abrió el paquete con anhelosa curiosidad y encontró unos libros. Cogió uno, leyó la portada y sus manos temblaron de emoción y se le nublaron los ojos..... Creía soñar. Era un

libro polaco. ¿Qué quería decir aquéllo? ¿Quién le enviaba tal libro?

No se acordaba de que, recién llegado á su puesto, había visto en el *Herald* que se estaba formando en Nueva York una Sociedad de polacos y que le había enviado la mitad de su sueldo..... La Sociedad le remitía como recuerdo aquellos libros.

Skavinski no volvía de su asombro. ¡Libros polacos en Colón! ¡En aquel faro! ¡En aquella soledad! Era aquello extraordinario, milagroso. Se sentó un momento, cerró los ojos seguro de que cuando los abriese todo aquello que le parecía un sueño habría desaparecido..... Pero no, el paquete estaba allí, y delante de sus ojos el libro abierto, alumbrado por el sol. Conteniendo la respiración hojeó el volumen: eran versos. Un libro de Mickiewicz, el primer poeta polaco, uno de los más grandes del siglo, y algunas de cuyas composiciones había leído en París el pobre viejo.

En sus aventuras de América, Skavinski había encontrado muchos compatriotas, pero no había tropezado con libro alguno en polaco. Volvió la primera página con cierto temor. Parecía que en su rincón solitario iba á ocurrir un suceso excepcional.

Todo estaba en calma y silencio. Las campanas de Colón anunciaron las cinco de la tarde. Ni una nube obscurecía el cielo. Sólo algunas gaviotas interrumpían su límpido azul. El océano parecía dormido. Las olas se tendían muellemente sobre la arena de la playa. La ciudad cercana descansaba. Había en todo aquello, que también se avenía con el estado de ánimo del viejo, algo solemne y misterioso.

Su voz temblorosa resonó en aquel silencio imponente, leyendo con grave entonación, como para mejor enterarse:

«Tú eres mi vida toda, ¡oh mi tierra de Lituania!

¿Quién apreciará mejor que el que está lejos de ti tu belleza encantadora, tal como yo la soñaba hoy en impetuoso arranque de simpatía y de amor?.....»

Tembló la voz de Skavinski. Las letras bailaban delante de sus ojos. Un profundo suspiro se escapó de su pecho angustiado. Su corazón saltaba y su garganta se apretaba convulsivamente. Logró serenarse y siguió leyendo:

«He vuelto hacia ti mis ojos desolados, mi santa patria, y fortificado por tu imagen marchó sin vacilar hacia tu suelo bendito. ¡Gracias, Dios mío, por esta nueva fuerza que me presta el recuerdo de la tierra natal!.....»

A pesar suyo, las lágrimas velaron los ojos del viejo y no pudo resistir más tiempo la emoción violenta que se apoderaba de él. Se tendió sobre el suelo sollozando y sus blancos cabellos se mezclaron con las arenas del mar..... ¡No había visto su

tierra desde hacía cuarenta años, y hacía muchos que ni siquiera oía hablar de ella, y aquellos dulces y elocuentes recuerdos iban á buscarlo á otro mundo, al través de los mares que lo separaban del terruño inolvidable!

No lloraba de tristeza, no, ni bajo el azote de una desgracia, sino de repentina é inmensa ternura que invadía todo su sér y ante la cual nada existía sobre la tierra. En muda y conmovida oración pedía á su patria que le perdonase por haberse aficionado tanto á aquel islote solitario, por el cual la había abandonado. El recuerdo volvía al conjuro de aquel poeta y embargaba su espíritu, inflamando de alegría su corazón.

Pasaban las horas y Skavinski permanecía inmóvil. Las gaviotas revoloteaban alrededor de él y se quejaban de que las hubiese olvidado, alarmadas acaso de la inmovilidad del viejo. Era la hora de la comida. Sus amigas le acariciaban los blancos cabellos y Skavinski se levantó, dió todas sus provisiones de aquel día á las alborotadas gaviotas y volvió á su libro.

El sol alcanzaba ya los jardines y el bosque de Panamá, para esconderse detrás de ellos, en el otro océano; pero aún había luz en el Atlántico. El viejo siguió leyendo:

«Transporta mi alma apasionada hacia aquellos montes empinados, hacia aquellas verdes praderas.»

La obscuridad cubrió las letras. Skavinski apoyó la cabeza en una roca y cerró los ojos, y su alma apasionada voló hacia las verdes praderas del poeta. Vió el cielo dulce de su país, las regiones encantadas de la patria querida. El rumor de los pinos vibró en sus oídos, las fuentes del bosque murmuraban tiernamente á su lado. Creía ver cada uno de los rincones de la tierra bendita, y cada uno evocaba en él un recuerdo: los campos, los árboles y los pueblos. Si, ¡se acordaba, se acordaba de todo con deleite!

Vino la noche cerrada. La linterna del faro debía escudriñar con sus rayos poderosos las sombras del mar; pero el torrero estaba muy lejos de allí, en su aldea polaca, arrullada por la poesía y por el infortunio. Baja la cabeza, Skavinski soñaba, desfilando ante sus ojos amadas imágenes. No veía la casa en que había nacido, porque la guerra la había destruído antes de su partida. No veía á sus padres porque habían muerto cuando él era niño. Pero la aldea estaba como cuando vivía en ella, las casas en línea con sus ventanas alumbradas por las llamas del hogar, el molino, los dos estanques, todo, hasta el ladrar incesante de los perros en guardia durante la noche.

Recordaba, como si fuese aquella, una noche en que estuvo él de guardia en su pueblo. Parecíale sentir sobre su cuerpo el uniforme del hulano. Escuchaba como entonces el canto y las danzas y las risas de la taberna. Percibía el ruido de sus pro-

pías botas, cuando por cambiar de postura se desmontaba del caballo..... Pasaban las horas, y en su sueño de recuerdos como en la realidad, la bruma impenetrable cubría el campo y los caminos..... Pasaban más horas, y oía el canto matutino de los pájaros. La noche era fresca y tranquila, como las noches de Polonia. El rumor de los pinares simulaba el rumor del mar..... Un resplandor muy vivo surgió por el Este, rompiendo la niebla. Los gallos comenzaron a concertar sus voces al través de las empalizadas de los corrales. Las cigüeñas volaban muy alto..... El hulano se desentumecía sacudiendo el sueño y el frío. Le habían dicho que al día siguiente habría batalla, y en las venas le hervía la sangre de la mocedad..... El resplandor que venía del Este desvaneció por completo las sombras; las casas, los árboles y el molino tomaron sus formas propias, y todo sonreía bajo la bendición del rocío en la tierra amada, en la patria única é inmortal.....

De pronto una voz energética se dirigió Skavinski:

—¿Qué hace usted ahí? ¡Levántese! ¿Qué le ha ocurrido?

El viejo abrió los ojos y miró con espanto al hombre que le hablaba. Su sueño acababa en la realidad; aquél se desvanecía, y delante de Skavinski estaba el patrón Juan, su único vínculo con el mundo.

—¿Qué ha pasado? ¿Está usted enfermo?

—No.

—No ha encendido usted la linterna y está usted destituido. Un barco acaba de naufragar en las rocas. Dé usted gracias de que nadie haya perecido, pues de lo contrario sería usted procesado. Venga usted conmigo..... Lo demás se lo dirán en el Consulado.

El viejo palideció. Era verdad, no se había acordado de encender la linterna del faro.....

.....Algunos días después, Skavinski se hallaba sobre la cubierta de un barco que iba de Colón a Nueva York. Había perdido también su puesto de torrero. Otra vez se abrían delante de él caminos desconocidos. Otra vez era juguete del viento, aquella pobre hoja seca, ignorante de cuál sería la tierra en que había de pudrirse.

El viejo había decaído mucho en aquellos días de su última desgracia. Estaba encorvado; pero sus ojos azules brillaban más que nunca, porque llevaba consigo, sobre el pecho, el libro de Mickiezbicz..... De cuando en cuando lo apretaba amorosamente, como si temiera que al perderlo perdería lo único que le quedaba en medio de tanta ruina, el recuerdo de la patria.....

ENRIQUE SIENKIEWICZ

Traducción directa por ***

La política en Inglaterra

Londres, Diciembre de 1900.

Termina el siglo XIX dejando planteados problemas políticos de interés supremo, que habrán de resolverse á costa de la vida de algunos pueblos y de modificaciones transcendentales de otros. Nuevas fuerzas, destructoras cuando sean desconocidas ó contrariadas, salvadoras si llegan á ser comprendidas y aplicadas, empujan el complicado conjunto de la civilización moderna por caminos difíciles. Desde el Renacimiento hasta los presentes días, la masa de la población universal progresiva ha afianzado la constitución de las nacionalidades. Las ideas que llaman los alemanes «antiguo-nuevas», aquellas que, procediendo de la antigüedad clásica, convirtiéronse en contemporáneas, pasando á través de la Edad Media para entrar en combinación con elementos recientes, avanzan en su evolución hacia la solidaridad de la patria, y tras de ésta hacia el imperialismo.

Napoleón, adelantándose á su tiempo, se estrelló contra el sentimiento nacional, y los países más favorecidos por el adelanto lograron, ya hace años, definir claramente su carácter distintivo. Otros genios menos grandes van con paso más seguro, realizando aspiraciones parecidas. La Gran Bretaña quiere ser Cartago con el poderío romano; Alemania, por boca de su Emperador, y desde la puerta Cumana, reclama para sus súbditos los privilegios que en todo el mundo hacían valer los Césares; Rusia, traería otra vez á la historia la existencia de Bizancio; Francia pone sus ideas en un Carlomagno africano; los Estados Unidos ensánchanse por donde pueden. Sólo los Estados «moribundos» y «decadentes» carecen de pretensiones, y, si los dejaran, contentaríanse con vivir en sosiego.

¿Cuántos, entre ellos, lo lograrán? Los síntomas no son tranquilizadores. Las teorías internacionales en boga no son respetuosas con el débil ni con el retrasado. Lord Salisbury lo ha dicho: «Las naciones decadentes significan un peligro para la paz universal, porque excitan los apetitos de los vecinos.» Y aún va más allá el propósito. «La enorme expansión de población que sigue á la mejora social, como su consecuencia, y los

enormes adelantos en los medios de producción, justifican las invasiones de territorios.» «A medida que el mundo va quedando más poblado, la riqueza natural de las regiones remotas deben ser utilizadas en beneficio de la Humanidad, y si una nación, ó tribu, por el empleo de métodos anticuados de producción, ó por el olvido completo de ciertas partes de sus recursos, tales como minas y bosques, se coloca en el camino de esta necesidad primordial, dicha nación ó tribu debe pasar á estar bajo la tutela de aquella que haya de obtener de la tierra la mayor cantidad.» El corolario es que, «de cualquier manera, el mundo debe estar gobernado de modo que el capital pueda, en todas partes, ser empleado con seguridad, y que los trabajos industriales puedan ser ejecutados sin dificultades ni molestias creadas por los naturales.»

Hasta qué punto prevalece la agresión, pruébanlo proposiciones tan absolutas cual las del distinguido publicista Mr. William Harvey Brown: «Es ley inexorable de progreso—dice—que las razas inferiores han venido á la existencia para el propósito de servir á las superiores. Si se niegan á servir las, están, necesariamente, condenadas á morir.» Concretando la opinión sustentada al caso particular de Inglaterra, el público halla justificadas las siguientes afirmaciones del profesor Edward Dicey: «En cualquier parte del mundo en donde los intereses británicos estén comprometidos, me declaro en favor de su mantenimiento y fomento, aun á costa de la anexión y á riesgo de la guerra. La única restricción que admito es la de que el país que deseemos anexionar, ó tomar bajo nuestra protección, las demandas que sostengamos y la causa por que nos decidamos hayan de conferir ventaja tangible al Imperio británico.»

Pero otros imperios han logrado también ganar en grandeza y poder. En algunos de ellos la vitalidad acaso sea superior, y en el orden natural de las cosas ha de haber contienda de hegemonía. Con razón, pues, sospecha el actual Presidente del Consejo de gabinete de S. M. la Reina Victoria, que los comienzos del siglo xx han de presenciar luchas internacionales más importantes aún que las que ensangrentaron los primeros años del que habrá terminado dentro de pocos días. Para los desgraciados no queda otra esperanza que la de meterse libremente con el propio esfuerzo por la senda abierta de los Estados modelo. Se ha visto: el derecho de estorbar no está reconocido. Al que no se desenvuelva, al que no desarrolle sus industrias, no se enriquezca y vigorice y no ofrezca bocado muy duro á los demás, se le considera merecedor de corrección. ¿Cabe desconocimiento de la realidad más completo que el expuesto en la frase «desentenderse de las cuestiones exteriores?» Para lograrlo precisaría ante todo contar con la voluntad ajena.

Enterarse es el recurso posible. Comprendiéndolo así, sin duda la revista NUESTRO TIEMPO desea para sus lectores noticias fidedignas respecto de la política inglesa.

Inglaterra atraviesa en estos momentos por una crisis nacional, cuya solución habrá de prepararla para empresas nobilísimas si se enmienda, ó para aplastar en su caída muchas víctimas, sin que el número de éstas haya de salvarla, porque lleva veneno en las entrañas.

Apertura del Parlamento.—Chamberlain, atacado.

El nepotismo.—Crueldades de la guerra.

Ha de dar los primeros pasos en el Parlamento, reunido el pasado lunes 3 de Diciembre, cuando vuelva á celebrar sus sesiones en Febrero.

Hasta entonces no le serán presentados por el Gobierno los proyectos de ley que la opinión dominante reclama. La legislación, abierta de acuerdo con la *real proclama*, no ha de ocuparse más que del «despacho de asuntos diversos, urgentes é importantes».

Constituido definitivamente con todas las solemnidades de troquel antiguo, que le dan sabor arcaico, después de haber elegido por aclamación su Presidente, que no es cargo político, dió comienzo el día 6 á la discusión del Mensaje de gracias á la Corona por el discurso leído *en comisión*. Como si éste anunciara desde luego otros tiempos, ha tenido forma inusitada. «Midores y caballeros—rezaba—: Ha sido preciso buscar recursos para atender á los gastos originados por las operaciones de mis ejércitos en el Africa del Sur y China. Os he convocado para que os juntéis en sesión especial, á fin de que otorguéis vuestra sanción á las disposiciones exigidas para este propósito. No me ocuparé de ningún otro asunto público que requiera vuestra atención, hasta la junta ordinaria del Parlamento en la primavera.»

Claro es que documento tan escueto había de parecer mal al *leader* de la oposición liberal en la Cámara de los Comunes. Lo halló no solamente breve, sino frío. A su juicio, las antiguas frases y formas, aunque pedantes, encierran grande importancia, porque se relacionan con principios políticos, que debieran ser conservados incólumes. La Cámara tiene derecho á estar enterada de lo que toca á las relaciones internacionales, y respecto á las mismas nada se menciona. La concesión de recursos pecuniarios es privilegio especial de los representantes comunales, y se ha omitido dirigirse á ellos aparte. Ni siquiera se se invocan las bendiciones de Dios Todopoderoso en ayuda de las deliberaciones: probablemente, teme sir Henry Campbell

Bannerman, porque se habrá pensado que las minorías no han de ser redimidas ya ni con oraciones. «*Paga, paga, paga*, es cuanto se desprende del discurso, y ésta es la política del Gobierno, revelándose la precipitación con que en todo procede por el hecho de que en las cuestiones de la Hacienda, lo mismo que en las demás, los acontecimientos se adelantan á las previsiones.»

La oposición tenía que liquidar las cuentas de la disolución del Parlamento anterior, y no ha andado perezosa en el ataque. Lord Rosebery, en la Cámara de los Lores, no podía explicarse por qué el Gabinete, teniendo á su lado una mayoría avasalladora de 130, se decidió á convocar al cuerpo electoral. A pesar de todas las faltas en que la oposición haya incurrido en la Cámara popular, jamás podrá ser acusada, con justicia, de obstruccionista en cuanto á la guerra, entorpeciendo la concesión de recursos. «Jamás acudió á los manejos de los tiempos azarosos de Pitt. La última votación recayó con motivo de una proposición para reducir el sueldo del Secretario de las Colonias, y equívalla, por consiguiente, á un voto de censura contra él, como inspirador de la conducta seguida en el Africa austral, y aun en aquel momento sólo unos 30 fueron contra el Gobierno. La mayor fracción de los liberales lo apoyó; la que le seguía en número se abstuvo. ¿Cuál fué el objeto del acuerdo? ¿Presentar al mundo un país unido, representantes sin divergencias en cuanto á la guerra, de manera que los boers no citaran esperanza alguna en el apoyo de la minoría? La razón no satisface. Si ésta hubiera sido la alegada, Mr. Chamberlain no habría advertido á los electores que el voto en favor del candidato de oposición era el voto amigo de los boers y traidor á la patria.»

Lo que se propuso Mr. Chamberlain, al entender de los liberales, fué ganar un éxito de partido, con grave desconsideración de los respetos mutuos que hasta ahora se han guardado mayoría y minorías. Trató de ganar el favor parcial de la exaltación patriótica en circunstancias en que las listas electorales, por lo avanzado del año, privaban á muchos del ejercicio de la función, efecto de los cambios de domicilio. Y la prueba de que los motivos son nimios, la encuentra sir Henry Campbell Bannerman, en que, lejos de haberse puesto fin á la guerra, con el aumento de la mayoría ha coincidido éste con el recrudecimiento de aquélla. Lo hecho no infringe la Constitución; pero afecta gravemente la moralidad política, que siempre ha buscado en la sanción de los comicios el veredicto de un jurado libre de apasionamiento. Quien aconsejó la disolución será un político sagaz, nunca un hombre de Estado. «Por primera vez, durante el siglo presente, ha dejado de procurarse que

emita el público, en el mayor número posible, su opinión. La pureza del sistema está empañada. El iniciador de la práctica no pertenece á la antigua escuela, que en toda ocasión aconsejó á la Corona soluciones indicadas por el Parlamento.»

Con tales resentimientos, el encuentro entre Mr. Chamberlain y los liberales, en rigor lógico, debía ser un duelo. Así ha resultado. El ataque que aquél recibió en la noche del 6, fué furioso y acabó en escenas violentas. Al prometer que la Cámara había de oír de su boca la verdad, alguien le interrumpió advirtiéndole que sería la primera ocasión, vengándose el Secretario de las Colonias con llamar *cochero* al que le denostaba. El debate del día 10 sobre los intereses que dicho hombre público tiene en Compañías que contratan con los departamentos ministeriales, revistió igual carácter personalísimo. Pero, en parte, la culpa del mismo es grave. No lo es porque el Ministro esté agobiado por la acusación de que convierte en provecho propio las influencias de su alta posición. No; nadie cree semejante absurdo. En sus palabras de angustia é indignación habla acentos de dignidad y verdad al lamentarse de lo horrible de haber pasado veinticinco años de vida parlamentaria para verse obligado ahora á decir que no es ni un ladrón ni un bandido.

Lo que ha ocurrido á Mr. Chamberlain es lo que siempre ocurre cuando, con ligereza, se emplean malos medios para conseguir éxitos momentáneos. Enseñó el sistema á los contrarios. Al ser nombrado, por los liberales, lord Rosmead supremo comisionado en el Africa del Sur, lo combatió con todo el fuego de su pasión política. «Admito — argüía — que en ninguna circunstancia sir Hércules Robinsón ha de dejarse guiar por su contacto anterior con estas especulaciones (las de las acciones de la South African Company, que aún poseía). Pero algo más es de esperar de la persona que ha sido designada para representar á S. M. la Reina en un Gobierno colonial. No solamente es preciso que sea pura, sino, como la mujer de César, debe, también, estar libre de sospechas.» Poco tiempo hace aseguró en la misma Cámara que «ni directa ni indirectamente hallábase interesado en Compañías que contratasen con la Administración». Lo han herido con sus propias armas. Le han demostrado que conserva, al par que su hijo Mr. Austen Chamberlain y otros individuos de la familia, acciones y obligaciones de Sociedades dedicadas á la fabricación de material de guerra. La habilidad de las oposiciones es digna de censura; implica únicamente la satisfacción de unas horas.

Mayor alcance logran las acusaciones contra lord Salisbury. Un unionista *ministrable*, Mr. Bartley, llamó la atención de la Cámara hacia la feliz coincidencia de que el Presidente del Consejo sea cabeza de una familia entera de estadistas con ejercicio

de poder. El primer lord de la Tesorería, Mr. A. J. Balfour, y el Presidente de la Junta de Comercio, Mr. G. Balfour, son sobrinos suyos; el primer lord del Almirantazgo, lord Selborne, es su yerno; el Subsecretario de Negocios Extranjeros, lord Cranborne, es su hijo. Entre los cinco suman la cuarta parte del Gabinete, que consta ahora de 20 miembros. En la próxima Navidad, y cuando el venerable anciano que preside los destinos del Imperio británico, los convoque alrededor de la mesa de su residencia de Hatfield, podrá dictar acuerdos, porque el *círculo interior* que, por práctica establecida ahora, vigila y unifica la acción ministerial, se hallará reunido. Predomina el *Hotel Cecil unlimited*.

Hasta aquí el espectáculo. Principia la parte seria. Lo realmente parlamentario de la breve sesión que el *leader* de la mayoría se propone terminar el sábado 15, fué la proposición inspirada por los liberales imperialistas y debatida el 7. Domina, al menos entre muchos, la idea de que la guerra del Africa del Sur ha llegado á ser llevada con brutal espíritu de venganza. Ni lord Salisbury, en la Cámara de los Lores, ni Mr. Balfour, en la de los Comunes, ofrecieron declaraciones que descubriesen á los boers las condiciones en que sería aceptada la sumisión. Mr. Emmott, en su consecuencia, estimó oportuno, con el apoyo de las demás fracciones liberales, exponer humildemente á S. M. «que conduciría á la pacificación de los territorios conquistados y á obtener buenas relaciones, en lo futuro, entre las razas europeas de Africa, en general, si fuesen tomadas medidas para asegurar la libertad y propiedad de los que están en armas que se rindiesen; para constituir aquellos países, y para promover la reconciliación y bienestar de sus habitantes, anunciándolas todo lo antes posible.»

El correo, aunque sujeto á la censura durante algún tiempo, ha salvado mejor los obstáculos que el telégrafo. Por cartas del Ejército de operaciones, se ha conocido horrores de dos clases: los cometidos por la indisciplina, especialmente de los coloniales, y los perpetrados con deliberación oficial, sin más objetivo que el de ganar por el terror lo que el patriotismo niega. «Durante los primeros meses de la guerra—asegura misiva poco hace publicada—, no tenían fin las manifestaciones de propósitos humanitarios de los Jefes y Oficiales de todas categorías. Lord Roberts escribió al General boer participándole que la propiedad de los particulares sería respetada; no se consentirían saqueos ni destrucciones.....» «Sobre el mismo tema, el Secretario de las Colonias advirtió á Mr. Kruger que la destrucción de la propiedad particular era contraria al derecho internacional y que lo consideraría responsable, personalmente, de cualquier daño causado en Johannesburgo ó en las

minas.....» «El desastre de Sanna's Post y los otros reveses de aquellos días, parece que levantaron las iras. Lord Roberts destacó varias columnas con órdenes de registrar todas las casas de campo y de quemar aquellas que se hallasen cerca del sitio en que se descubriesen armas.....» «Fueron destruidas cientos de alquerías en el Estado libre.....» «Después fueron arrasadas otras con cualquier pretexto: porque De Wet eludió la persecución, porque copó un puesto militar, porque se decía que algunos habitantes daban confidencias al enemigo.....» «La quema de caseríos se convirtió en la ocupación diaria de los soldados.....» «El General X, hace poco, ha quemado todos los edificios de un distrito de 20 millas, al Noroeste de Pretoria, por la razón de que los hombres del mismo luchaban contra él.»

«Y la quema de casas no es la única parte del sistema.....» «Lo mismo, y por iguales motivos, han sido destruidas las cosechas.....» «Por algún tiempo neguéme á creer que lord Roberts tuviese conocimiento de tales atrocidades.....» «Ya no me cabe duda de que está perfectamente enterado de lo que pasa: sus últimas proclamas, aunque redactadas de manera que no choquen con la conciencia civilizada, tienden á alentar los excesos.....» Una, de fecha de Septiembre, dispone: «Todos los ganados, provisiones, etc., de aquellos que se hallen en *comando*, serán recogidos sin dar recibos.....» En Octubre se dieron las siguientes instrucciones escritas á las fuerzas enviadas para la colecta de provisiones: «Dichas cosechas (las pertenecientes á hombres en *comando*) son de la propiedad del Gobierno de S. M., y no se consiente que sean compradas á las mujeres de los que estén combatiendo.....» «Lord Kitchener, en 15 del mismo mes, ordenó á todos los oficiales que los hombres, carros y aparejos de labranza fueran sacados de las fincas de campo sin dejar ninguno para las faenas.....» Por otros conductos se envían informes de que mujeres y niños son expulsados de casas de labor y ciudades, faltos de los más indispensables recursos. Han muerto prisioneros boers de ocho años.

Mister Chamberlain cuenta, entre sus muchas facultades parlamentarias, la de la rapidez para conocer su situación. Vió claro el efecto de estas revelaciones y abandonó el tono impenitente de los demás Ministros al contestar al discurso en defensa de la enmienda. La manera de contener los enojos y de contrariar la corriente de indignación, se le presentó con evidencia. Defendió á lord Roberts, pero prometió que sería corregido el abuso. «Era de la mayor importancia—alegó—para el deber de lord Roberts tomar medidas para impedir que fueran cortadas las líneas, y con ello el peligro que hubiera sobrevenido para sus

fuerzas.....» «En su consecuencia, publicó bandos en el sentido de que todas las personas residentes en sitios próximos, fueran responsables, y que todas las casas de campo fueran destruidas. Pero entendíamos que los bandos exigían la existencia de alguna prueba de complicidad.....» «Estamos ahora en el caso de averiguar si es necesario modificar la práctica de nuestros generales... » «Como desde que los bandos aparecieron ha cambiado, en cierto modo, la situación, porque las posiciones de las tropas británicas son mucho más fuertes, es posible ya que el general que desempeña el mando considere de nuevo las circunstancias, y sustituya las penas anteriores por otras.....» «La Cámara puede estar segura de que tanto el Gobierno como los generales en campaña, incluso lord Kitchener, opinan que dicho castigo debe ser impuesto lo menos posible.»

Declaración tan honrada satisfizo á los más. El resto del notable discurso enseña los bienes que á la política reporta la inspiración en levantada templanza, aunque los partidos opuestos sean los iniciadores de los propósitos. Mr. Chamberlain expuso los proyectos del Ministerio respecto á los territorios en litigio. «Entre la ocupación militar y el gobierno autónomo, habrá un interregno de régimen colonial de la Corona.» «Nuestra opinión es que deben pasar estos por tres estados: el de la pacificación no absoluta y completa, pero más avanzada que actualmente lo está; el de colonia, con administración distinta de la militar, y el de *self government*. En cuanto á la administración militar, estamos dispuestos á hacer concesiones respecto á las dificultades en que dichos países han de ser regidos, mas sostenernos, sin ánimo de molestar ni criticar, que los militares no se hallan suficientemente preparados para la tarea....» «No es profecía, pero espero que cuando la Cámara se reuna otra vez podrá haber quedado establecido un Gobierno civil en el Transvaal y en el Orange. No existe secreto: nuestra intención es recomendar á S. M. el nombramiento de sir Alfred Milner para el cargo de gobernador, con un teniente gobernador en el que fué Estado libre. Los dos recibirán el auxilio de un Consejo ejecutivo compuesto de las personas que desempeñen las principales funciones en las colonias. Sin que las dos hayan de ser organizadas de la misma manera, porque el Orange disfrutaba de excelente administración, hemos de procurar establecer municipios en Pretoria, Bloemfontein, Joannesburgo, y probablemente en algún otro centro de población.»

Necesitaba el orador, además, probar á la oposición que el Gobierno no alienta actos de venganza, y reconoció paladinamente que los boers han mantenido una conducta, no sólo civilizada, sino digna de admiración y elogio. «Ha habido excepciones. No quiero ocuparme de ellas» —agregó. «Hablando de

las grandes masas, no nos quejamos en lo más mínimo de la manera cómo han llevado la guerra. Son enemigos valientes, y como tales deben ser tratados. Con estos ánimos á ellos nos acercaremos.»

Situación de los partidos.—Los liberales.—El nacionalismo irlandés.—Las dos cabezas del unionismo.

La gloria de la jornada cayó sobre la fracción liberal imperialista. Con su templanza logró el fin perseguido y contener los impulsos de la izquierda, que desde un principio ha protestado enérgicamente contra la injusticia de la guerra. Tan señalada fué la victoria, que ya se levantan esperanzas de que lord Rosebery acepte la jefatura liberal y conduzca al partido en lo futuro.

La empresa parece muy difícil. Hállanse los antiguos secuaces de Gladstone separados en tres grupos, con diferencias irreconciliables respecto á los dos extremos. El imperialista busca ante todo el afianzamiento de la solidaridad nacional y la mejora del comercio y la producción por medios de entereza patria que le permitan defender y fomentar los prestigios en el exterior. El radical es, en primer término, partidario de la paz, de las economías y de las reformas sociales: odia el militarismo y la conquista armada; confía en la virtud educativa del progreso y el ejemplo. El oficial del centro anda indeciso; pero de caer en alguna parte, irá á parar en el imperio con pocos huidos.

Lo que queda de oposición está representado por el partido nacionalista irlandés, y éste ni siquiera se ha presentado en la Cámara de los Comunes. No oculta tampoco sus disposiciones rebeldes al interés británico. Mr. O'Brien, presidente de «La Liga Nacional unida», considera de mucha mayor importancia que sus miembros concurren á la Junta de estos días de Dublin. Con entera franqueza confiesa que la resolución de hacer el vacío en el Palacio de Westminster es un paso que da la cuestión irlandesa. «Irlanda demuestra su soberano desprecio respecto á las combinaciones y opinión inglesas.»—«Irlanda ocupa como país situación distinta y hostil. Ha de ser ganada por la reconciliación ó conquistada de nuevo.» Lo que pudiera conseguirse en Londres no pasaría de protesta platónica contra la guerra. Más sonada será la que lance el *cuerpo legislativo irlandés*. Mr. Healy ha sido el único discordante.

La Union gobierna sin contrarios organizados; pero cual corresponde al águila imperial, tiene dos cabezas. La que mira hacia la derecha figura la de un anciano curtido en viejas escuelas, sin mucha fe en las concepciones brillantes, cauto, receloso, algo débil de carácter, pero tenaz al propio tiempo; agarrada con el pico un rótulo, en el cual está impreso: «Salisbury.»

La que mira hacia la izquierda representa la de un hombre puntiagudo, radical á ratos, duro las más de las veces, polemista incansable, perspicaz, émulo de glorias, decidido, poco cuidadoso de los obstáculos, guerrero y patriota á secas: muere de una empresa que por encima del letrero «Imperio británico» tiene escrito: «Chamberlain».

Y es cierto que cuando las dos cabezas se mueven no faltan ocasiones en que choquen. Lord Salisbury ha demarcado como esfera del particular cuidado del Secretario de las Colonias, los asuntos del Africa y los de concepción radical en lo interior del reino. Se reserva, en cambio, con especial prurito, cuanto atañe al Asia y á Europa en sentido amplio. No sería demasiado sospechar que la experiencia de comparar á Rusia con aquella *cena con el diablo*, que requería *cuchara muy larga*, le haya enseñado que no siempre se encuentra á mano el recurso de no haber leído los discursos de su subordinado el Ministro.

Pasa el partido de la Unión por crisis análoga á la del liberal. Los conservadores son en esencia hoy tan democráticos como muchos de los liberales. «Al principio del siglo, las incapacidades electorales, las desigualdades religiosas ofrecían los más hermosos contrastes....» «Formaba también parte de la creencia liberal, que la libertad y la igualdad eran el objeto definitivo. Para conseguirlo, opinaban que había de bastar la reforma legal y constitucional. Los socialistas y radicales vinieron después. Conformes todos en las primeras, y no muy distantes en lo que toca á las segundas, lo que diferencia á la inmensa mayoría de los pocos que se oponen, es la política internacional. En este terreno aún los conservadores se revelan contra su jefe. La crítica más acerva de la conducta del Secretario de Negocios extranjeros, partió en el Parlamento anterior de los amigos del Gobierno.

El alma inquieta, emprendedora y absorbente de Mr. Chamberlain, se ha entrado por muchos cuerpos. Son numerosos los que quisieran ver al Secretario de las Colonias convertido en poder *omniministerial*. A seguir sus gustos, habría sido nombrado para Negocios extranjeros, para la Secretaría de Guerra, para todos los cargos, excepto, acaso, para el del Primer Lord del Almirantazgo, porque á juicio de sir William Harcourt, se ha movido tanto desde 1886, el agasajo por la opinión, que pudiera antojársele concentrar las escuadras y... «¡Quién sabe dónde se iría con ellas!»

Problemas interiores.—La crisis industrial.—Mercurio armado. El Ejército.—«Los tres pánicos».—El problema obrero.

El Reino Unido se encuentra amenazado en sus fundamentos por la competencia de otras naciones en el terreno de la in-

dustria y el comercio. Hasta 1870, ni la una ni el otro tenían rivales. Desde esta fecha, el poder y la capacidad productiva se han repartido por todo el mundo. Baste citar un ejemplo: el de la producción de hierro en lingotes. Desde 1740 á 1840, Inglaterra logró superioridad inmensa sobre Francia. En el último de los años citados, la Gran Bretaña figura á la cabeza, con 1.390.000 toneladas; Francia, con 350.000; Alemania, con 170.000; los Estados Unidos, con 290.000. En 1880 y 1896, Alemania aparece con 2.729.038 y 6.360.982, respectivamente; Francia, con 1.725.293 y 2.333.702. Inglaterra produjo en 1880 7.749.233, y en 1896, 8.660.000. Los Estados Unidos le han adelantado con 9.807.123 en 1897, en relación con 3.840.000 en 1880. Resulta, pues, evidente que pierde este país la supremacía de que gozaba en tan importante ramo. A mediados del siglo, él solo suponía cerca del doble de lo que las estadísticas atribuyen á Francia, Alemania y los Estados Unidos juntos. Tomando los datos de 1896 para Europa y los de 1897 para América, las proporciones han cambiado en la relación de 8.660.000 Inglaterra y 18.501.807 los otros tres pueblos. En este año de 1900 las cifras hablan con elocuencia: Gran Bretaña, 8.600.000 toneladas; Estados Unidos, 13.620.000; Alemania, 8.140.000; Francia, 2.520.000; otras, 9.320.000.

El problema es pavoroso y ocupa, á no dudarlo, la atención de todos los hombres de Estado. Pero, y aquí entra la divergencia y la causa de enormes injusticias presentes y futuras, lo que por recomendación de unos pocos debería hallar remedio en la aplicación de rigurosos principios científicos industriales, los más se proponen conseguirlo con la espada, venciendo por la fuerza acumulada en cantidades asombrosas durante los pasados años. Lo esencial, consideran, es llevar la enseña de la Patria á dilatadas regiones; que el comercio la seguirá. El perfeccionamiento de los medios vendrá como consecuencia; lo primero es crear mercados. Y allá se van respetos á la existencia nacional, razones de humanitarismo, de libertad y nobleza, como antiguallas curiosas y tecnicismos irritantes, que no han de contener, que no han de contrariar el fin alto, mucho más alto, de los destinos de la raza.

Los asuntos internacionales son los urgentes. Los propiamente interiores permiten aplazamiento. Los que implican peligros, como los de la desorganización militar y las defensas del reino, que en gran parte son exteriores, absorben todo el pensamiento. Hoy por hoy, las cuestiones privativas no pasan de la aspiración vehementemente de aumentar la Marina, artillar las costas y crear poderoso Ejército, ya que la guerra del Transvaal ha puesto de relieve humillantes deficiencias.

La oficialidad militar, sobre todo, contrista los ánimos. En

público, en la Prensa, en las Cámaras del Parlamento, por el buen parecer, no se da rienda suelta á la amargura. En los círculos políticos y privados la circunspección se pierde. Los desastres de los tres primeros meses de la guerra fueron inconcebibles. En la batalla de Colenso los enemigos que derrotaron á sir Redvers Buller sumaban dos mil contra veinticuatro mil hombres disponibles, y las pérdidas de tropas y artillería ocurrieron por no haber previsto la retirada. En Spion Kop fueron sacrificadas las víctimas por la absurda idea de meter cerca de seis mil hombres en una posición, en la cual el orden moderno no consentía doscientos, dando ocasión á que menos de sesenta boers, apoyados por su artillería, avanzasen tres veces hasta las trincheras y se llevasen numerosos prisioneros, y á que al principio de la tarde todos los defensores estuviesen dispuestos á entregarse.

El párrafo copiado á continuación es de un Oficial inglés. Se refiere á las acciones del Tugela: «Cualquiera hubiera visto que era locura enviar al ataque monte arriba, por el centro, cuando las alturas de los flancos no habían sido ocupadas, y los boers desde ellas quedaban en libertad de concentrar el fuego de sus defensas. Pero aun siendo tan estúpido el proyecto, fué todavía peor la ejecución. El General..... se colocó en un monte próximo con sus anteojos de campaña y un corneta al lado; estaba enteramente fuera de contacto con el ataque, y le era imposible conocer si se necesitaba una parada ó si convenía avivar el movimiento. Allí se mantuvo, tocando «avance», «doble», «carga»..... «Los cuchillos calados, los hombres se levantaron y arrancaron hacia adelante..... El enemigo no disparó un tiro. Siguiéron, pasaron los soldados la cresta..... y se hallaron expuestos al fuego rápido de los mausers á cincuenta yardas. El efecto fué terrible..... ¡No se veía más que una línea de infelices seres humanos retorciéndose en agonía sobre el terreno!» La causa del desastre se explica perfectamente, advirtiendo que la carga á la bayoneta empezó á mil doscientas yardas de las defensas.

Las esperanzas están puestas en lord Roberts, que vuelve de Africa á ocupar su cargo de Comandante en jefe de los Ejércitos ingleses. Se quiere que éste dé forma apropiada y organización é instrucción eficaces á las fuerzas de tierra para la defensa del territorio y para operaciones de desembarco con el auxilio de la Marina. Se halla el país en uno de los períodos de absurdos temores, que magistralmente expuso Cobden en su brillante folleto *Los tres pánicos*. El primero se presentó como consecuencia de los preparativos de Francia para la cuestión de Siria, y duró desde 1845 hasta 1848. El segundo nació en ocasión del golpe de Estado de Diciembre de 1851. El

tercero surgió en 1859, con los armamentos de lord Balmerston.

Luego vino el cuarto, provocado por Mr. Stead, en 1883; y se desenvuelve ahora el quinto, con visiones de invasión francesa tan claras como las del primero, á tenor del cual, «el mismo buque despachado para traer al país la noticia no llegaría, probablemente, á nuestras costas antes que la expedición hostil».

La enseñanza, la educación técnica del obrero, las reformas sociales indispensables, la corrección de los escándalos, de la embriaguez, de los *hooligans*, han sido echadas por la borda. La misma agitación de Irlanda sufre aplazamiento, á pesar del grave impulso que Mr. T. W. Russell, irlandés unionista, le ha dado con su propuesta de expropiación forzosa de todos los dueños de aquel suelo. Amenaza esta idea con unir la única provincia inglesa en sentimientos, la de Ulster, á las demás; pero, aun así, falta tiempo para estudiarla.

Situación financiera.—Paga, paga, paga.—El oro inglés.

El estado financiero acaso sea el que solicita las miradas. El presupuesto vigente, incluyendo los suplementos pedidos en el curso del año económico que termina en Marzo, y el presentado anoche (11) de 16.000.000 de libras, se totaliza con *ciento setenta y nueve* millones de libras esterlinas, 4.475.000 de pesetas, al cambio de 25 por libra. La guerra, calculada en gastos por 10.000.000 de libras al comenzarla, supone ahora 69.323.000 libras, mas 15.500.000 (puesto que 500.000 se destinan á las operaciones de China, deduciéndose del crédito pedido) 84.823.000 libras.

Por elásticas que sean las rentas públicas, se comprende el terror con que los hacendistas contemplan la posibilidad de otro año de operaciones militares, y duélense de la ligereza con que se provocó el conflicto. En los momentos en que lord Roberts declara que la guerra está *prácticamente* concluída, se suspende la repatriación de tropas, y suman las que aún se hallan en campaña 210.000 hombres. La Cámara ha aprobado lo pedido, pero haciendo constar el peligro de derrochar en empeños de vanagloria los recursos nacionales. El *timbre* no rinde lo que rendía y se esperaba, indicando que la contratación de valores va en baja; un chelín en libra esterlina por impuesto sobre las utilidades, carga pesadamente los ingresos de los particulares. Los tributos para el próximo año económico habrán de sentirse más de lo que los contribuyentes tienen derecho á esperar, ó la Deuda pública ha de crecer considerablemente, porque la ilusión de que las Repúblicas combatientes hablan de pagar los vidrios rotos desapareció, y porque los

mineros de oro del Transvaal protestan airadamente ante el anuncio de que habrán de abrir la bolsa.

Aun así, no es este obstáculo que la Gran Bretaña no haya de salvar con presteza. Sus riquezas son colosales. Los fondos en las Cajas de ahorro del Estado y de Compañías suman libras 332.146.422; los capitales bancarios y depósitos, 1.120 millones; los ingresos del Reino Unido ascienden, en números redondos, á 120.000.000 de libras; los del Imperio, á 230.000.000; el total de los comercios de importación y exportación, incluso las colonias, monta á 1.370.000.000. El riesgo empezará desde el momento en que las filtraciones del día se conviertan en tumultuoso alud.

**Problemas internacionales.—El derecho..... un espejismo.
China.—Africa.—América.**

La marcha de la Gran Bretaña, al igual de lo que ha sido siempre la de los poderosos del mundo, no lo esquivo. Mister Chamberlain sostiene con entusiasmo que el comercio sigue á la bandera, aunque Ferrer haya demostrado que Inglaterra ha sufrido grandes pérdidas para su comercio en algunas de sus posesiones y en algunos de sus protectorados, en el Canadá, en Egipto y la India, y que Alemania ha ganado en la venta de sus productos en las mismas regiones. El ilustre periodista prescinde, sin embargo, de elemento tan importante como el de que la acción política directa sobre los territorios ampara y fomenta la inversión de capitales, la obtención de contratas para la mejora interior y la devolución al centro imperial de las rentas y productos. En este sentido, por consiguiente, la competencia internacional, cuando ninguna parte del mundo hay que no clame por un dueño, es de necesidad fatal.

El suministro de capitales es, además, sólo un paso, el primero en lógica económica. A este factor, sigue siempre el de la organización de los trabajos, ferrocarriles y otros análogos, el nombramiento del personal de Directores, la protección de policía armada, la demanda de privilegios, y las ambiciones, intrigas y manejos de la *haute finance*, que habiendo agotado el hondo pozo de los empréstitos nacionales, busca el lucro legítimo en las grandes concepciones industriales. Estas son precursoras de la colonización, con ó sin colonos. El asiento en lueñas tierras exige la ayuda de la patria madre. Se solicita y se obtiene: ha sido extendido el título de propiedad. Para refrendarlo nunca falta un misionero que selle con su sangre el pacto, en que uno lo da todo y otro lo toma avariciosamente.

Lejanos mercados y distantes posesiones, requieren vías de comunicación á salvo de obstáculos. Las posiciones interme-

días fortificadas y las estaciones carboneras, proveen al caso. Entre unas y otras la distancia ha de ser corta, porque los buques de guerra última novedad han de cargar combustible y han de encontrar á mano el arsenal de reparaciones. Los puestos adquiridos han de hallarse al abrigo de ataques por tierra; los ha de defender una zona que no crucen los fuegos de la artillería de gran alcance. Si la *hinterland* es rica, conviene el camino que ha de permitir el tráfico.

Esto reza la ley del progreso. La trabazón de sus artículos, ora vivifica, enaltece y redime, ora encubre crímenes cruentos. Priva en las inteligencias nacionales imperialistas, la política realista. Ideas tales como la de «la paz universal, justicia para la nación enemiga, desenvolvimiento de la civilización merced á los esfuerzos unidos de la humanidad», son espejismos del desierto optimista. «El Estado está fundado, no sobre la razón, sino sobre la voluntad, y las fuerzas oscuras, inteligibles á medias, que arrastran á la especie hombre, expresadas en las costumbres y prejuicios de las naciones, importan más á los directores políticos, que los sistemas filosóficos.» Testigo, Fernando Brunetiére.

Si las premisas valen, las consecuencias son claras. La fuerza nacional no suponen siempre la brutalidad; «pero cuanto tiende á robustecer el país, ciencias, artes, instrucción, contribuye á aumentarla». «El más fuerte, el que más recursos tiene, sobrevive.» «El que sobrevive es el verdadero agente de la civilización, y por su medio encarna el espíritu hombre.» La lucha sigue la línea de menor resistencia, de chico á grande.

A la luz de estos antecedentes deben ser estudiados los problemas internacionales de la política inglesa. En realidad tiene actualmente tres términos: Asia, Africa y América.

En 1881 el ruso Scobeleff se apoderó de Geok Tepe. Los oasis de Tejend fueron ocupados también. Merv, en 1884, redondeó el establecimiento moscovita del Asia central. Siguió la invasión, y tres años hace Puerto Arturo pasó al mismo dominio. Poco antes Kiaochon cayó en manos alemanas. Después de todo Alemania y Rusia no han hecho en China más que lo que Inglaterra les había enseñado. Cuéntalo así *Diplomaticus* en la *Fortnightly Review* de Abril de 1899. Mucho antes de que empezara el reciente pugilato—dice—habíamos puesto el ejemplo en todas las formas de adquisición territorial y reserva demarcadas en China. Nos anexionamos Hong-Kong, sin más razón que la de ser obvia la necesidad y de desear que los súbditos británicos tuvieran un puerto donde pudiesen carenar y reparar sus barcos cuando fuese requerido. Aparte de las cesiones y arrendamientos, también sentamos la moda de las llamadas esferas de influencia.» «Nuestros anales en esta materia

parten desde el año 1846, en que por virtud del Convenio de Bocca Tigris obtuvimos la promesa de que China nunca cedería Chusan á otra potencia.»

En calidad de contraste es de citar la siguiente declaración de sir Michael Hicks-Beach. «Chancellor of the Exchequer» del Gobierno que ahora rige, en discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes el 17 de Enero de 1898: «No considerábamos á China como un lugar de conquistas ó adquisiciones por parte de las potencias europeas ó cualquier otra. La mirábamos como el terreno de mayores esperanzas para el porvenir del comercio de nuestra nación, y del comercio del mundo en general, y el Gobierno está resuelto en absoluto, á toda costa, aun á costa de la guerra, á que la *puerta no se cierre.*»

La amenaza no llegó á realidad, porque al ocupar Alemania á Kiau-chau la cuestión del Niger aconsejó la movilización de la escuadra para intimidar á Francia. Desde entonces lord Salisbury ha ido cediendo y recortando pedazos de las pretensiones inglesas, á fin de no precipitar el desenlace. Tiene allí Inglaterra mayores intereses comerciales que las demás naciones; pero la «ballena» ha de hallarse en condiciones muy favorables para atacar al «elefante». Rusia, con su maravilloso poder de absorción y asimilación, su política de ferrocarriles y su situación geográfica, representa la parte directora en Asia. Su papel ha subido en la misma razón que el de la Gran Bretaña ha descendido en aquellas regiones. Aunque el comercio ruso es esencialmente interior, por lo extenso de su área y de su población, durante los últimos diez años ha prosperado hasta dedicar á las manufacturas 1.750.000 obreros, y empieza á colocar sobrantes en los mercados comprendidos dentro de los límites de su expansión. La Mandchuria le es indispensable para el cambio de productos y la satisfacción de necesidades imperiosas.

Pero aún ha de tropezar Inglaterra con otro fenómeno más transcendental. Dentro de pocos años el ferrocarril enlazará á Pekín, y probablemente el Yang-tsze con Moscow y con Berlín. Cuando esto ocurra la excentricidad geográfica del Reino Unido será más pronunciada que lo es ya en estos momentos. Con líneas férreas, explotadas por sistema colectivista nacional, al menor coste posible, muchas de las ventajas del tránsito marítimo desaparecen, y con la base naval de Puerto Arturo y el camino de hierro que se aproxima al Golfo Pérsico, la posición de Rusia hace precaria la de esta nación en la India. No es probable el ataque desde China, porque median escabrosas montañas. No lo es tampoco la invasión á través de Siam, porque la empresa sería costosa. Es más lógico que el Zar aguarde los efectos de su administración, más respetuosa con las costumbres y tradiciones locales de los pueblos apropiados que la in-

glesa, y menos gravosa en impuestos. La raza anglo-sajona se yuxtapone, jamás asimila las otras. La esclava goza de particular privilegio para la fusión. La Gran Bretaña, si ha de salvar su Imperio indio, necesita apretar los nudos del afecto, con que no cuenta mucho allí.

La influencia diplomática de Rusia en Persia ha prosperado en el transcurso de los catorce meses de la guerra de Africa. Por medio del préstamo de veintidós millones y medio de rublos hecho al Shah, y la garantía de los rendimientos aduaneros de la parte del Norte, con exclusión de todo otro contrato posterior, ha arraigado en el corazón de lo que Inglaterra se reservaba. La concesión del ferrocarril transcaspiano á Bander Abbas completa la futura posesión. Para ella ha de serle propicia la alianza con Francia.

Lord Salisbury comprende bien que los baluartes están defendidos de manera que impiden tomarlos con las escuadras, y busca flancos y brechas por donde entren los auxiliares. De aquí la aproximación á los Estados Unidos y las exhortaciones de Mr. Chamberlain en su correría americana anterior á la capitulación de Manila y en el *Scribner's Magazine*, en los momentos anteriores á la firma del protocolo, para que cumpliesen aquéllos su deber civilizador tropical en Filipinas. De aquí el trato anglo-alemán respecto á la integridad de China. Es posible que haya habido equivocación. Es posible que, como dijo en el Reichstag el Conde von Bulow *pro urbe et orbe*, el acuerdo de Alemania é Inglaterra nada dé á ésta y reconozca á aquélla el derecho al valle del Yang-tsze. La intención resalta, aunque sea tema muy conocido, que el Emperador no piensa en esta clase de negocios más que en su propio idioma, y aunque su Canciller tenga fe en la fijeza del principio, que siempre ha mantenido, de que entre la «política alemana bien encaminada y la política rusa bien dirigida, no debe existir oposición radical, ó, al menos, oposición que no pueda ser armonizada.

El Presidente del Consejo de Ministros ansía en este problema ganar tiempo. Si la agresión no se iniciara desde otro lado, su astucia le aconsejaría combatir antes á la República francesa, que en el conflicto le cerraría el paso. La prudencia lo detendría en la ocasión oportuna, como lo ha detenido antes, á pesar de las *lecciones de modales* que Mr. Chamberlain entendía necesarias para su vecina.

Sigue en el orden enunciado el problema de Africa. No parece tan grave ni urgente, pero anda entre manos pecadoras. El continente negro es de la incumbencia del emprendedor Secretario de las Colonias. De su cartera ministerial han salido los decretos de vida para las seis posesiones del Oeste africano: Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro, Lagos, Nigeria y protectorado de la

costa de Niger. Su ambición es sacar por aquel costado las riquezas del pasado imperio de Sokoto, que hasta 1817 se extendía desde muy cerca del lago Tchard, y estaba habitado por gentes trabajadoras, pastores, diestras en las manufacturas de madera, cueros y tejidos. Quiere impedir que Francia consiga lo mismo, bajando por ferrocarril desde el Norte; y le molesta todo aquello que pueda desviar la salida al mar y la línea de navegación hasta la Gran Bretaña.

En la América del Sur y en la Central, la competencia riñe sus batallas entre Alemania, los Estados Unidos y el Reino Unido. En el repertorio político contemporáneo las afinidades no son suficientes, si no las apoya el derecho de intervención en virtud de intereses materiales; luego la propensión británica ha de caer contra el Emperador Guillermo, y próxima á la República del Norte, para guardar las arruinadas antillas y el paso al Pacífico desde el Atlántico.

Cierran la serie de problemas las líneas de comunicación de Inglaterra con todas sus posesiones y colonias, que cuida con empeños decididos. La entrada del Mediterráneo, y el camino del Cabo á la India, en previsión de que el de Suez se obstruya, considéranse aquí cuestiones capitales. Tanto lo son, que áleganse estos motivos para justificar la invasión de los territorios boers y la aspiración á una plaza fuerte en la costa Norte de Marruecos.

Imperialismo.—Las razas moribundas.

Repartidas por todos los ámbitos del mundo las tierras inglasas, y amenazada la preponderancia británica por cien enemigos provistos de armas de temple parecido á las algo premiosas de que aquella dispone en estos momentos, rebélase la opinión contra la contingencia de representar en la historia el papel de Cartago. Sola y abandonada no podría la nación confiar la defensa á brazos de súbditos no asimilados. A la voz de Rusia acudirían millones saturados de sus aspiraciones y civilización. La Gran Bretaña jamás se ha guiado por inspiraciones distintas de las económicas. Mr. Joseph Chamberlain en esto se adelanta á todos los demás políticos sus compatriotas. Merece aplauso. «Hemos llegado ya—aseguraba en 31 de Marzo de 1897, hablando después del banquete del «Royal Colonial Institute»— á la verdadera concepción de nuestro Imperio. ¿Cuál es ésta? En cuanto á las colonias autónomas, no las mencionamos como dependencias. El sentido de posesión ha dejado su plaza á los sentimientos de parentesco. Pensamos y hablamos de ellas como partes de nosotros mismos, como partes del Imperio británico, unidas, aunque se hallen dispersas por el universo, por lazos de familia, de religión, de historia, de lenguaje, y por los

mares que nos separan.» Su proyecto de Zollverein responde á la misma idea.

El error de Mr. Chamberlain y el nacional, consisten en la aberración mental de suponer que las expresiones, decadencia y florecimiento, implican sentidos absolutos; en pensar con egoísmo que los pueblos mueren ó están condenados á morir, por evolución fatal; en desconocer que cuando las condiciones económicas empeoran, y cuando el poder militar se debilita, la degeneración físico-moral no sigue siempre como consecuencia precisa; en olvidar que los pueblos muertos cayeron por la violencia; en negar derecho á la vida al menos fuerte y en disputárselo á los iguales. Al par de otros tiranos, gózase en la teoría de que las naciones privilegiadas medran con la expoliación y el asesinato.

Las razas mueren cuando los climas les son contrarios, y cuando, viviendo en la esclavitud, el mundo les es indiferente, y no luchan por la libertad. Entonces doblan la cabeza y maldicen al opresor.

DABOR



Novelistas polacos de hoy

El éxito alcanzado en España por la novela *Quo vadis?*, á pesar de no ser conocida por la mayoría más que al través de traducciones de segunda ó tercera mano, ha sido para muchos la revelación, no sólo de un novelador de grandes alientos y de arte exquisito, sino de un pueblo que el vulgo daba por definitivamente desaparecido en las enormes bocazas que se lo repartieron..... Consolémonos pensando que no andaban los franceses mucho más adelantados de noticias en ese particular. Hasta el año pasado no se conocía allí el *Quo vadis?*, y de Sienkiewicz sólo había pasado al francés la novela *Sin dogma*, que en estos días ha *fusilado* en pseudo-castellano cierto editor barcelonés, enemigo personal de nuestro idioma y del buen gusto literario.

Es, sin embargo, la actual literatura polaca muy digna de ser conocida, tanto por los méritos de puro arte, que todas las autoridades de la crítica universal han proclamado, cuanto por ser esa pujanza literaria signo de lo que puede contra todos los atentados de la fuerza y contra la inmovible fatalidad de los hechos consumados, el alma de los pueblos. Dividida Polonia y repartida entre tres poderosos Estados, que llavan un siglo trabajando por asimilarse los sendos trozos que se adjudicaron de aquel heroico reino, el espíritu polaco vive y perdura, á pesar de tamañas vicisitudes, y se revela, y se rebela al par, en una literatura exuberante y característica, herméticamente cerrada al influjo de sus dominadores políticos, pues cuando se observa en ella algo que no procede en línea recta del genio histórico de Polonia, modificado por los sucesos y amoldado á los tiempos, ello obedece á una influencia francesa ó inglesa ó escandinava, jamás á una influencia de Alemania, ni de Austria, ni de Rusia.

En 1835 decía á los polacos Nicolás I:

«Si os empeñáis en conservar vuestros ensueños de nacionalidad aparte, de Polonia independiente; si os obstináis en todas esas quimeras, atraeréis sobre vosotros las mayores desgracias. He hecho construir una ciudadela—en Varsovia, donde se pronunciaba el discurso—, y declaro que á la menor provocación de vuestra parte, arderá la ciudad.» A los veintiún años, en 1856, Alejandro II remachaba el clavo: «Nada de ensueños. Permaneced unidos á Rusia, y olvidad ya esos delirios de independencia imposible.» Y á las palabras correspondían los hechos, y un representante de Rusia, Mouravief, ganaba por su crueldad el sobrenombre de «verdugo de Wilna».

Por desarraigar de los polacos el amor á la patria, el «ensueño» maldito, Rusia no perdonó medio, ni los que eran una apostasía de su personalidad, una condenación de la propia historia. Rusia, tan reconcentrada en sí misma, en sus tradiciones y en su lengua, desterró el polaco, primero de la administración, después de la escuela, luego de los tribunales, y al fin, de la calle y del hogar: un tendero que se descuidó y contestó en polaco á un parroquiano, fué perseguido y condenado á destierro. Rusia, tan religiosa, declaró guerra sin tregua al catolicismo de los polacos, y cerró conventos y dejó que las iglesias se arruinaran, y mortificó al clero con todo vejamen. Rusia, tan conservadora, destruyó la nobleza de Polonia despojándola de sus bienes y de su hegemonía social, y redimiendo de la servidumbre á los campesinos para que se volvieran contra sus antiguos amos y secundasen la obra de rusificación.

Pues á pesar de esto y al través de todo esto, el espíritu de Polonia vive tan robusto y personal como cuando era aquella una de las más poderosas naciones europeas. Los mismos resortes empleados por los invasores se han trocado en su daño, por equivocados los unos, por mal empleados los otros. Rusia, por ejemplo, que buscaba el concurso del campesino contra el noble, lo hizo de tal modo, que despertó en aquél un patriotismo que no existía cuando sobre el pueblo desheredado pesaba la autoridad, casi siempre despótica, del amo, del noble, que lo era todo en la antigua Polonia. Las medidas adoptadas contra el clero polaco quitaron á éste, es cierto, medios de vida y de lucha; pero lo purificaron á la vez de la odiosidad de las gabelas eclesiásticas, encendiendo simpatías que nunca fueron tan ardientes y fomentando la religiosidad de aquel pueblo en términos que, quien lo desee, puede apreciar en un interesante estudio de Mr. H. Dziewicki en una revista inglesa (*New Review*, de Julio de 1897).

Hoy la situación parece menos violenta. En 1896 apareció en Cracovia un libro firmado por el Conde Leliwa, *Rusia y*

Polonia, que era, no ya un llamamiento á las armas, sino un alegato pacífico y mesurado en favor de los polacos, que si han renunciado, ostensiblemente al menos, á propias fronteras y propio estado independiente, no renuncian á su singularísima personalidad dentro de la familia eslava. El alegato ha tenido éxito, pues la Administración rusa ha dulcificado sus costumbres, y Nicolás II ha sido aclamado en las mismas calles de aquella Varsovia donde sus antepasados profirieron contra el alma de Polonia las más crueles injurias.....

..... Pereció el cuerpo, pero el alma vive, y el polaco se conserva en toda su pureza. En tiempos de Lutero se ordenó el rezo exclusivamente en polaco como medio de resistir al protestantismo. Hoy la literatura no emplea otro vehículo que el del idioma patrio como medio de conservar en la raza dispersa el genio de la nacionalidad. Cuando hace dos años celebraron los polacos el centenario del nacimiento de Mickiewicz, y ahora al celebrar el jubileo de Sienkiewicz, en medio de la nostalgia de la independencia perdida y de la historia rota, sentirán el consuelo del verbo de la patria conservado incólume en la prueba de los mayores infortunios. Después de todo, ¿no vale más salvar el ideal, lo que más grande y noble hay en el patriotismo, que verlo á toda hora sometido á los riesgos de los intereses mezquinos y de las realidades impuras? No tienen los polacos la vanagloria de una bandera y de un territorio propios; pero tampoco tienen necesidad de consumir, acaso estérilmente, en la defensa de eso fuerzas que pueden reservar para el puro y desinteresado culto del ideal imperecedero.....

*
* *

De aquí las características de la literatura polaca contemporánea: el patriotismo y la religiosidad, como sentimientos fundamentales; la melancolía, como ambiente; la sinceridad y el realismo bien entendido, como procedimientos y norma de arte.

El epígrafe que Mickiewicz puso á sus *Dziadi*, parece bandera de todos sus descendientes. Aquel dístico de Shakespeare,

*There are more things in heaven and earth
than are dreamt of in your philosophy,*

«hay en el cielo y en la tierra más cosas de las que puede soñar vuestra filosofía», es la mejor receta de realismo vigoroso formulada hasta hoy. Y en su *Grażyna*, en aquel recuerdo de Goethe, «ten corazón y mira en él», dejó Mickiewicz otra norma de arte que religiosamente siguen, como obedeciendo una tradición venerada, los literatos contemporáneos de Polonia.

Ha decaído mucho entre ellos el cultivo de la poesía lírica.

Vibran todavía demasiado en el alma polaca los versos asombrosos de Mickiewicz para que nuevas liras puedan apagarlos. La lírica, además, atraviesa en todas partes una crisis profunda. En el mundo de los sentimientos colectivos hay muchos en terrible decaimiento y otros en confusión embrionaria, no habiendo, por tanto, quien pueda despertarlos todos mediante la alada estrofa. Así y todo, cuenta Polonia con líricos inspirados, como Zulawski, Tetmajer y el extraño Przybyszewski, campeón del más complicado «modernismo».

Tampoco la crítica tiene en aquella literatura grande importancia. No han llegado todavía los espíritus allí á aquel período de imperturbable reposo, en que la crítica deja de ser arma de combate por las pasiones, para convertirse en serena é imparcial gimnasia del juicio. Hay, sin embargo, un Krechowiecki, cuyo libro *Los más jóvenes*, revela un pensador cultísimo, y un Chmielowski, que ha levantado á la literatura de su patria notable monumento historiándola en seis volúmenes.

Más desembarazada es la situación del teatro, en el que se echa de ver acentuadísima influencia francesa, desde Scribe hasta Lavedan. Blizinski tiene una comedia—*Jague mate*—, que nuestros autores fusilarían con mucho gusto, y Balucki ha mostrado en *Los vecinos* abundantísima vena cómica. Zalewski se inspira en Dumas para abordar grandes problemas psicológicos de la sociedad contemporánea, ó en Lavedan para analizar en el crisol de la sátira el ridículo de los convencionalismos sociales. Lubowski y Konar tienen á Henri Becque metido en la cabeza, llegando hasta la más descarnada violencia—véase *Murciélagos*, del primero—en la crítica de las pequeñas iniquidades y de las grandes miserias de la burguesía.

Pero la rama robusta y frondosísima que más florece hoy en la literatura polaca, es la novela. Sienkiewicz es uno, y no ciertamente el primero, para algunos inteligentes en letras de Polonia. Es, sin embargo, después del de tantas veces citado Mickiewicz, el primer escritor polaco que ha alcanzado renombre universal. Sienkiewicz tiene hoy cincuenta y cuatro años, y hace ahora veinticinco que aparecieron sus primeros escritos, firmados con el seudónimo *Litwos*, por el cual expresaba el joven escritor su origen lituaniano. En ese largo período de producción incesante, Sienkiewicz ha cultivado todos los géneros del arte de novelar, desde el cuento breve, con una sola nota, hasta la novela de grandes alientos; desde el cuadro de costumbres coetáneas, hasta la evocación histórica de escrupulosísima labor inquisitiva. En todo ello, lo mismo en las novelas inspiradas por la refulgente leyenda polaca—*Por el fuego y por la espada*, *El diluvio*, *Wolodyowski* y *Los caballeros de la orden teutónica*—, que en aquellas otras sugeridas por la historia aje-

na que brinda consuelo á la fe del creyente y alientos á las tristezas del patriota—*Quo vadis?*—, que en las que le ofrece la sociedad contemporánea en las complejidades de su alma inquieta—*En vano, Sin dogma, La familia Polaniecki*--, que cuando pinta sin finalidad alguna psicológica cuadros deliciosos—*Juanillo el músico, Lillian Morris y El torrero del faro de Colón*—, cuatro son las cuerdas de la lira de Sienkiewicz: sentimiento, verdad, fe y patriotismo.

Hay en la literatura contemporánea y en la misma de Polonia quien aventaja á Sienkiewicz en la profundidad de pensamiento y en la intensidad de emoción: ninguno lo supera en delicadeza y sencillez, y acaso esta sea la razón principal de sus triunfos universales.

He encontrado, y hemos encontrado todos en el mundo, partidarios fanáticos y adversarios febriles de Zola, por ejemplo; pero yo no sé de nadie á quien no guste Alfonso Daudet. No arrastra al fanatismo por su obra, ni inspira hostilidad; pero no hay quien no halle en él ese encanto singular, ese perfume que para todos los olfatos tienen la delicadeza y la sencillez. Para mí, Sienkiewicz y Daudet son parientes espirituales, aunque el segundo no haya abordado nunca los temas épicos que al novelador polaco han dado algunas de sus obras. Por parecerse, el francés y el polaco coinciden en declararse únicamente artistas, sin aspiración transcendental alguna....., aunque á lo mejor se olvidan los dos de su papel, convirtiéndose en predicadores de buena ética, como Daudet en *Sapho* y Sienkiewicz en *Sin dogma*.

¿Quién niega que histórica, arqueológica y filosóficamente se ha podido sacar de la novela neroniana mucho más de lo que ha sacado Sienkiewicz, más cierto, más propio y más hondo? Pero ¿no es seguro que un estudio semejante no habría podido alcanzar la victoria por todos los gustos y en todos los pueblos rendida á *Quo vadis?* ¿Por qué? Pues porque el autor no hiere á nadie, ni abruma á nadie con el peso de las preocupaciones que inspira aquella suprema crisis de la sociedad. Si resucitara el mundo pagano, se recrearía en el retrato de Petronio, y yo sé de muchas beatas que han llorado ante el San Pedro de Sienkiewicz. No hay lector que no halle en *Quo vadis?* algo que le colme las medidas del gusto. ¡Hasta Nocedal ha creído reconocer un ascendiente suyo en el airado Crispo! Pero nada más. ¿Qué diferencia entre la impresión que deja *Quo vadis?* y la que produce la novela de Juliano el Apóstata, que bajo el título *La muerte de los Dioses* ha escrito el novelador ruso Mérejkowski y á la que consagraremos oportunamente el debido estudio!

Estas amabilidad y finura de la musa de Sienkiewicz que

tanto resplandecen en esta novela, son notorias en todas las demás, aun en los episodios guerreros terroríficos de sus novelas patrióticas, y lo mismo en los dramas domésticos de sus novelas contemporáneas. Por esto Sienkiewicz es un amigo de sus lectores, y se explica que un día le escriba uno pidiéndole que no muera la heroína de una novela suya en publicación, y que otro día le escriba otro enviándole como regalo «al autor de *Wolodyowski*» una cantidad considerable, que él empleó en el socorro de los menesterosos..... No es un pensador que aborde de frente, bajo las formas seductoras de la obra de imaginación, los grandes problemas de la realidad, sino un artista maravilloso que nos consuela derramando sobre aquellas nuestras preocupaciones los dones de la misericordia y las flores del estilo.

Cultiva como él, y desde mucho antes que él, la novela histórica, Jez, el decano de los novelistas polacos, que alcanzó los tiempos de Kraszewski, y aun en los actuales conserva todo el vigor de la pluma. *Los caballeros de Olbracht*, considerada su obra maestra, es la narración patética de un episodio de la historia de su país. Aun en sus raras obras de costumbres del día, Jez muestra su inflexible patriotismo. La última obra suya de que tengo yo noticia, *En Aguas de Babilonia*, es el relato conmovedor de las tristezas del polaco refugiado en París.

A los dos aventaja en profundidad de pensamiento y elevación de miras una mujer reputada como gloria de la inteligencia eslava: Elisa Orzeska. Su última novela, *Los Argonautas*, es uno de los más interesantes estudios novelescos producidos en los últimos años, á propósito de la fiebre del oro, aquella *golden fever* cuyos dramas son el campo preferido por esta insigne mujer. En *Los Argonautas* se trata de un banquero, *Darwid*, que ha puesto en la riqueza y en la vanidad todos sus afanes. Imagina *Darwid* que en la vida no hay más fuerza que el dinero, y que, conquistándolo, todo lo demás se obtiene por añadidura..... Pero viene la muerte y le arrebató su hija predilecta; viene la falsa y le arrebató su mujer; viene la misma codicia que á él lo ha dominado siempre y le quita su hijo, y el banquero, al fin vencido, se pega un tiro. Tal es el asunto que la señora Orzeska desarrolla con un conocimiento asombroso del mundo y con alientos de verdadero sociólogo.

Otra mujer muy notable hay en la novela polaca: Gabriela Zapolska. Su temperamento literario es radicalmente distinto del de la autora de *Los Argonautas*. La Zapolska es furibunda naturalista, en el sentido de que no se asusta de descender á los medios más bajos y corrompidos para pintarlos en toda su desnudez, no con la delicadeza de un Dickens, sino con el ensañamiento cuasi gozoso de un Zola. Pero si esto ofende á ciertos

espíritus, ninguno puede sustraerse á la belleza moral del pensamiento de esta escritora, infatigable en la flagelación de la iniquidad.

Otro buen novelador es Boleslas Prus, por más que al repartir su actividad entre la crítica y la creación, no ha conseguido darnos todavía su obra maestra. Su *Placowea*, sin embargo, es un estudio interesantísimo del alma popular.

En pos de estas primeras figuras vienen otros escritores de grandes méritos. Uno de ellos, Zerowski, ha publicado recientemente una novela, *Sin hogar*, que recuerda *El Enemigo del Pueblo*, de Ibsen. Trátase de un hombre y de una mujer que no logran la felicidad del hogar, á pesar de amarse muy de veras. Esta novela ha sido muy discutida; pero considerada en definitiva como una de las más notables de estos últimos años en la literatura polaca.

Sieroszewski se dedica, con fortuna, á las narraciones de asuntos exóticos. El Cáucaso y la Siberia han desfilado cien veces por sus novelas. *Risxtau* es la vida de una familia polaca en el Cáucaso. *Infierno de miseria* es el cruellísimo cuadro de un hospital de leprosos en Siberia.

Loziusk es autor de *El ojo del Profeta*, novela reciente, con asunto del siglo xvii, en que se demuestra un conocimiento extraordinario de la historia y suma habilidad para contarla con fiel dibujo y brillante colorido.

Otra novela recién publicada es *Por el millón*, en que Gruszecki traza las hazañas y aventuras de un negociante judío resuelto á enriquecerse sin parar en medios, siendo, como se ve, estos asuntos de la lucha por la vida y por la riqueza de los que más preocupan á los noveladores polacos.

Con ello y con la inspiración frecuentemente pedida á las glorias legendarias é históricas, cumple aquella literatura el deber de conservar el espíritu de la raza, aun disuelta la nación, pero no momificado en el recuerdo estéril de las tradiciones, sino vigorizado y siempre renaciente en el conocimiento y en la preocupación de los problemas contemporáneos. Decía Mickiewicz á sus paisanos en el poema admirable de Conrado Wallenrod, y recordando á Maquiavelo: *Eres esclavo, y la traición es la única arma del esclavo*. No siguen este consejo los sucesores del gran poeta en el culto de las musas nacionales. A las luchas de la astucia contra el hecho consumado, prefieren esa constante exaltación de la patria con las nobles armas del arte y del ideal.

GRANDES FIGURAS

Don Benito Pérez Galdós

APUNTES PARA UN ESTUDIO

I

Sin gran esfuerzo podría demostrarse que el defecto capital de nuestra raza española es la distracción. Somos una casta de gente que no se fija, que desparrama la vista, como suele decirse de los toros, y eso es lo que nos pierde. De nuestros abuelos los conquistadores de imperios sólo hemos heredado la impaciencia, la mal templada cólera, la vagabundez espiritual. Como no tenemos ya agallas para descubrir mundos, los inventamos, entre el humo de dos cigarrillos, y mientras tanto echamos en olvido el mundo real, *este mundo*, que para nosotros suele ser *el otro*.

Esos *cosmos* que solemos construir con humaredas de cigarro ó de fantasía se parecen tanto al real como se parece el humo pardo y pegajoso que sale de la boca ó de la nariz del fumador al azulado y brillante humo que sale por la punta del cigarro y dibuja en el aire nubes de Murillo y *glorias* de Tiépolo.

Creemos engrandecer la realidad pasándola por la caldera hirviente de nuestra desbaratada imaginación, y erramos como unos malos aprendices del arte y de la vida.

Don José Ido del Sagrario, una de las más admirables figuras del universo novelesco de Pérez Galdós, lo dice con pena hondísima, lanzando un grito del alma....., del alma de un español que escribe novelas por entregas: *La realidad nos plagia*.

Todos, mirándonos tristemente unos á otros, hemos clamado en estos tiempos de reveses, al ver deshacerse la novela por entregas que habíamos compuesto para engañar penas y hambres: *La realidad nos plagia..... y la realidad nos vence*.

Sin embargo, ha habido un español de los más grandes á quien la realidad ni ha vencido en un momento ni ha domado

con cuatro latigazos: uno que entre nosotros viene á ser como al apoderado y mayordomo de la realidad en el arte: D. Benito Pérez Galdós.

Resobando la comparación precedente, cabe decir que D. Benito, gran fumador, no convierte en humo pardo la nube azul del cigarro.

Hace lo que los buenos fumadores: se traga el humo.

Sería, pues, inútil é inexacto intentar representarse á Pérez Galdós de igual modo que algunos se han representado á Dickens ó á Balzac: como una maravillosa máquina de transformación que devuelve convertidas en preciosas manufacturas las primeras materias que, groseras y apenas desbastadas, se le ofrecen. No: D. Benito, inferior en algunos aspectos á Balzac y á Dickens, superior en otros, no es una máquina de componer novelas y dramas, como pueden figurarse aun los mismos que le hayan visto muy de cerca trabajar.

¿Qué ha de ser una máquina? Es un hombre mucho más hombre que los demás, como ha dicho de los héroes Carlyle ó Emerson ó Nietzsche ó quien haya sido: de seguro que no ha sido Silvela. Y como, en virtud de la lucha por la vida, los hombres vivimos comiéndonos los unos á los otros, ya material, ya espiritualmente, y los peces gordos se tragan á los chicos, lo que es D. Benito es un gigantón, una especie de Gargantúa insaciable que traga y digiere al día cantidades inverosímiles de substancia humana y de espíritu ó esencia de la Naturaleza, si vale hablar así.

Pero este formidable Gargantúa no es un tragaldabas inconsciente. Al contrario: lo que traga, lo rumia mucho y muy despacio. Todos los grandes artistas han pertenecido á esta especie de los rumiantes; pero unos, como Flaubert y como nuestro egregio capitán Andrada, no pueden trabajar mientras rumian, y otros, como Galdós, Velázquez y Lope, rumian y trabajan al mismo tiempo. Lo primero es cosa de arte; lo segundo es cosa de naturaleza.

Si algún día se analiza bien al Greco, no á la ligera, como lo han hecho Stirling y Justi, se verá cómo del *Entierro del conde de Orgaz* y del *Expolio de Cristo* han salido todas las elegantísimas aposturas de Reyes, príncipes, generales y caballeros de Velázquez; toda la espiritual caballería castellana, personificada en ellos, y otras muchas cosas sobre las cuales no hay para qué pedantear. Velázquez, rumiando al Greco, ensanchó y magnificó lo que éste había condensado hasta un punto inexplicable.

Lope aventaja á Velázquez en que amplía y engrandece lo que le dan las Crónicas y los romances, la tradición española y la Novelística italiana.

Galdós supera á Lope en que, ya escriba novela histórica, ya novela contemporánea, hace más que Juan Palomo: va á la compra por las mantenencias, se las guisa y se las come.

Para hacer esto, claro está que no se puede perder un minuto, y no lo pierde. Leer sería perder tiempo, y Galdós no lee. Darse pisto, exhibiéndose por ahí, saliendo por las calles como otros carros vacíos ó cargados de latas que andan asustando á la gente y metiendo ruido, tampoco lo hace: Galdós es un carro cargado de cosas sólidas, macizas, que va rodando con diligencia á su destino, sin llamar la atención de nadie. ¿Para qué? Alternar con esto que se llama aquí, por mal nombre, *sociedad literaria* le apesta, como debe apesstarle todo lo inútil y lo fantasioso. La hipocresía, la doblez, el maquiavelismo barato, que tanto resultado suele dar en nuestras compañías de bombos mutuos, no pueden albergarse en el espíritu de Galdós: esas pequeñeces necesitan vivir en los rincones oscuros, y el alma de D. Benito puede compararse con el campo, que no tiene puertas, ó si quieren ustedes imaginársela de otro modo, figúrense que es una ciudad muy grande y muy bien administrada, con cien puertas, como Tebas, y con paredes de cristal en todos los edificios.

Y como en este país cominero y eminentemente pecuario, apenas se concibe que nadie viva sin metimientos y promiscuidades con los demás, da gusto cuando se trata á un Galdós, comprobar hasta qué extremo la existencia de este hombre es independiente, señera, desgajada de las otras. Bien dice el refrán que jamás se ha visto un rebaño de leones, lo cual no deja de regocijar á las ovejas.

Para Galdós parece que se inventó lo del *expléndido aislamiento* de los poderosos: porque él es fuerte como Inglaterra..... y más simpático. Pero sería un error atribuir el aislamiento de Galdós á vanidad, orgullo, egoísmo ó cualquier otra pasión baja (si esas tales lo son). No, está aislado, porque necesita trabajar por lo menos diez horas diarias y *ver cosas* ó, si no verlas, oírlas, algunas horas también.

¿Que por qué necesita eso? No para *ganar dinero*, no para enriquecerse, como con la mayor grosería suelen propalar por ahí las ovejas machos ó hembras del rebaño. Necesita trabajar tanto..... porque experimenta esa necesidad; al revés de lo que les ocurre á muchos, que escriben sin necesidad alguna espiritual ni artística, sólo por defender el mísero garbanzo.

Menéndez y Pelayo lo dijo el año pasado hablando con el propio Galdós:

—Hombre, su tierra de usted produce tres cosechas al año, pero usted es mucho más fértil que las islas Canarias: usted coge cinco esquilmos.

En efecto, el año pasado compuso Galdós cinco novelas y vió lo menos cincuenta.

¡Ah, si los días tuviesen cuarenta y ocho horas!

II

Un ingenioso escritor, que á temporadas suele ser filósofo, á temporadas novelista, otras veces poeta, otras pedagogo y siempre algo chiflado, me escribió hace poco una carta, con la cual se iniciaron nuestras relaciones amistosas, y en el segundo párrafo de ella, después de preguntarme por la salud, se arrancaba de la siguiente manera: *Mi concepción del Universo.....* etcétera, etc.

Por cortesía no contesté á dicho caballero, que cuando se es filósofo, poeta y novelista, y á veces un poco pedagogo, como lo es Galdós, se debe hacer lo que él hace: no tener del Universo *concepción* alguna. Lo natural, lo sincero y, por consiguiente, lo artístico es mirar y atender, tragar y asimilarse, aun cuando lo más cómodo, en realidad, sea tener un concepto cerrado, fundar en él una teoría y codificar ésta en una ó varias leyes de procedimientos, con sus títulos, subtítulos y párrafos aplicables á cada caso de la vida..... en opinión de los tontos.

Conviene insistir en esto: D. Benito no es hombre de procedimientos como Zola, porque ni tiene teoría ni concepto del Universo ni nada que á ello se parezca. Esto no quiere decir que sea un simple narrador, como era D. Pedro A. de Alarcón. No; á Galdós le preocupan y mucho esas cosas que llamamos *problemas*, y que antes se discutían mucho en las sesiones del Ateneo, y sobre todo, le hostiga y le quita el sueño el llamado *problema religioso*, que ha examinado ya por casi todas sus caras; por la cara nacional de la guerra civil, en todos los *episodios* de las series segunda y tercera y en *Doña Perfecta*; por la cara familiar, social, socialista, etc., etc., en *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Tormento*, *Angel Guerra*, *Torquemada* y *San Pedro*, *Nazarín*, *Halma* y *Los condenados*. Mas nadie piense que ese problema, ni otros más graves, si los hay, le preocupan de una manera trascendental, tediosa, como parecen preocuparle á D. Nicolás Salmerón, v. g., hombre que hasta en el modo de andar parece dar á entender cuán abrumadora es la balumba de pensamientos que lleva consigo.

A D. Benito nada le abruma de veras, y su tranquilidad se parece mucho á la de Goethe; es la serenidad de un río que no tiene crecidas y en cuya superficie se retratan las nubes, los árboles, las montañas, los hombres. Por eso puede trabajar tanto tiempo y tan seguido: el río, sin enterarse y sin fatigarse,

mueve turbinas y ruedas de agua, impulsa fábricas, crea luz, pan y todos los más importantes menesteres humanos. ¿Está el horizonte nublado? Pues nubladas las aguas del río. ¿Está sereno el firmamento? Pues el río azul. ¿Hay árboles en la ribera? Pues frondas hay en la corriente.

Esto pueba la necedad y la miopía de algunos críticos que pensaban cuando se publicó *Gloria*:—¡Ah! Galdós es un espíritu antirreligioso—; y cuando salió *Tormento*:—Galdós es anticlerical—; y cuando apareció *Nazarín*:—Galdós se ha vuelto místico y evangelizador como Tolstoi.....—No, insignes majaderos. Las aguas claras, al pasar por junto á las cruces, reflejan cruces, y al pasar por junto á los diablos, retratan diablos: y esto ¡cuidado! no es que las aguas tengan como Pedro Crespo

..... por política discreta
 jurar con aquél que jura,
 rezar con aquél que reza.

sino pura y sencillamente que son aguas claras, y ejercen el oficio que Naturaleza las ha marcado. Por eso dijo bien lo que dijo Menéndez y Pelayo: Parece que la producción de Galdós viene á cumplir una ley de la Naturaleza ó que ésta prescribió:—Galdós producirá tantas novelas todos los años—; como dijo antes:—Tales y cuales árboles echarán hoja en tales y cuales tiempos.

—¿Y el arte?—preguntarán los partidarios de la *pincelada larga*, del *rasgo descriptivo*, de la *frase escultural* y de todas las formas posibles de eso que los cómicos llaman *latiguillos*.

Pues el arte es eso precisamente, desde Homero hasta nuestros días. Por indudable debe tenerse que Homero, ó no era ciego..... ó no era el autor de la *Iliada*. Tal vez tuviera los ojos muy chicos, como Galdós, y le tomaran por ciego sus contemporáneos, lo cual también á Galdós le ha sucedido en ocasiones.

En los ojos de Galdós, que son su principal órgano de novelar, hay que estudiar muchísimo. Como los tiene tan pequeños nadie repara en ellos, y así el grande hombre puede verlo todo sin molestarse ni llamar la atención de nadie. Un individuo que posea los ojos enormes, sugestivos, profundos, del mencionado Sr. Salmerón, no puede ser novelista ni ver ante sí más que piaras de hombres boquiabiertos de admiración supersticiosa ó de otro sentimiento poco habitual, poco humano. En cambio, Galdós con sus ojuelos insignificantes, al parecer, va por la calle viendo cosas y hombres discretamente, á su sabor, y sin la menor impertinencia; de ese modo ve hombres y cosas en sus proporciones naturales, y guardando la relación lógica misteriosa que lo une todo; ve el conjunto con la gran-

diosidad necesaria y los pormenores con la vivacidad debida, y se ahorra tiempo y trabajo.

Aprovechando esta ventaja que Dios le dió, llega á Toledo, recorre en siete ú ocho días la ciudad que tiene más que ver entre todas las de España, y sin *insistir* nunca, se apodera de la ciudad callejón por callejón, monumento por monumento, piedra por piedra, y lo que es más asombroso, tipo por tipo; y cuantos hemos vivido en Toledo, reconocemos que en ese maravilloso libro llamado *Angel Guerra* hay cien veces más Toledo que en cuanto escribieron Amador, Quadrado, Bécquer, Latour, Gautier, Amicis, Barrés, etc., etc.

Hay pocas cosas más divertidas y substanciosas que oírle á Galdós *levantar el plano* de una gran ciudad como Roma ó Londres, é ir haciéndose cargo de cómo se pasea él mentalmente por los sitios cuyo recuerdo evoca, de cómo los ve con *vista de composición*, que dicen los pintores, con su luz, su color, su movimiento de gente, sus ruidos, su carácter propio.

Las personas que carecen de espíritu artístico creen que la fotografía *favorece*, esto es, que las calles, plazas, construcciones y escenas grandiosas son más bellas en fotografía que en la realidad; eso mismo nos ocurre á los profanos cuando Galdós, en un rato de expansión, nos hace *ver en total* paisajes, ó almas ó ciudades por él vistas. No es que *haga ganar* con la descripción á lo descrito: es, sencillamente, que lo ha visto mejor que nadie. De igual manera se ha comprobado recientemente, gracias al pograma de la fotografía instantánea, que aquellos toros dislocados y aquellos caballos monstruosos que Goya dibujaba, son copia exacta de la realidad que él sólo veía, por ser su retina tan rápida como los obturadores de centésima de segundo; y análogamente, si me dan mimbres y tiempo, probaré algún día que el Greco no estuvo loco jamás, sino que supo *ver* más y mejor que ningún otro pintor del mundo.

Pero importa notar que no es solamente la agudeza de la vista lo que permite á Galdós trabajar con tanta holgura y exactitud. Con el oído le pasa otro tanto. Galdós ha llegado á ser un excelente organista, y no puede vivir ni trabajar si no tiene un armonium al lado. Tiene á todo Beethoven en la cabeza, y hoy día ya no necesita ejecutar las obras del padre de la música. Se sienta junto al armonium, toma entre dientes una sinfonía, y cuando le hace falta recordar algún motivo de esos que Beethoven *dejaba en el aire*, como flotantes, sin entrelazarlos en el tejido de la obra, lo sujeta bien con los dedos al teclado..... y sigue; sigue desenvolviendo mentalmente el pensar del maestro.

Lo uno es consecuencia lógica de lo otro: quien es capaz de tener metida en el alma tanta cantidad (y perdónese la fra-

se) de naturaleza y tanta masa de humanidad, por fuerza ha de poseer como ningún otro hombre el espíritu de los grandes; y así le pasa á Galdós con Beethoven, con Cervantes, con Shakespeare.

Por entre las encrucijadas del pensamiento de estos tres hombres inmortales, se pasea Galdós como por los callejones de Roma ó de Toledo, sin errar el camino, sin tropezar aunque vaya á obscuras. De Shakespeare tiene *hecho un plano* como el de esas ciudades que acabo de mentar. Y esto le sirve también para orientarse dentro del laberinto ya casi inextricable de sus propias obras, para recordar uno por uno los millares de personajes que en los *Episodios nacionales* y en las *Novelas contemporáneas* figuran, como dicen que Federico el Grande recordaba á todos los soldados de su ejército.

Ahora está muy ocupado Galdós haciendo un padron ó filiación general de ese ejército suyo de personajes novelescos, cien veces más complicado que el árbol genealógico de *Los Rougón Macquart*; y con la ventaja para nuestro gran artista, de que éste los hace *á posteriori* y sin proponerse probar nada, sino por mera curiosidad.

III

Creemos que Dios es misericordioso, no por otra razón sino por la de que es padre de infinitas criaturas; y esta creencia es muy humana. El padre que sólo tiene un hijo ó dos, cuanto más los quiere, más egoísta y huraño se hace para con sus semejantes. En cambio el patriarca, el hombre de numerosa prole, es, por naturaleza, benévolo con la humanidad entera, que es la prolongación de su familia.

Por eso Galdós, que ha creado tantos y tantos seres humanos vivos y efectivos, y á quienes parece que hemos tratado amistosamente en el mundo, tiene una indulgencia y una intollerancia incomparables.

—España es un presidio suelto—dijo aquél mandón reaccionario con capa de liberal, que sellamaba D. Leopoldo O'Donnell.

—España es una tribu con pretensiones—dijo D. Antonio Cánovas, que también era mandón y reaccionario, pero *á cuerpo*; es decir, sin capa alguna, por ser hombre más grande que O'Donnell.

Y D. Benito Pérez Galdós, que nada tiene de mandón ni de reaccionario, ni se envuelve en capa alguna, porque no lo necesita, dulcifica la frase, y contemplando á nuestro desdichado país con la indulgencia que constituye la justicia de los que miran las cosas desde lo alto, dice:—España es una redoma de peces, á los cuales *se han* olvidado de mudarles el agua, y están los pobres pececillos con sus boquitas abiertas, comiéndose

unos la substancia de otros, respirando y manteniéndose con mil trabajos en aquel líquido medio corrompido.

Compárense las tres frases y véase quién tiene razón, si el espadón, que tenía á todos los españoles por presidiarios, ó el orgulloso gobernante, que nos estimaba como unos salvajes, ó el gran artista, que nos reputa como lo que somos, como unos infelices pececillos hechos para nadar libremente, y á quienes se tiene aprisionados en un frasco de cristal, y por añadidura se les sujeta al tormento de vivir siempre en las mismas aguas chirles.

Este último concepto, sobre ser el más piadoso, es el más exacto y contribuye á explicar eso que ahora llaman *el estado de alma* de Galdós respecto de la sociedad española de este siglo, por él pintada.

Claro está que semejante concepto, que oí hace muy poco tiempo de labios del propio D. Benito, y que éste no ha puesto en ninguna de sus obras, no lo tenía formado *a priori* cuando compuso la primera serie de *Episodios nacionales* ó las *Novelas de la primera época* (*Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*), donde hay páginas escritas, al parecer, con sangre y fuego. Milagro hubieran sido tal tolerancia y tal elevación de espíritu cuando Galdós era joven, lleno de brío y de pasión; pero ¡cuidado! que aun esta palabra *pasión* es menester usarla con parsimonia, tratándose de Galdós.

Aun cuando otra cosa hayan querido decir los neos, que le odian. Galdós nunca ha sido sectario, y hoy lo es menos que nunca. En su primera juventud quería á sus personajes, y á las ideas por ellos representadas, con cariño de hermano; hoy los quiere y los trata con cariño de padre, y así, con gran sorpresa de los bobalicones de la crítica, incapaces de ver más allá de sus narices, el Galdós de *Zumalacárregui* parece carlista; el de *Mendizábal*, esparterista; el de *Los Ayacuchos*, enemigo de Espartero; y el de *Bodas reales*, enemigo de..... otra porción de cosas; pero siempre es español y patriota, y si llega el día, vaticinado por Lemaitre, en que ante el cúmulo de la creciente producción literaria sea preciso mirar á las cumbres y no á los valles, para buscar el carácter de la verdadera literatura nacional española, será preciso fijarse en Galdós..... y nada más.

Con tal espíritu de benévola magnanimidad, es posible concebir y componer obras en apariencia tan contrarias como *Gloria* y *Nazarín*, ó mejor aún, como *Doña Perfecta* y *Angel Guerra*. Las almas mezquinas no se explican esto: los pillines echan de ver la *contradicción*, y los bellaeos, que no faltan, atribuyen esos *cambaxos* á componendas editoriales ó á contemporizaciones con el voluble gusto del público, cuando lo más sencillo y, por consiguiente, lo más seguro, es avenirse á

comprender llanamente que, así como carlistas y liberales, bea-
tos y ateos, todos son hijos de Dios y herederos de su gloria,
también unos y otros pueden ser hijos de un mismo autor, y,
por consiguiente, hermanos, como predicaba Jesucristo y repi-
tió en nuestros días su imitador y siervo D. Nazario Zaharin,
apóstol andante y manchego.

Proceder así es dar ejemplo, y si cada cual en su esfera imi-
tase esta anchura de criterio, pronto podría darse por cambia-
da el agua en que viven los pobres pececillos de la redoma. Lo
malo es la escasa eficacia que aún tiene entre nosotros la obra
de arte. Con ser el autor que más vende, Galdós sólo cuenta con
diez ó doce mil compradores de sus obras, constantes, efecti-
vos, cotidianos, que suponen próximamente sesenta mil lecto-
res. Aun de ellos podrá descontarse una mitad que leen sin en-
terarse, *por pasar el rato*, ya que nuestro pueblo, el pueblo que
entendía y gustaba los autos sacramentales, ha caído tan bajo,
que sólo gusta de *divertirse* leyendo, asistiendo al teatro, etcéte-
ra. Por eso el esfuerzo gigantesco, pero aislado, de un Galdós sir-
ve de poco. Bien lo ve D. Benito como ve todo; pero sonríe, se
calla, y sigue trabajando con más fe hoy que hace treinta años,
siempre alegre, escribe que escribe, fuma que fuma, idea que
idea.

Con esto resulta que no le queda tiempo de hablar, y habla
poquísimo; sólo se expansiona cuando siente que se le ha qui-
tado de encima el peso de un libro concluido y ve la Adminis-
tración de sus obras llena de pilas de ejemplares. Pero como
inmediatamente vuelve á la tarea, y los comienzos son difíciles
para él, como para todos los artistas, al día siguiente se le ve
taciturno, meditativo, confuso, como debió de quedar el Crea-
dor al segundo día, después de crear los cielos y la tierra, al
encontrarse sin luz. Cuando, á imitación del sublime Artista de
todo lo creado, encuentra Galdós la luz que ha de alumbrar su
obra, toma velocidad y no hay quien trabaje con más furioso
apresuramiento que él.

Lo que escribe con una velocidad de mil demonios de va-
por, lo corrige en pruebas un poco más despacio, tachando
mucho, añadiendo rara vez. La corrección gramatical le pre-
ocupa grandemente, y habrá muy pocos literatos que posean
tan al dedillo como él los secretos del difícilísimo juego del *la*,
del *le* y del *lo* y todas las demás menudas dificultades que son
tan engorrosas á veces. Ya ha notado algún crítico las reminis-
cencias cervantescas, sobre todo en las obras compuestas por
Galdós en estos últimos años. Aquellos estupendos comienzos
y remates de párrafo del Manco sano le bailan á Galdós en el
cerebro y se le enredan á veces entre los puntos de la pluma
cuando escribe, pero involuntariamente, de un modo precon-

ciente, ó mejor, *aeonscio*, como dicen los pocos filósofos del antiguo régimen krausista que en España quedan.

Las reminiscencias shakespearianas ya son de otra índole: Shakespeare es la procesión que le anda por dentro á D. Benito. ¿Por qué? Porque la verdad y la fuerza en literatura se llama Shakespeare, y á los que amamos é intentamos comprender al Hombre de Stratford-on-Avon, no nos sorprendería lo más mínimo que el viento, el calor, la electricidad ó cualquiera otra fuerza de la naturaleza llevase el nombre de Shakespeare.

Lo que Shakespeare y Lope vieron en el mundo contemporáneo suyo, lo que entrambos sintieron palpar en las crónicas y leyendas antiguas, ha sabido verlo y sentirlo Galdós en la historia que hoy estamos haciendo..... ó deshaciendo entre todos, y en la que ayer hicieron nuestros padres y anteayer nuestros abuelos. Estudiemos esos treinta volúmenes de *Episodios nacionales* que va Galdós dejando en pos de sí, como en la fábula griega Deucalión y Pirra iban arrojando á sus espaldas los huesos de sus antepasados; estudiémoslos, amémoslos y cultivémoslos, y de esos huesos podrán salir, como cuenta la fábula, generaciones nuevas y vigorosas. Aprendamos en los nombres de Vergara y del Maestrazgo, de Trafalgar y de Girona, que sólo suenan á derrotas y sacrificios inútiles, lo que no supieron ni pudieron enseñarnos los estruendosos y altisonos nombres de Otumba y de Lepanto, y siga el maestro pintándonos, en sucesivos episodios, la verdad dolorosa de nuestros pasados errores, padres de nuestras presentes desventuras.

F. NAVARRO Y LEDESMA

La vida intelectual en España

SUMARIO.—Academia Española: Proyecto de Gramática Castellana para extranjeros.—Academia de la Historia: Recepción del General Suárez Inclán y su discurso sobre Alejandro Farnesio y la liberación de París.—Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales: Recepción de D. Blas Lázaro y su discurso sobre armas defensivas de los vegetales para la lucha por la vida.—Academia de Medicina de Madrid: Elección de los doctores Viforcos y Sánchez Rubio.—Ateneo de Madrid: Cursos superiores de los Sres. Sales y Ferré, Pedrell, Ureña, Cotarelo, Echegaray y Mélida.—Sociedad Española de Higiene: Discurso inaugural del Dr. D. Bernabé Malo, y Memoria del Dr. Ubeda sobre Higiene de Madrid (premio Dato).—Sociedad internacional de profilaxia sanitaria y moral: Llamamiento á sus trabajos, por el doctor D. Fernando Castelo.

REDACTORES.—Dr. Malo, *Félix de Montemar* y Tomás Carretero.

ACADEMIA ESPAÑOLA

LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO EN ALEMANIA

La ilustre Corporación guardadora del lenguaje, ha trabajado poco en el último mes del siglo décimonoveno. Repósase de la extraordinaria labor del diccionario, y se recrea en el éxito editorial, compartido con la afortunada casa Hernando.

A poder de la Academia ha llegado un libro que el autor somete á tan autorizado informe. Titúlase el libro, *Lecciones prácticas de Gramática castellana* para instrucción de los extranjeros, y es su autor don Leopoldo de Selva, madrileño que se dedica en Hamburgo á la enseñanza de nuestro idioma.

El asunto nos ha parecido harto importante para que le dedicásemos algunas investigaciones. Lo primero que averiguamos fué que el libro hallábase á examen de D. Eduardo Benot, eminente filólogo y miembro distinguidísimo de la Real Academia. El Sr. Benot está enfermo. A las terribles molestias de sus cataratas, se juntan estos días las de un enfriamiento, y entre las unas y las otras no ha podido leer ni escuchar la lectura de estas *Lecciones prácticas de Gramática*.

Oreíamos malogrados por estas circunstancias nuestros propósitos,

cuando la casualidad, protectora del noticiero, nos los dejó colmados. A las *Lecciones* acompaña una *Memoria* explicativa, del propio Sr. Selva, y á fe que tiene que leer la tal *Memoria*, tanto por la arrogancia con que el autor «nos descubre», cuanto por los deslices..... gramaticales en que, al pretender enseñarla, incurre, acaso para robustecer su declaración de que no hay ninguna buena entre las hechas para uso de extranjeros, ni siquiera una que un tal Eduardo Benot dió hace muchos años á las prensas y al público. Si estas noticias ó impresiones nuestras se confirmaran, el libro del Sr. Selva quedaría en una de aquellas buenas intenciones que sirven para el adoquinado del infierno.

La Academia prepara una revisión de la Gramática castellana, y á tal propósito, tiene un académico ilustre varios voluminosos legajos con este importantísimo trabajo, de que la Corporación le encargara. No falta más que analizarlo, aprobarlo y publicarlo..... Entre tanto, el plazo no será breve, pueden despacharse á su gusto todos los anarquistas del idioma.

ACADEMIA DE LA HISTORIA

RECEPCIÓN DEL GENERAL SUÁREZ INCLÁN

(30 de Diciembre.)

Presentóse el nuevo académico, ornado el pecho de condecoraciones representativas de su comportamiento en el campo de batalla. A la manera de antiguos gloriosos Capitanes de nuestro Ejército, mostraba el caudillo invicto la espada con que defendió el honor de la Patria en distintas ocasiones y la pluma que dedicó otras tantas á honrarla, cantando sus glorias y sus triunfos de otros días..... Triste cosa es que la fatalidad haya reservado para la pluma, victorias que tanto nos hubieran servido logradas por la espada.

No es, sin embargo, el General Suárez Inclán de aquellos soldados que, al trocar la espada por la pluma, empléanla en ejercicios nada marciales, aunque muy gratos para las musas. La del nuevo académico no sabe inspirarse más que en asuntos militares, y así como ha llegado á la docta casa mediante un libro de historia militar, á otro tema militar acude para presentarse á sus nuevos compañeros de glorias literarias: *Consideraciones sobre la liberación de París en 1590, por Alejandro Farnesio, al frente de las tropas de Felipe II, venciendo en breve y notabilísima campaña á Enrique IV de Francia.*

Sugestión del discurso.

Dice el Sr. Suárez Inclán:

«En los años primeros de mi mocedad, estudiando yo con deleitosa afición la Historia militar, quedó impreso en mi cerebro un párrafo donde el General Lamarque, después de encomiar las dotes del gran Soberano que rigió á Francia en las postrimerías del siglo décimosexto,

añadía: «Si en Chelles y delante de Rouen no conserva Enrique igual predominio, es porque se halla en presencia de un enemigo circunspecto y astuto que alcanza su objeto sin recurrir á los azares de las batallas. Mas cualquiera que sea la admiración que causen los talentos del Duque de Parma, natural es irritarse contra la fortuna, que deja de favorecer al Monarca valiente y generoso.

Un exagerado sentimiento patriótico oscureció la conciencia del crítico y el sereno juicio del historiador; pero los conceptos expuestos por el escritor transpirenaico encumbran justamente la reputación del guerrero insigne que gobernó los Ejércitos españoles en los Países Bajos y en Francia, luchando con ventaja y gloria contra caudillos eminentes como Mauricio de Nassau y Enrique de Borbón, cuyos nombres se destacan en la Historia con esplendoroso brillo.

Las palabras de Lamarque agitaron la curiosidad en mi espíritu, y con perseverante ahínco me dediqué, luego que otras ocupaciones me lo permitieron, á investigar los hechos del Capitán más conspicuo que tuvo Europa en los últimos años de la famosa centuria en que sobresalieron insignes personajes. Porque, respetando las opiniones que se han emitido con relación al afamado Rey de Navarra, que figura en la cronología de los Monarcas franceses con el nombre de Enrique IV, no debe aceptarse, ofreciendo homenaje á la verdad, que aquel Príncipe fuese el único y verdadero restaurador de la ciencia militar en la agitada época en que vivió.

Inspirados por el odio y la envidia que la preponderancia de España movió en el mundo, los historiadores extranjeros desconocieron generalmente las cualidades eximias que tuvieron nuestros caudillos en el siglo XVI; y es dolorosísimo que los españoles, impelidos por la corriente que venía avasalladora de ajenos países, no se cuidaran de contradecir, hasta hace pocos años, las injustas ó falsas opiniones que en detrimento de nuestra Nación se formularon; y eso que un sereno y detenido examen de los sucesos de aquel período bastara para desvanecer las sombras extendidas por la pasión ó la ignorancia con perjuicio de nuestra raza, con descrédito de nuestros gobernantes y con desmedro de nuestros Generales.

Farnesio y su origen español.

No: no debe afirmarse que Enrique IV haya sido el guerrero más excelso de su época, cuando á durísima costa recibió muy severas lecciones de maestro tan eminente como el Duque de Parma. Sin duda el célebre Soberano se distinguió en el modo de disponer las tropas en el campo de batalla, apreciando exactamente las condiciones y aplicación de las distintas armas, y aun puede admitirse que se mostrara hábil en algunos sitios de plaza; pero elevándose al examen de las concepciones estratégicas, aparece Alejandro Farnesio con innegable superioridad sobre su famoso competidor.

Sensible es que, así como (merced á la diligentísima actividad del docto académico Sr. Rodríguez Villa) poseemos un acabado trabajo biográfico referente al caudillo de Lepanto, no haya habido modernamente en España quien diera á conocer los hechos magníficos del Duque de Parma, y que de esta manera, por general incuria, esté

entre nosotros casi olvidada figura tan excelsa de la historia patria. Ya lo advirtió esta sabia Corporación, al señalar no ha mucho tiempo, como tema de concurso asunto de tal interés; pero todavía el solícito esmero de la Academia da motivo para lamentar más la dolorosa apatía, porque sus iniciativas fueron en este particular completamente estériles.

Ni aun nos sirvió de estímulo la excelente narración histórica y militar del Duque de Parma que Pietro Fea publicó recientemente en Italia, porque, excepción hecha de tal cual labor, como «El sitio de Amberes», escrito por el Sr. Barado, quien dió también á Farnesio merecido realce en su «Museo Militar», y algún trabajo debido al señor Martín Arrúe, apenas se ha hecho nada en España durante la centuria que termina para esclarecer los hechos de aquel egregio capitán.

Háse dicho que caudillos muy gloriosos de nuestros Ejércitos vieron la luz primera en regiones extrañas al territorio peninsular; pero si es exacto que Alejandro Farnesio nació en Roma y allí pasó los años de su infancia, no debe olvidarse que por expresa voluntad de Felipe II, se trasladó á la corte del poderoso Monarca, apenas cumplidos los once años, y que en Madrid y en Alcalá de Henares completó sus estudios y vigorizó su espíritu en compañía del Príncipe don Juan de Austria y del hijo del Soberano, sobre cuyos propósitos y sentimientos se han escrito dramáticas narraciones.

Y así, merced á una educación adecuada á la índole de la época, á las ocupaciones propias del alto linaje del adolescente y á sus peculiares aficiones, se desenvolvió con esplendor la inteligencia de Alejandro, que si era italiano por nacimiento, fué español por el idioma con que ordinariamente expresaba sus ideas, por su carácter y sus predilecciones.

Devotísimo del Rey católico, á su servicio consagró la vida. Y tan robusto de cuerpo como fuerte de ánimo y despierto de entendimiento, fué ágil y diestro en todo género de ejercicios y particularmente en el manejo de las armas. Impelido por vehemente anhelo de gloria y por natural vocación de su alma valerosa, sintió desde muy mozo especial afición á la guerra, y no menos que en alardes militares, sobresalió en las funciones de gobierno. Acreditando variadas aptitudes, ocupó el lugar más distinguido entre los Generales de su tiempo y, como estadista, pudo medirse con Guillermo de Nassau, Isabel de Inglaterra y Enrique de Navarra, superando muchas veces en el consejo y la prudencia al reflexivo Soberano de España.

Retrato de Farnesio.

Tuvo el Duque de Parma mediana estatura, ojos negros y vivísimos, despejada la frente, bien proporcionado el cuerpo; de su constitución física da muestra la rica media armadura que conserva el ilustre Director de esta Academia. Y perfectamente equilibradas las facultades corporales con las del espíritu, supo Alejandro ser, con arreglo á las ocasiones, liberal y firme, suave y marcial, indulgente y severo. Fascinaba á sus subalternos, compartía de frecuente con el soldado las fatigas y los peligros, y con el alimento mismo de la tropa

muchas veces se sustentaba. Mantenedor riguroso de la disciplina, exigía á unos y otros el cumplimiento de sus respectivos deberes, enseñando con el ejemplo, y por una aplicación discreta de la recompensa y del castigo, á todos se imponía y de todos era querido y respetado.

Sus cualidades, en suma, fueron tan brillantes y generales, que le elevaron á altísimo lugar entre los personajes más perfectos de aquella famosa centuria, pródiga en individualidades sobresalientes. Y siendo á un tiempo mismo valeroso guerrero, experto Capitán, político inteligente, estadista sagaz, hombre afable y ducho en ganar voluntades, providencialmente estuvo dotado de condiciones relevantes para gobernar.

Expone el nuevo académico la intervención de Farnesio en la batalla de Lepanto, las envidias que concitan sus meritorias cualidades en la corte de Felipe II, acusándosele de ejercer demasiado personalmente su Gobierno en los Países Bajos, por lo que los consejeros del Rey, Fernando de Toledo é Idíazquez, opinaron ante el Monarca que no convenía conservar en tal puesto á hombre tan absorbente, á pesar de lo cual Farnesio siguió en el Gobierno de Flandes.

Traza el Sr. Suárez Inclán seguidamente el cuadro de lo que era la milicia de España en aquel período.

El Ejército de aquellos tiempos.

«Estaban—dice—formados los Ejércitos por mercenarios de distintas naciones, á quienes no estimulaba el sentimiento de una patria común: así era difícil constituir un organismo militar identificado en un solo ideal. Pero Farnesio fué bastante hábil para establecer solidaridad estrecha entre elementos heterogéneos, empleando á unos y otros del modo que bien cuadraba á su peculiar carácter. Reconocía en los tudescos cualidades de excelentes soldados á quienes, sin embargo, había que pagar con puntualidad para acometer empresas arriesgadas; servíase con agrado de los valones que tenían muy estimables dotes militares; miraba con predilección á los españoles que eran el nervio de sus tropas; y, cual nadie, supo utilizar á los italianos, unidos á él por vínculos de raza.

Y aunque sea cierto que en algún caso concedió preferencia desusada á sus compatriotas, es plausible que acertase á dar saliente relieve á unos soldados cuya inferioridad señalara Maquiavelo en los comienzos de aquel siglo, y cuya escasa aptitud para la guerra lamentara poco antes el Duque de Alba en duros conceptos.

Sin duda era difícil mantener íntegras las condiciones de aquella milicia inmortal, para quien no conoció el mundo lúmite; porque las sangrientas luchas que, á la continua y con tenaz porfía sostuvo España en los reinados de Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón, de Carlos I y de Felipe II, mermaron mucho las filas de las tropas admirables que quizá no tuvieron ni tendrán igual en la sucesión de los tiempos. Por eso, analizando en el año 1568 el Maestre de campo Sancho de Londoño la situación de los Ejércitos españoles, discurría sesudamente *Sobre la forma de reducir la disciplina militar á su mejor y antiguo estado*; poco después de morir el Duque de Parma, lamentaba

también en 1594 el reflexivo Capitán Marcos de Isaba la decadencia que sufrían las armas castellanas, y en su precioso libro titulado *Cuerpo enfermo de la milicia española*, investigaba con perfección las causas que produjeran el desmedro que en los Ejércitos se advertía.»

Achaca los males que sobrevinieron á España en el siglo décimosexto á no haberse hecho caso de las advertencias de Londoño é Isaba.

Analiza la importancia de la Infantería en los tiempos que estudia, y dice de ella, con palabras de Cánovas del Castillo que, «era escuela y asilo del honor, y que por el ejercicio de maravillosas facultades suplía con su valor cuanto faltaba á sus Reyes de buena política, á su tierra de recursos, á su Patria, en conclusión, de calidades nativas para ser lo que quiso, y con efecto fué, contra los decretos de la naturaleza.»

Sigue la descripción de los brillantes hechos de la Infantería en Amberes, París, Rouen, y sus defectos y vicios en la deserción ó ante el desigual reparto del botín.

Las armas en el combate.

«En los buenos tiempos de la milicia española, no alcanzó tan justa celebridad el hombre á caballo como el infante, ni, por lo común, descolló en nuestros Ejércitos la gente montada en igual forma que la tropa de á pie. Por condiciones de raza, por la índole de las costumbres y por la naturaleza de la tierra, predominó en nuestro país el infante sobre el jinete, bien que no deban darse al olvido acciones brillantes de la Caballería en antiguas y modernas fechas.

Bajo el mando de Farnesio, la Caballería española llegó á competir con las más celebradas de otros pueblos, á las cuales aventajó muchas veces en el arte de la exploración. Y en gran parte se debió tan feliz resultado á Jorge Basta, albanés de origen é italiano de nacimiento, que, habiendo sido Capitán de lanzas, á las órdenes del Duque de Alba, fué elevado por el de Parma á la categoría de Comisario general de la Caballería, y en este empleo culminante adoctrinó hábilmente á los jinetes ligeros, que, según su opinión, debían ser la *pupila del Ejército*.»

Señala la escasa importancia de la Artillería de campaña en aquellos tiempos; lo que aventajó Farnesio á los demás caudillos en las aplicaciones de la fortificación y su perseverancia, valor y pericia en la guerra de sitios y su talento especial para las aplicaciones de la estrategia, en lo que aventajó á todos los generales de este tiempo.

Jamás—dice—arriesgó sus tropas sin una necesidad absoluta.

Entra con esto el nuevo académico á examinar la notabilísima campaña en que Farnesio venciera á Enrique de Navarra en las riberas del río Marné, en Agosto de 1590.

Situación de Francia en aquel tiempo.

Traza un bosquejo de la situación de Francia en el período que estudia, agitada por discordias civiles de carácter religioso, en las cuales crecía cada vez más el renombre de Enrique de Borbón; el asedio

del Rey de Navarra á París; las advertencias de Farnesio á Felipe II sobre los riesgos que—por la situación de los Países Bajos ya entonces—ofrecía el acudir él con un Ejército á París como de allí reclamaban los católicos franceses; las vacilaciones de nuestro Monarca estudiando el pro y el contra de la empresa, y su resolución, por último, de que Farnesio acudiera adonde el interés de la causa católica pedía.

Expone las hábiles disposiciones de Farnesio para ganar tiempo que le sirviera á preparar un Ejército para la empresa que se le ordenaba.

No contaba el Príncipe bearnés con que Farnesio se decidiera á entrar en Francia, exponiendo á grave riesgo los dominios de los Países Bajos, desoyendo aún las seguridades que sobre la realización de tal propósito, por el Duque de Parma, le comunicara Isabel de Inglaterra. Desaprovechó las ventajas de un triunfo de Ivry, y sin más idea que tomar rápidamente á París, dió tiempo á que se unieran en Meaux los Ejércitos de Farnesio y el Duque de Mayena.

Tal estado de cosas colocó á Enrique IV en el caso de levantar el asedio y salir al encuentro de su adversario.

Enrique llevaba de 18 á 20.000 infantes y 7.000 caballos. Sin duda aventajaba el Ejército de los aliados á su enemigo en la condición de las tropas de á pie, pero en cambio la Caballería francesa era superior á la española.

Cita la fama de que gozaban como generales Enrique y Farnesio, el primero de edad de unos cuarenta años; algo más viejo Alejandro.

Descripción de la batalla.

«Casi á un tiempo mismo—dice—se movieron los dos Ejércitos. Salió de Meaux el Duque de Parma el día 29 de Agosto, y el Rey de Navarra, al conocer el movimiento de su adversario, levantó su campo en la madrugada del 30. Las tropas de Farnesio estaban organizadas de este modo: la vanguardia, compuesta de gente francesa de á pie y de á caballo y del regimiento de alemanes del Conde de Calalto, iba á las órdenes del duque de Aumale, quien por ser hombre mozo y poco experto, era adoctrinado por el Señor de la Chatre, muy práctico en trances de guerra; el Duque de Mayena llevaba el cuerpo de batalla, y al frente de la retaguardia marchaba el Conde de Seligny, de la casa de Lorena, aconsejado por el capitán Saint Paul, que era muy reputado y bizarro militar. Encomendando así la dirección de los trozos principales de su Ejército á los jefes franceses, quiso Alejandro dar á los de la Liga notorias pruebas de confianza y estimación, con que fácilmente ganó el afecto de sus aliados.»

Expone la situación ocupada por los Ejércitos enemigos; la impaciencia de los caballeros franceses por pelear; las hábiles maniobras del de Parma; el reto á campal batalla enviado por Enrique á Farnesio, y la respuesta de éste diciéndole irónicamente que daría batalla cuando le pluguiese, si lo creyera menester, escogiendo el procedimiento y la ocasión que más estorbaran á los designios del adversario, y que, si por ser Enrique gran caudillo, se envanecía con dominar el campo, debía tener bastante pericia para obligarle á él á pelear, sacándolo de sus cuarteles, á oprimirlo dentro de ellos con las vivientes fortalezas de hierro de que tanto se envanecía.

Expone el General Suárez Inclán los pareceres tácticos que dieron á Farnesio varios de sus Capitanes; la estrategia hábil del de Parma, resuelto al triunfo, y las torpezas de Enrique ante la organización de la columna enemiga.

«Luego que el Rey de Navarra vió adelantarse hacia sus cuarteles la dilatada línea de jinetes, no dudó de que Farnesio se proponía asaltar su campo. Con objeto de resistir la acometida, extendió su gente de este modo: la Infantería, compuesta de regimientos suizos, franceses, ingleses y holandeses, en el centro, bajo la protección de sendas baterías de seis cañones en las dos alas; la Caballería en los flancos, y por el frente, dispersos en muchos trozos, los draganes ó *enfants perdus*.

Con rigorosa exactitud cumplió el Marqués de Rentin las instrucciones que recibiera: puestos los caballos pesados en el centro y los jinetes ligeros en las alas, entretuvo hábilmente durante la tarde al Ejército de Enrique de Borbón, desplegado en orden de combate, aceptando escaramuzas con los grupos de Caballería francesa que se adelantaban y rehusando encuentros con las masas enemigas. Ciertó es que, al igual que en los días anteriores, fué el bearnés poco previsor. Tenaz en sus pensamientos, creyó que la batalla era inevitable y que aseguraba mejor el triunfo aguardándola en las posiciones que ocupaba; y, sin embargo, en pocas ocasiones habría empleado con mejor fortuna la impetuosidad propia de su carácter. Al descubrir á los caballos de Rentin en las alturas, lógico era imaginar que iba á ser atacado en su campo de Chelles; pero desde el punto en que observó que los jinetes no adelantaban resueltamente, debió juzgar (dada la sagacidad del Duque de Parma), que algo importante se realizaba fuera del alcance de su vista. Y si, con objeto de averiguarlo, hubiese lanzado con vigor sus tropas sobre la dilatada cortina de caballos que á su frente alardeaban, sin gran esfuerzo habría arrollado aquella línea, y tomando entonces por el flanco al Ejército de Farnesio, le hubiese puesto en trance tanto más peligroso, cuanto más arrebatado hubiera sido el ataque. Pero, con obcecación inexplicable, se mantuvo inmóvil durante varias horas, participando acaso del jubiloso regocijo de sus gentes que, con festivos epítetos, calificaban donosamente y con desprecio lo que ellos conceptuaban timidez, si no cobardía, de sus adversarios.

Asistido, pues, el Duque de Parma por el error de su enemigo, y amparado de la fortuna, que suele estar aparejada con la inteligencia, consiguió que su Ejército desfilara tranquilamente; y luego que la Caballería fué inútil en la cumbre de las colinas, dispuso que el Marqués de Rentin se replegara con los jinetes detrás de las tropas que mandaba el Señor de la Mota, con lo cual la vanguardia se trocó en retaguardia y en vanguardia el cuerpo de batalla.

Con asombro notaron los franceses que paulatinamente se adelgazaba la línea de jinetes que estaba delante, y que, transcurrido algún tiempo, desaparecía por completo el ostentoso alarde de caballos. Comprendió entonces el Príncipe de Bearne que había sido juguete de su rival, y estimulado por la ira, pensó que podía recobrar su reputación tomando inmediato desquite. Lanzó, al efecto, la mitad de su Caballería en seguimiento de los jinetes de Parma; mas también con esto fué desdichado, porque, calando Farnesio la intención de su adversa-

rio, tenía apercibida una emboscada que, con súbita rociada de proyectiles, detuvo en su camino á los jinetes de Enrique, dando lugar á que acudiera Jorge Basta con 1.000 lanzas, que desbarataron de todo punto el intento del Rey de Navarra.

Cuando la tarde declinaba llegó la vanguardia de Alejandro á la orilla del Marne, é inmediatamente se posesionó del burgo de Lagny, situado en la ribera derecha. Después fueron llegando las demás tropas, y, ya pasada la media noche, entró en el campo la Caballería que gobernaba el Marqués de Rentin.

Al advertir el gobernador de Lagny la tempestad que sobre él se formaba, procediendo con destreza, inutilizó el puente que unía á la plaza con el arrabal, y detuvo así á las tropas aliadas. Y viendo el Duque de Parma que era imposible coger de rebato la población, tomó las resoluciones adecuadas para evitar cualquier contingencia peligrosa. Era seguro que, picado el de Bearne en su amor propio, acometería muy pronto, con el fin de salvar á Lagny; y, sin perder momento, procuró Farnesio atrincherar sus cuarteles para hacer el campo inexpugnable.

La toma de Lagny.

Refiere el nuevo académico en forma muy gráfica de qué manera se aprestaron á procurarse un seguro las tropas españolas; la situación de ellas el 1.º de Septiembre; el acierto de Farnesio, á quien una hábil maniobra dió ventajas positivas, que forzaron al Rey Enrique á embestir las trincheras de las tropas de Alejandro; la admirable distribución en que éste dispuso sus fuerzas para el combate y el advertimiento en que estaba del propósito del otro, lo que retrasó el combate definitivo algunos días.

Asimismo expone pormenores de varios lances de guerra antecedentes al hecho definitivo, objeto de estudio, todos prósperos para las tropas de Alejandro, quien resuelto, con unas barcas que apresaron los suyos, el problema de atravesar el Marne, utilizando el fuego de su Artillería para abrir brecha en los muros de la población de Lagny, ayudado del esfuerzo y arrojo de su gente y de su previsión admirable de todas las contingencias, puso á Enrique en situación comprometida.

Relata el distinguido escritor seguidamente los movimientos de las tropas del Rey Enrique, las encontradas opiniones de sus Jefes, la resolución del Monarca para impedir los propósitos de Farnesio, «quien, dice, al ver los movimientos de sus contrarios, aceleró la solución del asunto ordenando que prestamente se diera el asalto. Defendían á Lagny 22 compañías francesas á las órdenes del Sr. La Fin, que con gran bazaría defendieron la brecha, oponiéndose gallardamente al avance de los asaltantes; pero los de Parma arrollaron toda resistencia y ganaron el muro, degollando después á los vencidos que aún sostenían la lucha sin pedir cuartel. Fueron respetadas las iglesias, igual que las mujeres y los niños; y asimismo se procuró que hubiese equidad en el reparto del botín, aunque dice Alonso Vázquez, que se aprovecharon más los soldados del Duque de Mayena, porque en esas ocasiones atendían unos á lograr materiales ventajas, mientras otros, con más honroso y alentado espíritu, se preocupaban en conservar su reputación y fama».

Fracaso de Enrique en París.

El nuevo académico examina distintas opiniones de historiadores, para deducir que fué para los españoles el puesto de mayor peligro en este hecho. Refiere asimismo cómo Enrique de Borbón retrocedió sigilosamente del campo de combate al ver sobre los muros de Lagny la bandera española, surgiendo de improviso con su gente ante los muros de París el 9 de Septiembre. Dos veces—dice—intentó el asalto de la población por el sitio que para ello ofrecía mayores facilidades, cogiendo en descuido á sus defensores, que, no obstante esto, no consintieron al que después llamóse Enrique IV de Francia, realizar sus aspiraciones.

Concluye el Sr. Suárez Inclán su trabajo, señalando lo que pudo costar á Farnesio el desatender el movimiento de su enemigo luego de ocupado Lagny, si Enrique hubiese logrado entrar en París, y el renombre que le conquistó la liberación de la gran ciudad sin reñir batalla, y la liberación de la Liga católica.

Al notable discurso del ilustre General Suárez Inclán, contestó con otro muy interesante otro Jefe distinguidísimo de nuestro Ejército, escritor reputado é historiador de gran valía, D. José Gómez de Arteche.

La respuesta.

El Sr. Arteche señala el feliz hermanamiento en que las letras y las armas muéstranse de vez en cuando, y los nombres ilustres por el ejercicio de ambas profesiones en los antiguos y modernos tiempos.

Hace un estudio á grandes rasgos de la época de que se muestra enamorado en su trabajo el Sr. Suárez Inclán, calificándola, como en lo literario, de *siglo de oro* de nuestras armas.

Expone datos biográficos del nuevo académico, alude á sus trabajos literarios, y refiriéndose al tema tratado por él da, de conformidad con lo dicho por el Sr. Inclán, como absolutamente ejecutiva la victoria de Farnesio, en contra de extranjeras opiniones, y con nuevos datos.

Completa el elogio de Alejandro Farnesio, creyendo que en cuanto á él se refiere ha dicho el Sr. Inclán ya la última palabra, y concluye prometiéndose ópimos frutos, relaciones instructivas de origen, marcha y término de la guerra de Cuba, cuya Historia ocupa al General recientemente llevado á la Academia. Para tamaña empresa cuenta alientos sobrados el Sr. Suárez Inclán—decía el Sr. Arteche—, quien repetidas veces ha dado testimonios de comprender la Historia con aquellos atributos de fidelidad en la narración y profunda filosofía en la observación de los hechos que la hacen verdaderamente digna del respeto y de la admiración de todos.

ACADEMIA DE CIENCIAS

RECEPCIÓN DE DON BLAS LÁZARO É IBIZA

(9 de Diciembre.)

No le conozco personalmente y he visto apenas su nombre en algún periódico de los de gran circulación, con ocasión de su ingreso en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

En nuestra Patria concócenle muy pocos y se le conoce apenas... En otros países, sí, tiénense del Sr. Lázaro amplias noticias, no de las que lleva el pagado elogio por vanidad más que por mérito, sino de las que pregona el esfuerzo personal, la labor muchos años no interrumpida, la propia valía demostrada en los áridos campos de la ciencia, en la actividad constante del laboratorio.....

Semblanza.

Don Blas Lázaro é Ibiza es una personalidad ilustre de nuestra Patria. Hombre de vastísima cultura general, no ha sido, no es, no quiere ser más que botánico. Apartado del trabajo diario, por razón de su edad, hombres tan eminentes como Colmeiro y Laguna, puede asegurarse sin temor á la rectificación, que Lázaro es el primer botánico de España; pero botánico á la moderna, naturalista que enamorado de las nuevas ideas, y convencido de que está á punto de terminarse ya el inventario de los seres vivos que pueblan nuestro globo, obra á que aportó él datos y observaciones de gran interés, entregase en cuerpo y alma á esas otras investigaciones que sólo un buen microscopio y un completo laboratorio biológico pueden proporcionar.

Su vida de estudiante ofrece alto ejemplo que mostrar á la juventud de las aulas. Obtuvo premio en todas las asignaturas de ciencias naturales de las Facultades de Ciencias y Farmacia; premio extraordinario en la Sección de Ciencias del grado de Bachiller; ganó todos sus títulos de Licenciado y de Doctor, en las Facultades antes citadas, con nota de sobresaliente, y fué, en fin, notado desde los comienzos de sus carreras por la aplicación extraordinaria y la peregrina laboriosidad.

No defraudó después las esperanzas que tan notables principios despertaban. Trabajos posteriores, oposiciones brillantes que le valieron diversos cargos científicos, especialmente la que realizó para la cátedra de Botánica descriptiva, que hoy desempeña, certificaron cada día que el estudiante de ayer caminaba con seguro paso al término glorioso señalado para los buenos maestros.

Lázaro é Ibiza, joven aún, pues cuenta apenas cuarenta años, ha producido obras notables. Los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, uno de los periódicos que más alto ponen el nombre de España en el extranjero, llenos están de notas, observaciones y estudios de nuestro compatriota. Su *Compendio de la flora de la Península Ibérica*—dos tomos de más de 900 páginas cada uno—, es una obra notable, que, bien al contrario de lo que su título indica, contiene extensas noticias de la flora de nuestra Península, no tomadas de libro al-

guno, pues, aunque siguiendo para las investigaciones de que en la obra se da cuenta, el camino iniciado por otros maestros, el Sr. Lázaro produce labor absolutamente personal, fruto de sus excursiones á pie por toda España, estudiando y observando, lo mismo en las encrespadas crestas de las sierras andaluzas, que en los apacibles campos gallegos, que en los abruptos y no menos pintorescos de la interesante Asturias.

Pensionado de nuestro Gobierno en la Estación Biológica de Nápoles, recorrió buena parte de Italia, trabajando siempre en la ciencia de su predilección. Es interesantísimo su relato de este viaje, pues demuestra la cultura del Sr. Lázaro.

Como maestro enamorado de lo antiguo, en la parte utilizable que á su ciencia es de necesidad, el Sr. Lázaro sale todos los domingos al campo con sus alumnos, á practicar sobre el terreno observaciones y análisis que inician en el buen camino á sus discípulos. Las investigaciones hechas cada semana, adquieren luego en el moderno campo experimental la sanción que los nuevos medios y los procedimientos novísimos han sugerido, como complemento de los viejos estudios, como signo evidente de la notable evolución de las ciencias naturales.

El Sr. Lázaro, que explica su cátedra de la Escuela Superior de Farmacia, que trabaja en su laboratorio, que escribe obras de mérito positivo y notas interesantes en periódicos y revistas, aún tiene tiempo para llevar el auxilio de sus talentos á la Asociación para la Enseñanza de la mujer y á la Escuela Normal. ¿Qué mayor elogio puede hacerse en justificación de la actividad de este insigne maestro?

El discurso.

Sucede el Sr. Lázaro en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, á D. Federico de Botella y Hornos, aquel ilustre ingeniero que tanto y tan felizmente trabajara por el prestigio de la ciencia española.

El Sr. Lázaro eligió por tema de su discurso «las armas defensivas empleadas por los vegetales en la lucha por la vida». Pocas acometidas tan recias para la poesía bucólica como ésta de descubrirnos que también en el mundo vegetal, grato á las musas, es el hombre, vamos al decir, un lobo para el hombre. Ya lo dice el nuevo académico: «Cuando en el fondo de un bosque disfrutamos aquella apacible serenidad, cuéstanos violencia el pensar que toda aquella masa de vegetación se halle también sometida á la dura ley de la lucha por la vida.»

«La vida vegetal reviste formas tan variadas, sabe adaptarse á las condiciones más diversas, aun á las más precarias algunas veces, opera la sustitución de unas especies por otras de modo tan lento y silencioso, tan gradual é insensible, que, para un espectador indiferente, los combates que constituyen esta lucha no son perceptibles, como lo serían los que realizan los animales. Pero para un naturalista observador no hay punto alguno, desde los países lindantes con las desiertas nieves de los polos hasta los espléndidos bosques tropicales, que no pueda considerarse como campo de batalla en el que pasivamente se desarrolla un concurso de individuos dentro de la especie, y una lucha lenta y eterna entre las especies diferentes.»

La novela de las plantas.

Y el Dr. Lázaro comprueba con ejemplos curiosísimos esta afirmación fundamental de su discurso, tan bien escrito como un poema, tan interesante como una novela de aventuras. ¿No parecen el retrato de uno de esos personajes egoístas y soberbios que tanto juego dan en las novelas, estas palabras?

«También entre las especies leñosas pueden hacerse observaciones interesantes respecto de la conquista del suelo. Plantas hay, como la célebre higuera de las pagodas, que, una vez constituida como árbol, extiende sus ramas tan largamente, que no podría sostenerlas si la planta misma no tuviese medios para dotarlas de un ahorquillado natural, formado de raíces adventicias, que, naciendo de trecho en trecho en las ramas, crecen hacia abajo hasta llegar al suelo, y, penetrando en él, se ramifican y engruesan considerablemente hasta constituir recios troncos que actúan como pilares y sostienen aquella bóveda de ramas y follaje. Un solo árbol logra extender así su área hasta formar un bosque.»

Raras veces son los vegetales vencidos en su lucha por la conquista del suelo, aun del que más resistencia parece ofrecer á los ataques, y por cierto que al exponer esto el nuevo académico, dice cómo «no son las plantas de gran vigor aparente, ni las de mayor corpulencia, ni las de organización más compleja las que mejores condiciones poseen para la conquista de esos suelos despoblados. Son, por el contrario, las plantas más sencillas, plantas necesariamente sin raíces, las que mejor se prestan á vegetar en estos suelos ingratos, y ellas formarán las avanzadas del ejército invasor, reproduciendo lo que muy probablemente ocurrió en más vasta escala, al tomar el reino vegetal posesión de las primeras tierras emergidas, allá en los misteriosos tiempos de las edades primarias».

Las veleidades de la fortuna..... en el mundo vegetal.

Y exactamente lo mismo que suele ocurrir en la historia de la humanidad, en que gentes débiles y sencillas ponen la primera peonada en la obra de conquistar pueblos y escudos de que luego se enseñorean, los poderosos..... Verdad es que cuando estos poderosos caen, sobre sus ruinas nacen y se imponen otra vez aquellos débiles y sencillos, como también sucede en el mundo de los vegetales, según pinta el doctor Lázaro.

«Véase cómo una construcción de gran solidez, por ejemplo, una fortaleza ó una ciudad antigua y ruinosa, área robada primeramente por el hombre á la vegetación y abandonada después al juego de las acciones naturales, comenzará á demolerse lentamente, y al par que este movimiento de descomposición se efectuará el asalto lento de los vegetales, siendo invadida primero por plantas humildísimas que apenas manchan aquí y allá la pátina de sus monumentos, después por céspedes de aterciopelados musgos, más tarde por hierbas y matas pequeñas nacidas en las junturas de los sillares que aún estén en pie, y al fin quedará envuelta por los árboles y arbustos brotados entre sus ruinas. El ejército entero de la vegetación volverá á ocupar por dere-

cho propio el área que el hombre le arrebató á costa de grandes cuidados y usando de tantos artificios. Llegará á establecerse la situación que los exploradores hallaron en algunos puntos del Yucatán, donde las ruinas de monumentos gigantescos de algunos siglos antes yacían ocultas entre una vegetación exuberante, demostrando cuán incontrastable es el poder de la Naturaleza.»

La lucha por el ideal.

Pero esta lucha por la tierra, es la parte grosera del *struggle for life* vegetal. También luchan por el ideal, por la luz solar, sin cuyas caricias confortantes no pueden vivir. Como las sociedades humanas luchan por la libertad encarnada un día en el ideal religioso y otro en el ideal político y otro en el ideal social, las colectividades vegetales luchan por la luz con las armas nobles de la fuerza, en que tanto se arriesga cuanto es aquello á que se aspira, ó con las armas pérfidas de la astucia, que hace terrible la propia debilidad.

«Las malezas que abundan en los setos, barrancos y matorrales de nuestros montes, están formadas en su esencia por un corto número de especies, como las zarzas, escaramujos, clemátides, endrinos, diversos espinos, zarzaparrilla del país, cambroneras, madreelvas, etc., á las cuales se asocian otras más débiles como la brionia, dulcamara, nueza negra, lúpulo, *Polygonum Convolvulus*, *Calystegia Sepium* y algunas *Vicia* y *Galium*, entre otras. Todas estas plantas, entrecruzando sus tallos, constituyen en el interior del matorral una maleza inextricable, que procura abrigos y refugios protectores á la caza; las terminaciones de sus ramas forman en la superficie un abigarrado mosaico en el que las sumidades é inflorescencias de todas ellas aparecen mezcladas de la manera más irregular y caprichosa, pero de modo tal que todas participan del beso de las brisas y de las caricias del sol.

Débase tal resultado al empleo de las armas que todas ellas poseen y con las que defienden su posición en el matorral. Fácil nos será notar que unas tienen sus espinas y su ramificación abundante, por lo que sus ramas se entrecruzan formando una armadura; otras poseen sus tallos abundantemente provistos de aguijones ganchudos que les ofrecen múltiples puntos de apoyo allí donde se tocan unos con otros; disponen las demás de sus tallos volubles, de sus zarcillos rameales, foliares ó estipulares, y á las de tallos más ligeros puede bastar con la aspereza resultante de los aguijoncitos de sus tallos y hojas (*Galium tricorne*). En este conjunto las especies leñosas más resistentes forman la armazón y podrían vivir sin las otras; las herbáceas encuentran la asociación establecida, y, prevalidas de sus condiciones, se implantan en ella disputando á las demás especies el aire y la luz.»

La guerra en el bosque.

«Bosques formados por árboles de mayor talla, con ramas y follaje tan densamente entrelazados, que apenas si llega al fondo una luz difusa muy débil, aun en las horas medias del día; en países en donde el sol lanza sus más fúlgidos destellos. Tal es la armazón del bosque,

cuyas sombrías bóvedas se hallan cruzadas por malezas que cierran el paso en todas las direcciones; el suelo cubierto en parte por aguas cenagosas, en parte por helechos arborescentes y por profusión de parásitas radicales; los troncos, pilares que sostienen estos templos gigantescos de la vegetación, hallanse invadidos por vegetales diferentes, plantas parásitas las unas, trepadoras ó sencillamente epífitas las otras. Tal es el cuadro que halláramos ante nuestra vista.

Bien se comprende que tantas especies no se encuentran allí mezcladas sin que entre ellas se mantenga enérgica competencia vital. Las diferentes especies arbóreas luchan entre sí por alcanzar con sus ramas la parte superior de la masa forestal, aquella en que la luz tiene intensidad suficiente para el cumplimiento de la función clorofílica. El árbol que parece deja un claro, un ventanal por donde los rayos del sol penetran al fin; pero el hueco abierto en las filas de los árboles gigantesco ciérrase pronto; si es pequeño, por el crecimiento de las ramas próximas, que, naturalmente, se prolongan en la dirección del espacio iluminado; si es grande, pronto se verá cómo prosperan en él nuevos pies de planta.

Esta es la lucha de los gigantes, lucha directa y fácil de observar, que da como resultado el mantenimiento de la bóveda de follaje y su elevación; los demás habitantes vegetales de estas formaciones sostienen otra lucha más insidiosa, realizada en la sombra y en el misterio del bosque.

Los miserables.

En ese mundo sombrío del bosque hay seres débiles, desheredados de la naturaleza, que se ahogan y mueren en la sombra, y seres de miserables aspiraciones que se contentan con la obscuridad, y en ella viven, sin molestar á nadie ni aspirar á nada más que á las migajas de humedad que los otros les dejan, y seres, en suma, de mezquina apariencia y misión providencial vengadora que se apoderan del suelo y matan las raíces del coloso ó se fijan en sus troncos ó en las axilas de sus ramas para corroerlos poco á poco y al cabo aniquilarlos, no por la noble ambición de ocupar un puesto ante la luz, sino por perverso instinto de destrucción y exterminio.

Y trazado de esta suerte el cuadro de la lucha por la vida y por el medro, en ese mundo cuya historia hace la botánica, el Dr. Lázaro pasa á exponer cuáles son las armas de que en tal lucha se valen los combatientes, según que sean armas defensivas contra los animales, ó armas defensivas y ofensivas para la riña perpetua de los vegetales entre sí.

Para defenderse de los cambios bruscos de temperatura, del excesivo calor ó del frío excesivo, tienen los vegetales no pocos medios: unos que sirven para amparar determinados órganos, y otros que guardan al organismo entero. ¡Plantas hay que se hacen las muertas para mejor defenderse de las acometidas del calor, y luego resucitan cuando refresca la temperatura! ¿A qué no saben las lectoras, si alguna tuviesen estas líneas, cuál es uno de los medios de defensa con que los vegetales cuentan en este orden de sus necesidades? Pues esos perfumes cuya esencia, aprovechada por la industria, es luego arma principalísima en los arsenales de la coquetería femenil.

La utilidad de los perfumes.

«Debe llamar nuestra atención—dice el nuevo Académico—, que entre los productos volátiles, cuyo vapor produce en más alto grado absorción de calor, figuran, en primer término, las esencias de los vegetales. Una masa de aire perfumada por estos productos constituye una capa protectora, cuyo poder absorbente para el calórico es muchas veces mayor que el de la atmósfera cargada de vapor acuoso, más de trescientas veces mayor para algunos aromas, como el del anís y el cantueso. La existencia de una ligerísima cantidad de estas sustancias basta para dotar el aire de las mismas condiciones que si estuviese saturado de humedad, en cuanto á disminuir la diferencia entre las temperaturas máxima y mínima.

Ante tales hechos, se comprende fácilmente que, cuando en una formación vegetal dominan las plantas aromáticas, éstas dotarán por sí mismas al aire atmosférico de propiedades especiales, que eviten en gran parte los perjuicios que pudiesen resultar de las variaciones bruscas ó extremadas de la temperatura, logrando, aun en las tierras elevadas é interiores, cuya atmósfera es generalmente muy seca, una buena parte de las ventajas de que goza la vegetación de las tierras bajas del litoral, por la mayor abundancia de vapor acuoso que en ellas tiene el aire.

Se puede concebir, según esto, que en las llanuras elevadas del interior de nuestra Península, comarcas castigadas por las crudezas y brusquedades propias del régimen atmosférico continental, estos inconvenientes pueden atenuarse por la abundancia de plantas aromáticas, las cuales provistas de armas adecuadas, modifican uno de los inconvenientes más grandes para la vida vegetal.

Sabido es que en las mesetas del interior de España existen abundantes especies de plantas aromáticas, como los romeros, tomillos, cantuesos, espliegos, salvia y otras labiadas; cistáceas, como las jaras comunes, y compuestas, como las manzanillas, santolinas, ciertas especies de *Artemisia*, etc., muchas de las cuales son plantas de formación; es decir, que, con abundante predominio de pocas especies, constituyen vegetaciones características, como las llamadas romerales, tomillares, cantuesares, jarales, etc. Estas formaciones contrastan con las que se encuentran en nuestro litoral septentrional, cuyas lomas ostentan variedad de brezos, gramíneas, escajos y helechos, plantas cuyos medios de perfumar el ambiente son muy cortos ó nulos. Contraste tan marcado, existente entre ambas vegetaciones, pueden explicarse, porque la flora del litoral indicado, viviendo en contacto con aire constantemente cargado de humedad, no necesita el abrigo protector de los aromas, mientras que las plantas de las mesetas, cuyo ambiente es generalmente muy seco, utilizan como arma defensiva la producción de abundantes vapores aromáticos.»

Contra la sequía.

También tienen las plantas armas defensivas contra las sequías tenaces. La crasitud de las hojas y de los tallos; el revestimiento tomentoso, que á veces llega á parecer verdadera cubierta de lana, la escases

de estomas, que disminuye los puntos por los cuales se exhala el vapor acuoso; la transformación de la epidermis y sus revestimientos, cercos, etcétera, son los medios que permiten á los vegetales resistir la excesiva sequedad de la atmósfera. El Dr. Lázaro cita á este propósito muy interesantes experiencias personales.

«Las gramíneas, abundantes en los montes secos del centro de España (*Festuca*, *Lygeum*, *Agropyrum*, *Macrochloa*), suelen tener el limbo de sus hojas doblado por la línea media de su haz, cara en la cual se hallan todos sus estomas, aplicando una mitad sobre la otra; disposición que acentúan en razón directa de la sequedad del aire, y con la cual consiguen el mismo efecto que si los estomas se cerrasen por completo.

Preciso es reconocer que ciertas plantas que no presentan ninguna de las notables disposiciones que llevamos mencionadas, pueden resistir bastante bien las sequías prolongadas; mas no deberemos olvidar que la defensa de que carecen en las hojas puede compensarse por la profundidad de su aparato radical, como sucede con la vid común. En otros casos, el aborto de las hojas ó su reducción á pequeñas escamas, confiándose la función clorofílica á los tallos y ramas jóvenes, cuya epidermis está protegida por una gruesa capa cuticular y es pobre en estomas, constituye una defensa adecuada, que podemos observar en muchas plantas propias de sitios secos, como las *Ephedra*, *Casuarina*, *Erinacea*, retama común y aliagas.»

El quitasol de las plantas.

Aunque la luz sea agente necesario de nutrición de las plantas, la radiación solar muy intensa es desfavorable para la función clorofílica, y á este fin los vegetales disponen de medios defensivos que vienen á ser algo así como los quitasoles con que nos defendemos los humanos.

La defensa más sencilla que pueden emplear en este concepto es la que vemos funcionando en las praderas y nace de la misma aglomeración de los vegetales, que mutuamente se protegen proyectando su sombra unos sobre otros y logrando por tan sencillo procedimiento reducir considerablemente el tiempo que sobre cada punto de su superficie actúa la radiación solar directa. En los vegetales arbóreos, las diversas ramas van recibiendo sucesivamente el baño solar, del que no participan más que una pequeña parte en un momento dado, y lo propio puede decirse de las diversas hojas que existen sobre una misma rama.

Los vegetales pequeños se amparan con gran frecuencia de otros mayores y más resistentes á la acción del sol, ó utilizan para este fin los accidentes del terreno. Aunque no es posible separar en absoluto la acción lumínica de la calorífica en las radiaciones solares, concóncense ciertas plantas que habitan entre otras beneficiándose de su sombra. Puede notarse que toda la vegetación pequeña de los bosques se halla en este caso, y ejemplo de ello tenemos también en tantas leguminosas (*Vicia*, *Pisum*, *Phaca*, etc.) que habitualmente se hallan en los matorrales. No demuestran en menor grado esta preferencia plantas que, como el *Lilium Martagon* y el acónito, no descuellan sobre la planta protectora hasta que producen sus espléndidas inflorescencias,

y las que con tan aparente modestia viven, como muchas violetas y los fresales silvestres, siempre al amparo de otras matas más resistentes.»

Además, hay plantas que varían la orientación de los limbos de las hojas bajo la influencia de los rayos luminicos; otras tienen muy pulimentada la superficie de las hojas, que devuelven por reflexión la parte sobrante de luz; otras que al estar revestidas de pelos escamosos, guarece con ellos los cuerpos clorofilicos; otras que por la coloración de sus hojas, tienen poder bastante para modificar la luz, etc.

Pero no sólo se defienden de la muy intensa, sino también de la muy escasa, y en este punto harto conocido es el hecho de plantas situadas en puntos poco claros que orientan sus ramas ó sus tallos hacia los más alumbrados, en busca de la caricia luminica que las nutre. Excusado es decir que la abundante experimentación del Dr. Lázaro tiene muchos casos que referir á cada propósito.

La luz y las algas.

«Un caso curioso de acomodación á una luz débil es el de las algas de profundidad, pues los pigmentos que tienen sus células sólo dejan llegar á los cloroplastidios luces coloreadas de los tonos más favorables para la función clorofilica; de modo que la falta de intensidad de la luz en las aguas profundas se compensa por su calidad cromática, que la permite ser útil, aun dentro de su escasa intensidad. Hoy ya no se duda que á esta condición deben las algas florideas su aptitud para vivir donde otras especies no podrían hacerlo, y que la distribución de las algas marinas por zonas batimétricas se determina por la luz y no por la presión, pudiendo encontrarse cerca del nivel de las aguas especies de profundidad, siempre que se hallen en las grietas y oquedades de las rocas sumergidas, ó en otras condiciones que dificulten el acceso de la luz.»

Muy interesante es, asimismo, cuanto se refiere á la facultad que algunas plantas tienen de almacenar reservas para la nutrición en casos difíciles, depósitos que pueden estar en las mismas raíces engrosadas, en tallos subterráneos, en la medula de los aéreos ó en las bases de las hojas radicales. En tal aspecto, el doctor Lázaro expone muy luminosas consideraciones sobre las plantas insectívoras, caso notabilísimo de la lucha por la vida en el mundo vegetal.

Plantas carnívoras.

«Sin duda alguna, existe fundamento sobrado para admitir que las plantas llamadas carnívoras poseen una vía más que las otras para la asimilación del nitrógeno, y que condición tan especial ha de corresponder á necesidades vitales de las mismas.

Menos fácil sería, en el estado actual de la cuestión, resolver de un modo indubitado el problema de por qué estas plantas necesitan un suplemento de alimentación azoada, del que no parecen tener necesidad los demás vegetales. Acaso su aparato radical no halla en el suelo la suficiente cantidad de materias nitrogenadas bajo las formas absorbibles usuales. Aventurado sería afirmarlo así de un modo defi-

nitivo para todos los vegetales insectívoros; pero hay algún caso, el de las especies europeas de *Drosera*, en el que esta idea podría admitirse sin repugnancia. Viven estas plantas en las laderas de las montañas, entre musgos y otras especies propias de las praderas bañadas por aguas corrientes de poco caudal pero de gran pureza, y no es inverosímil pensar que sus raíces, pequeñas y poco profundas, fijas en aquel suelo continuamente lavado, no hallen en él sino leves indicios de principios nitrogenados absorbibles.»

No menos curioso es, aun para el vulgo desconocedor, cuanto el ilustre académico expone acerca de las plantas acuáticas, de cómo se arreglan éstas para nutrirse y vivir en semejante medio, y de cómo las hay anfibias, con capacidad de modificarse al pasar de un medio á otro, en forma de que puedan atender en los dos, tan diferentes, á sus necesidades vitales.

«Gente» aprovechada.

«La *saxa* de agua, sobre todo, nos permite observar que, cuando vive en aguas de mayor profundidad que aquellas en que habitualmente se encuentra, carece de las hojas aéreas, y todas las que produce son cintiformes y sumergidas (variedad *vallisneriaefolia*), únicas que son compatibles con la vida acuática de cierta profundidad. Las *saxas* que se hallan arraigadas en el fondo y viven en aguas poco profundas, desarrollan sus dos clases de hojas y su hermosa inflorescencia; pero si el caudal de agua del remanso ó laguna en que habitan eleva su nivel y mantiene esta elevación de un modo indefinido, las plantas se ven privadas de florecer y fructificar, sus funciones reproductoras han desaparecido mientras estas condiciones subsistan, pero se defienden, adaptándose á la vida exclusivamente acuática, y, merced á sus hojas cintiformes, conservan, al menos, sus funciones de nutrición.»

Poema de amor.

Después de haber expuesto en la forma extractada las armas con que las plantas cuentan para defenderse de los peligros del medio, entra el doctor Lázaro á tratar de aquellas que les sirven para la lucha de unas especies con otras. Una de las primeras preocupaciones de las plantas, digámoslo así, es asegurarse descendencia. Lo que del amor fecundo en ese campo de la actividad universal dice el nuevo académico, es un verdadero poema. Cómo se besan las flores; cómo se buscan los gérmenes; cómo las hadas benéficas del amor transportan en sus alas invisibles el polen fecundante; cómo á las veces delegan en voladores insectos ó en pintados y diminutos colibríes aquellos oficios de terciaría provechosa al ornato de la tierra; cómo hay plantas profundamente amorosas y despiertas para la paternidad, que retienen al insecto portador del polen hasta que puedan saturarlo bien de la prolífica substancia que ha de transportar á la amada; todo ello con algunas muy interesantes observaciones sobre la reproducción del prosaico hongo, constituye esta parte del discurso del doctor Lázaro, demostrándose cómo las especies vegetales se esfuerzan, con mucho más vigor y fe más firme que algunas razas de hombres, por aumentar su descendencia, como medio preferible para luchar con otras especies, con otras razas por la conquista y hegemonía del suelo.

Más semejanzas.

Otra arma de los vegetales para la competencia es la adaptabilidad al medio, la resignación con todas las condiciones en que la vida las coloca; y claro es que vencen aquellas de espíritu acomodaticio que subordinan su comodidad y su gusto a la ley suprema del vivir, que aquellas otras muy perfiladas y exigentes que no soportan cambios de medio. Para que en nada flaqueen las semejanzas, hasta el buen consejo de madrugar halla sanción convincente en el mundo de la botánica. Dan este consejo algunas especies de *Draba*, *Capsella*, *Calendula*, etcétera, que, llegando á tomar posesión del suelo á fines del invierno, hacen su campaña vegetativa sin competencia.

La asociación también es fuerza de que los vegetales se valen para la lucha, exactamente como los hombres: las amapolas, por ejemplo, que tan encantadores cuadros pintan en el campo. Algunas de estas asociaciones, aunque cómodas en un principio, son á la larga funestas, pues las plantas se desacostumbran de vivir por sí mismas y la atrofia acaba con ellas.

Concluye el discurso del doctor Lázaro señalando las armas de que las plantas se valen para defenderse de los animales, y que son de dos clases, mecánicas las unas y químicas las otras. Unas plantas se defienden con púas, espinas y cortezas, y otras con sustancias dañinas ó desagradables, al menos, para el animal que contra ellas atenta, habiendo observado el doctor Lázaro que los vegetales redoblan sus medios de defensa allí donde es mayor la voracidad de los animales ó más frecuente la escasez de alimentos.

Conclusión.

Concluye el nuevo académico, diciendo:

«Hemos contemplado cómo ese variadísimo ejército de los vegetales, al parecer inerte y pasivo, juguete de las circunstancias que le rodean, vive luchando contra enemigos tan diversos y defendiéndose de tantos peligros, convirtiéndose en medios protectores aun aquellos detalles de su organismo que menos parecían prestarse á ello. Admiramos cómo en el seno de la Naturaleza, silenciosa é inmóvil, se agitan tantos intereses encontrados, luchan y se combinan tantos organismos, acatando la orden suprema, cuyo cumplimiento es la realización de la vida en sus infinitas y variadas formas.

No consiente el estado actual de nuestros conocimientos el evocar este cuadro en toda su grandeza, ni yo podría nunca pensar en llevar á cabo tan magna obra; pero si algo distingue las ciencias naturales de nuestra época de lo que pudieron ser en otras edades históricas, es el permitirnos estas ojeadas de conjunto, que nos consienten olvidar por un momento nuestra pequeñez, y nos hacen experimentar goces inefables, que sólo pueden compararse con los que percibiríamos al sentir penetrar en nuestra razón un destello de la divina luz de la verdad.»

Al doctor Lázaro contestó brillantemente el académico D. Máximo Laguna, corroborando los pareceres y observaciones de aquél. Que el tema elegido, aunque tan interesante como la mejor novela, no es tan vago como éstas, demuéstrole el Sr. Laguna.

Importancia práctica del tema.

«El Sr. Lázaro describe—dice el Sr. Laguna—con detalles numerosos y grandemente instructivos esa lucha, que bien puede asegurarse que es de grande interés para la humanidad; su resultado puede ser tan importante para el hombre como el de las grandes batallas de los Ejércitos, puesto que de ese resultado dependen en gran parte nuestros alimentos y nuestras industrias agrícolas; el éxito en Agricultura, en Selvicultura, en huertas y jardines, se deberá á la parte que tome el hombre en pro ó en contra de cada combatiente; si permanecemos neutrales, el fuerte, por ley fatal, destruirá al débil; si intervenimos, nuestra intervención decidirá por algún tiempo la lucha; pero ésta reaparecerá con violencia en cuanto cese nuestra acción protectora del más débil.»

ACADEMIA DE MEDICINA

NUEVOS ACADÉMICOS

Si la Academia de Medicina no ha hecho durante el mes de Diciembre acto alguno ostensible, puesto que no ha celebrado sesión alguna pública, no es posible por ello acusarla de inacción, pues es hacer algo, y aun mucho, el haber elegido con grande acierto dos nuevos miembros. «La muerte es vida», y por esto las Corporaciones que cumplen como buenas llorando, por ejemplo, á un Letamendi, á un Capdevila, á un Rico y á un Viguri, cumplen asimismo espléndidamente con su deber enjugando el llanto por aquellas pérdidas, para poner los ojos en los que deben sustituir á los que se fueron, en un Eulogio Cervera, en un Rodríguez Abaytúa, en un Gómez Ocaña ó en un Viforcós, jóvenes todos por la edad todavía, y ya eminentes por los grandes triunfos logrados en los trabajos de la ciencia y en el ejercicio de la profesión.

Si Cervera es un cirujano de grandes y excepcionales aptitudes, y para Abaytúa no tiene secretos las enfermedades del tubo digestivo, y, Gómez Ocaña es un fisiólogo de verdad, de los que «hacen ciencia», no un simple erudito de los que aquí hemos usado en ese ramo del saber; Rodríguez Viforcós es un especialista de cuerpo entero, cuya reciente elección honra á la Academia tanto como al elegido, gloria y prez de la medicina española.

El Doctor Viforcós.

Nació el doctor Rodríguez Viforcós á la ciencia y la profesión en el Hospital Provincial de Madrid, de cuyo brillante Cuerpo de Profesores es hoy uno de los más notables, é hizo su carrera prestando allí ó en San Juan de Dios el servicio tan modesto como indispensable de lo que ahora se llama «interno de los hospitales», y en aquella fecha «practicante».

Apenas terminados sus estudios, y con brillantes notas, hizo oposición y ganó plaza de médico de Sanidad Militar, renunciando, sin ser-

virlo, tanpreciado cargo, cual si el aspirar á él hubiera sido un ensayo de sus energías y aptitudes que había pronto de poner á prueba en definitiva oposición, sin duda más armónica con sus aspiraciones y tendencias. No fué, pues, una sorpresa para cuantos conocían á Viforcós y le estimaban en su mucho valer, verle ganar en reñida oposición la plaza que hoy desempeña en el cuerpo de la Beneficencia Provincial, ese cuerpo que dió en todas las épocas tan sabios clínicos generales, y que hoy, adaptándose á la marcha lógica de los tiempos, cuenta con una pléyade de especialistas universalmente conocidos y respetados.

Ingresábase entonces de médico de guardia, y así empezó Viforcós, distinguiéndose entre los de su categoría por lo activo, simpático é inteligente, notas muy acentuadas de su envidiable carácter, que tiene mucho de sugestivo y contribuye á despejar situaciones molestas ó difíciles, por los obstáculos que allana y las obscuridades que disipa. El talento de Viforcós es de esos talentos esencialmente prácticos, que no se preocupan de cuanto no es aplicable y útil, pero que de esto último no perdonan nada, sino que lo asimilan, lo hacen suyo, lo modifican mejorándolo, y no tardan en explotarlo traduciéndolo en hechos plausibles y beneficiosos. Así, la actividad de Viforcós es de las que no hacen más ruido que el indispensable á la excelente labor en que se ejercita, y como nuestro hombre tuvo el maravilloso sentido de no malgastar tiempo, aptitudes ni energías, no tardó mucho en imponerse, destacándose su personalidad allí donde se presentaba, y siendo tenida por médicos y no médicos como una figura, si agradable en alto grado, en alto grado digna de atención y respeto.

La Academia Médico Quirúrgica reconociólo así al elegirle Presidente de su «Sección de cirugía», cargo que desempeñó con aplauso de tan docta Corporación.

Dedicado desde que empezara á ejercer el cultivo de la especialidad de «Vías urinarias» y sus complementos, fundó y dió vida gallarda durante catorce años á una revista de las indicadas especialidades, siendo de advertir que cuantos artículos llevaron la firma de Viforcós, que fueron muchos en esos catorce años, reproducidos fueron por revistas extranjeras de distinta nacionalidad, hecho afortunado que él atribuye al cuidado que siempre tuvo de inspirar sus producciones en un fin práctico y útil y de darles un desarrollo congruente con esa misma utilidad, cosa que confirma lo que hemos dicho al clasificar el temperamento intelectual del nuevo académico.

En la clínica, ya hospitalaria, ya particular, tiene éste por norma de conducta *algo* que sería muy conveniente que no olvidásemos cuantos visitamos enfermos, sean de la índole y categoría que fueren, y sin que paremos mientes en el interés científico, social, etc., que ofrezca ó deje de ofrecer el caso sometido á nuestro estudio y cuidado. Un enfermo, POR SU CALIDAD DE TAL, tiene derecho á que el médico que le asiste le preste, por aquellos pocos minutos al menos, toda, absolutamente toda su atención; que haga esta efectiva inquiriendo por los medios apropiados un diagnóstico lo más exacto posible, planteando el tratamiento que requiera y sin más limitaciones que aquellas que no dependan del médico, y, cuando lo obscuro ó complejo del caso lo exija, aún debe el enfermo preocupar al profesor que, en su ausencia,

tal vez medite con mayor acierto y resuelva con facilidad el problema que, á la vista del paciente, parecía intrincado ó insoluble.

Repetimos que, el doctor Viforcós, tuvo siempre la virtud de pensar sólo en el enfermo que tenía delante; y cuando no tenía ninguno, de preocuparse de aquél ó aquéllos que, por su rareza ó gravedad, más lo merecían. Esta virtud le hace idolatrado de sus enfermos hospitalarios, é insustituible entre la clientela privada; pues los clientes de uno ú otro orden corresponden, según es lógico que lo hagan, al fervor demostrado por el médico que hace de la esmerada asistencia un verdadero culto.

Pero Viforcós se dedica á una especialidad en la que el arte manual entra por mucho, y justo será que digamos algo de lo que es el nuevo académico desde este punto de vista considerado, y á la verdad, de Viforcós operador ó artista, hay que decir en justicia tanto y tan bueno, como que ello por sí sólo le hubiera dado patente de notabilidad, si completando lo ya dicho ó indicado no se la diese, y bien ganada, de verdadera eminencia de la cirugía española.

Viforcós manipulando ú operando, es la destreza y la suavidad mismas; «siente» las operaciones que realiza, mima los tejidos enfermos ó sanos sobre que actúa; conoce hasta en sus más nimios detalles la anatomía ó disposición de esos tejidos, y procede con tal soltura y rapidez, que en operaciones de la importancia y transcendencia de la *talla* ó abertura de la vejiga para extraer un cálculo (piedra), suele emplear *treinta segundos no más!*, incluyendo la anhelada extracción de la piedra que determina el acto operatorio.

Operando así, se comprende la absoluta falta de complicaciones observada en los operados del doctor Viforcós, quien afirma con frase gráfica y la mayor naturalidad, «que de ese modo, los tejidos *no se enteran* de la agresión sufrida, ni tienen tiempo ni motivo para protestar, y la lesión operatoria cicatriza en seguida, sin incidentes ni accidentes alarmantes».

Esta habilidad prodigiosa del especialista español, justifica su disconformidad respecto de lo que en obras notables aconsejan muy afamados especialistas extranjeros: al tratar ciertos problemas de la clínica, que no hay para qué concretar en una revista de la índole de NUESTRO TIEMPO, aseguran los últimos «que, lo preferible, sería..... tal intervención, si esta fuere realizable en la práctica, como es aconsejable en teoría; pero que son tantas y tan enormes las dificultades que se oponen, que hay necesidad de desistir de ella, recurriendo á medios, si menos oportunos y convenientes en principio, factibles en la realidad».

Y aquí viene lo extraordinario de la personalidad del médico español como operador: él no reconoce las tan ponderadas dificultades ó imposibilidades, mejor dicho, á que se refieren los prestigiosos especialistas extranjeros; y como no las reconoce *porque no las encuentra*, se desentiende de ellas y opera sus enfermos según en principio y buena doctrina deben operarse, y haciéndolo así desde el comienzo de su brillante carrera, obtiene, y es lógico, estadísticas tan notables como ricas de enseñanzas.

Hace pocos años, otro ilustradísimo profesor del Hospital Provincial, el doctor Lobo Regidor, publicó en periódico médico, tan leído dentro y fuera de España como la *Revista de Medicina y Cirugía*

Prácticas, de Ulecia, una serie de artículos referentes á enfermos y operados de la Clínica del doctor Viforcós; y recordamos que terminó el interesante trabajo con un *estudio comparativo* de las mejores estadísticas extranjeras y la española de Viforcós, resultando la última ventajosa con mucho á las primeras, según el Sr. Lobo dejó demostrado hasta la evidencia.

Conocidas y típicas las actividades del nuevo académico, no es aventurado asegurar que hará pronto el obligado discurso, y como habrá de elegir tema en armonía con sus predilecciones, nunca más oportuno que en tan solemne ocasión para presentarse con toda la personalidad que él tiene en el ramo que cultiva; personalidad que adquiere más y más relieve en puntos transcendentales como el antes aludido y que, dicho sea de paso, le ofrecería un buen tema para expuesto por él y aquilatado y discutido por el cirujano ilustre que le conteste en representación de la Academia.

El Dr. Viforcós, llega á la más alta posición científica que existe en nuestro país y á la mayor y más justa notoriedad, lleno de vida para disfrutar los bien ganados honores, y de alientos para persistir en el trabajo; y como veinticinco años de especialista en la forma que él se ha hecho, sin para ello traspasar la frontera, sino viendo y estudiando aquí cientos y miles de enfermos de la especialidad mencionada, dan un caudal riquísimo de experiencia y forman un criterio independiente, no ha de tardarse mucho tampoco sin que semejantes enseñanzas se traduzcan en una obra de la especialidad, con sello genuinamente español, y de que estamos bien necesitados, puesto que hasta hoy hemos sido tributarios serviles de la literatura extranjera, con todos sus inconvenientes.

Sánchez Rubio.

La ley de los contrastes ha tenido donosa realidad en la última elección de esta Academia: en la misma sesión en que se eligió al doctor Viforcós, coronando con ello las aptitudes y méritos ya relatados, aunque brevemente, de un hombre lleno aún de energías y vigor, eligiéndose al Dr. Sánchez Rubio, hombre eruditísimo en ciencias naturales y en literatura, conocedor de los clásicos sin desdeñar por ello el estudio de la época moderna, gran aficionado á divulgar los conocimientos científicos que posee, traductor correctísimo y concienzudo de obras médicas que en su tiempo fueron muy apreciadas, confeccionador de diccionarios enciclopédicos; de brillante imaginación, y unos entusiasmos y vehemencias tan raros á los setenta años que cuenta próximamente, que ellos solos revelan, á los que no tenemos el honor de tratarle, que lo delicado de su espíritu, empareja con su vasta y escogida cultura. Pero está lo notable del contraste en que si el Dr. Rodríguez Viforcós funda lo que es en los miles de enfermos que fueron otras tantas piedras de toque á que sometió cuanto aprendiera en bien orientadas lecturas que le empujaban á la práctica de una especialidad concreta, el Dr. Sánchez Rubio funda también su valer, muy de estimar desde otro punto de vista, en que los constantes estudios de literatura, medicina y demás ciencias biológicas, el manejo de los clásicos, el mucho traducir y el no menos redactar popularizando ideas

y conocimientos fuera del alcance de las gentes, le absorbió tan por completo su ya larga vida, que ni asistió enfermos, ni de verlos sintió necesidad alguna, engolfado como estuvo siempre en adquirir más y más sabiduría con el puro y noble ideal especulativo de almacenarla y poseerla.

Por eso se ha recibido bien la elección del Sr. Sánchez Rubio para la «Sección de literatura» de la Academia; pues hay que convenir que llevaba á la lucha su bagaje literario, tan respetable como corresponde á quien por su edad podía ser padre ó abuelo de los otros tres dignísimos y muy ilustrados aspirantes que le disputaban el ingreso en la docta corporación.

En una época ya algo remota, publicó el Sr. Sánchez Rubio *El Amigo*, periódico dedicado más especialmente, según nuestras noticias, á la propaganda de la higiene, á la que también conserva gran cariño el erudito médico, como lo demostró este año acudiendo á los concursos de la «Sociedad Española de Higiene» y ganando un *accesit* por la Memoria que presentara.

Hombres así, entregados á la constante labor, jamás envejecen; y si la nieve de los años muéstrase abundante en su cabeza, el corazón eternamente joven late vigoroso merced á las puras emociones de la sabiduría, y en los ojos se conserva, á despecho de la nivea cabellera, el brillo revelador del juvenil entusiasmo. Tal es el doctor Sánchez Rubio, bien digno por todo ello del afecto y consideración de los hombres de buena voluntad.

ATENEO

CURSOS SUPERIORES

Uno de los maestros que más honran la cátedra libre del Ateneo, es sin género alguno de duda el cultísimo profesor de la Universidad Central D. Manuel Sales y Ferré.

El Sr. Sales y Ferré.—Plan de sociología.

En conjunto maravilloso que seduce, deleita y enseña, posee el señor Sales facilidad notable de palabra, método muy recomendable de exposición, y arte sencillo para trabar los puntos de su discurso en forma tal, que no es, que no puede ser pérdida ni aun para los profanos la savia de su doctrina interesante.

Valdría la pena de que las disertaciones de este maestro, por los temas que aborda, no quedaran para la mayor parte de nuestra juventud inadvertidas de todo en todo, pues no es ciencia empalagosa sin finalidad práctica, ni cosa que deje de importar, lo mismo á cuantos se empeñan al presente en una redención patria perseguida por caminos más hermosos que positivos, que á cuantos en lo porvenir han de ocupar un puesto en la cura y dirección de la sociedad española.

En el curso presente, en las pocas lecciones que hasta el momento de la aparición de nuestro periódico lleva explicadas el Sr. Sales y Ferré, ha dedicado sus trabajos á exponer cuáles son los lindes que separan el dominio de la Sociología del de las ciencias sociales, á tratar de la opinión de Van der Rest en este punto, á dar su concepto de las

ciencias generales y las ciencias particulares, á demostrar cómo la Sociología es la ciencia de los primeros principios sociales, á fijar el lugar de la Sociología en el cuadro de las ciencias, y á formular, en fin, un plan de ésta.....

Entendemos nosotros que no basta para que el lector forme juicio apropiado de la labor que el docto maestro realiza en la cátedra de la calle del Prado, decir que expone su doctrina de modo admirable sin dar un sumario de la doctrina expuesta..... Mejor valdría al fin de cultura que en nuestra modesta esfera nos proponemos, dar, aun homeopáticamente sus disertaciones, pero como esto nos llevaría á términos de amplitud incompatibles con este número, adoptaremos ese modo para la última de las lecciones dadas por el Sr. Sales, y esto será ya algo que pruebe nuestras aseveraciones en pro del catedrático y de su ciencia.

Ocupóse en la enunciación de los elementos y estructura de la sociedad, analizando la acción en ella del factor físico, y las actividades que integran este factor. De la desigualdad en el reparto de los alimentos en la superficie terrestre; de la radiación solar y sus efectos directos é indirectos; de las regiones más adecuadas para el desarrollo de las sociedades; del agua en sus tres estados; de la influencia de la humedad en el alimento; de los contrastes en este respecto entre el Oriente y el Occidente, y entre España y las naciones del centro de Europa; de la influencia de la altura y el suelo en la especie social, y de los contrastes que dichos factores ofrecen.

Era de ver la devoción con que seguían al maestro cuantos llenaban la cátedra de la docta corporación, mientras el Sr. Sales y Ferré señalaba el desarrollo de la conciencia humana y su acción en el desenvolvimiento de las sociedades; cuando apuntaba cómo y en qué medida los ríos, las fuentes y los mares, pueden influir en el desarrollo de esas sociedades mismas; cuando demostraba por cuáles razones es mayor la densidad de población y más adelantada la urbanización en las regiones marítimas que en las de tierra adentro, y cómo por disfrutarse en las primeras de mayor cantidad de ázoe, que influye directamente en el cerebro, hay más vigorosa intelectualidad.

Muy interesante en este punto fué la disertación del sabio maestro, que analizando la alimentación del músculo y del cerebro, á que se rinde atención en unas zonas ú otras, deducía consecuencias demostrativas de mayor ó menor civilización.

Por su alimentación—aunque no deba estimarse ésta como factor único—decía el Sr. Sales—encuéntrense en tan absoluto estancamiento las sociedades orientales. Ni por su historia, ni por su posición geográfica, ni por su raza, se halla la justificación de que China, por ejemplo, tenga la escritura, el idioma, el estado social de los tiempos de Confucio. El régimen alimenticio allí, es á propósito para la energía muscular. contrario á la actividad cerebral.

En España—seguía el conferenciante—ocurre algo de esto. Nuestra decadencia conviene con el cambio de nuestra alimentación. Antigamente comíase más carne. Hoy, un obrero inglés come más carne que muchos hombres de nuestras clases directoras.

El Sr. Sales concluye su interesante peroración, señalando las influencias de los demás factores enunciados en el tema objeto de su es-

tudio, llegando hasta señalar de qué manera hasta el cielo y el ambiente pueden influir é influyen desde luego en la formación del carácter de las sociedades.

El Sr. Pedrell.—El drama lírico y Wagner

He aquí el tema que, desde el curso anterior, viene desarrollando en el Ateneo el erudito escritor y crítico D. Felipe Pedrell.

Estudiados por el maestro en el curso anterior los orígenes del drama lírico y la síntesis histórica de su evolución, y de esta los períodos desde la aparición de la monodia florentina (1590), hasta Gluck y de Gluck á Wagner, ha dedicado las disertaciones hasta ahora dadas en el presente á tratar del período tercero en que dividió su trabajo: el que media desde la aparición del libro de Wagner *Oper und Drama*, hasta nuestros días.

A grandes rasgos expuso el maestro la historia desde la muerte de Gluck hasta la aparición de Wagner. En la síntesis por él hecha, estudió la producción lírico-dramática de Mozart, Weber, Lindpainter, Maschuer, etc., la literatura alemana á fines del siglo XVIII, el arte nacional y popular alemán y la obra de los compositores fieles á esta forma encumbrada por el lied como fondo y forma que, ampliada, prepara el camino á Wagner.

Durante las primeras lecciones de este curso estudió el instinto dramático de Wagner, fijándose mucho en la adolescencia desasosegada del maestro sajón, en las influencias recibidas por la lectura de las obras de Shakespeare y por la resolución que operara en su alma la audición de las sinfonías de Beethoven.

Según Pedrell, Wagner desde sus comienzos ensaya reformar el drama lírico, inspirándose en la gran música instrumental beethoveniana y en la clásica polifónica vocal religiosa, en la del Mediodía con preferencia á la del Norte, porque el ascetismo de Bach, no era tan eficaz para la idealización de la parte mística de sus libretos, como el *misticismo* de Palestrina. Hallando en ambos elementos el drama lírico, el cuadro y el tipo del mismo en la poesía mística y popular teutónica, su genio de asimilación no rompe con el pasado, sino que lo continúa, y de ahí, dice Pedrell, el que Wagner sea una consecuencia, no una revolución.

Dada la triple imperiosidad del teórico, del poeta y del músico, el conferenciante ha trazado en estas manifestaciones, el plan del curso actual, examinando primero los escritos principales de Wagner, sus poemas líricos y las creaciones del compositor.

En esta segunda parte de su estudio, queda el maestro Pedrell cuando escribimos estas líneas, seguido de un auditorio muy numeroso y muy selecto.

El Sr. Cotarelo.—Historia del Teatro español.

El Sr. D. Emilio Cotarelo y Mori, viene explicando este curso acerca de la Historia del Teatro español, y casi con decir quién es el conferenciante—luego de sabido el tema—, adivínase ya que han de ser, como efectivamente son, muy interesantes sus disertaciones.

Hombre verdaderamente erudito el conferenciante, sus trabajos en la cátedra del Ateneo son provechosa lección del pasado, del arte y la literatura escénicos, rectificación de varios errores hasta ahora mantenidos como verdades en la Historia del Teatro, y exposición curiosa de antecedentes, que se oye con verdadero gusto.

Dedicó el joven académico de la Española sus dos primeras lecciones á la bibliografía crítica del tema, examinando en la primera las historias de carácter general, que acerca de nuestro Teatro se escribieron en España y en el extranjero, especialmente las tres capitales del conde de Schack, Leopoldo Klein y Adolfo Schaffer, compuestas en Alemania y solo una de ellas traducida al castellano, concluyendo por afirmar que, ninguna de ellas, ni otras de las impresas, podían considerarse como suficientes al fin que se proponían.

Antes había señalado el Sr. Cotarelo la importancia excepcional que en el cuadro general de las literaturas europeas tiene el Teatro español, así como las grandes dificultades que ofrece su estudio, á causa de su misma grandeza y de la enorme copia de textos que lo constituyen.

Que mientras por medio de estudios parciales y monográficos no se forme el juicio crítico y total de aquellos textos, no puede clasificarse ni apreciarse en series ó períodos y en forma sintética.

En la segunda conferencia, el docto académico hizo el examen de los teatros europeos y particularmente del nuestro. Estudió ampliamente los últimos trabajos relativos al origen del teatro inglés, como el de Jusserand; del teatro francés, como los de L. Gautier, Gastón París, Mario Sepet, y los eruditísimos de Petite de Julleville, sobre los *Misterios* y el *Teatro Cómico* de la Edad Media; los del teatro italiano, como la obra monumental de Alessandro D'Ancona, los de Graf, Torracca, y, en general todos los más recientes estudios publicados en Europa sobre la materia. Y viniendo á los orígenes del nuestro, juzgó la obra de Moratin, y los particulares estudios de Gallardo, Colori, Barrantes, Barbieri, Menéndez y Pelayo, así como los de algunos ilustres extranjeros, que han hablado de nuestra escena, tales como Wolf, Hartmann, Croce, Stiefel, Braga, Boncanet, etc.

Expuso el nuevo aspecto que en vista de tales estudios y de los diversos textos que han ido apareciendo en estos últimos años ofrece el estudio de los orígenes de nuestro teatro, y formuló la división y etapas principales que en él se señalan hasta el advenimiento de Lope de Vega.

Las conferencias tercera y cuarta, dedicólas á tratar de los residuos que de los teatros romanos se conservaron en España durante la Edad Media, convertidos en farsas groseras, que por las plazas y calles ejecutaban los juglares y los que las *Partidas* designaron con el nombre de *facedores de juegos de escarnio*, de todo lo cual se salvó y entró en nuestro teatro un aspecto ó carácter popular, y el tipo cómico llamado *bobo*; tan frecuente en nuestras comedias del siglo XII.

El conferenciante llevó luego la atención de su auditorio al elemento religioso de nuestra escena. Investigó sus orígenes en toda Europa que se hallan en los *dramas litúrgicos*, comunes á toda ella en la Edad Media; derivados de las prácticas y ceremonias del culto, por agregaciones sucesivas (*tropas*), que recibió el canto ritual y la repre-

sentación con figuras vivas de los principales sucesos del antiguo y nuevo Testamento.

Explicó el Sr. Cotarelo las causas de que entre nosotros no existan, ó no se hayan descubierto hasta hoy restos de este abundante drama religioso, siendo la causa principal de su escasez la continua transformación que este drama fué sufriendo en los siglos XIV y XV, pues al revés de lo que sucedió en otras partes, el drama religioso estuvo siempre vivo en España y aquí alcanzó su mayor desenvolvimiento y su más perfecto desarrollo en los *Autos sacramentales*.

Sin embargo—decía el Sr. Cotarelo—, en España existe un drama litúrgico en lo esencial, aunque escrito en idioma vulgar, en castellano, y perteneciente á una época (siglo XII) en que en otras partes este drama no se había aún desprendido por entero del idioma latino. Es el auto ó *Representación de los Reyes Magos*, muy superior á la vez á los demás de igual clase que nos ofrecen otras literaturas.

Aunque no textos de tal importancia—habla el conferenciante—, se conservan noticias relativas á otras representaciones hechas en los siglos XIII y XIV y fragmentos de *Misterios* como el de la *Conversión de la Magdalena*, descubierta en Mallorca por el inolvidable arqueólogo don José María Quadrado.

Dos conferencias dedicó el Sr. Cotarelo á estudiar el fenómeno dramático, único en Europa que se conoce con el nombre de *Misterio de Elche*. Este es un drama litúrgico que hace muchos años viene representándose (aún hoy se representa) en la ciudad de Elche: el del *Tránsito y Asunción de Nuestra Señora*, que se ejecuta los días 14 y 15 de Agosto de cada año en la iglesia mayor de aquel pueblo.

Investigando los orígenes de esta representación en la nuestra y en otras literaturas europeas, especialmente en la francesa en la que hay dos ó tres *Misterios* del mismo asunto, pero más modernos que otro español del siglo XIV, descubierto recientemente en un archivo de Tarragona, hizo el Sr. Cotarelo el estudio de todos con otros tres autos de la Asunción, todavía desconocidos para la generalidad por hallarse manuscritos en un códice antiguo de nuestra Biblioteca Nacional. De la comparación y análisis de todos estos textos de distintas épocas y lugares, resulta completamente ilustrado el célebre *Misterio de Elche* que tanto concurso de gente convoca cada año, no sólo de los pueblos de la provincia de Alicante, sino hasta de antiguos colonos de Argel, que á manera de peregrinación, hacen una ó más veces en la vida el viaje devoto á la ciudad de las palmeras.

Para concluir con el estudio del primitivo drama religioso español, habló el Sr. Cotarelo de los abusos que poco á poco fueron introduciéndose con la permisión de tomar parte en él á gente extraña á la Iglesia, y otros desahogos populares que llegaron al extremo de considerar la función y sitio como actos y lugares profanos, sitios de conversación, citas, y llevando algunas veces hasta la comida y bebida á ellos.

De todo leyó y citó el conferenciante, curiosos pasajes y textos antiguos ilustrativos de las costumbres profanas de nuestros abuelos.

Tales abusos ocasionaron la censura de los Concilios y de los Prelados, y por fin, la expulsión del templo de estas representaciones que se refugiaron en los palacios de los Reyes y de los magnates y hasta

en las plazas de los pueblos, donde esperamos que nuevamente los encontrará y mostrará el disertante al reanudar el curso.

Las lecciones últimas dadas por el Sr. Cotarelo fueron destinadas a exponer ampliamente los elementos profanos que intervinieron en la formación de nuestro Teatro nacional. Señaló como tales, entre otros, los vestigios y carácter dramáticos que se encuentran en varias fiestas caballerescas y cortesanas de la Edad Media, y muy especialmente en las coronaciones de los Reyes, en las que se ejecutaban verdaderas representaciones teatrales, las entradas públicas de los Monarcas en algunas ciudades, los festejos en sus nacimientos y bodas y en otros actos solemnes.

También se observan rastros de diálogo y acción en muchas fiestas populares antiguas como la llamada *La Maya*, en los *Dances* aragoneses, el *Reinado* y otras muchas costumbres de nuestro país. Entre todas estas fiestas dos llamaron particularmente la atención del Sr. Cotarelo, por su carácter literario-teatral: los *Momos* y los *Entremeses* de la Edad Media. Los primeros, tan frecuentemente citados en nuestras antiguas crónicas y en las catalanas, valencianas y portuguesas de todo el siglo xv, eran en absoluto desconocidos en cuanto a su verdadera naturaleza y forma, hasta que el feliz hallazgo del *Cancionero de Gómez Manrique* (tío de D. Jorge), realizado hace poco tiempo, dió a conocer el texto de este espectáculo: el de unos *Momos* que se representaron en Arévalo ante D. Alfonso, hermano de la Reina Isabel la Católica en 1467, y en los que tomó parte haciendo uno de los papeles aquella insigne Princesa.

De los entremeses con carácter literario, no se ha hallado todavía texto anterior al siglo xvi; pero es de creer que aparezca alguno el día menos pensado.

Tal ha sido, en breve síntesis y prescindiendo de mil pormenores históricos y críticos, el contenido de las ocho lecciones explicadas en lo que va de curso en el Ateneo por el Sr. Cotarelo y Mori. Como puede observarse, aparecen no pocas novedades en la doctrina por él expuesta, aparte de lo principal, que es el plan, divisiones y agrupaciones hechos en la materia, según resulta del programa impreso que el Ateneo repartió a los aficionados, y en el cual, por primera vez, aparece este estudio ordenado y presentado bajo una forma científica, según pide la moderna crítica histórica.

Quédanos sólo añadir, que el joven maestro es escuchado atentamente por numeroso auditorio, que sigue con gusto el curso, muy complacido de la amenidad é interés de estas disertaciones.

El Sr. Ureña. — Historia Jurídica de España.

El profesor de Literatura Jurídica de nuestra Universidad, D. Rafael Ureña, viene explicando notablemente también acerca de la *Historia Jurídica Española*.

Es el Sr. Ureña activo ateneísta, que aparte sus horas de estudio, demuestra su envidiable resistencia física explicando muchos días más de tres cátedras. La que desempeña en la Central, la que explica en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo y la más fatigosa que le

lleva á debatir horas y horas algunas veces en la llamada *Cacharrería* de la docta corporación de la calle del Prado.

Hombre de bastante cultura, el Sr. Ureña se ha propuesto este curso, dentro del tema enunciado, presentar la *formación de las legislaciones forales*, y, tomando como base de su trabajo, el sistema del Derecho privado aragonés, *hacer un estudio de legislación comparada medioeval de España*, poniendo á contribución, no sólo el Derecho castellano, el basco-navarro, el catalán y el valenciano, sino las especialidades semitas representadas en nuestra Patria durante ese interesante período por el Derecho rabínico y el islamítico.

Mas para llegar á este objeto especial del curso, el Sr. Ureña ha considerado necesario trazar previamente las líneas generales de una *Introducción*, en la cual, después de presentar críticamente el estado actual de los estudios histórico-jurídicos de España, indicando la serie ordenada de investigaciones que hoy se impone, intenta la reconstrucción científica de la historia de nuestro derecho, determinando las diferentes edades y los diversos elementos de la evolución.

En las pocas lecciones que han constituido esta primera parte del curso (de Octubre á Diciembre), el Sr. Ureña no ha podido pasar de las diferentes épocas de nuestra historia jurídica, ó por mejor decir, ha tenido que suspender sus conferencias cuando empezaba á fijar la base de esa evolución en la idea y desenvolvimiento del Estado nacional.

El Sr. Ureña es atentamente escuchado por numerosos alumnos y buen golpe de socios del Ateneo, que de esta manera quieren significarle la merecida estimación que hacen de sus talentos y cultura.

El Sr. Echegaray.—Funciones elípticas.

Otra clase de las de más crédito en el Ateneo, es la explicada por el ilustre matemático D. José Echegaray.

Echegaray matemático, no es menos que Echegaray dramaturgo, que Echegaray poeta, que Echegaray prosista admirable... De aquí el crédito de su cátedra.

A ella se entrega con no menos voluntad y fervor que á la obra literaria, y basta recordar un solo detalle de Echegaray catedrático, para dar idea de la fe con que desempeña su cometido.

Un día había el maestro encargado al bedel que le diera la hora á las seis menos diez minutos (Echegaray explica de cinco á seis de la tarde), por tener que hacer una cosa de urgencia. Subí á la cátedra á consultarle un asunto, y cuál no sería mi sorpresa—enterado ya de que D. José tenía que hacer—al ver que eran las seis y media y el señor Echegaray, fuera ya del aula, rodeado de sus alumnos, seguía, en pleno descansillo de la escalera y á los cuatro vientos, el tan temeroso del frío, ampliando sus explicaciones.

Pregunté el por qué de lo que me chocaba, y alguien me dijo:

—Si todos los días hace igual. Hay entre sus discípulos un ingeniero algo matemático, según dicen, algo preguntón, según vemos, que en cuanto D. José sale de clase, le atrapa, le interroga, le dice cuánto debe á sus provechosas enseñanzas, y ya está otra vez la cátedra abierta y mi D. José hablando.

Al preguntón y al maestro rodéanles bien pronto los demás estu-

diantes, y ahí tiene usted el mismo grupo cada vez que Echegaray explica.

D. José Echegaray lleva explicando en el Ateneo de Madrid, sobre matemáticas superiores, cinco cursos con éste, de veinte lecciones cada curso.

Dedicó los dos primeros á la resolución de ecuaciones algebraicas de grado superior, según las teorías de Galois.

Las veinte lecciones del primer curso las ha publicado en un volumen. El segundo se está imprimiendo, y van ya publicadas las siete primeras lecciones.

Probablemente completará la obra publicando un tercer volumen.

Los tres últimos cursos—siempre de veinte lecciones cada uno—los ha dedicado al estudio de las *funciones elípticas*.

En el primero de estos tres expuso las funciones elípticas según el sistema de Legendre, es decir, como integrales de funciones racionales de la variable x y de un radical de segundo grado, bajo el cual se considera un polinomio de cuarto grado en x .

En dicho estudio siguió la manera clásica—por decirlo así—, simplificando la función y deduciendo los tres tipos principales de funciones elípticas.

Dió varios métodos para demostrar la fórmula fundamental, á saber: la determinación de la función elíptica de una suma en valores de funciones elípticas de los sumandos.

Expuso, como consecuencia, el problema de la multiplicación y de la división de la variable independiente, ó sea el valor de la función elíptica de un múltiplo del argumento, ó del argumento dividido por un número entero en función de la función elíptica de dicho argumento sencillo.

El anterior estudio hizo para los tres tipos fundamentales.

Desarrolló asimismo el problema de la transformación, aunque en su forma más elemental.

Expuso varios desarrollos en serie, así como la construcción de tablas de funciones elípticas.

Por último, presentó algunos ejemplos y aplicaciones analíticas y geométricas de las funciones de que se trata.

En casi todas las lecciones de este curso supuso el Sr. Echegaray que las variables tenían valores reales.

Aunque se desarrollaban todas las demostraciones, dominaba en las lecciones el carácter histórico.

En el segundo curso, de los tres á que me voy refiriendo, cambió el conferenciante de punto de vista, y estudió las funciones elípticas como *funciones de variables complejas doblemente periódicas*.

Dedicó algunas lecciones preparatorias al estudio de las funciones de variables complejas y de las funciones doblemente periódicas, siguiendo principalmente los métodos de Cauchy.

Entrando después en materia, repitió todos los problemas del curso anterior, pero con mayor grado de generalidad, puesto que las variables podían ya ser imaginarias.

Así estudió para los tres tipos de funciones elípticas las fórmulas de la adición, de la multiplicación y de la división; los desarrollos en series y en productos; y volvió de nuevo á exponer la teoría general de

la transformación. Consagró, en fin, el maestro algunas lecciones á las funciones auxiliares de Jacobi.

En este tercer curso, siguiendo el desarrollo histórico de las funciones elípticas, escogió un tercer punto de vista, y ya no las definió como integrales, ni como funciones doblemente periódicas; sino que tomó como punto de partida la *serie de doble entrada de Weierstrass*; y según los métodos de este insigne autor, volvió á recorrer los principales problemas de las funciones elípticas. Así, pasando de la serie de doble entrada á la ecuación diferencial, se ha obtenido—decía el Sr. Echegaray—el tipo primero de las funciones elípticas, pero en que el radical de segundo grado, sólo contiene un polinomio de tercer grado.

Se han establecido ya, siguió diciendo, las dos funciones auxiliares que se obtienen por dos integraciones sucesivas; y continuando la misma marcha de los cursos precedentes, estudiaremos los mismos problemas, pero según el nuevo método.

Si queda tiempo, haremos algunas aplicaciones de las funciones elípticas, sobre todo á la mecánica, tomando los ejemplos del profesor Greenhill, y á la resolución de la ecuación de quinto grado, siguiendo á Halphen.

En los tres cursos—nos decía el Sr. Echegaray—doy mucha importancia para aclarar métodos y demostraciones, á las representaciones geométricas, é insisto mucho en ellas para las funciones de variables complejas, ya por dos planos aislados, ya por tres ejes coordenados.

Acaso en el curso próximo empiece el estudio de las funciones Abelianas.

El Sr. Mélida.—Historia del arte griego.

Entre la juventud que estudia y trabaja, que aporta dentro de los medios de que dispone su grano de arena á la obra de la educación nacional, merece puesto señaladísimo el ilustrado académico de la de Bellas Artes, D. José Ramón Mélida.

Ante sus alumnos de la cátedra del Ateneo, viene disertando desde el curso anterior acerca de la *Historia del arte griego*, llevando á sus explicaciones el Sr. Mélida, con lo modernamente visto y observado por críticos y arqueólogos de distintos países, lo que posee muy interesante, producto de la observación personal en los sitios que fueron escuela del arte en sus distintas manifestaciones, emporio de la mayor suma de perfecciones en la obra artística.

En las siete lecciones por el Sr. Mélida hasta ahora explicadas, ha venido tratando del Arte en el periodo prehistórico, esto es, del Arte llamado *miceniano*, correspondiente á la edad heroica de los historiadores, comparándolo con el de otros pueblos de Oriente y Occidente.

De todos los monumentos de que ha tratado el conferenciante, presentó, auxiliado del aparato de proyecciones, reproducciones fotográficas sacadas por él en los sitios estudiados.

Los temas de sus conferencias han sido:

—Resumen del curso anterior: Influencia del arte griego en el arte Oriental..... (en Fenicia, Chipre, Persia) y del arte Oriental en el arte griego.

—Geografía de los monumentos: Monumentos griegos en el Asia Menor, en las islas del mar Egeo, y en el Continente griego.

—Cuestión étnica: Pelasgos y Helenos.—Rumbos de Norte á Sur en las inmigraciones.—Navegantes egipcios: Inoco, Cecrops, Danas, Cadmo. Incurción de los «Pueblos del mar» (siglo xiv antes de J. C.) en Egipto, según los jeroglíficos egipcios de Komak.—Aqueos y Eolios.—Dóricos y jónios.

—Breve duración de la llamada Edad de Piedra.

—Epoca Miceniana, resucitada por los descubrimientos de Schliemann.—Lo cierto y lo dudoso de esos descubrimientos.—Eficaz auxilio de Doerpfeld en ellos y sus conclusiones.

—Troya: Su situación geográfica.—Los tres periodos de Doerpfeld.—La «ciudad quemada».—Examen arquitectónico de los restos.—Puertas fortificadas.—Rampa pavimentada.—Poternas.—Palacio llamado de Priamo.—Presunción de la piedra y el metal en las dos ciudades.

—Tirinto.—La ciudadela: sus tres recintos.—Aparejo ciclópeo: sus proporciones inusitadas.—Las galerías cubiertas.—Disposición de la fortaleza para la defensa.—El palacio: sus propileos, patio con la fosa de ofrendas y *megaron* ó salón con el hogar en medio.—Analogía del palacio homérico con el asirio y el turco, con sus tres partes; serrallo ó departamento de los hombres de armas, Salemlík ó megaren, harem ó gimnecio.

—Micenas.—Su acrópolis.—La puerta de los leones.—El ágora circular y sus tumbas.—La pretendida tumba de Agamenon.—Palacio de los atridas.—Tumbas llamadas de cúpula.—«Tesoro de Atres» en Micenas y de Minya en Orocmeno.

—Examen de la arquitectura miceniana.—Materiales: piedra caliza, adobe y madera.—Aparejos: ciclópeo de hiladas regulares y poligonal.—La puerta miceniana: su origen en la cabaña de madera.—Columnas.—El «corden miceniano» de Perrot.

—Fortificaciones.—Torres y grandes cortinas.—Caminos cubiertos. Disposición de las puertas fortificadas en la Argólida.

—Palacios.—Construcciones separadas.—Techo de techumbres á dos vertientes.—Reconstrucciones hipotéticas de Perrot y Chipiez.

—Tumbas; fosas: cámaras cerradas por bóveda cónica (los llamados tesoros); comparación de estas tumbas con la llamada de Tántalo en Frigia.

—Comparación de los monumentos griegos de arte miceniano con los de carácter ciclópeo de Asia Menor, heteos, frigios, lidios y carios, y con los de Italia y España.

—Escultura miceniana.—Idolos primitivos.—El *Palladion* de Troya.—Joyas de Micenas; sus tres estilos.—Estelas funerarias de Micenas. Relieve de los Leones, de Micenas.—Hipótesis formuladas acerca de su origen.—Semejanza con el de una tumba frigia de Agacín.

—Las copas de Vafío y la pintura de Tirinto.—Mayor perfección en el modo de representar los animales que en el de representar las personas.—Cerámica: vasos figurativos y vasos pintados con ornamentación geométrica.

—Significación y carácter del arte miceniano.—La invasión dórica y la inmigración aquea.—Dóricos y jónios.—Monumentos griegos á partir de la invasión dórica hasta el siglo vii, antes de J. C.—Templos del monte Oca y del dragón ladón en la isla de Delos.—Reconstrucción hipotética del palacio de la época homérica, por Chipiez.—Tumbas del Dipylón (el campo del cerámico en Atenas) y de Eleusis.—Cerámica del Dipylón. Vaso estela.—El «estilo rectilíneo».—Ornamentación curvilínea.—Relación decorativa con el arte miceniano.—La figura reducida á un esquema geométrico.—Orígenes y formación del nuevo arte.—Influencia del elemento religioso en el desarrollo del arte helénico.

Quizá se encuentre por alguien demasiado extenso el anterior cuestionario, desenvuelto en sus varias explicaciones por el Sr. Mélida; pero atendida la índole del asunto, he creído prudente su reproducción para que los amantes de la cultura en general y de la cultura artística especialmente, tengan un índice que les sirva de guía, si apetecen antecedentes sobre cualquiera de los puntos tratados.

El desarrollo de esa serie de temas ha permitido al conferenciante exponer varios datos muy curiosos, muchos de ellos recogidos en su viaje á Grecia, y para formular conclusiones, en parte fruto de su trabajo personal.

Todo el propósito del curso tiende á la demostración de la recíproca influencia que la Grecia y el Oriente han ejercido en el desarrollo de sus artes, cuestión esta debatidísima y no resuelta en muchos de sus puntos más importantes.

El Sr. Mélida reconoce en el llamado arte miceniano un gran fondo de originalidad, en el que se advierte desde luego la aptitud de la raza. Los pelasgos no son gente tan bárbara como á primera vista pudiera pensarse. Si construyen muros ciclópeos es como trabajo defensivo; pero sus palacios, construcciones más regulares y ligeras, con sus columnas y muros pulidos y decorados con pinturas, revelan un perfeccionamiento mecánico y estético, del que también da cuenta, en otro sentido, la bóveda cónica del *Tesoro de Atreo* y demás tumbas análogas, que sin duda representan el perfeccionamiento del sistema arquitectónico á que responden.

Se distinguen, pues, decía el Sr. Mélida, dos arquitecturas: una de ensamblaje, de madera, otra que emplea la piedra y construyen la bóveda. Ambas arquitecturas las vemos en Oriente, pero aunque se admite que los principios fueron orientales, menester es reconocer que los pelasgos sólo tomaron lo esencial y lo desarrollaron de un modo original y distinto.

En cuanto á la analogía ó relación de los monumentos ciclópeos de la Argólida, dijo el conferenciante, y los de Asia Menor, como las murallas de una ciudad de los heteos, la tumba de Tántalo en Frigia, las tumbas liesias y muros de la Cária, como asimismo las murallas también llamadas *ciclópeas* de Italia y las de Tarragona, plantean un problema cuya solución más lógica es pensar que todos esos monumentos, que sin excepción desmerecen al lado de los de la Argólida, son una degeneración de éstos y están hechos posteriormente, en su mayoría, cuando impelidos por la invasión dórica hubieron los pelasgos de esparcirse por las costas del Mediterráneo, por tierras orientales y occidentales.

En las artes figurativas brilla asimismo aun más alto que en la arquitectura el genio de la raza. Sin embargo, aun no tiene ideal; imitan al Oriente en los asuntos; como los asirios dan preferencia á la figura del animal, que eaben tratar mejor que la humana.

Las explicaciones del Sr. Mélida son constantemente oídas por numeroso público.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE

DISCURSO INAUGURAL DEL CURSO POR EL DR. D. BERNABÉ MALO ÉCIJA

La circunstancia de ser compañero nuestro este distinguido profesor, que por su inteligencia y laboriosidad ha logrado muy sólida reputación en la especialidad de las vías respiratorias á que se dedica, nos obliga á una gran parsimonia de frase en esta reseña del discurso con que brillantemente se inaugurará el curso de 1900 á 1901 de la Sociedad Española de Higiene.

«Ensayo de estudio médico-social» titúlalo el Dr. Malo; pero sólo el enunciado del tema basta para comprender que se trata de una obra de verdadera importancia científica, y de indiscutible transcendencia pública.

Alcohol y alcoholismo ante la Higiene.

En esas palabras concreta su tema nuestro compañero, afirmando con valentía los tres problemas de patología social, de cuya solución pende el porvenir físico, y el espiritual, por tanto, de las naciones.

«Tres grandes problemas reclaman, en primer término, la atención de médicos, higienistas, sociólogos y hombres de gobierno en la época presente: es el uno, la *lucha contra la tuberculosis* muy relacionado con el por mí elegido, y que ocupó hace poco dos cursos de nuestra Sociedad; otro, la *lucha contra..... algo* que no nombro por respetos al bello sexo que tanto enaltece nuestros actos inaugurales, pero que está en la mente de todos, por ser, á manera de tuberculosis, terrible azote de la juventud que, loca y mal aconsejada, por ineducación más que por maldad, siembra de obstáculos y espinas un camino que por ley natural debiera conservar fácil y recorrer entre flores y perfumes. Es, por último, el tercer problema, la *lucha contra el alcoholismo*, otro azote y el más repugnante sin duda, que mancha é infecta pueblos civilizados y salvajes, y que si en el nuestro no reviste aún la gravedad que en algunos alcanza, revistela mayor de lo que muchos creen, pues va restando energías físicas de un país que se distinguió por su legendaria sobriedad, y degradando el espíritu valeroso y caballeresco que fué también hasta en nuestras mayores caídas nuestro mayor y casi único título de gloria.»

Entrando de lleno en el tema, señala el Dr. Malo la diferente *toxicidad* de los diversos alcoholes, para concluir en que, en mayor ó menor grado, todos son perjudiciales para la salud. En este punto, el doctor Malo se coloca en la tendencia más radical entre los diversos tratadistas de esta materia, pues para él, y bien lo demuestran sus observaciones y ejemplos, el alcohol es superfluo en todo organismo sano.

«Prueba de ello son—dice—los seis millones de abstemios que, según Membiela, hay en España; los infinitos ejemplos de *abstemia* que todos conocemos en plena salud ó en envidiable longevidad; las observaciones realizadas en soldados á quienes se privaba de toda bebida alcohólica, no obstante lo cual resistían en las marchas tanto por lo menos como sus iguales á quienes les era permitido el uso de dichas bebidas; y, en fin, lo que demostró Nansen en su famosa expedición al

Polo Norte, y que cita el profesor de Berlín, C. Moeli, reforzando su creencia de que *el individuo sano no necesita el alcohol ni como alimento ni como excitante.*

Por estas y otras consideraciones sienta el Dr. Malo que «el alcohol, como eupéptico, es contraproducente; como antitérmico, absurdo, y como tónico, pasajero»; creyendo que en terapéutica es siempre sustituible con ventaja. Señala el discursante las relaciones entre el alcoholismo y la tuberculosis; las influencias poderosísimas de aquél en la criminalidad, y después de presentar en toda su crudeza el cuadro terrible del alcoholismo, acompañando á las notas de gran erudición científica consejos al vulgo muy en su lugar en todos los trabajos de aquella Corporación benemérita, el Dr. Malo pasa á reseñar las causas de esa plaga y azote de los pueblos.

La inclinación heredada á las bebidas alcohólicas por existencia del alcoholismo en los ascendientes; la equivocada idea de que el alcohol es un tónico, por la cual se aconseja su uso á nodrizas y niños, en beneficio de éstos, haciéndolos con ello inconscientemente incorregibles bebedores; la creencia popular de que el alcohol no sólo es el mejor de los tónicos, sino que, además, se puede emplear sin necesidad de prescripción facultativa; la sugestión del medio en que se vive, que en niños y jóvenes obra con gran intensidad; los mil y un estimulantes de que se vale la moderna industria alcoholera para crear consumidores; la sociabilidad mal entendida, que cree obligatorio el obsequio de beber para celebrar cualquier cosa ó tratar cualquier asunto; la vanidad que no nos permite *achicarnos* en competencia de trasegar alcohol; la esperanza de hallar en el fondo del vaso fortaleza para los trabajos ó consuelo para las aflicciones; el cuartel, con la comunidad de vicios ó de aficiones viciosas; la escasa y mala alimentación, el deficiente abrigo, la vivienda inclemente, todo lo que constituye ese grado de escasez, acaso peor que la miseria declarada, son otras tantas causas de alcoholismo, y el Dr. Malo lo justifica en luminosas explicaciones.

En la tercera parte de este estudio se presentan varios casos de alcoholismo, y se ofrecen datos estadísticos del mayor interés respecto de nuestro país, en que, por el número de las tabernas, se puede medir el grado de cultura moral é intelectual de sus habitantes. No es España todavía de las naciones en que, con peores caracteres, se observa esta enfermedad social; pero casos como el de Asturias, por ejemplo, donde marchan parejas la prosperidad industrial y las aficiones alcohólicas, dicen á las claras que no podemos desentendernos de cuestión que tanto preocupa en todas partes.

Y otra vez resalta el carácter práctico del Dr. Malo al terminar su trabajo en una serie de conclusiones, que se pueden considerar cláusulas de un programa de lucha contra el alcohol.

Divide el conferenciante las medidas antialcohólicas en un grupo para las que incumben á la autoridad, y en otro para aquellas que la iniciativa particular, individual ó colectiva puede acometer.

Son las primeras:

1.^a Prohibición absoluta del alcohol industrial para la confección de bebidas.

2.^a Vigilar la elaboración del alcohol y bebidas que lo contienen,

cuyo despacho habrá de autorizarse por el «Químico municipal», que las calificará de *No peligrosas*, si así resultase del análisis que al efecto realice.

3.^a Reducir el número de tabernas en la forma siguiente:

A. En los pueblos menores de 9.000 habitantes permitir la venta de vino á cuantos cosecheros lo solicitasen, y á los no cosecheros en la proporción de uno por cada 1.500 habitantes, cuidando que éstos últimos expendedores en particular sean personas serias y de buena conducta; pero no se autorizará á unos ni á otros para tener establecimientos *para beber*. Quien compre en sus casas habrá de irse á beber lo comprado á la propia, ó adonde estuviese hospedado si fuese transeunte.

B. Los mesoneros no podrán vender más vino que el de la propia cosecha si la tuvieren.

C. En las poblaciones de 9.000 almas ó más se observará lo ya consignado respecto á los cosecheros; y en cuanto á los que no lo fueran, sobre tomar en cuenta lo previsto respecto de la moralidad y honradez, sólo se permitirá uno como máximo por cada 1.500 habitantes, según exige la ley inglesa de 1871, autorizándoles para que en su establecimiento se consuma la bebida despachada, aunque sujetándose á lo que sigue:

a. Que el local sea higiénico, calificado facultativamente de tal por el perito correspondiente (Inspector higienista).

b. Que bajo pena de fuertes multas efectivas las dos primeras veces que falte, y de clausura por reincidente la tercera, inhabilitándole por diez años para todo tráfico de géneros de comer, beber y arder, responda el dueño del establecimiento de la pureza del producto despachado.

c. No se permitirá el consumo *«in actu y por individuo»*, sino de cierta cantidad limitada al efecto por las Ordenanzas, y distinta según que la bebida fuese fermentada solamente, ó fermentada destilada.

d. No se despachará ni permitirá á los ébrios la estancia en el local.

4.^a No olvidar que las clases trabajadoras merecen, en lo que respecta al alcoholismo, como en tantos otros extremos, una especial atención por parte de los Poderes del Estado, cuidando en primer término de que su alimentación sea suficiente y la casa con regulares condiciones de salubridad.

5.^a Hacer lo posible por conseguir que los cuarteles sean escuelas de moralidad y buenas costumbres.

6.^a Legislar que el alcoholismo bien probado y reconocido, sea un obstáculo para el matrimonio (impedimento impediante).

7.^a Colaborar á la propaganda antialcohólica por cuantos medios se juzguen oportunos.

8.^a Hacer obligatorias en las escuelas de primera enseñanza nociones de higiene, extendiéndose de modo especial en lo que se relaciona con el alcoholismo; y

9.^a Sería de desear que los Obispos en sus instrucciones pastorales, y los sacerdotes desde el púlpito ó el confesionario, recomendasen la sobriedad combatiendo la intemperancia de un modo especialísimo,

con lo que podrían hacer no poco en la lucha contra el azote alcohólico.

Las medidas contra el alcoholismo que el Dr. Malo reserva á la iniciativa particular, son:

1.^a Que las Sociedades de higiene, como la nuestra, tomen parte activa en la lucha antialcohólica, dando conferencias, publicando circulares, premiando cartillas y dirigiéndose á las autoridades, Corporaciones, etc., en la forma que juzguen más oportuna y práctica al ideal antialcohólico perseguido.

2.^a Que la Prensa periódica, profesional, política, etc., en sus esferas respectivas, tome parte en esta humanitaria campaña contra el alcoholismo. Los periódicos populares en particular, tienen en el número mayor de sus lectores un medio eficacísimo y poderoso como ninguno de extender la buena doctrina que defendemos.

3.^a Que se creen *sociedades de templanza*, en las que los asociados se comprometan á privarse de toda bebida espirituosa, formando al efecto Centros ó Casinos en donde no se despachen alcohólicos, cosa que en otros países ha dado notable éxito. Esta es un arma que bien manejada reporta grandísima utilidad, por lo que convendría ensayarla entre nosotros; y

4.^a Por último, en esta campaña en pro de la moral, la higiene y el buen gusto, la paz de las familias, el mejoramiento de las razas y la prosperidad de los pueblos, nadie, absolutamente nadie, lo decimos muy alto, puede hacer tanto y tan bueno como la mujer, si ella se propone cumplir sus deberes sacratísimos de fiel compañera del hombre, base de la familia y ángel del hogar, en lo que éste tiene de más útil y hermoso.

Esta es la semilla que, por mano de uno de sus miembros más distinguidos, echa en el surco del espíritu público la Sociedad Española de Higiene. Veremos cómo la recibe la tierra.

EL PREMIO DATO

Por razones harto claras, creemos que á los hombres políticos sólo podemos juzgarlos sin pasión y con mayores probabilidades de acierto, los que vivimos ajenos á la política, cuando asuntos de índole menos convencional que ésta nos colocan en situación de estudiarlos y conocerlos.

Somos ya algo viejos, hemos conocido y tratado bastantes hombres distinguidos en ciencia, en artes ó en política, y confesamos con absoluta sinceridad que pocas veces hallamos reunidos y puestos al servicio de un fin lícito, justo ó elevado, el clarísimo entendimiento y la inmejorable voluntad, como los vimos siempre que hubo necesidad de ello, en el ilustre hombre público D. Eduardo Dato. Así, pues, conociéndole en todo lo que vale, y habiéndole apreciado de cerca, admirando en él un pasmoso sentido de la realidad y del bien público, su plausible idea de conceder un premio del propio peculio á la Sociedad Española de Higiene, con destino al mejor trabajo acerca de los «Medios de disminuir la mortalidad en Madrid», no fué para nosotros sino una prueba más de la elevación de miras en que sabe inspirarse el ex Ministro de la Gobernación.

Su mayor elogio pueden ser estas frases que nos decía cierta mañana al salir del despacho del Sr. Dato, Ministro entonces, un ilustre Senador, su adversario político, entusiasmado por las buenas disposiciones de aquél en pro de cuanto fuera higiene y sanidad públicas: «Yo haría á este hombre Ministro perpetuo.»

Esa misma deferencia del Sr. Dato por la docta Sociedad Española de Higiene, que trabaja denodadamente por el bien general y sin otro móvil que el bien mismo, y el tino singular de elegir un tema de transcendencia notoria, como notoria es hoy la espantable cifra de mortalidad que aqueja á Madrid (46 por 1.000), bastante más del doble de la de Londres, Bruselas y Stockolmo; el doble de la de Berlín y París; muy poco menos del doble de la de Viena, y una cuarta parte más que la de San Petersburgo, acreditándolo, entre los que no hacemos política, de buen gobernante entre los muy pocos merecedores de tal nombre y de tal adjetivo en nuestro país.

La mortalidad en Madrid.

Y á fe que su hermosa iniciativa no ha quedado estéril, pues la Memoria premiada por la docta Corporación á quien el Sr. Dato confiara la adjudicación del generoso premio, no sólo ha merecido el triunfo que por unanimidad se le ha otorgado, sino que merece ser conocida hoy de cuantos se preocupen de lo mal que *se vive y de lo pronto que se muere en la corte*, y merecerá por muchos años ser consultada y tomada en cuenta por cuantas autoridades aquí se relacionan, directa ó indirectamente, con la salud pública.

En su primer capítulo estudia las «condiciones naturales de la vida de Madrid», comprendiendo por ellas la *atmósfera*, el *suelo* y las *aguas potables*. Hace constar que colocada la corte á 655 metros sobre el nivel del mar, es quizá la capital de Europa más elevada, pudiéndose la incluir entre las «villas de montaña» del célebre higienista Fonsagrives. Los 300 kilómetros que dista de la costa más próxima la sustraen á toda influencia marítima, y de ahí los bruscos cambios atmosféricos que á Madrid distinguen, muy especialmente los térmicos, y lo prolongado de sus períodos de sequía ó de humedad, contra los cuales no tiene elementos naturales de defensa.

La composición de su aire es la normal próximamente, si bien de dos años á la fecha nótese en los análisis un aumento creciente de *ozono*, que debe atribuirse á la influencia de los muchos kilómetros de alambres conductores del fluido eléctrico y en contacto directo con la atmósfera.

En este estudio concienzudo y detallado de la atmósfera que respiramos, no olvida, ni podía olvidar el Sr. Ubeda, los peligros en que aquélla abunda gracias á las périmas é incultas costumbres de los madrileños, mejor diríamos de las madrileñas, de sacudir, limpiar y arrojar á la calle cuanto estorba en la casa, infringiendo, á la vez que las Ordenanzas municipales, lo que debe constituir la cultura y educación colectivas en todo conjunto de población.

Semejantes faltas de *higiene y policía urbana* son causas de no pocas enfermedades, y en particular de la *tuberculosis del pulmón*, adquirida las más veces aspirando atmósferas impurificadas por toda clase de

detritus, algunos de los cuales son vehículos más que apropiados al *bacilo de Koch*, agente productor de aquella enfermedad.

El riesgo de las calles y la forma detestable de realizarlo, convirtiendo por ello en perjudicial una medida higiénica muy conveniente en principio, ocupa también su lugar en el trabajo que analizamos; pero uno de los extremos más á conciencia observados é inquiridos es la generalizada creencia de «que la desigualdad del clima madrileño es responsable, en primer término, de la *morbilidad y mortalidad* excesivas de la capital de España».

De los cuadros de temperatura, presión barométrica, humedad y dirección y velocidad de los vientos obtenidos por nuestro Observatorio astronómico durante los años 1896 y 1897, saca muy lógicas y atinadas deducciones el Sr. Ubeda, para demostrar que el clima y condiciones naturales de Madrid no son tan responsables como de ordinario se dice de lo que aquí se enferma y se muere, por culpas en buena parte de las *condiciones artificiales de vida, creadas por ende y á expensas de su propia salud, por los mal aconsejados vecinos de la corte*.

El estudio del terreno sobre que Madrid se asienta y que á Madrid circunda, su porosidad, termalidad, diferencia respectiva y fertilidad, etcétera, así como el de las aguas de que Madrid se sirve, ocupan 37 aprovechadas páginas de la Memoria, en las que sentimos no poder detenernos, ya que después de analizar las muchas deficiencias que existen, sobre todo, en lo que á aguas se refiere, propone forma de corregirlas, de modo que, conseguido esto, seguramente ganaría Madrid en punto á salubridad pública y privada.

La casa, la calle y la mesa.

En el capítulo segundo se trata de las «Condiciones artificiales de la vida de Madrid», comprendiendo lo que respecta á la *habitación, vía pública y alimentación*; y es superfluo decir que halla motivos sobradísimos el notable higienista para lamentarse primero é indignarse después de la ignorancia, el descuido y la maldad, que de todo eso hay, que se ponen de manifiesto en la gestión de unas autoridades que deben el serlo á que apoyan su falso prestigio en un pueblo desprecupado, fatalista, y en absoluto ignorante, de sus verdaderos intereses.

Calles descuidadas, y á veces inmundas, casas inverosímiles por lo oscuras, estrechas y faltas de aire, aunque sobradas de escaleras y pasillos, verdaderas jaulas humanas más tristes que las prisiones y más infectas que los antiguos hospitales, y allí un enjambre de infelices que se alimentan, mejor dicho, que engañan su necesidad y apetito con substancias, si escasas en cantidad, en calidad detestable, gracias á *sofisticaciones y adulteraciones* tan criminales como impunes que hoy privan en el *comercio de artículos de primera necesidad*: he ahí el cuadro tristísimo que nos presenta el Dr. Ubeda en su Memoria, y para el cual propone correctivos que á nosotros se nos antojan suaves todavía, aunque nos holgaríamos muy mucho de que fuesen aceptados por aquellas autoridades á quienes, repetimos, debiera servir de norma el laureado trabajo que examinamos, si su gestión no ha de seguir mereciendo los más duros calificativos.

Ventilación, iluminación y calefacción de las casas, y mejores siste-

mas de librarse éstas y las poblaciones de los *escrета* que hacen su aire repugnante y peligroso, tienen justa cabida y suficiente desarrollo, según pueden ver nuestros lectores que deseen examinar esa Memoria de que nuestro artículo apenas da ligerísima idea.

El segundo capítulo, penúltimo del trabajo, termina con estas palabras:

«En nuestra opinión, fundada en cuanto vamos exponiendo, la fórmula para higienizar Madrid se encierra en lo siguiente: mejorar las condiciones urbanas de la población (casas y vía pública); completar el alcantarillado, llevando las aguas que por él circulan á campos de irrigación bien dispuestos; destruir las basuras, en lugar de conservarlas; vigilar el servicio de aguas, aumentando su cantidad y asegurando su pureza, y rebajar el precio de los alimentos de primera necesidad, haciendo que su calidad sea irreprochable. El día que se consiga esto, la mortalidad de Madrid descenderá, seguramente, al 22 ó 24 por 1.000, que es lo más que le corresponde, dada su situación y sus condiciones generales, y la higiene habrá conseguido demostrar una vez más que con justicia puede ser colocada entre las ciencias sociales, y que merece más atención y más respetos de los que por los Gobiernos que se han sucedido en nuestro país, desde tiempo inmemorial, se le vienen concediendo.»

El tercer capítulo, ú «Organización de la vida colectiva», empieza haciendo algunas consideraciones generales acerca de la vida de Madrid en lo que tiene de penosa para la mayoría de los que la padecemos, ya que en los últimos veinticinco años han crecido extraordinariamente los gastos, ocasionados por irreflexiva fastuosidad, mientras los ingresos apenas si han aumentado en muy escasa proporción; lo que trae un desequilibrio ruinoso de Presupuestos domésticos que se refleja en otro desequilibrio orgánico, por el mucho trabajar y el poco y mal comer, constituyente del agobio ó *sur menage*, que tantas víctimas produce en la época presente.

Las Sociedades benéficas (?).

Cafés, teatros, merenderos, lavaderos, escuelas y colegios; cuarteles, hospitales, Inclusa, cárceles, cementerios y establecimientos industriales de índole varia, todo es analizado y discutido por el Sr. Ubeda, que tiene, por último, el valor y la ocurrencia felicísima de incluir *entre las causas que contribuyen á que sea tan excesiva la mortalidad de Madrid á las llamadas SOCIEDADES BENÉFICAS*, que con tanta justicia como ingenio llamó MALÉFICAS en el Senado el ilustre Presidente del Colegio de Médicos de esta corte, doctor D. Julián Calleja.

«Esa industria—dice el Sr. Ubeda—, alguno de cuyos explotadores carece de título profesional de ninguna clase, facilita, por una cantidad mensual insignificante, á sus abonados, suscriptores ó igualados, que de todas estas condiciones tienen algo, asistencia médica y farmacéutica, y sobre todo *entierro*; condición que nunca falta, y que realmente es interesante, dados los medios de cuidar las enfermedades que esas Sociedades ofrecen á sus clientes, y los fines que, necesariamente, son la consecuencia de esos medios.

Como es lógico, dada la escasa remuneración que por todos estos

servicios percibe la Sociedad, se ve precisada á recurrir á toda clase de procedimientos, con el objeto de reducir el importe de los gastos de explotación, que así deben llamarse, para que el beneficio resulte el mayor posible; eso se consigue, de una parte, rebajando hasta un límite inaudito los derechos que corresponden al personal verdaderamente técnico que desempeña la asistencia médica, y la cantidad que se abona por el suministro de medicamentos. La asiduidad de esa asistencia, y la cantidad y condiciones de la medicación precisa, se resienten de esa mezquindad, y las consecuencias son verdaderamente deplorables para los enfermos. Sería preferible en muchos casos recurrir más, y con mayor frecuencia, como se hacía antes de idearse esta explotación, á la asistencia hospitalaria, y procurar que llegara á las clases necesitadas de la Sociedad el convencimiento de que no es posible, por dos ni tres pesetas mensuales, obtener una asistencia facultativa diaria y cuidadosa, y un tratamiento farmacológico exacto y concienzudo. Tal vez se consiguiera de este modo alguna modificación favorable en el resultado final que suelen tener muchas enfermedades, que en sí, y bien tratadas desde el primer momento, no ofrecen gravedad excepcional.»

Tan es exacto, á nuestro juicio, lo antedicho por el Sr. Ubeda, que consideramos oportuno repetir hoy lo que escribimos hace más de seis años, lamentando esa misma calamidad pública y profesional de que se lamenta el autor de la Memoria. He aquí lo que entonces escribíamos:

«Entre las novedades más chocantes para los que hemos faltado de Madrid algunos años, figura en primera línea una *industria* ó cosa así, explotación original, tan absurda, que aun tocándola muy de cerca, resistese uno á creer en ella.»

«Era costumbre antiquísima, y por cierto muy beneficiosa, que cada familia tuviese médico á quien recurrir cuando de él se veía necesitada, y en el que en todo caso conservaba un amigo más de estimar, cuanto que en su consoladora compañía se pasaban los más duros trances de la existencia.

Conocedor el médico, por razón de su cargo, de la vida íntima de sus clientes, así como de su carácter, virtudes ó debilidades; y poseedor, por la especialidad de sus conocimientos, del remedio ó el alivio á las dolencias que á aquéllos afligen, tiene una misión delicadísima que cumplir, y un papel importantísimo que llenar en el seno de la sociedad en que vive.

Establéciese entre médico y cliente una amistad con caracteres verdaderamente peculiares; forzado aquél á vivir más entre sus enfermos que entre la propia familia, y dedicado á la medicina por irresistible vocación las más veces, son intereses tan armónicos los del profesor y sus asistidos, que lógicamente se asocian, llegando á confundirse.

Vese entonces algo que no tiene parecido: el hombre de ciencia, encanecido ya quizá en el estudio de su gabinete y ante el lecho del dolor, acude febril á las obras de consulta buscando solución al problema viviente que se le plantea; súmese en profunda meditación so-

bre aquellas enseñanzas y el «caso» actual; acude solícito á la cabecera de su enfermo, y allí, aislado de cuanto no sea la salud y la vida del infeliz que sufre y se siente morir, vésele audaz, aunque sereno y dueño de sí mismo, acometer la ardua empresa de salvar á un semejante, más meritoria por realizarse modestamente en apartada alcoba, empleando en ocasiones recursos supremos que necesitan los conocimientos del sabio, el valor del héroe y la inspiración del artista.»

«Pues bien; este hermoso cuadro, digno de mejor pluma, repetido mil y mil veces, siempre interesante y siempre nuevo, consolador y humano como pocos, queda borroso, mutilado y deforme desde el momento que las familias *no eligen médico, sino Empresa de médicos*, y éstos se prestan á funcionar como dependientes titulados de la Sociedad á que en mal hora..... comprometeran sus servicios y aptitudes, y funcionar en beneficio de dicho Centro mercantil ó industrial y de los clientes de éste ¡nunca propios! con todas las condiciones y cortapisas que se dignen imponerle.

Así se explica que se lamenten al unísono médicos, farmacéuticos y clientes de tales Sociedades, llamándose perjudicados; mientras el «socio industrial» (un listo), hábil Director de tan peligroso organismo, ríese tranquilamente de unos y otros, vive y engorda, gracias á su ingenio, y quédale tiempo bastante para darse aires de protector, siendo, en realidad, protegido.»

«Todo lo que precede y más que callamos, para no cansar á los lectores, ocurre con las *industrias* que combatimos por absurdas y altamente perjudiciales.»

«Es cierto que gran parte de las clases baja y media no puede pagar «por visitas y recetas», pero tal conflicto tiene facilísimo y decoroso arreglo entendiéndose DIRECTAMENTE las familias con los médicos y farmacéuticos de su agrado á quienes pueda convenir esta forma de asistencia, acordando una cuota mensual que armonice el interés de todos, y quedando así constituidos «ajustes» ó «contratos» análogos á los que se realizan en poblaciones pequeñas, de las que las grandes no se diferencian por la sobra de medios en buena parte de sus habitantes.

Esta solución, á más de correctísima para los facultativos, sería más decorosa para los particulares, que tendrían el profesor que más confianza les inspirase, no viéndose, como ahora, en el caso de recibir y á veces «soportar» el que tenga á bien imponerle el contratista de ese género de servicios.»

«Terminaremos, en fin, con una frase que resume nuestro modo de pensar en este punto, y á la que damos el valor de un axioma de moral médica:

Entre médico y cliente no caben intermediarios» (1).

Después de cerrar el capítulo tratando de la «Defensa contra las enfermedades infecciosas», formula el doctor Ubeda las «Conclusiones»

(1) *El Globo*, Octubre, 16, 94.

nes» que lógicamente se deducen de las 156 páginas en que estudia todo lo indicado; y superfluo es decir que todas ellas, armónicas como son con la doctrina expuesta, forman un verdadero Código de Higiene bien digno de conocerse y observarse por público y autoridades y con ventaja de la población, cuya mejora higiénica inspiró primero el rasgo generoso del Sr. Dato, y más tarde el bien escrito trabajo del señor Ubeda, por lo cual ambos merecen muy sinceras felicitaciones, extensivas á la Sociedad Española de Higiene, que tan á maravilla supo dar acertado cumplimiento á la delicada misión que se le confiara.

SOCIEDAD INTERNACIONAL DE PROFILAXIA SANITARIA Y MORAL

El doctor Castelo, representante en España de esta Sociedad, nos honra confiándonos la publicación de este llamamiento á cuantos hombres de ciencia y de leyes deben sentir interés por las transcendentales cuestiones á que aquella Sociedad dedica sus valiosas iniciativas. Agradecemos al ilustre profesor esta distinción y rogamos á la prensa la circulación de su convocatoria.

Convocatoria del representante en España.

Fundada esta Sociedad á propuesta del profesor Fournier, de París, y por el voto unánime de todos los congresistas en la Conferencia internacional de Bruselas para la profilaxia de la sífilis y de las enfermedades venéreas, verificada en Agosto del próximo pasado año, asistimos á ella como delegados de España, mi distinguido colega y amigo el doctor D. Carlos de Vicente, bien conocido por sus profundos estudios en diversas ramas de la Medicina, y principalmente en las afecciones del aparato respiratorio, para cuyo tratamiento fundó en Madrid el primer establecimiento *completo* de aeroterapia, con arreglo á los adelantos modernos, y mi modesta personalidad que fué honrada por el Gobierno de S. M. con tan señalada distinción, seguramente solo por versar la Conferencia de Bruselas sobre asuntos que entran de lleno en la especialidad que cultivo en el Hospital de San Juan de Dios desde hace muchos años, y á cuyo género de estudios me vengo consagrande durante toda mi vida médica, siquiera mi pobre inteligencia sea causa de que no estén en relación proporcionada mis entusiásticas aficiones á la sifilografía con mi escaso valer científico.

La Sociedad de Profilaxia sanitaria y moral propónese manifestar su vitalidad:

- 1.º Por la creación de un Boletín trimestral destinado á publicar los informes y trabajos interesantes de dicha Sociedad, y
- 2.º Por la reunión de Congresos.

En la Conferencia citada se decidió que el primero se reúna en Bruselas en 1902, y se nombró una Comisión provisional que funcionará en calidad de Comité permanente hasta el próximo Congreso.

Forman esa Comisión las personalidades siguientes:

Presidente: M. Le Jeune, Ministro de Estado belga.

Vicepresidente: M. Beco, encargado de la Administración del servicio de Sanidad é higiene públicas en el Ministerio de Agricultura de Bélgica.

Secretario general: el doctor Dubois-Havenith, Secretario general que fué en la Conferencia y agregado á la Universidad de Bruselas.

Esta Comisión fué encargada del funcionamiento de la Sociedad, de la redacción de los Estatutos provisionales y de la publicación de un Boletín trimestral.

Es de tanta importancia la misión social encomendada al organismo de que me ocupo; encaja tanto en el progreso moderno y en el mejoramiento de la vida y costumbres humanas en todos los países, aun en los que pasan por más civilizados, que estimo un deber dar á conocer en España por medio de la Revista NUESTRO TIEMPO la existencia de la Sociedad Internacional de Profilaxia sanitaria y moral, para que, así los Gobiernos como todos los llamados intelectuales, y principalmente los jurisconsultos, los hombres de administración y los médicos, presten calor á la idea y respondan al llamamiento internacional dando una prueba gallarda de la civilización y cultura españolas.

La Conferencia de Bruselas, que fué fecunda, fecundísima, en reformas sociales relacionadas con la profilaxia de las enfermedades venéreas y sífilíticas, no limitó su acción bienhechora á este asunto, sino que abordó cuestiones importantes de moralidad, entre éstas, la protección de las mujeres menores de edad, acordando un llamamiento á los Gobiernos de todos los países, para que estudien los medios de librarlas, en lo posible, de la prostitución; ya promulgando una ley, donde no exista, que imponga severos castigos á los que prostituyan á las menores; ya procurando que aquélla se cumpla donde exista; ya, en fin, estudiando el modo de hacer algo práctico y factible en ese sentido.

A pesar de lo que nuestro Código penal preceptúa sobre la corrupción de menores, es lo cierto que todos los días, ó mejor dicho, todas las noches, puede verse por las calles de Madrid (y en todas las principales capitales de España) el vergonzoso espectáculo que ofrecen parejas de Celestinas y muchachas casi impúberes que dan la vuelta á las manzanas de casas más céntricas, al propio tiempo que otras parejas..... de Orden público. Y en el Hospital de San Juan de Dios, he tenido muchas veces en mis salas niñas de trece y catorce años, y es rara la ocasión en que no hay alguna de quince ó dieciséis.

Esto es preciso que termine ahora que ha comenzado un nuevo siglo.

La creación de la Sociedad Internacional de Profilaxia sanitaria y moral, permite tratar y resolver, con carácter internacional, muchas cuestiones importantísimas para la salud y para la moral públicas, y por esta razón invito y ruego que entren en la Asociación á los jurisconsultos eminentes, á los médicos y á todos los que por sus trabajos, sus funciones ó sus conocimientos especiales puedan prestar un curso útil á la Sociedad.

El Comité central de Bruselas, teniendo sin duda en cuenta más la alta representación que ostenté en aquel certamen, que mis merecimientos, se ha dignado honrarme con el nombramiento de delegado suyo en España, y con el cargo de colaborador del *Boletín* de la Socie-

dad, confiéndome amplios poderes para que trabaje aquí por la constitución del Comité español.

En virtud de este encargo, ruego á todos los que deseen formar parte de la Asociación, que envíen sus adhesiones á mi nombre, Villanueva, 5, y les serán remitidos los *Estatutos* provisionales.

La Sociedad se reunirá periódicamente en una Conferencia internacional, á la que serán invitados por el Comité central los Gobiernos é Instituciones públicas, para que envíen sus representaciones.

He tenido ocasión de presenciar el entusiasmo con que fué votada la constitución de la Sociedad, y constándome el interés que ha despertado en Europa las numerosas adhesiones con que cuenta en todos los países civilizados y la parte activa que éstos van á tomar en la Asociación, me atrevo á rogar á todos mis compatriotas, versados en cuestiones de profilaxia sanitaria y moral, que ayuden la noble iniciativa de la Conferencia escribiendo algunos artículos que puedan ver la luz pública en el *Boletín*.

Como quiera que el *Boletín* ha de publicarse en Bruselas y repartirse por todo el mundo, aconsejo á mis compatriotas que traduzcan sus trabajos al francés, advirtiéndoles que los *Estatutos* de la Sociedad, ruegan se acompañen los artículos de un resumen muy sucinto.

Innecesario creo encarecer la importancia que tiene para España el tomar parte en estos torneos científicos de las naciones, siquiera para evitar el espectáculo triste que ofrecería nuestra ausencia cuando se debaten por todos los pueblos cultos cuestiones de tanta importancia que tanto afectan al desarrollo ordenado de las sociedades modernas.

FERNANDO CASTELO



REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Semblanza del siglo XIX.—Ingleses y franceses en la Argentina.—El proletariado agrícola alemán.—La cuestión de China.—La acción instrumental.—Los músicos Listz y Sullivan.—Un artículo de Gabriel D'Annunzio.—Niños alemanes é ingleses.— Los boers en Santa Elena.—Juicio inglés sobre un libro de Haeckel.—Reformas en el Ejército inglés.—Nuevas radiaciones.—La malaria y los insectos.—Contra la teoría de los bacilos.—Micrómetro eléctrico.—Un nuevo generador de gas, etc., etc.

REDACCIÓN.—Revistas científicas en general, Vicente Vera.—Revistas médicas, Dr. Malo.—Revistas alemanas, Gabriel Maura y Gamazo.—Revistas inglesas, Clodomiro M. Aldama, Severino Aznar y Felipe Bareño.—Revistas francesas, Felipe Bareño, Víctor Espinós, José Rocamora y Enrique Tomasich.—Revistas italianas, Enrique Tomasich.—Revistas rusas, Ernesto Bark.—Revistas escandinavas, Felipe Bareño.—Revistas polacas, Ernesto Bark.—Revistas neerlandesas, Felipe Bareño.—Revistas portuguesas, Félix de Montemar.—Revistas españolas, Tomás Carretero.

SEMBLANZA DE UN SIGLO

Entre las que en estos días dedican los pensadores de Europa al siglo XIX, que acaba de expirar, ninguna quizá como la magistralmente trazada en la *Review of Reviews*, de Londres, por el eminente publicista Mr. Stead.

Es una vasta y luminosa síntesis del siglo; de lo que ha traído y de lo que ha sepultado en sus escombros; de las ideas que más han ocupado á la humanidad y de los hombres que estela más imborrable han dejado á su paso; de las conquistas de la ciencia y de la acción de las religiones en los pueblos; de los acontecimientos que han modificado el mapa, y de los agentes que más honda revolución han hecho en la vida del hombre sobre la tierra.

Sería curioso é instructivo—dice—, tener una serie de diecinueve juicios sobre los diecinueve siglos de nuestra era, escritos como el presente al borde de la tumba de cada una de ellos. Es seguro que el historiador moderno, al juzgar un siglo lejano, no coincidiría con el que trazó su necrología ó escribió su epitafio. No pensarán como nosotros en el siglo XXX al juzgar el siglo XIX, como el juicio que Gibbon, por ejemplo, se forma del siglo I, es muy distinto del juicio de Tácito.

Nosotros estamos demasiado cerca quizá para verle en su verdadera perspectiva, pero algo hay en él tan evidente y palpable que no da lugar á alucinaciones ni dudas.

Lo que caracteriza á este siglo—y ahora copiamos textualmente—, es una prosperidad material enorme, sin precedentes. En la esfera material es donde ha ganado sus más grandes triunfos. Su empresa suprema es la producción de enormes máquinas de guerra, que lancen toneladas de bombas explosivas á cuatro ó cinco millas y con una rapidez de veinte disparos por minuto. Es el siglo de la locomotora, del buque de vapor y del dinamo. Es un siglo mecánico. Sus cien años sirven de pedestal á un hombre empuñando un martillo. Los hemos vivido en las fraguas de Vulcano, más bien que en las alturas del Olimpo. Ha sido, en fin, la edad de Túbal Cain.

«Pero no es en los buques de vapor ni en las redes del ferrocarril donde los siglos pueden encontrar sus mejores títulos á la inmortalidad, sino en los pensamientos que hacen estremecer el alma de los hombres, y es ahora muy difícil determinar qué pensamientos de esos que han agitado á la humanidad en este siglo perpetuarán más su recuerdo en la historia.»

Para Mr. Stead, el siglo XIX en Europa ha sido Napoleón; he aquí su gran síntesis. Principió éste asombrando al mundo con sus hazañas de semidios, y lo termina siendo el héroe favorito de todas las literaturas. Sin él, los principios de la Revolución francesa no hubieran dado la vuelta al mundo ni se hubiera probablemente realizado la hoy temida supremacía de Alemania en el continente europeo.

Esta supremacía es obra de dos causas: un hecho y un ideal: el hecho es de Napoleón I, y no es otro que el sistema de reclutamiento del Ejército alemán, que aquél impuso después de su gran triunfo en los campos de Jena, y que en mano de Moltke llegó á ser un arma formidable. El ideal es de Napoleón III, y le inspiró con su doctrina sobre la unificación de las naciones, doctrina que tuvo su bautismo de sangre en las llanuras de Italia, y que debió sugerir á Bismarck la idea de la unificación de Alemania.

Pór acción propia, ó por reacción contra su obra, Napoleón ha llenado el siglo en Europa.

AVANCES DE LA RAZA INGLESA

Es también una de las notas culminantes del siglo XIX. Desde el 1.º de Enero de 1901 hasta el presente, ha extendido su territorio en proporciones alarmantes, y hoy ejerce su soberanía sobre 400 millones de raza humana, diseminados en más de 12.000.000 de millas cuadradas.

De éstos, sólo 60.000.000 son blancos, hablan inglés y están en el pleno uso de sus derechos políticos y civiles. Los 340.000.000 restantes son de color, con la carga del hombre blanco, carga ya superior á sus fuerzas, como en el terreno confidencial es reconocido aun en aquellas esferas donde se denuncia como una traición incipiente hasta la indicación de que la raza no vaya más adelante en sus expansiones y conquistas.

La población blanca del Imperio británico era al comenzar el siglo, de 20 millones; hoy llega á los 60.000.000. En un siglo se ha triplicado.

Pero este grandioso desarrollo ha sido eclipsado por el de los Estados Unidos. En 1801 no pasaban de 5.308.000 habitantes; el último censo arroja una población de 76.265.000, de los que apenas serán negros unos 8.000.000. Puede, pues, asegurarse que hay hoy en el mun-

do 125 millones de blancos que hablan inglés y que dominan sobre 350 millones de razas de color.

Es, pues, indudable, que la raza inglesa ha superado á todas las razas de Europa, y que si en ésta el siglo XIX ha sido el siglo de Napoleón, fuera es el siglo de las grandezas de la raza inglesa.

AVANCES DE RUSIA

Dícese que el Zar Alejandro I, á fines del siglo XVIII, propuso á los Soberanos de Europa un medio de evitar las guerras sangrientas. Los Soberanos se reunirían en San Petersburgo y allí zanjarían sus diferencias en combate personal; en caso de imposibilidad por parte del Soberano, sería el primer Ministro quien entraría en la liza. Es curioso notar que el siglo XIX haya comenzado y terminado con una misma idea gigante, propuesta por dos Emperadores de la misma autócrata Rusia, pues bien reciente está la conferencia de La Haya, convocada por iniciativa del actual Zar también para evitar ó humanizar al menos la guerra.

Hace un siglo era Rusia una nación relativamente desconocida y casi bárbara, y su población no pasaba de 38.000.000. Hoy se ve atravesada en todas direcciones por ferrocarriles; dentro de un año ó dos á lo más, todos los correos de Oriente y de Australia serán despachados por el ferrocarril transiberiano, y su población pasa de 120.000.000. Y aún no está aquí toda su fuerza. El destino de Rusia estaba en el Bósforo. Inglaterra se ha interpuesto en su camino, pero Rusia se ha vengado desbordándose por Asia y poniendo allí límites infranqueables á las audacias conquistadoras del Imperio británico.

El autor sigue haciendo el inventario del siglo, y sugestionado por las grandes masas de hombres y por los grandes continentes, habla del despertar del Asia y de las contiendas sobre el Africa.

«Para el historiador del porvenir—dice—, puede ser que sea la hazaña más importante de este siglo que ha muerto, ese despertar del Oriente. En cuanto al Africa, desde el año 1860 acá ha sido la inquietante preocupación de las naciones europeas. Antes las colonias africanas eran para los Estados carga molesta é insoportable; hoy apenas hay un pedazo de tierra africana que no se halle ya bajo el protectorado de un poder europeo.

Esta alucinación del Atlas dará seguramente ocasión á los divertidos comentarios de la posteridad. Es una enfermedad que parecía más natural en un pueblo de romancero y de leyenda que en los positivos y prácticos de Europa. Sus víctimas han creído que llegarían á ser más felices y más fuertes, si conseguían empuñar el pincel y dar con él al mapa de otros continentes los mismos colores con que señalan los límites de sus propias regiones. El espectáculo de una gran parte de Africa y Asia, pintada de amarillo, rojo, azul ó verde, ejerce maravilloso efecto sobre su vanidad nerviosa, sobre el orgullo nacional.»

EL BUQUE DE VAPOR

Estas reformas del mapa son fáciles gracias al buque de vapor: he aquí otra transcendental conquista del siglo XIX.

Desde que Salomón enviaba á Oír sus bajeles, ha sido ya el mar

la vía del comercio, de los viajes y de las conquistas; pero hasta este siglo no se le ha sometido por completo. Los vientos echaban por tierra los cálculos de los hombres.

Quizá la destrucción de la *armada invencible* de Felipe II, no sea más que uno de tantos grandes designios de Estados ambiciosos, desbaratados solamente por no poder sujetar á los vientos. Hoy tampoco se les sujeta; el cetro de Eolo ningún mortal puede empuñarlo, pero nuestros grandes buques de vapor no los temen.

«Esto ha empequeñecido al mundo. A principios de siglo costaba veintiséis días atravesar el Atlántico; hoy cuesta seis. Monta el hombre en una bicicleta y triplica su paso, sube á una locomotora, y sin cansancio recorre leguas y leguas con una velocidad de muchos kilómetros por hora, embarca en un vapor y dobla el camino. Esto no ha suprimido el espacio, pero lo ha empequeñecido. Las naciones están hoy más próximas que antes las parroquias.

Es verdad que Mr. Havelock Ellis, en sus utópicas lucubraciones, puede decir de los hombres del siglo XIX «que la posteridad no se entusiasmará tanto como ellos con su decantada civilización». Podrá decir hablando de ellos: «Era costumbre escribir cartas, pero no tenían un correo internacional; viajaban constantemente, pero no tenían moneda común; las naciones eran grandes, y las relaciones de unas con otras eran de primera necesidad; y, sin embargo, cada una se encastillaba en su propio lenguaje.» No se ve que se pueda hablar de gran circulación en estas condiciones; pero aun esta utópica idea del internacionalismo, nadie hubiera podido concebirla sin el vapor, haciendo del mundo una región limitada y conocidísima relativamente pequeña.»

Hace Mr. Stead un resumen de las conquistas de la ciencia, y hace de Darwin el más influyente de sus sacerdotes. La evolución de Darwin es, según él, el dogma del siglo XIX. Este dogma ha modificado nuestras ideas sobre la creación, y está modificando constantemente nuestras ideas morales. No parece que al gran pensador inglés satisfaga gran cosa esta influencia de su compatriota en las ideas de la humanidad.

Con amarga ironía apunta algunas consecuencias que de las doctrinas darwinianas han deducido algunos sociólogos para la gobernación de los Estados. El derecho es la fuerza. Los pueblos débiles no tienen derecho á la vida. Las guerras de exterminio parecen sancionadas por la Naturaleza.

Estos principios brutales van entrando en los programas políticos de algunos hombres de Estado. Mr. Rhodes cree él que es un político darwiniano, y nosotros podríamos añadir á Salisbury y Chamberlain y demás imperialistas, sus compatriotas.

Nietzsche parece el primer pensador que ha llevado á sus últimas consecuencias esa política salvaje. No tememos, añade, que el siglo XX se eche en brazos de Nietzsche; pero hay ya un mal síntoma. El sol del siglo XX se ha levantado sobre un horizonte de sangre.

El siglo XIX ha tenido guerras. Napoleón y Bismarck son dos símbolos de ellas; pero las guerras del siglo XIX se han emprendido real ó aparentemente por sentimientos humanitarios. Estos sentimientos, sin embargo, van sufriendo eclipses temerosos. La teoría del más fuerte ha reaparecido en el viaje de Guillermo á Tierra Santa, viaje en el

que el Kaiser se ha sentado á la mesa con el gran asesino de los pobres y débiles armenios: el Sultán de Turquía.

Igual doctrina ha sido invocada vergonzosamente por muchos para justificar la invasión del Transvaal, el exterminio de esa noble nación, que, según ellos, no ha justificado convenientemente su aptitud para sobrevivir en las luchas por la vida.

RELIGIÓN

Mister Stead termina esta rápida ojeada sobre el siglo que fué haciendo algunas consideraciones sobre la influencia de las religiones.

Este siglo—dice—no ha sido un siglo muy religioso. No ha producido ningún Buda, ningún Mahoma, ningún Ignacio de Loyola. Las tres notas culminantes son quizá la proclamación del dogma de la infalibilidad pontificia, la pérdida del poder temporal de los Papas y el hecho grandioso de León XIII uniendo sobre su tumba de los apóstoles á los dos siglos en una consagración solemne á Cristo Redentor, Rey de las edades inmortales.

El autor se hace eco de cierto gnosticismo, en que algunos pensadores cristianos han caído, del Congreso de religiones celebrado hace unos años en Chicago, y concluye diciendo: «Yo aliento la esperanza de que la religión del siglo xx sea la unión de todos los que aman en servicio de todos los que sufren.»

EL PROLETARIADO AGRÍCOLA ALEMÁN

Las cuestiones agrarias son siempre de actualidad. Las Cámaras españolas discutían recientemente un proyecto de ley sobre crédito agrícola, mientras se agitaban otra vez en Alemania la cuestión de los tratados de Comercio y la de los Derechos arancelarios sobre los cereales, y Jorge Blondel, Catedrático de la Escuela de Comercio de París, publicaba, con cuatro de sus compatriotas, la tercera edición de su notabilísima obra *El desarrollo industrial y comercial del pueblo alemán*, continuando la serie de las que sobre el mismo asunto viene escribiendo desde 1891. El doctor Oncken se ocupa en un artículo de la revista *Die Woche* del libro y de su contenido, felicitándose de la tendencia, cada día más acentuada, entre los escritores franceses á tratar asuntos alemanes.

Ni el autor ni el comentarista recatan la filiación de sus ideas en la escuela de Le Play. Tampoco sería eficaz el disimulo en quien aplaude el siguiente párrafo de Blondel, quien viene á cifrar su teoría entera:

«Fué para nosotros de bienhechora y saludable influencia el estudio de la familia obrera alemana, que, sencilla y laboriosa, camina por la senda del trabajo hacia un ideal de modestia y de paz. Quizá la delicadeza y cultura urbanas repugnen esa sencillez. Nosotros admiraremos siempre á quienes, en los rincones olvidados del mundo, libres de toda comezón de publicidad ó de gloria, viven y mueren, rindiendo culto á las tradiciones y á la virtud heredadas, sin más ambición que

la de conservar en la familia el pedazo de tierra que cultivan. Su ejemplo será provechoso á un siglo que no reconoce ya en el hogar doméstico la única verdadera fuente de la vida social. Sirva esta obra para recordar los importantísimos problemas agrarios, que preocupan menos de lo que debieran, aunque de tan injusto olvido proteste la Historia, mostrando el lazo con que siempre unió la Agricultura á la tierra y á los hombres, porque ella es, no sólo quien favorece la multiplicación, la independencia y la moralidad de las generaciones, sino también la fuerza que mejor realiza la obra de la Creación.»

Enlázase este himno en honor de la idílica familia alemana (que si hoy ya no es un mito, lo será muy pronto) con otra tesis, que en el curso de la obra se sustenta, á saber: la Agricultura es la *industria* más perfecta, porque reúne, de modo más perfecto también, los tres elementos de la producción: tierra, trabajo y capital. Benoit Malon expuso sintéticamente esta doctrina, diciendo que «la verdadera, la única social, es la cuestión agraria; de ella dependen todas las demás cuestiones que se llaman *sociales*».

Son tales ideas primas hermanas de las que sostiene el partido socialista católico, el cual, compuesto en su mayor parte de nobles arruinados y preceptores de casas grandes, combate sañudamente todas las formas de propiedad, menos la agrícola.

¡Lástima que las groserías de la realidad vengan á enturbiar la pureza de tantas disquisiciones teóricas! La Agricultura es lo que más interesa á los pueblos, y, sin embargo, «cuando tanto se habla y escribe desde hace más de medio siglo sobre la situación de los obreros de fábricas y manufacturas, la población rural sufre en silencio, y sólo muy de tarde en tarde resuena en su favor alguna voz generosa». La Agricultura es la primera y principal fuente de riqueza, y sin embargo, mientras la industria alemana se acrecienta y fortifica, su clase agrícola atraviesa una crisis honda y penosísima y Alemania prospera y se enriquece. Examinemos primero los hechos para analizar después las causas.

La crisis agrícola alemana es ya muy antigua, comenzó en 1866, cuando el príncipe de Bismarck, preocupándose más de la realidad que de los principios, abandonó á las clases conservadoras, cuya política mantuviera hasta entonces, para apoyarse en los defensores de la libertad ultra-ortodoxa, los grandes industriales y la Banca judía, promulgando en 1869 la *Gewerbe Ordnung*, el Código industrial, que tanto perjudicaba á la pequeña industria, á la agricultura y al proletariado urbano y rural. A consecuencia de aquella ley surgió la *Liga agraria*, que se proponía «propagar entre las clase populares, y realizar en las leyes, las ideas y principios de una economía política, favorable á los intereses de todos y basada en el dogma cristiano». Concretando más su programa, pedía, entre otras cosas: la modificación de las leyes fiscales que pesaban sobre la tierra, con el impuesto directo primro y con el sobre la renta después, mientras se eximían de este último otros ingresos; la imposición sobre las operaciones de Bolsa y los valores mobiliarios extranjeros; la explotación por el Estado de las grandes líneas ferroviarias; la revisión de las leyes sobre las Sociedades por acciones, haciendo más fácilmente exigibles las responsabilidades en que pudieran incurrir sus fundadores y directores; la supresión de los pri-

vilegios de que gozaban los Bancos particulares, y la revisión de la ley del 69.

El partido de la *Liga* llegó á ser fuerte y poderoso; obtuvo algunos triunfos; logró en 1877 (aunque con la ayuda de los odiados grandes capitales) el establecimiento de las tarifas proteccionistas, y, sin embargo, la crisis persiste aún y no parece próxima á resolverse. ¿Cuáles son las causas?

Dos señala el autor como principales: la pulverización de la propiedad, y la usura.

La primera no es común á todo el Imperio. «Entre el Este y el Oeste, la diferencia en tal respecto es muy visible. En la parte occidental, la desmembración de la propiedad es tan grande como en Francia; débese, ante todo, á la influencia de la población de origen francés, influencia fortalecida por la introducción, á principios del siglo XIX, del Código napoleónico. Esas comarcas son más bien industriales que agrícolas; hánse multiplicado allí los grandes núcleos urbanos, y la tierra se destina al cultivo de las hortalizas ó de la vid, por lo cual vale mucho y contrarresta en algo los inconvenientes de su excesiva división.

«La comarca, que se extiende al otro lado del Elba, ofrece, con las provincias renanas, notable contraste. En esa gran meseta, tan parecida á la estepa rusa, predominan los grandes fundos; y aunque en las cercanías de las ciudades populosas, en la fabril Silesia y en las tierras que pertenecieron á la Orden Teutónica la división de la propiedad no es escasa, los predios de más de 100 hectáreas exceden juntos á la mitad del territorio; hay 4.144 de más de 500, y 158 de más de 5.000 hectáreas.

«El Noroeste y el Sudeste, es decir, las llanuras de la Sajonia meridional y las montañas de la Baviera septentrional, sustraídas, en gran parte, á las divisiones políticas históricas, han conservado mejor las costumbres primitivas y el modo de ser germánico. La extensión de los predios oscila allí entre 10 y 40 hectáreas, que pertenecen á labradores bastante acomodados, los cuales viven en sus fincas y las cultivan con la sola ayuda de sus familias y de algunos, no muchos, mozos de labranza. Baviera y Sajonia están separadas por una comarca heterogénea y accidentada, cuya configuración geográfica favorece la vida humilde y dificulta las *latifundias*. En el valle del Main, en Hesse y en la Turingia, predominan también las pequeñas parcelas.»

Confiesa, pues, el autor que esa irregular división de la propiedad no es tan general que pueda engendrar por sí sola crisis tan grave y persistente. Más valor é influencia tiene la segunda de las causas señaladas, la usura, culpable en gran parte de las exorbitantes deudas que pesan sobre la tierra; que en estos últimos diez años han aumentado en 40.000 millones de marcos, y que en algunos distritos, como Neustettin, Kolberg, Lanenburgo, etc., representan del 62 al 72 por 100 del valor total del suelo.

«La usura, decía uno de los concurrentes al reciente Congreso agrícola de Berlín, es el más terrible enemigo del labrador; penetra en sus hogares, se hace confidente de sus secretos y tiraniza las aldeas; pesa sobre el dinero, las bestias, los aperos, hasta sobre las provisiones, y es tan refinada su crueldad, que escoge, para precipitarse sobre la pobla-

ción agrícola, los momentos de crisis, aquellos en que las cosechas peligran ó se malogran. Nadie que no haya visto trabajar á esas arañas humanas, los usureros, formará nunca idea del poder omnímodo que en toda Alemania ejercen y de la esclavitud en que mantienen á los labradores, mucho más grave aun que la servidumbre de la Edad Media, porque sólo el miedo que sus cadenas inspiran, coarta las iniciativas y los ensayos.»

Blondel propone remedios, ensalzando con gran calor las excelencias de la Asociación ó Agremiación (*Genossenschaft*), que en Francia no se suele practicar y que se va generalizando ya en Alemania, aunque tropieza en su marcha y desarrollo con el egoísmo de los unos y la ignorancia ó la timidez de los otros. La *Genossenschaft*, que á un mismo tiempo socorre y aconseja, que no se limita á amparar al labrador en peligro sino que es además asociación de capitales, bolsa de trabajo y hasta jurado que resuelve las diferencias de los obreros entre sí y con sus patronos, ha producido ya en el Imperio excelentes efectos, y sería acreedora á las bendiciones de la población agrícola sólo por ese sentimiento de seguridad que inspira á propietarios y proletarios, dándoles conciencia de que alguien puede ampararles contra las ajenas codicias y contra los riesgos fortuitos á que se exponen en empresas de tan aleatoria fortuna.

Blondel proclama además la agremiación civilizadora y educadora, porque facilita la introducción de adelantos, que un labrador aislado no podría utilizar, y porque corrige ciertos defectos de carácter, que, como la envidia, la desconfianza y el egoísmo, fueron siempre parte de la idiosincrasia rural.

Hasta aquí vamos conformes; pero respetando la superioridad del autor, no tenemos fe en la eficacia redentora de las medidas que él propone y el doctor Oncken ensalza en la revista *Die Woche*.

La mejor división de la propiedad no puede hacerse, dentro del modo de ser jurídico contemporáneo (que ambos parecen querer respetar), sino por medio de leyes civiles incluidas en los códigos, leyes que exigen el paso de algunas generaciones y de muchos años para producir sus naturales frutos. La asociación, tampoco se improvisa, cuando haya reñido con la usura lucha de vida ó muerte y haya triunfado, la situación del propietario y del obrero agrícolas mejorará sin duda, pero gestará conjurada la crisis? Creemos que no, porque el mal tiene raíces muy hondas, porque Alemania, para vivir, necesita de la protección aduanera.

No tratamos de renovar discusiones arcaicas con el libre camóio, pero entendemos que la división del trabajo se impone á los pueblos como á los individuos y que el proteccionismo debe ser algo circunstancial, un *modus vivendi*, un puente que conduzca á lo definitivo sin grandes obstáculos ni violencias. Nuestra tesis, cuya demostración sería aquí inoportuna y muy difícil dentro de los límites de un artículo, se reduce á afirmar que las naciones, no pueden ser á un mismo tiempo industriales y agrícolas, á no ser que gocen el *monopolio natural* de alguno ó algunos de los productos del suelo.

Por eso fué libremercista Inglaterra, porque renunció á ser potencia agrícola; por eso podrá Alemania cultivar siempre la vid en las márgenes del Rhin y del Mosela, donde, según el propio autor reco-

noce, la crisis no existe. Son, por lo demás, conocidas la pobreza de la mayor parte del suelo germánico y la excepcional vocación de los alemanes para la industria, como lo han demostrado sus recientes triunfos en la Exposición universal de 1900. ¿Qué se adelanta violentando la realidad? Absolutamente nada, porque la ficción es inútil y costosa. En definitiva: los mismos efectos produce en el mercado humano, el que todas las naciones sean semi-industriales y semi-agrícolas con derechos protectores, ó que sean agrícolas unas é industriales otras, bajo el régimen del libre cambio, con la diferencia de que, siguiendo este régimen, se ahorran las dificultades y conflictos que aquél origina, y monopolizar un mercado sin condiciones para ello, sólo puede hacerse explotando colonias, lo cual, á más de ser siempre peligroso arbitrio, no encaja hoy por hoy en las condiciones de Alemania. El proteccionismo tuvo en este país su época, aquella en que la transformación se verificaba, y en que no podían resistir los productos agrícolas nacionales la competencia extranjera, ni estaba la industria en condiciones de equilibrar con los ingresos de su exportación, el déficit nacional. Hoy ya no tienen razón de ser, y en cuanto desaparezcan los derechos arancelarios, bajará el precio de los productos, la remuneración de los obreros agrícolas será aún más mezquina de lo que es, y la población rural acudirá á los grandes centros fabriles, atraída por la altura de los jornales, cerrando los ojos ante los riesgos que esos jornales llevan aparejados.

Blondel tiene confianza en el porvenir de la Agricultura alemana, «porque el alemán sabe esperar, y quien sabe esperar, triunfa tarde ó temprano, porque la reacción comienza y grandes inteligencias y poderosas voluntades, buscan los medios de remediar en lo porvenir las luctuosidades del presente; porque la constancia obra milagros, y bien demuestran poseerla los que luchan tenaz y obstinadamente con ese suelo prusiano, la *madrastra Naturaleza* de Voltaire; porque el alemán es económico, sin ser avaro, inteligente y culto, sin caer en la molicie, pobre y disciplinado.»

Todo esto prueba lo que ya antes dijimos, el provecho que obtendría la Patria de esos hijos modelo, cuando tantas y tan excepcionales cualidades se empleen en algo mejor y más útil que cultivar una tierra ingrata y esquilmada, para lograr tarde y mal, productos peores que aquellos con que premió á la indolencia una tierra más nueva ó más fecunda.

Quizá desaparezcan al advenir la grande industria, las virtudes primitivas; pero, ¿acaso no las ahuyentaría también la grande Agricultura? No es lícito, además, sacrificar el progreso á la pureza de lo antiguo, por extraordinaria que sea. La dificultad estriba (y á obviarla se aplicarán sin duda aquellas grandes inteligencias y poderosas facultades), en hacer compatibles los adelantos modernos con esa verdadera ó supuesta mansedumbre paradisiaca de los tiempos de antaño.

Muchos otros temas aborda y dilucida la obra de Jorge Blondel, referentes á la industria y al comercio; hace además la historia de la evolución verificada en el modo de ser jurídico de la Agricultura alemana, desde los tiempos del clásico *Hof* prusiano, hasta los modernísimos en que se han aplicado instituciones creadas por el socialismo del Estado, pero ni nosotros tenemos fuerzas para examinar el libro

entero por la crítica del Dr. Oncken en la Revista *Die Woche*, ni el lector, quizá, paciencia para leerlos.

INGLESES Y FRANCESES EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Así se titula un artículo que M. Emile Daireaux publica en el número del 1.º de Diciembre de *La Revue de Paris*, y que merece ser conocido para apreciar el desarrollo de aquel país en los últimos diez años, á pesar de sus grandes crisis anteriores.

Recuérdalas rápidamente el articulista, explicándolas por la ceguera con que todo el mundo se metió en negocios argentinos, y por la poca solidez de la política financiera de aquella República. En vista de aquel fracaso, que estremeció á la Banca de Londres, los franceses se batieron en retirada, abandonando aquel campo á las iniciativas inglesas, que hoy tienen allí, según el articulista, una de sus más prósperas colonias financieras.

Así plantea M. Daireaux el tema que el título indica, censurando á sus compatriotas por aquel abandono.

«La República Argentina no estaba arruinada, dice, sino que constituía su fortuna sobre muy sólidas bases, y precisamente en los momentos en que Europa la abandonaba.»

Para el articulista, la salvación de la Argentina está en la disminución de la emigración. En 1889 llegaron á Buenos Aires 300.000 emigrantes. Ahora la emigración apenas da á aquel país un contingente anual de 40.000 personas. Pero si á causa de esto ha perdido la Argentina el puesto de gran país consumidor, se ha hecho un pueblo productor de extraordinaria importancia, y el escritor francés traza un cuadro de grandes prosperidades.

La Hacienda desempeñada, la exportación en aumento constante, Buenos Aires hecha una magnífica ciudad de 850.000 habitantes, los ferrocarriles en incesante desarrollo, el trabajo humano penetrando hasta la Patagonia en su obra de progreso, etc.

Y aborda su tesis principal diciendo:

«En la obra general, cada pueblo de Europa ha elegido un papel y lo desempeña. Inglaterra, en el primer lugar, domina el mercado financiero, ganando en diez años todo el terreno que nosotros hemos perdido y haciendo del país una colonia inglesa sometida á verdadera servidumbre, algo semejante y peor que un protectorado. Impone la ley del dinero, elimina las iniciativas privadas que no sean inglesas, acapara los negocios industriales creados por otros y desdeña el comercio por la gran usura bancaria que desde Buenos Aires, como centro, aplica al Estado y á los particulares.»

Hace su poquito de historia retrospectiva, más ó menos fantástica, y dice:

«Durante estos últimos diez años, el mercado de Londres no ha hecho al Estado ningún préstamo aparente; pero lo ha ayudado descontando letras de Tesorería, cuyos vencimientos, pesando siempre como una amenaza, tienen al Tesoro en una seudo servidumbre y ponen á los Ministros á la merced de aquella entidad formidable. Los emprés-

titos sucesivamente realizados desde 1869 hasta el de *Moratoria*, acordado en 1892, constituyen, en provecho de los ingleses, un conjunto de créditos contra el Estado que se elevan á 125 millones de francos en deuda exterior y 160 en interior, cuyos títulos están todos en Londres. A esta suma hay que añadir los intereses de las letras de Tesorería, que suelen subir al 8 por 100 anual. Trescientos dieciocho millones de francos del presupuesto de 1901 son para Inglaterra.

El acreedor británico parece aterrado por el botín enorme que percibe en el trabajo de aquel país y en la producción de su suelo, y por esto se ha abstenido en los últimos años de hacer préstamos al Estado, y busca en las industrias locales y en la contrata de obras públicas, que explota por sí mismo, la colocación de capitales más considerables aún. La inquietud de Europa, á raíz de la crisis, ha sido hábilmente aprovechada por el dinero inglés que ha ocupado todos los puestos.

Además, los ingleses han construido ferrocarriles, completando una red de 25.000 kilómetros, y han vendido á crédito máquinas agrícolas de todas clases, resultando que, para cobrar éstas y los transportes por aquéllos, se quedan con una gran parte de lo que produce el suelo argentino.

Acaso haya no poco de fantaseo francés en el cuadro que M. Daireaux pinta; pero de él resulta que todo es allí de Inglaterra en el mundo de la Banca. Nadie presta más que ella y sólo ella descuenta giros sobre Europa. En fin, dice que hasta las piedras empleadas en las construcciones de los ferrocarriles son inglesas.

A esto añade que los ingleses retiran en oro todo lo que ganan, dejando á los demás países de Europa el cuidado de consumir los productos que el país vende para pagar á aquéllos. La estadística de 1897, en efecto, da como primer mercado de consumo para la Argentina á Francia, que le compró ese año por 23 millones de pesos; como segundo á Alemania, que importó de ella 14 millones, y como tercero á Inglaterra, con menos de 13 millones.

Para hacerlos más antipáticos, el colaborador de *La Revue de Paris* dice que los ingleses desdennan á los argentinos, no procuran aprender su lengua ni se tratan con ellos.

«Parece, dice, que se exhiben en un estrado como modelos que se debe copiar á distancia. Este es un privilegio que reconocemos á los anglo-sajones, que son á un tiempo dignos de imitación é inimitables.»

Reverso de esta medalla de los esplendores ingleses es la situación angustiosa de los franceses, tal como la pinta M. Daireaux. Recuerda éste la importancia de la colonia francesa allí, asegurando que la primitiva ciudad del Plata fué casi una fundación de vascos franceses. En 1852, la colonia francesa era numerosísima, abundando literatos que, como Amadeo Jacques, fué encargado por el Gobierno de organizar la enseñanza, que hasta 1878 fué monopolizada por maestros franceses.

Hoy esa colonia ha decaído mucho, y más aún que ella el comercio. La Argentina ha reducido cada año más sus compras en Francia, y los industriales y negociantes franceses no han hecho nada por contrarrestar la decadencia. En efecto, en el citado año de 1897, Francia no vendió á la Argentina más que 11 millones, mientras Alemania

colocó allí productos suyos por 11.100.000 £ Inglaterra por 36 millones de pesos.

Entre las quejas que el articulista formula, algunas nos tocan á los españoles, pues M. Daireaux nos acusa de *fusilar* toda la producción literaria de los franceses, presentándola como propia en aquella República. M. Daireaux no sabe, sin duda, que aquí nos lamentamos de todo lo contrario; es decir, de que editores extranjeros, franceses algunos, explotan, con el ingenio español, aquel mercado de libros.

Total: que Francia no tiene hoy en aquel país otro papel que el de comprador, con la agravante de que la mayor parte del dinero que allí invierte va á parar á manos inglesas por los medios antes indicados.

¿Qué más? Hasta los argentinos de franceses reniegan de la patria de sus padres, cuyo idioma apenas conocen.

La última parte de este artículo interesante se consagra á establecer las causas de esa situación diferente de ingleses y franceses en la Argentina.

«El inglés, dice, no se expatría; porque precedido, acompañado y seguido al extranjero por capitales ingleses, continúa fuera de la patria, la vida y la carrera, tales como las había concebido y trazado en aquella, no haciendo más que extender y realizar sus ambiciones. Para el inglés, cuando llega con su mujer y sus hijos, con su caja de té y su juego de *tennis*, no hay roce con las dificultades y miserias de la transplatación. Su medio nacional lo rodea. Es miembro de una Asociación poderosa, y trabaja al unísono, en virtud de un plan general. Hoy, ningún inglés va solo ni el primero á ninguna parte. Forzador de puertas ya abiertas, acomete fácilmente su obra provisto de todo lo necesario para llevarla á cabo. Es una rueda en la obra común que otros empezaron antes que él y que otros después de él continuarán.

El francés lleva siempre la ilusión de que es el primero que va á poner la planta en una playa virgen. Los que los despiden al marcharse, no están más enterados que él. Heredero clásico de todos los Robinsones, se cuida poco de proveerse de medios, y por esto todos, al llegar, tienen que soportar grandes amarguras..... Nuestro entusiasmo colonial ha reformado el mapa á golpes de espada en varios continentes. No hay francés que no sueñe con misiones maravillosas en lo desconocido, á la cabeza de una escolta brillante..... Guardemos nuestras antiguas virtudes y tratemos de adquirir las cualidades necesarias para la lucha con los concurrentes extranjeros.»

Esto es, en resumen, el curioso estudio de *La Revue de Paris*.

UN NUEVO DRAMA DE MAETERLINCK

En el número de Diciembre dedica la gran revista de Londres, *Fortnightly Review*, á este acontecimiento literario un buen artículo de Mr. Soissons, *Barba azul y Aryana*, ó *Liberación inútil: drama en tres actos*. Tal es el título de la última obra del autor de *Gente ciega*. Se ha hecho y publicado una traducción del manuscrito al alemán, y el original aparecerá el próximo invierno. La reforma de la técnica teatral, que comenzó en el teatro de muñecas, no ha madurado. De cualquier

modo, Maeterlinck no se preocupa de la elocuencia teatral, sino de algo mucho más profundo.

Mister de Soissons refiere el argumento:

Barba Azul introduce á Aryana, su sexta mujer, en el palacio. Bajo las ventanas se oye el indignado vocerío de la invisible multitud. ¿Qué, una más, y tan hermosa, la más hermosa del país? ¡No, ya es demasiado! ¡Ya ha traído demasiadas calamidades sobre el país!

La indignación de la multitud aumenta; pero Barba Azul y Aryana entran en el palacio. El abre para ella todos sus tesoros; muéstrale doce cajas, colocadas según los signos del Zodiaco, cada una de las cuales contiene joyas preciosas y lo más costoso de diferentes países y de diversas edades. ¡Escoge!—dice el esposo á la esposa—. A Aryana gustan las joyas, y escoge joyas romanas. «Las romanas eran mujeres hermosas y valientes». Mete los dedos entre las joyas y se deleita. De repente tiembla y se entristece.

Ha llegado á ella el sonido lejano de una canción triste. La admiradora de las mujeres romanas habla á Barba Azul. ¿La ama? Parece que sí, y que ama por vez primera, porque es la primera vez que se encuentra con semejante mujer. La oprime apasionadamente contra el pecho, pero ella se resiste y grita, y su grito tiene eco en el grito de la multitud que, sospechando otra víctima de Barba Azul, arroja piedras contra su palacio.

Aryana aparece en la puerta de la calle, y la muchedumbre, que la encuentra hermosa y fuerte, se calma.

No; Barba Azul no ha encontrado antes ninguna mujer como aquella, que pudiese dominarlo en cuerpo y espíritu.

En el segundo acto aparece Aryana como libertadora. Desciende al sótano acompañada por una aya que tiembla de miedo, y rompe todas las cerraduras. El triste canto de las prisioneras suena cada vez más claro. Allí están; allí, en el sótano, en medio de numerosos pilares que soportan la vieja techumbre, sumidas en la obscuridad que no puede romper la débil llama de una lámpara. Hay cinco mujeres y todas tiemblan de miedo y responden al llamamiento de Aryana con tímido lamento. Pero su voz, llena de alegría, de entusiasmo y de valor, las anima, y se acercan á ella, colmándola á tiempo de amor y de tristeza. ¡Ah! ¡Cuánto habrán sufrido las pobrecitas! ¡No pueden aún creer que están libres! ¡Ellas no pueden creer que fuera, en el mundo, florece la primavera, brilla la luz y sonríe el lagol! ¡Las pobrecillas se han olvidado del sol! ¡Adelante, pues, adelante! De repente la luz expira en las manos del aya, y ellas no pueden ya ver el camino. Pero aun en la profundísima obscuridad brilla algún rayo. ¿De dónde viene? Viene de lo lejos, de donde el muro termina y empieza la roca... Una roca en forma de altar, porque dicen que aquello era antiguamente una iglesia. ¡Bien; entonces, adelante, hacia la hendidura á retirar las piedras! Pero las prisioneras están abatidas por el miedo. ¡Más allá de la roca está el mar, que se derramará sobre ellas y las aniquilará! Aryana está triste. ¡Pobres hermanas! ¿Os habéis, pues, acostumbrado á la obscuridad?.... ¿Por qué habéis deseado que yo os libertase, puesto que sois tan amantes de las tinieblas? ¿Por qué llorábais si erais felices?»

¡Trabajemos!.... unos cuantos golpes más y la piedra se rompe, y la luz entra á torrentes, rebosando de vida, de libertad y de contento.

Tercer acto.—En el salón del palacio están las prisioneras libertadas ante las cajas de las joyas, y ¡ay! son todas ellas como Eva, quien como dice Heine, habiendo comido la manzana de la sabiduría, extendió el brazo para coger una hoja de higuera. Apenas ha crecido una mujer, cuando la primera cosa que hace es comprar un vestido. También hicieron así las esposas libertadas de Barba Azul; cubrieron la naturaleza y la hicieron espantosa. Una, cuyos áureos cabellos brillaban hasta en la obscuridad, los cubre con cintas: Aryana se los quita con objeto «de libentar de nuevo aquella luz». Aquella, cuyos hombros encantaban y pedían caricias, los cubre de seda. Otra esconde á la vez el cuello y los brazos. Aryana lleva á cabo la obra de liberación: «No me asombra—dice de Barba Azul—, que él haya deseado hasta cien mujeres; no tenía ninguna.»

Entonces llega Barba Azul. Pero antes de que pueda entrar en el palacio tiene que pasar aquella especie de muralla de la multitud que lo amenaza. Las mujeres están asustadas y sin poder articular palabra. Aryana sola pide socorro y solicita merced. El pueblo ata á Barba Azul y lo trae á palacio, y las mujeres escapan. Sólo Aryana sale al encuentro de la muchedumbre, y gracias á su aspecto regio le impone respeto y obediencia, y liberta por sí misma al prisionero, mientras las otras no sirven más que para lamentarse. Cuando ha libertado al hombre, lo besa y parte. «¿Adónde?»—preguntaron las otras mujeres—. «Allá muy lejos, donde soy todavía necesaria. ¿Quién de entre vosotros quiere venir conmigo? ¿Ninguna, á pesar de que la puerta está abierta y más allá está la libertad, la luz brillante de las estrellas de plata?»

Ellas la miran con indiferencia; sólo la *mujer del Norte* se arroja sobre su seno y permanece así. Entonces la puerta del palacio se cierra detrás de Aryana.

Tal es el drama, del que el colaborador de la *Fortnightly* dice que está escrito con extremada simplicidad, y lleno de fuertes emociones. Posee grandes bellezas poéticas, todas frescas y sencillas, como campo de flores.

La relación del poeta con la naturaleza—dice el crítico—es magnífica. Ha sentido durante largo tiempo sus más leves vibraciones y sus más secretos murmullos, pero maravilla el decirlo, no solamente ha sacado de ella sonidos tristes, amenazadores á veces y llenos de desesperación, como en *Los hombres ciegos* y en *La Intrusa*.

Esta vez la naturaleza le ha hablado; su lenguaje penetra á través de él despertando calurosos, alegres y apasionados sones, voces del culto á la naturaleza. Aquí la naturaleza es un dios, liberación, felicidad. Cuando su luz penetra en las tinieblas, el poeta se intoxica, y sus palabras se convierten en inspirado himno.

Cita Mr. de Soissons este párrafo:

ARYANA (*cuando la luz entra en la prisión*):

«No puedo ver nada. No puedo abrir los ojos, porque largas sartas de perlas chocan contra mis párpados. No sé qué es lo que sobre mí se precipita..... ¿es el cielo ó el mar? ¿Es el viento ó el mundo? Mi cabello es una corriente de luz. No veo nada, pero oigo algo; millares de rayos estallan en mis oídos.....»

Y añade el crítico de la revista inglesa:

«Himnos semejantes entonaban los antiguos místicos en honor de la vida. Esta obra es un poema dedicado todo á la luz que resplandece, en cada uno de sus símbolos.»

En cuanto á Barba Azul, es, á juicio del articulista, la personificación de todos los hombres. Buscaba una mujer, y sólo encontraba débiles figuras, que cubrían y desfiguraban sus cuerpos, y que no necesitaban esconder sus almas, porque no tenían ninguna. Por esto las metió en las góticas prisiones que ocultaban la visión del mundo con restos de altares, tras los cuales puede hallarse el mar, el cielo ó el infinito. Con el tiempo las cosas cambian. «La multitud», á veces invisible, empieza á rebelarse contra ello. Sobre ella se destaca la figura de una mujer, sencilla y grande, y Barba Azul le ofrece inmediatamente su mano. Ella es apasionada de las joyas, pero quiere una vida hermosa, y, sacándolas del tesoro de su gran alma, lleva también presentes á todos los que sufren. Las mujeres ideales son para ella las romanas, «hermosas y valientes». Entra en la oscura prisión, á pesar del temor supersticioso del aya; y á pesar de la falta de voluntad y de la debilidad pueril, rompe las piedras de los antiguos altares, y recibe la luz, la luz.....

La multitud, incapaz de comprender aquella revolución espiritual, se apodera de Barba Azul, en quien ve solamente á un opresor, ignorando el hecho de que él mismo ha sufrido profundamente. ¡Multitud ingénua, cruel hasta en la generosidad! Se humilla ante una mujer que se presenta trayendo luz; y ésta cura las heridas de Barba Azul y lo deja en medio de las mujeres. ¿Habrán entendido éstas la lección de Aryana y escarmentado en sus propios dolores?

¿Sabrán que la salvación estriba en imitar las virtudes de las mujeres romanas, quienes unían al valor la no velada hermosura?

El poeta vacila. Las prisioneras libertadas se precipitaron sobre las cajas de brillantes joyas y costosas telas; se quedaron con el hombre que había sido paro ellas un verdugo, y dejaron sola á su libertadora, á su genio del bien.....

Así interpreta Mr. de Soissons el símbolo de este drama de Maeterlinck, de que el artículo de la *Fortnightly Review* nos permite ofrecer una noticia á los lectores.

LA ACCION INTER-MENTAL

Quiere Tarde, en un gran artículo publicado en el número de Diciembre de *La Grande Revue*, de París, que se estudien, en una nueva manifestación de la psicología que podría llamarse interespiritual, las relaciones y las mutuas influencias que se notan entre los sujetos de su estudio. La psicología individual y social es directa. La que Tarde trata de desplazar es refleja. Sugierele tales ideas la reflexión sobre las influencias intermentales. ¿Qué significa esta frase, no usada antes en las especulaciones filosóficas? Ni más ni menos que lo que expresa su sentido vulgar. Todos somos influidos ó influyentes en una conversación, en un discurso que decimos ó que escuchamos, en una representación teatral, en una manifestación pública, etc. Podríase formular la hipótesis, la tesis, más bien, de Tarde, y es extraño que no se le haya

ocurrido al filósofo determinar, de modo semejante, los límites de su idea, diciendo que la acción intermental es *el trabajo modificador de las inteligencias que pasan por medios ideales distintos*. Esta sencilla definición vincula en una frase la serie de conceptos con que el colaborador de *La Grande Revue* corrobora la realidad de tales influencias recíprocas. Es lástima que Tarde no haya visto la cuestión que se ha propuesto más intensamente. Se ha contentado con trazar el camino, mas no supo ó no quiso buscar mayores durezas en la cimentación que ha dividido á la primera mirada. Esto no es perjudicial para el lector que así ve con más facilidad el desarrollo del pensamiento; lo es, sin embargo, para la obra intelectual.

Son tan numerosos los datos que ofrece lo real en las influencias intermentales, y tantas las observaciones que nos brinda la experiencia, que el trabajo no ha de consistir, ciertamente, en el hallazgo de noticias que pueden catalogarse como fenómenos dignos de estudio, sino en la selección de aquellas que más digan y más prueben.

Para Tarde, las condiciones en que se ejerce la acción intermental, son físicas, fisiológicas ó psicológicas. Entre las primeras coloca la distancia y la cronología, es decir, el tiempo y el espacio. Entre las segundas la edad, el sexo, la salud, la raza. Entre las psicológicas pone la voluntad fuerte, la convicción poderosa, la fe, el orgullo, la imaginación, todo en alto grado.

Contentémonos con recordar las afirmaciones primordiales del pensador en su artículo de la importante revista parisiense:

1.^a Las personas no nos agradan más que en ciertos límites de distancia. (La densidad de la población depende del progreso social.)

2.^a La influencia entre los pasados y nosotros es unilateral: la de los presentes, recíproca. La obra de la civilización consiste en hacer que predomine ésta sobre aquélla.

3.^a El niño es *sugestible* en el más alto grado, y sugestivo en el menor. (Es de desear que el ejercicio del sufragio se conceda en relación con el de las acciones interespirituales.)

4.^a El hombre inventa y la mujer imita.

5.^a La enfermedad hace al hombre menos sugestivo y más *sugestible*. (Los políticos del pasado no veían bien el medro en la alimentación y en el vestido de las clases populares, porque un pueblo que se da buena vida es difícil de gobernar.)

6.^a Según Lapouge la raza más rica en iniciativas é invenciones es la raza dolicocefala, grande y rubia. El hecho de pertenecer á una raza y no á otra, hace á un hombre más sugestivo que otro. Mas esta condición suele subordinarse más cada vez á la superioridad que haya en el individuo.

7.^a La identidad de lengua, de religión y de clase, estimulan la acción espiritual. La celebridad personal y local hacen más viva la acción.

Como se ve por el enunciado de los temas capitales que Tarde desenvuelve en *La Grande Revue*, su trabajo es muy extenso. Aunque he seguido como lector diligente todas sus ideas, no he hallado en ellas esa intensidad de pensamiento que encuentra fórmulas provisionales, capaces de hacerse definitivas, en el campo de la ciencia experimental. Por serlo la psicología, según hoy se la estudia, conviene la reser-

va prudente en formular conclusiones sobre aspectos especiales del objeto en que se piensa, cuando no se ven en la terminología estudiada nexos que fundan los datos en especiales categorías; mas la acción intermental, aunque nueva, en cuanto concepto doctrinal de la ciencia psicológica, puede ser estudiada más amplia y más completa y más hondamente por el almacenaje inmenso de doctrinas que hay para aclararla en la llamada fisiología del espíritu.

LA CUESTION DE CHINA

Dos artículos, á cual más interesantes, publica acerca de esta cuestión la *North American Review*: uno del Capitán Mahan, otro de Crispi, el conocido hombre de gobierno de Italia.

Cree Mahan que lo importante para los Estados Unidos es abrir el canal de Nicaragua y aumentar su escuadra.

Es la mejor preparación para su influencia en China. Sus intereses en aquella región están en el valle de *Yang Tse*, río en el que terminan las comunicaciones marítimas. Ve la mano de la Providencia en que el Norte América se haya posesionado de Filipinas poco antes de suscitarse la cuestión de China, y estimula á su patria á que secunde los favores de ella, preparando una armada formidable.

CHINA Y ALEMANIA

El artículo de Crispi se titula *China y las naciones de Occidente*, y es de notar en él el aplomo y la seguridad con que habla de las intenciones de Alemania. Cree él que á despecho de todos los obstáculos, persistirá en sus intentos de venganza.

«Entre los poderes europeos—dice—que ahora tienen representación en China, el que por el momento muestra mayor firmeza, voluntad más fuerte, es Alemania, porque además de sus poderosos impulsos hacia la expansión colonial, tiene muy presente el insulto recibido.

El alevé asesinato de un representante diplomático no puede quedar impune. Dondequiera que haya un inglés, allí está Inglaterra, se acostumbraba á decir en tiempos de las grandes conquistas coloniales de la Gran Bretaña. Guillermo II no emplea un lenguaje menos arrogante. Es de voluntad de hierro y de sentimientos generosos, y la nación poderosa á la que en tan poco tiempo tanto ha engrandecido, está con él en alma y vida. De una cosa podemos estar seguros y es que las sutiles mallas de la diplomacia no enredarán al Imperio alemán, ni le obligarán á renunciaciones inconvenientes.

Este es el programa del poderoso Soberano, y después del insulto recibido en Pekín, lo llevará inflexiblemente hasta el fin. De esto estoy plenamente convencido.

Cree que China es un *anacronismo* en el mundo, pero no es partidario de que las naciones se la repartan como botín de guerra.

China debe despojarse del traje de bárbaro que ha vestido durante tantos siglos, y vestirse á la moderna. Nuevos tiempos y nuevas necesidades están llamando ruidosamente á sus puertas, y unida á las

demás civilizadas naciones debe ser también instrumento de civilización. No habrá concesiones de territorio, ni los sacrificios que están haciendo las potencias tendrán indemnización adecuada, pero se habrá abierto el mayor mercado de que se tiene memoria, donde todos podrán encontrar cuantiosas riquezas en un porvenir que el trabajo del hombre y la acción de los Gobiernos pueden aproximar más y más. Para esto deben llevarse las negociaciones diplomáticas con mucha moderación, y reconocer á cada Estado una recompensa proporcionada á los sacrificios que haya hecho.

Que no se olvide que el siglo XX es el siglo del Pacífico.»

MR. DAVIES EN EL «FORUM»

A examinar la cuestión de China dedica en esta revista norteamericana un estudio aquel sensato escritor, y tiene el buen sentido de reconocer que, pretender castigar todo el Imperio chino porque no se encuentran los verdaderos malhechores es un absurdo, que sólo puede traer odios más encarnizados aún á todo lo que sepa á extranjero. Opina que nadie como los Estados Unidos para disipar la tormenta, pues es la única potencia que no tiene dentro de China intereses coloniales, y piensa que debería restaurarse al Emperador y llamar á su lado á los consejeros reformadores que se hallan desterrados.

He aquí las reformas que él pide para China:

- 1.ª Abolición del *Kotou*, lo que motivaría una comunicación más libre entre el Emperador y su pueblo, y le pondría en condiciones de juzgar y obrar con más acierto.
 - 2.ª Supresión de un gran número de empleados que sólo sirven para aumentar las cargas del Estado y poner rémoras á su progreso.
 - 3.ª Pagar convenientemente á todos los empleados, para que éstos no puedan justificar sus injustas coacciones.
 - 4.ª Reformar el sistema de la Renta, con el fin de que una seria administración pueda aumentar los ingresos del Estado.
 - 5.ª Reformas en Correos.
 - 6.ª Libertad de imprenta.
 - 7.ª Establecimientos docentes abiertos al pobre lo mismo que al rico.
 - 8.ª Puerta abierta al comercio extranjero.
 - 9.ª Libre navegación por todas las costas y ríos navegables.
- Claro es que todas estas reformas suponen el que no se piense ni se discuta siquiera sobre el reparto de China. A toda costa debe mantenerse su integridad.

CHINA Y LOS MISIONEROS

Luiise C. Brown trata de conciliar en la *Contemporary* el que se abran camino las máximas civilizadoras del cristianismo y que los misioneros no traigan como ahora conflictos internacionales.

Cree que hay un medio, y es el hacer lo que hacían los antiguos misioneros. El que sienta la necesidad de predicar á Jesucristo, que lo haga enhorabuena, pero que no se ponga bajo la protección de nación alguna. Así evitarían á sus naciones frecuentes *casus belli*, y no ocasio-

narian trastornos á los pueblos que desean favorecer con sus predicciones.

«El pabellón extranjero que ondea sobre la cabeza del misionero, es su mayor enemigo.»

Hace grandes elogios de la tolerancia del chino, y cree que la simplicidad de su vida, su gusto literario, su traje y su escritura son superiores y más recomendables que los de Occidente.

ALEMANIA É INGLATERRA COMPARADAS POR UN INGLÉS

Con motivo de la discusión á que invita lord Rosebery sobre los peligros que amenazan al comercio británico, dice Mr. H. Bischenough en *The Nineteenth Century*—número de Diciembre—cosas de gran interés.

Cree Mr. Bischenough que los peligros son reales y que el asunto merece ser amplia y concienzudamente discutido, aunque no sean de esta opinión muchos hombres de negocios que juzgan que, así como sin discusiones logró la raza inglesa el predominio comercial, así también sabrá tenerse en esa categoría por su propio modo de ser y por su buen sentido mercantil.

En la guerra sudafricana se ha podido observar, á juicio de este escritor, graves deficiencias, y se puede establecer un paralelo entre esas operaciones militares y la guerra comercial que Inglaterra mantiene con los pueblos rivales. Cada uno de los defectos reconocidos en la guerra tiene su semejante en el sistema comercial. ¿Se trata de la falta de escuchas y de exploradores? Pues en los negocios hay el desconocimiento de lenguas extranjeras y la falta de buenos viajeros, que son los ojos y los oídos del comercio, cual lo son los exploradores en el Ejército. ¿Carencia de mapas y de conocimientos del país enemigo? En lo mercantil también faltan conocimientos de Geografía comercial y de los gustos y necesidades peculiares de cada mercado. ¿Hay poca adaptabilidad en el soldado para las condiciones nuevas é inesperadas de una campaña? También hay obstinado apego á los métodos antiguos en mercados que requieren un trato especial.

Mayor aún es la semejanza, según el colaborador de la *Nineteenth*, en la falta de previsión y de la preparación consiguiente para contingencias posibles, y la verdad es que esto nos sorprende á los latinos, que estamos siempre avergonzados de la ponderada previsión de los sajones.

Quéjase el articulista de la educación técnica mercantil, diciendo que fuera de Londres y otros grandes centros, como Leeds y Manchester, no tiene carácter alguno progresivo, y así como la seguridad nacional depende de la reorganización del sistema militar, el mantenimiento de la superioridad comercial depende de la reorganización del sistema educativo.

«De una cuidadosa comparación de las circunstancias favorables y contrarias al sostenimiento de la posición comercial, resulta, dice Mr. Bischenough, que somos inferiores intelectual y moralmente á nuestros rivales. Todas las ventajas de un arranque anterior, de una experiencia más larga y de mayor hábito de los grandes negocios están

de nuestra parte, y nuestra población reúne dotes de destreza manual y de laboriosidad tanto como cualquier otro pueblo. Mientras sólo se luchó contra pueblos que, como nosotros, fiaban sólo á sus dotes naturales y á la experiencia práctica, hemos tenido una notable ventaja en la lucha industrial; y solamente desde que tenemos que habérmolas con países que han educado á sus gentes en principios científicos cuidadosamente aplicados, es cuando hemos empezado á sentir la desventaja. La educación nos es, por tanto, de un interés vital, no tratándose simplemente de elaborar un nuevo sistema de enseñanza primaria, secundaria y técnica, sino que hace falta inculcar en nuestro pueblo el significado é importancia de la educación para la lucha que hemos de sostener. ¿Cómo podremos sugerir al cerebro inglés, el espíritu que ha hecho á los alemanes del Norte la gente mejor educada de Europa, resultando su país convertido en uno de los más prósperos del mundo? El conservar los dos legados de nuestros antecesores, el Imperio y el Comercio, no es igualmente necesario, y necesitamos en la educación un entusiasmo semejante al que ha llevado millares de voluntarios al Africa.»

Refiere después el articulista un viaje que recientemente hiciera á Alemania, y dice:

«El país entero pasó ante nuestros ojos, y nos chocó desde el primer momento el asombroso desarrollo material de Alemania en estos últimos años.

La magnificencia sin gusto de Berlín, ese paraíso de la buena administración municipal; la salubridad de Frankfort, todo lleva el testimonio del progreso del pueblo alemán. Principalmente, á lo largo de las líneas férreas, en todas las ciudades y hasta en las aldeas, hay inmensas factorías industriales trabajando, y otras muchas en construcción; las ciudades pequeñas se están convirtiendo en grandes, las aldeas en ciudades. Todas las obras que vimos estaban admirablemente planeadas y provistas de la maquinaria mejor y más moderna.»

Para los obreros alemanes tiene también grandes elogios este inglés imparcial.

«No quiero, escribe, compararlos con mis compatriotas con desventaja para éstos, pues no sería ni oportuno ni justo. Tanto alemanes del Norte como ingleses tienen sus méritos propios; pero no se puede sustraer uno á la admiración por el aspecto y las maneras de los obreros alemanes, viéndose por todas partes las muestras de la saludable disciplina del servicio militar.

En Bélgica, donde el servicio militar es menos fuerte, se nota ya diferencia en este punto respecto de los alemanes; pero son muy notables las señales de inmenso desarrollo material.»

Cree, por tanto, Mr. Bischenough que el peligro amenazador para el comercio británico, está en la educación inadecuada y anticuada que se da al pueblo inglés. No bastará legislar sobre el sistema educativo, sino que hace falta convencer á las gentes de las ventajas y de la necesidad de esta educación para que los esfuerzos no resulten estériles.

«El nuevo siglo, termina el colaborador de la revista aludida, se abre con dos problemas para los gobiernos ingleses: la reorganización de la defensa imperial y la organización de la educación nacional.»

¿No es verdad que se siente cierto consuelo al ver confirmado nada menos que en el pueblo inglés y por plumas británicas aquel refrán que reza que en todas partes *cuecen habas*?

UN ARTÍCULO DE GABRIEL D'ANNUNZIO

Es comentadísimo el que acaba de publicar en la *North American Review*, con el título de *La tercera vida de Italia*.

A D'Annunzio no le satisfacen los triunfos escénicos ni la gloria de ser uno de los más reputados maestros de la novela contemporánea. Como Galdós y como Pereda un tiempo, también quiere *hacer política*, y ayer usufructuó para fines estéticos un acta de diputado, y hoy escribe un artículo de rabiosa política que tiene los tonos de una elegía, ó mejor, de una maldición gitana solemne fulminada sobre los dos últimos reinados, y las notas regocijadas de un himno á una nueva aurora que según él se levanta en los horizontes de Italia con la figura de su nuevo Rey Víctor Manuel III.

De ese artículo de la *North American* entresacamos algunos párrafos á los que no añadimos comentario alguno. Si el cuadro sombrío que el pincel del famoso artista traza de Italia es tan exacto como emocionante y bello, Víctor Manuel III no la salva. Italia, según él, no está aún redimida y mucho nos tememos que quede irredenta.

Ve al mundo en una grandiosa agitación material é intelectual, mientras que su patria permanece osificada y estéril.

«Lo que pasa en Italia ahora—dice—, no tiene precedentes. Ha habido en ciertos períodos históricos, ejemplos de penosa fatiga y de odio políticos, pero esto se limitaba á determinadas clases sociales. Ahora no; el malestar es general, el descontento se extiende á todos los lugares y á todas las clases. Un rencor constante, una vejación insostenible, una incomprensible maldad sombrea y esteriliza toda la vida de la nación. Aquella deliciosa alegría del pueblo italiano que hacía imposibles las divisiones políticas y el gobierno de los extraños, ya ha desaparecido.

Aquella grande y heroica llama que inflamó en un mismo fuego al pueblo italiano, ya se ha extinguido, y los italianos de hoy, después de cuarenta años de unidad política, no piensan sino en hacerse franca ó sorda guerra los unos á los otros, ó en esterilizar sus esfuerzos los aliados, moviéndolos en contrarias direcciones. La conciencia nacional que surgió en el fuego de una gran revolución en el que parecía que iban á fundirse como en un horno todas las diferencias, se ha ido haciendo de día en día más débil y hoy, merced á los malos Gobiernos, parece ya completamente extraviada.

Forma contraste este apagamiento de vida y esta esterilidad con el resto de Europa, productiva y vigorosa. En treinta años se ha transformado Alemania y ha arrebatado á Inglaterra la supremacía comercial en el mundo. Inglaterra, en cambio, ha tomado la revancha creando un gigantesco Imperio colonial del que se ha hecho un Dios.

El sueño de esta nación rapaz es repetir las grandezas de Roma dominando al mundo. Aun fuera de la sangre derramada en la tragedia del Transvaal, nótese en ella una agitación insólita, una violenta fermentación, la locura de la gloria que le dice: *Tu regere imperio populos*

Cada vasallo de la Reina Victoria tiene flotando ante su ojos la imagen de ese imperio oceánico que en el libro profético de Froude se levanta de los abismos del mar y extiende su incommensurable sombra sobre las naciones sujetas. Los belicosos helenos no recibieron con más fé ninguno de sus oráculos.»

En este caos de agitación y de lucha, no cree Annunzio que Italia tome por ahora parte. Está muerta; sus políticos la han asesinado. Su constitución política está forjada con el deliberado intento de matar el régimen municipal que ha sido su gloria, el gobierno ejecutivo es el enemigo común, y el cuerpo electoral ciego, ignorante é irresponsable. Es más fácil—dice—obtener una condecoración para un ladrón que la más pequeña suma para detener á la nación en la pendiente de su ruina.

Y añade:

«La política exterior es aún más miserable. Audaces unas veces, tímidos otras, fluctuando siempre entre la petulancia y la humildad, desdeñados en los acontecimientos pequeños como en los grandes, pasan nuestros gobernantes por una serie de estériles deseos y de abdicaciones vergonzosas, y parece que se ven forzados á perpetua danza como aquellas matronas de la antigüedad á quienes Nerón hacía brincar en el Circo.»

«Italia debe ser una gran potencia marítima ó naval; y no sólo por sus poderosos buques de guerra, sino por el número de sus buques mercantes que le recuerden los tiempos felices de sus antiguas opulentas repúblicas. En el mar es donde en definitiva se han de decidir los supremos destinos del mundo, y la fibra del marino italiano, por el vigor de su cuerpo y por la agilidad de su espíritu, puede sostener la competencia con todos los marinos del mundo.

Aun cree él que sería más beneficiosa para Italia una política agrícola, pero no espera nada del Estado. Le queda sólo una esperanza; y esta es su nuevo Rey.

La sangre de Humberto I ha caído como un fermento sagrado sobre el suelo de Italia, para despertar bruscos fervores de nobles aspiraciones y buenas voluntades. Un espíritu heroico ha surgido del cuerpo muerto de aquel Rey que fué acongojado testigo del ocaso de todos los ideales en aquella tercera Roma que debiera haber simbolizado ante el mundo el amor indomable de la raza latina al suelo latino y que debiera haber irradiado desde sus alturas la luz maravillosa de una nueva vida.

Ese espíritu, llevado á través de la península, á lo largo de los Apenninos y rozando todas las costas, parece estar alentando de nuevo la conciencia nacional. Y ahora las aspiraciones de todos los hombres de corazón que quieran unir sus esfuerzos para hacer resurgir la imagen de la bella Italia, deben concentrarse en el nuevo Rey, en el joven Víctor Manuel III.»

Tal es la filosofía del artículo de la importante revista *North American*.

LOS BOERS EN SANTA ELENA

Una escritora inglesa, Alicia Stopford Green, ha sentido curiosidad por conocer cómo viven los boers en el destierro de Santa Elena. Sen-

tir una curiosidad y no satisfacerla no es propio de ingleses, y la señora Stopford Green, provista de un permiso del Ministerio de la Guerra, dirigióse á la isla histórica, y da cuenta de su visita á los boers en un interesante artículo de la *Nineteenth Century* del mes de Diciembre.

El escenario produjo en la escritora inglesa la más desagradable impresión. Una naturaleza sórdida y muerta, en la que unos cactus grises completan el aspecto de cementerio.

Pasando del escenario á los que en él se mueven, dice la escritora:

«El pueblo está formado por descendientes de chinos, de colonos franceses de antes de la Revolución, de africanos del Oeste, de malayos, de hombres de Lancashire: diversos cargamentos de negros fueron traídos cuando la trata; y añádanse á estos los mineros de un buque de guerra inglés, un regimiento colonial, un cuerpo de artillería, la Milicia del condado de Gloucester, una compañía de *Cape Boys* que hacen de muleros y los prisioneros de guerra boers. Se desentierran monedas portuguesas, y placas de porcelana holandesa con historias bíblicas. También abundan las reliquias de Napoleón.»

Y llega el relato de la visita al campamento del Bosque Muerto (*Deadwood Camp*), donde están los prisioneros:

«El guía me llevó, dice, por entre las tiendas de los soldados ingleses, la carnicería, la panadería, las pilas de leña y los montones de víveres, hasta el campamento boer, cercado por cajas de mercancías y por un doble anillo de alambre con puas. Cruzando las tiendas llegamos á la aldea de hojalata que los boers, á veces apiñados en una tienda para doce, han construido con tallos de álce y latas de galletas, echando por encima sus blancas mantas para guarecerse tanto del frío como del calor. Callejuelas irregulares unen entre sí estas cabañas, algunas suficientes tan sólo para que un hombre pueda dormir acurrucado, otras más altas y capaces para tres ó cuatro personas; un *restaurant* en miniatura, un despacho de cerveza de gengibre, un molino de viento con una ingeniosa veleta de hojalata, hace girar el torno de un tallista en madera; varios talleres de hojalata en donde hay hombres tallando con cortaplumas, maderas para los embalajes del campamento, huesos, cuernos, etc., mostrando con justo orgullo modelos de cañones, de vagones del Cabo, cajas talladas y ornamentos de huesos.

Un ingeniero de minas francés ha grabado un dado, con una lima vieja y mellada y un pedazo de acero, y ha hecho medallas de cobre. Y en las demás calles se ve á otros prisioneros trabajando en diferentes oficios.»

Los prisioneros boers guardan la disciplina del campamento con rigor admirable en una raza andariega. No así los europeos cogidos con las armas en la mano en el Africa del Sur, y que son el elemento revoltoso del campamento, hasta el punto de indignarse con la pasividad de los boers.

«A pesar de la vida artificial del campamento, dice la escritora, Santa Elena no es mal sitio para aprender algo de los boers. Cerca de 2.500 hombres de todas las profesiones están allí reunidos, y he hablado con militares, magistrados, miembros del Raad y empleados de diversas categorías en Pretoria; con servidores altos y bajos en las minas de Johannesburgo, y con los errantes busca-vidas de las ciudades; con labradores del Norte y del Oeste y con negociantes ricos; con

progresistas y conservadores; con hombres bien educados y con hombres sin instrucción. He visitado más de una tienda, y se me ha obsequiado amablemente; y además de todo esto, he hablado con extranjeros de todas clases, no sólo con los que llevaban tiempo en el país, sino también con los llegados de Europa para tomar parte en la guerra.

Escuché á unos y otros, alemanes, franceses, italianos, daneses, suecos, americanos y australianos, comprendiéndose cómo ha sido el ejército boer un mosaico de todos los pueblos de la tierra.

Estos extranjeros son dignos de estudio. Ninguno de ellos se confiesa mercenario; algunos fueron á la guerra por amor á las aventuras, creyendo como sus compatriotas europeos que luchaban por la libertad y la independencia del débil; otros eran antiguos residentes en el Transvaal. Fuera del campamento se les tiene por mercenarios, ó se les considera como la escoria de las naciones europeas, tentados por el afán del lucro. Pero su ganancia ha sido escasa, pues han arriesgado por la causa de los boers sus bienes y su vida. Uno tiene un hijo de catorce años prisionero en el campamento y otro de trece en campaña, y me decía:—Mi negocio está arruinado, todo lo he perdido, y yo estoy prisionero; pero no siento lo que he hecho porque luché contra la injusticia, y aun hoy que se pelea sin esperanza, creo que no podría obrar de distinto modo.»

Son muy curiosas las observaciones de la escritora inglesa respecto de las relaciones de los europeos con los boers. Los franceses y los italianos no congenian con ellos. Los exaspera, sobre todo, la religiosidad del boer, sus cantos de salmos. Los boers, por el contrario, entienden que su derrota es un castigo de Dios por el descreimiento de sus aliados latinos.

Los alemanes parecen comprender mejor al boer, porque han conocido en su país el mismo tipo de campesino astuto y receloso. También se ríen del canto de salmos que empieza á las tres de la mañana; pero estiman más el espíritu guerrego de los boers, que prefieren al de los franceses, «humo de paja que se lleva el viento». «Con buenos modos, se hace del boer lo que se quiere», dijo á Miss Stopford un alemán.

«En los escandinavos tiene el boer también muy leales amigos, pero quizá no tanto como entre los colonos de sangre inglesa que han ido al Transvaal desde América ó la Colonia del Cabo. Estos últimos generalmente bien educados, independientes y que pueden ver las cosas con serenidad de juicio, son las opiniones más dignas de tenerse en cuenta por los ingleses, pero no serían oportunas en este artículo.

En cuanto á los mismos boers, pude convencerme con su trato de la falsedad de muchas historias que corren como ciertas acerca de ellos. Los caracteriza una gran libertad en la discusión, y lo hacen con vivacidad y buen humor. Un día diez agricultores, todos ellos nacidos en el Transvaal, vinieron á verme; me senté entre ellos, y discutimos sobre varios asuntos por más de dos horas; dos sabían bien el inglés, uno lo ignoraba en absoluto y los restantes lo conocían un poco, pero los primeros nos servían de intérpretes; y después de discutirse mis preguntas por toda la reunión, me hacían un resumen, mientras los demás escuchaban atentamente para convencerse de la exactitud de la versión. En dos ocasiones titubearon en las respuestas, y me dijeron

que se me había dicho «demasiado fuerte»; pero la opinión general rectificó diciendo: «La señora Green necesita conocer la verdad, ¿de qué serviría decir algo diferente de lo verdadero?» Cuando alguno disienta era discutida por todos su disidencia, y finalmente, se volvía alguno hacia mí y me decía: «Tenemos la mayoría.» Así podía yo enterarme de las opiniones de cada uno de ellos. Estoy convencida de que me dijeron en todo la verdad.

La tacha de falsos que se les imputa, y de que faltan á la palabra dada, no es justificada: todos los boers á quienes he hablado, condenaban la falsía igual que lo hubiera hecho un inglés. Y las historias referentes á los que juraron no tomar las armas contra Inglaterra y luego lo hicieron, se explican, porque fueron juramentos tomados por la fuerza, á veces con la pistola puesta en las sienes del que juraba. Y respecto á otro cargo que se les hace, el de la ingratitud, que juzgo muy relacionado con la política del momento, tengo la firme convicción de que no es cierto. Un extranjero, observador del campamento, me decía: «El boer es agradecido. Cuando no se le da nada, ¿qué va á agradecer?»

El Comandante Wolmarans, á quien respetan sin excepción ingleses y boers, me tomó la mano entre las suyas mientras me rogaba, por conducto del intérprete, que le recordase siempre en mis oraciones; y otro Comandante de cabeza encanecida me dijo las únicas palabras que le oí; probablemente las únicas que sabía en inglés: «Dios la bendiga á usted, señora Green.»

La articulista de la *Nineteenth*, refiere escenas muy tristes:

«A un anciano tembloroso de sesenta y cinco años, que se alistó para la guerra, le pregunté: «¿Cómo podía usted guerrear?» «Rogaba al Señor,» me contestó, «y le entregué el cuidado de mi familia y de mí. Es maravilloso cómo nos fortaleció en todo. No hubo una sola lágrima; una hija me llevaba el rifle, otra la canana, y mi mujer (que tiene sesenta y tres años), la mochila. Todas estaban tranquilas, nunca retrocedí; cumplí mi deber de soldado..... ¡Pero es tan amargo cuando después se piensa en ello!..... Créame usted, apenas puedo contener las lágrimas por la noche cuando pienso en los sufrimientos que he pasado. Sufro tanto por las viudas de Inglaterra, como por las de mi país. Sé que soy un prisionero y debo ser obediente; bajo mi palabra me dejan salir fuera del campamento y sentarme á leer tranquilamente; agradezco esa libertad que me dan.»

La señorita Green concluye:

«He hallado, por desgracia, personas que no sienten compasión por esas desdichas, creyéndolas justo castigo de haber luchado contra Inglaterra. ¡Y esperamos hacer de ese modo apreciable el dominio Imperial! Hay muchos ingleses que si hubieran visto á los boers en sus tiendas de Deadwood Camp, al contemplar tantas miserias humanas, sentirían menos arrogancia y más compasión.»

SIR ARTURO SULLIVAN

Sullivan acaba de morir y con su muerte ha perdido Inglaterra su compositor favorito y el arte una de las figuras más salientes del siglo que acaba de expirar.

Quizá no haya memoria de maestro que haya sugestionado públicos tan diferentes y en composiciones tan diversas.

Su inspiración ha recorrido todos los tonos y ha sido arrebatada en sus himnos religiosos, de gravedad palestriniana en sus antífonas, solemne y augusta en sus oratorios, ternísima en sus cantatas, vaporosa en sus cantos populares, amena en sus numerosas óperas, grandiosa y clásica en sus piezas de concierto.

Con motivo de su muerte, ríndele la Prensa inglesa unánime homenaje de admiración, llorándole como una gran pérdida nacional y dedicándole necrologías extensas é interesantes.

De la *Review of Reviews*, de Londres, tomamos los siguientes datos que son párrafos de las Memorias que Sullivan ha dejado escritas de sí mismo:

CANTÉ Y VENCÍ

«Cuando apenas tenía cuatro ó cinco años, escribe Sullivan, conocióse ya con toda evidencia mi vocación; mi carrera en la vida debía ser la música y nada más,

Mi sueño dorado era llegar á ser niño de coro de la Capilla Real ó de la Abadía de Westminster. No satisfacían á mi padre aquellas mis primeras ambiciones y se opuso á ellas. En vano yo le decía: «Purcell fué niño de coro en la Abadía de Westminster. Sí—replicaba mi padre—, pero Beethoven no lo fué ni tampoco el duque de Wellington.»

Me enviaron á un colegio de Bayswater y allí no dejé en paz á mi excelente maestro hasta que consintió en presentarme á Sir George Smart, organista y compositor de la Capilla Real. Recibíome Sir George muy bondadosamente, me oyó cantar *With Verdure clad*, me dió algunos golpecitos cariñosos en la cabeza y de primera intención me mandó á ver á Mr. Helmore, maestro de los niños de coro de la Capilla Real. Allí fui examinado, canté y vencí; me dieron al momento la plaza que codiciaba.»

Niño de coro era todavía cuando principió á componer, y refiere así sus primeras emociones de compositor:

«Cuando hube compuesto mi antífona, la enseñé á Sir George Smart, quien me dijo que aquello me daría mucho crédito, y que le llevara las partes bien copiadas pues ya vería él qué haría con ellas. Se las llevé al momento y él se empeñó en que el subdeán la oyera. Así sucedió, y el subdeán después me mandó llamar á la sacristía, elogió mucho mi trabajo y me dijo que tal vez algún día estuviera en condiciones de hacer un oratorio. Mr. Helmore hizo ante él elogios de mi buen compartamiento y el subdeán entonces me regaló medio *sovereign*.»

Cuéntase que Sullivan al componer llevaba colgada al cuello como un amuleto aquella moneda.

«Tenía unos catorce años cuando supe que en la Real Academia de Música se sacaba á oposición una beca creada en memoria de Mendelssohn.

Los opositores eran tantos que al verlos me desalenté, perdí toda esperanza de obtenerla. Sin embargo, al terminar los ejercicios de oposición, se nos dijo que la plaza estaba entre el más viejo y el más joven de los opositores. El más viejo era Joseph Barnby; el más joven era yo. Durante un largo día de verano, se nos sometió á los dos á más escrutadores y difíciles ejercicios, y al terminar, los jueces se encerraron en una reserva impenetrable.

Mañana sabrán ustedes el resultado—dijo uno de ellos—. El agraciado con la plaza recibirá una carta del tribunal.

Yo pasé el día con una fiebre y una excitación difíciles de describir. Siempre que oía llamar á la puerta mi corazón latía con violencia, pero el día pasaba y la carta no llegaba. Comenzaba á perder la esperanza. Se oyó al fin, un campanillazo; era el cartero, ¡ah! no me engañaba entonces. La criada pasó por delante de mí y fué al buzón.—Una carta para usted, Mr. Sullivan—me dijo.

Se la arrebaté de las manos, la abrí febrilmente y sí, ¡la había ganado! Creo que no he sentido en mi vida alegría tan grande. Aún conservo aquella preciosa carta puesta en un marco, en mi despacho, con otros gratos recuerdos de días que ya pasaron....

Trabajé tan á conciencia, que al verano siguiente recibí una carta en la que se me decía que, en atención á los progresos que había hecho, se me concedía por otro año la pensión, que se extendió á un año más con el fin de enviarme á estudiar al Conservatorio de Leipzig.

En Alemania no perdí el tiempo. Llegué á Leipzig con oportunidad envidiable. En Inglaterra, al dejarla, no se conocía más que á Mendelssohn. Al llegar á Leipzig, me encontré con los admiradores de Mendelssohn y los de Schumann. Al lado de estos, había ya algunos partidarios de Wagner que comenzaban á proclamar á éste como el más grande de los maestros pasados, presentes y futuros.»

LA MÚSICA EN INGLATERRA EN 1860

«Dos años y medio más tarde volví á Londres y encontré la opinión musical completamente estacionada. Mendelssohn era aún el único representante de la música moderna que obtenía cordial aceptación.

Era entonces Director de la Real Academia de Música Cipriani Potter, músico inteligentísimo que había comprendido muy bien á Beethoven.

Yo me presenté á él con la idea que de Alemania traía sobre Schumann, Schubert y Wagner. Cipriani Potter quedó terriblemente desencantado.

—Tengo una verdadera pena por Sullivan—solía decir—. Su ida á Alemania lo ha perdido.

—Pero, Mr. Potter—le dije yo un día—, ¿ha oído usted algo de esa música que usted tan implacablemente condena?

—No por cierto—replicó—, pero....

—¿Quiere usted tocar conmigo algunas sinfonías de Schumann que yo he arreglado para cuatro manos?

Accedió él de buen grado, y á los tres meses era Potter el más decidido y loco propagandista de Schumann. Algo parecido me sucedió con George Grove, Director de los conciertos en el Palacio de Cristal.

La música marchaba y yo era quien le daba el primer impulso.»

En 1862, cuando apenas contaba dieciocho años, estrenó su primera obra. La letra era de Shakespeare y se representó en el Palacio de Cristal con un éxito inmenso. Desde entonces su nombre se hizo famoso y popular.

En 1872 comenzó á escribir en colaboración con Gilbert. En poco tiempo estrenaron catorce óperas, algunas de las cuales son conocidísimas. Cosa no rara en los juicios de las masas: «*Pistafore*, que es hoy una de las más populares, casi fué silbada en los principios y fué escrita durante una larga y penosa enfermedad. *El Mikado* es la favorita del público, pero los compositores dan la preferencia á *Los Gondoleros*.»

Sullivan no es desconocido en España. Los ecos de sus triunfos han salvado las fronteras de su patria, y su obra musical ha pasado ya al repertorio clásico de los inteligentes.

JUICIOS DE NIÑOS

Una escritora inglesa, Miss Catharine Dodd, ha publicado en la *National Review*, un estudio comparativo del niño en Inglaterra y en Alemania, del que naturalmente aparece el tipo inglés muy superior al alemán.

Sirve de base á esta comparación la contestación que 196 niños alemanes y 600 ingleses han dado á estas dos preguntas que la amable Miss les había dirigido.

¿Qué desearías ser, hombre ó mujer, y por qué?

¿Qué hombre ó mujer de aquellos de que tienes noticia querías ser, y por qué?

El 50 por 100 de las niñas desearían ser la Reina Luisa, y el 40 por 100, Santa Isabel de Wartburg. Los héroes de los niños alemanes están inspirados en el espíritu militar, en la gloria del sabio y en el odio á Inglaterra. Hay pequenín que quisiera ser Kruger sólo porque ha pegado tres palizas á los ingleses. Miss Dodd reconoce que en Alemania se enseña la historia y la literatura mejor que en Inglaterra, pero que el carácter piadoso, doméstico y subordinado de la mujer alemana, se sostiene á costa de su individualidad.

«Nuestras niñas—dice—se desarrollan con más naturalidad y piensan con más independencia.»

«El niño inglés tiene menos ambición, menos aspiraciones que el niño alemán, pero juzga y discurre con más precisión. El niño alemán no juega. Se hace introspectivo y discutiendo. Mientras el niño inglés es un bárbaro, sanote y alegre, el alemán es ó se hace pronto pensador; el niño inglés sale pronto de su barbarie y llega á ser el más civilizado; el niño alemán no se civiliza nunca. El alemán es mitad niño, mitad filósofo y con frecuencia pedante.»

RADIACIONES NO SOSPECHADAS

Entre los interesantes trabajos que contiene la *Nineteenth Century*, de Londres, correspondiente al mes de Diciembre, tiene singular importancia el que, con el título «Ciencia reciente», publica el Príncipe Kropotkin.

Versa este estudio sobre dos temas. El primero, que expresa el título escrito y que aquí extractamos, dejando el segundo para otro lugar de esta sección.

La sensación producida hace cinco años por el descubrimiento de los rayos X—dice el Príncipe Kropotkin—se había calmado, y se empezaba a estudiarlos tranquila y minuciosamente, cuando el hallazgo de nuevas radiaciones no sospechadas ha venido á dar mayor complejidad á esta cuestión, planteando nuevos problemas y preparando el terreno para ulteriores descubrimientos de mayor complicación aún. Hoy el físico no tiene que contar solamente con los rayos X, sino también con los «secundarios» ó «rayos S», de Sagnac; con los «rayos Goldstein», los «rayos Becquerel» y, en realidad, con todas las radiaciones pertenecientes al vasto campo que media entre la electricidad y la luz. Además, muchas cuestiones referentes á la estructura íntima de la materia han sido puestas en conexión con estas investigaciones, y el físico no puede prescindir de ellas, porque uno de sus más importantes principios, establecido por Carnot y generalmente admitido, parece necesitar, si no una revisión, al menos una interpretación nueva.

Habiendo tantos rayos diferentes, es preciso empezar por definirlos bien en pocas palabras, aun á riesgo de repetir cosas generalmente conocidas.

El «tubo vacuo»—recuerda el colaborador de la revista inglesa—es el punto de partida de todas las nuevas radiaciones, y consiste simplemente en un tubo cerrado, en cuyo interior se ha hecho el vacío. En ambos extremos tiene unos alambres de platino que, atravesando el vidrio, penetran en el interior del tubo. Cuando se ponen estos alambres en conexión con los dos polos de una máquina eléctrica ó de una poderosa batería, se convierten á su vez en polos. Entonces el tubo empieza á brillar con una hermosa luz, fluyendo una corriente de materia luminosa desde el polo negativo, el catodo, al positivo. Estos son los rayos catódicos, cuya exploración detallada empezó hace tiempo Hittorf, adquiriendo un interés especial cuando Crookes los estudió, y más aún cuando el profesor Lenard, húngaro, comenzó á estudiarlos por los años 1893-95.

Al tubo se puede dar cualquiera forma, y puede también variarse á voluntad el enrarecimiento del aire (ó otro cualquier gas), las formas y disposición de ambos polos y los demás detalles de construcción, según los experimentos que se intente hacer.

Pues bien; si este tubo se cubre con un paño negro que intercepte su luz, y se le pone en un cuarto oscuro, cerca de una pantalla, recubierta con alguna substancia fosforescente, ésta empezará á brillar aunque no vaya á herirla ninguna luz visible. Si se interpone la mano entre el tubo cubierto y la pantalla, aparecerá sobre esta última una sombra oscura de los huesos, pero casi ninguna de la parte carnosa,

mientras que un grueso libro no proyecta sombra alguna, siendo transparente en absoluto para estos rayos; algunas radiaciones parten, por consiguiente, del tubo y traspasan la cubierta que lo envuelve.

Estos rayos, al igual que la luz solar, hacen brillar la pantalla fosforescente; se propagan en línea recta, puesto que proyectan sombras, y descomponen las sales de la película fotográfica; pero son, en cambio, invisibles, y pasan á través de ciertos cuerpos, que son opacos para la luz ordinaria. Estos son los «rayos X» ó «Röntgen».

De éstos se originan diversos rayos secundarios. Si los rayos X encuentran un espejo metálico, no son reflejados por éste, sino que se difunden; es decir, son arrojados irregularmente en todas direcciones, y aunque, por lo general, no pasan á través de los metales, pueden hacerse bastante fuertes y penetrantes para atravesar placas metálicas. Pero tanto en este caso como en el de la difusión, adquieren nuevas propiedades, que dependerán del metal que atraviesen ó sobre el cual se difundan. Á las nuevas radiaciones que se les añaden, las llama su descubridor, Sagnac, «rayos secundarios» ó «rayos S». Por otra parte, cuando los rayos catódicos pasan á través de una placa metálica perforada, resultan también alterados, y se les llama entonces «rayos Goldstein». Y existe, por último, una colección de radiaciones (también invisibles) sumamente interesantes, emitidas por las substancias fosforescentes, las cuales fueron descubiertas por H. Becquerel, y se conocen con el nombre de «rayos Becquerel» ó «rayos Uranium».

Este es, pues, el mundo de las radiaciones, cuya existencia no se sospechaba hace cinco años, y que necesita explicarse, estribando la dificultad en que se relacionan con las ondas Hertzianas empleadas en la telegrafía sin hilos, con la luz visible, con las radiaciones invisibles en los campos ultra-rojo y ultra-violeta del espectro, con el llamado brillo «actínico» de diversas substancias colocadas en la porción ultra-violeta del mismo y con otros varios fenómenos. La luz, la electricidad, el magnetismo y los movimientos moleculares de gases, líquidos y sólidos, todos estos capítulos separados de la Física, han sido puestos en íntima conexión por estas maravillosas radiaciones.

Millares de experimentos y de hipótesis tratan de explicar, durante este último quinquenio, la naturaleza de todos estos rayos; pero cada nuevo descubrimiento trastorna lo hecho y deducido anteriormente, habiendo un solo punto sobre el cual empieza á establecerse una opinión fija. Lenard y otros expusieron la idea de que los rayos catódicos eran el paso de diminutas partículas de materia, transportadas rápidamente desde la superficie del cátodo y cargadas de electricidad.

Sabido es que en las circunstancias ordinarias existe ese acarreo que produce el «aire eléctrico», y en el tubo con aire enrarecido no hace más que adquirir más rapidez.

Los descubrimientos más recientes confirman la idea de que los rayos X son una corriente que actúa como un verdadero bombardeo molecular ó atómico, calentando los objetos sobre que cae. Esta corriente es desviada de su dirección por un imán, y se tuerce á lo largo de las líneas de fuerza; el mismo efecto hace una débil tensión electrostática, la cual muestra que la corriente de rayos catódicos está electrizada negativamente, y otros varios experimentos lo confirman.

Por otra parte, el profesor Thomson comprobó lo que había expuesto Crookes: que la mayoría de los fenómenos observados eran independientes del gas que hubiese contenido el tubo, y del que siempre quedan mínimas porciones; es decir, que son propiedades inherentes á la materia. Cuando se han medido las partículas transportadas por los rayos catódicos, se ha visto que eran extremadamente diminutas, menores que el tamaño probable de los átomos, al paso que las cargas de electricidad que acarrean son relativamente grandes. De todo esto deduce Thomson que no son partículas de materia ordinaria como la que conocemos por la Química, sino materia en un estado de gran disociación. Esas partículas parecen ser átomos disociados, ó los átomos primarios de alguna materia primaria, de la que salen todos los elementos químicos.

Puede decirse, en favor de esta hipótesis, que el hecho de la disociación bajo la influencia de violentas vibraciones eléctricas, esto es, la dispersión de las moléculas en «iones» ó átomos elementales cargados de electricidad, es familiar á los físicos. También sabemos que los gases, ordinariamente malos conductores de la electricidad, se hacen conductores bajo la influencia de descargas eléctricas ó de la luz ultravioleta. Y podemos admitir como cierto lo que dicen Villari y Righi para explicar los rayos catódicos: «que son una danza eléctrica á lo largo de las líneas de fuerza».

Puede surgir una sola pregunta: ¿Es preciso que las moléculas estén tan disociadas que dejen libre la «materia primaria» de que se componen todos los elementos? Teóricamente no hay objeción; la ciencia moderna sabe que los átomos ó «individuos químicos», que dice Mendeléeff, son considerados indivisibles en la Química en el mismo sentido que lo eran las moléculas en la Física, como el sol se considera un individuo en medio del infinito espacio intersidereal. Más bien se les considera como diminutos sistemas similares al planetario (Mendeléeff). Puede, pues, admitirse la «disociación de los átomos»; pero ¿no podríamos hallar una explicación más fácil que la de J. J. Thomson? En opinión del Dr. Villard, los rayos catódicos son simples corrientes de átomos ó moléculas de hidrógeno, cuya presencia aun en los tubos más rarificados se explica por las partículas de agua unidas al vidrio, ó por la descomposición de los álcalis de éste. Corrobora esta opinión el hecho de que una cápsula de óxido de cobre, recibiendo los rayos catódicos, se reduce como si la hiriera un chorro de hidrógeno caliente; y además el sitio en que los rayos hieren al vidrio se ennegrece, y estas manchas parecen haber sufrido un bombardeo de hidrógeno. Sin embargo de todo esto, la hipótesis de Thomson queda aún en pie, pues nada de esto va en contra de ella.

Aún no se ha dicho la última palabra, y hay que esperar el estudio de todos estos fenómenos en conjunto, para conocer la naturaleza de este nuevo elemento en la electrodinámica, cuyo valor filosófico es inmenso.

¿Qué son, pues, los rayos X, ya que sabemos que los catódicos consisten en corrientes de moléculas que parten del cátodo? Röntgen mismo reconoce semejanza en ambos fenómenos, y Lenard los representa á ambos como partes del mismo (espectro magnético) estando á un extremo de la escala los rayos X, que no son desviados por un imán, y

una serie de radiaciones intermedias los une á los rayos catódicos que ocupan el otro extremo de la escala. Ambos provocan fluorescencia, producen efectos fotográficos y eléctricos similares, y ambos tienen diferentes grados de penetración en sustancias opacas, dependientes de la fuente de electricidad y de los medios que han atravesado.

Y no obstante, las analogías halladas entre los rayos Röntgen y la luz ordinaria, se oponen á una completa asimilación de estos rayos á las corrientes catódicas, prevaleciendo la opinión de que dichos rayos, como la luz, son vibraciones del éter. Podrían ser vibraciones de ondas muy cortas, cien veces menos quizá que las de la luz verde; ó ser (vibraciones longitudinales) como ha dicho lord Kelvin, ó, como piensa Thomson, una mezcla de vibraciones de diversas clases—(pulsaciones) del éter, como él dice—algo semejante á lo que se llama (un ruido) en la teoría del sonido. Confirma esta opinión el estudio que ha hecho en París, G. Sagnac, de los rayos «secundarios» y «terciarios» (difundidos dos veces), pues se parecen cada vez más á la luz ordinaria, disminuyendo su poder de penetración en cuerpos opacos.

En los últimos cuatro años, se han hecho experiencias que revelan que no son siempre invisibles los rayos Röntgen, pudiendo ser vistos cuando adquieren gran intensidad, excitando solamente las partes periféricas de la retina. Cuando mayor es el vacío del tubo, más intensidad adquieren los rayos y llegan á penetrar metales, pudiéndose llegar á fotografiar la máquina de un reloj ó una cerradura con su mecanismo interior. Goldstein ha obtenido preciosos radiogramas de una *Nymphaea* y de un caracol dentro de su concha.

Los progresos principales se han hecho en el campo de la medicina, principalmente cuando el tiempo de exposición se ha acortado, disminuyendo los efectos morbosos que han descrito los rusos Danilwsky y Tarkhanoff. Respecto á los efectos de las balas Dum-Dum, y al desarrollo gradual y fracturas de los huesos, se han verificado curiosísimas experiencias que tienden á aliviar las miserias humanas, que hacen al descubrimiento de Röntgen, digno de un puesto preferente entre las maravillas del siglo XIX.

Pero en cuanto á sus profundos efectos en el campo de la Filosofía natural, está muy lejos de haberse dicho la última palabra. Sabemos todos que la fosforescencia utilizada para hacer visibles las fosforeras, se explicaba diciendo que almacenaban luz, que luego devolverían, y Becquerel, ha dado en este asunto experiencias tanto ó más interesantes que los mismos rayos X. Partiendo de la pantalla fosforescente que, como se recordará, condujo á Röntgen á su descubrimiento, Henri Becquerel ha hallado que el sulfido de cinc emitía rayos que, como los X, atravesaban el papel negro ó impresionaban las placas fotográficas. Niewenglowsky hizo igual observación respecto al sulfido de calcio, y, por último, Becquerel, ayudado por la señora Sklodowska-Curie y su marido Pedro Curie, ha descubierto dos nuevos elementos con ayuda de las nuevas radiaciones.

El punto capital del descubrimiento estriba en que los cuerpos fosforescentes, no sólo emiten el brillo ya conocido y visible, sino también otras radiaciones invisibles. Estas son bastantes diferentes de la fosforescencia y de la fluorescencia y similares en su naturaleza á los rayos catódicos y á los X. Una laminita de doble sulfido de uranio y

de potasio colocada sobre un papel negro envolviendo á una placa fotográfica, traspasa aquél é impresiona á ésta.

No satisfecho Becquerel con establecer este hecho, quiso medir la actividad de los diversos rayos emitidos por cuerpos diferentes, y sus experimentos condujeron á descubrir dos nuevos elementos: el *polonio* y el *actinio*. El primero, que debe el nombre al país de su descubridora, es idéntico en sus propiedades químicas al bismuto, pero mucho más radioactivo. El segundo, es químicamente similar al *titano*.

El principal interés de estas investigaciones está en la naturaleza problemática de las radiaciones Becquerel, así como en la relación que guardan con otras radiaciones estudiadas por Séguin, por W. J. Russell y por Colson.

Una infinidad de problemas relativos á la estructura y vida de la materia ha surgido á propósito de estas investigaciones, que el Príncipe Kropotkin, como se ve, presenta con suma habilidad á los lectores de la *Nineteenth Century*.

LAS REFORMAS EN EL EJERCITO INGLES

Es en Inglaterra la cuestión del día. Las más serias publicaciones y los escritores militares de más renombre, intervienen en ella con una viveza de tonos que no parece estar muy en armonía con la tradicional impasibilidad británica.

De la *National Review* entresacamos los siguientes párrafos de artículos interesantes que en ella publican el doctor Miller Maguire y el capitán Boscawen.

Dice el doctor Miller:

«Una gran parte de nuestros jóvenes oficiales, lo mismo del Ejército regular que del auxiliar, eran en 1870 y son hoy mucho más ignorantes que los oficiales de toda Europa, del Japón, de las colonias y de los Estados Unidos. Es bochornoso verse obligado á confesar que el año 74, lo mismo que el 99, más del 50 por 100 de nuestros oficiales no valían ni para desempeñar un modesto destino en una oficina ni aun para horterar en una regular casa de comercio: su capacidad no excede en mucho á la de un portero ó á la de un barrendero.

La guerra franco-prusiana modificó mucho la instrucción dada en las Academias militares de Inglaterra, y Mr. Miller asegura que la impresión producida por las victorias de Alemania fué tan grande, que hasta el año 1884 los aspirantes á Sandhurst, su gran Academia militar, tenían más sólida preparación que los cadetes alemanes. Por otra parte, la instrucción obligatoria dió al Ejército un contingente de soldados de un nivel intelectual que avergonzaría á los que actualmente sirven en filas.

Pero desde el año 1884, la instrucción militar ha sufrido un gran retroceso.

No sólo es mezquina y atrasada con relación á la cultura moderna la preparación que se exige para la Academia, sino que su rutina hace imposible toda sólida instrucción, toda educación sistemática.

Aun dentro de las Academias, el plan de estudios no podía ser más raquítico y más anómalo. Hacía dos años que se había suprimido de

los cuadros la enseñanza de la táctica y de la legislación militar. Antes de que pudiese rectificarse error de tanto bulto, la guerra había estallado.

Jovenzuelos ignorantes é imberbes fueron enviados á ella sin conocimiento del arte de la guerra, sin práctica en el ejercicio militar ni en el uso de las armas; allí fueron al sacrificio, á la mutilación ó á la muerte. Si se hubiera abierto una información, se hubiese echado de ver que, de mil oficiales, más de seiscientos hubieran revelado su incapacidad para desempeñar los puestos que se les asignaban, á no ser que el Ministerio de la Guerra hubiese hecho la vista gorda para no condenar su propia obra.

En cuanto al porvenir, es claro que, si las clases medias, las clases elevadas de Inglaterra no dan á sus hijos antes de los veintidós años la educación que tienen los alemanes, los japoneses ó los yanquis, el imperio colonial está perdido, y si se conserva, no lo salvarán los ingleses, sino los colonos mismos, los emigrantes prusianos, los discípulos de nuestros patriotas misioneros, los irlandeses y los judíos.»

* *

En la misma Revista publica el capitán A. G. Roscawen sus impresiones personales sobre la guerra.

Considera como un fracaso el que las tropas no regulares se hayan batido igual, y en ocasiones mejor que las regulares.

No puede, sin embargo, atribuirse todo á la estupidez de los oficiales.

El Reglamento de la Reina, por ejemplo, tiene 70 artículos referentes al vestuario del militar y ni uno solo habla del uniforme del soldado en campaña.

Disponen las Ordenanzas que al año se dediquen cuatro semanas á maniobras en el campo y otras cuatro á ejercicios de tiro. También todos los días salen los soldados de sus cuarteles, pero los oficiales se limitan á inspeccionar sus correajes. A los oficiales de un batallón de milicias recientemente incorporado se les mandó que, tres veces por semana, se ejercitaran en el manejo del sable, y en tres meses han aprendido á llevar el paso, paso de gamo, y un poco de esgrima; los soldados, nada.

El capitán Roscawen pide una reforma radical; pide un cambio completo del personal militar y civil en el Ministerio de la Guerra, menos grados y más retribución á los oficiales. En cuanto á los soldados, sólida instrucción en estas dos cosas: en el atacar y en el cubrirse.

* *

En el último número de la revista *Cornhill* trae un artículo interesante acerca de las reformas y suscrito por el coronel Maude.

El coronel Maude es decidido partidario del antiguo sistema de hacer la guerra. Cree que la disciplina es más ventajosa en un Ejército que los buenos tiradores, y sostiene que la causa de no haber tenido las tropas inglesas pérdidas de importancia en la presente guerra es el que los boers no tienen disciplina alguna, y el que la buena punte-

ría, en ésta, como en todas las guerras, es de muy poca aplicación.

«Los franceses—dice—eran los peores tiradores del mundo, y, sin embargo, en la guerra del 70, con peor armamento, hicieron mejores blancos y más estragos.

Por ejemplo, cuando las guardias prusianas, por uno de esos accidentes que es imposible prever y menos evitar, se desconcertaron en Saint Privat, en diez minutos y á mil varas de distancia, hicieron los franceses más estragos que los boers en Margersfontein, en media hora y á 200 varas.

De la misma manera, para inutilizar tres baterías del 11.º cuerpo de Artillería alemana, á 800 ó 700 metros, necesitaron los franceses la mitad del tiempo que han necesitado los boers para conseguir el mismo resultado sobre la artillería del coronel Long, á una distancia de 400 metros.

La explicación de esto es muy sencilla: los franceses tenían disciplina: los boers, no.

El gran defecto del Ejército inglés en esta guerra, según Maude, no es su mala puntería, sino su falta de acometividad, sus vacilaciones para avanzar. Bien es verdad que la responsabilidad de estas deficiencias cae sobre la Prensa, empeñada en sostener que el objeto y el éxito de la campaña no estaba en el acometer y derrotar, sino en el resistir y cubrirse bien.

Las tropas del Natal que llegaron al Africa del Sur antes de las campañas de la Prensa sobre la necesidad de enseñar al soldado á *cubrirse* en la acción, sufrieron pérdidas de consideración, pero se batieron bien: mientras que las tropas que con lord Roberts partieron de Inglaterra durante aquella manía pensaron más en defender sus huesos que en la victoria.

Paardeberg es el borrón de toda la guerra, y la culpa de aquél y de otros desastres está en el pusilánime deseo de evitar las pérdidas, en el afán de cubrirse. Comprendemos por qué Roberts desde el primer momento no rehusó ningún ataque. Sabía él muy bien que una vez acostumbrados sus soldados á esconderse, ningún poder humano podría obligarles á batirse á pecho descubierto. Y no es que los soldados fueran cobardes, sino que todos estaban convencidos de que procediendo así, copiaban bien el modelo boer que la Prensa les había enseñado á admirar. La captura de Paardeberg á bayoneta calada nos hubiera costado 500 muertos, pero hubiera ahorrado 5.000 vidas y hubiera quebrantado la tenaz resistencia del enemigo.»

Con ejemplos tomados de guerras pasadas, trata de probar que «en igualdad de condiciones, la victoria ha sido siempre del que ha soportado más duras pérdidas sin desmayar, del que posee la inteligencia conveniente para asegurar la acción combinada de todas sus unidades, y todas las tácticas están basadas en la presunción de que las tropas poseen más ó menos de esa resistencia, que puede aumentarse hasta un grado increíble con ejercicios y movimientos prudentemente dispuestos.

«Nosotros—dice—no necesitamos más hombres, sino mejor organización.»

JUICIO INGLÉS SOBRE UN LIBRO DE HAECKEL

Con motivo de haberse publicado la traducción inglesa de la obra Haeckel *Die Wellzathsel*, publica la revista *Science-Gossip* un artículo crítico de F. Winstone, que dice, en resumen, lo que sigue:

«Los que ya estén familiarizados con los escritos del autor, podrán figurarse el carácter del presente libro, fundado en la reacción del pensamiento producida por los descubrimientos del siglo que ha terminado. El autor considera su obra como el término de sus estudios sobre la concepción monística del universo, y dice que el primitivo plan que concibió hace años de constituir un sistema completo de Filosofía monística basada en la evolución, no puede hoy llevarse á cabo.

El libro es una brillante revista de los trabajos y descubrimientos de los principales investigadores. Estos descubrimientos los relaciona y aplica el autor á la construcción de una Filosofía de que es él el apóstol; y los asuntos que tratan son: La Naturaleza del problema del universo, incluyendo el estado de la civilización y del pensamiento al cerrarse el siglo XIX; la importancia fundamental de la Anatomía, tanto humana como comparada; la teoría celular con relación al lugar del hombre en la Naturaleza; el desarrollo del estudio de la Fisiología desde la Edad Media y el desarrollo embrionario de las teorías de preformación y diseminación; la historia de nuestra especie, con una relación del *Pithecanthropus* de Dubois; la naturaleza del alma; las gradaciones psíquicas; la embriología del alma; la filogenia del alma; la percepción, dando las diversas teorías de Descartes, Darwin, Schopenhauer, Fechner y Schultze; la inmortalidad del alma; la ley de la substancia, incluyendo la ley química de la constancia de la materia y la ley física de la conservación de la energía; la evolución del mundo; la unidad de la Naturaleza; Dios y el mundo; conocimiento y creencia; ciencia y Cristianismo; la religión y la Ética monísticas; la solución de los problemas del mundo, y, finalmente, una breve conclusión en que indica que el número de los enigmas del mundo ha ido disminuyendo en el transcurso del siglo XIX.

Aun queda un problema importante: el de la substancia, en el que dice el autor que no conocemos «la cosa en sí misma», si no á través de los fenómenos cognoscibles de la materia y de la energía.

Recomienda el Dr. Haeckel, con insistencia, que se apliquen de un modo más prácticos los conocimientos científicos á la vida diaria de la humanidad; por ejemplo, con relación á la administración de justicia, dice que, aunque se supone á los Magistrados hombres de superior educación, esto es cierto solamente en lo que se refiere á su «educación legal», de carácter formal y técnico; pero sólo tienen un superficial conocimiento del principal objeto de su actividad: el organismo humano, y de su función más importante: el pensamiento. La mayoría de los jurisperitos saben muy poco de Antropología, de Psicología y de la doctrina de la evolución; requisitos indispensables todos para un estudio judicial de la naturaleza humana.

Comparando los dos grandes fundadores del transformismo, dice: «Hallo en Lamarck una inclinación preponderante á la deducción y á formar un completo esquema monístico de la Naturaleza; y en Darwin, aplicación predominante de la inducción, y un interés por establecer

las diferentes partes de la teoría de la selección tan firmemente como le es posible, sobre la base de la observación y los experimentos. Este último procedimiento es el seguido por el autor en el libro que analizamos, en el cual se deja á la inteligencia del lector gran parte del ejercicio deductivo.

El autor, en todas sus obras—concluye el articulista de la *Science-Gossip*—, toma el lado materialista como opuesto á la Teología. Sin embargo, es de notar su vehemente devoción por el deber en beneficio del prójimo y la honradez general de propósitos mostrados por Haeckel y los que comparten sus ideas. Estas en sí mismas son el desarrollo hereditario de las enseñanzas éticas cristianas, pues la Filosofía monística no estima el sacrificio y la renuncia de sí mismo como tales virtudes que, aun siendo fundamentalmente opuestas á la evolución física, alcanzan todavía la admiración de todas las gentes civilizadas.

FRANZ LISZT

Adrián Godart ha publicado en la *Revue Encyclopedique* un curiosísimo estudio biográfico-crítico, más crítico que biográfico, del gran virtuoso y compositor húngaro cuyo nombre encabeza estas líneas.

Lamentase el escritor francés, que disimula poco—aunque puede que no se lo proponga—, que es un apasionado de Liszt, de que á este gran músico se le conozca mal como tal y como hombre, y siguiendo las huellas de Louis, el wagnerógrafo notabilísimo, trata de ofrecer en este trabajo «un Liszt sincero y definitivo».

Estos trabajos de reconstitución de personalidades son, sin duda, difíciles y meritorios. Lo primero, porque no siempre es labor asequible la de documentarlos como es preciso; lo segundo, porque tratándose de decir la verdad, no hay esfuerzo perdido. En último término, la memoria del que fué, ó los vivos, lo agradecen.

Una anécdota de la vida de Liszt puede darnos idea de cuál fué el mayor obstáculo, ó, al menos, uno de los mayores con que Liszt tropezara, vivo, para que se parase en él la atención; muerto, para que se conceda á su labor todo el mérito que sin duda atesora.

La anécdota es como sigue:

En una de las primeras representaciones de Bayreuth, Wagner hizo notar á Liszt cierto pasaje de *Parsifal*, diciéndole:

—Ahí hay algo tuyo. Fíjate.

—Eso no vale nada. Así se oirá una vez siquiera—respondió Liszt.

Su destino se resume en esta reflexión. Con modestia, algo desazonada, fijaba así el rápsoda de antemano los límites de su gloria, á la que la leyenda wagneriana había de perjudicar evidentemente.

La fisonomía musical de Liszt, inseparable sostén del revolucionario de Bayreuth y grande amigo de Berlioz, se mantuvo indecisa mucho tiempo, se fijó y definió con gran lentitud.

Es obra sin concluir, añadiremos nosotros, á pesar del esfuerzo de M. R. Louis.

La publicación de sus correspondencias, con una amiga primero, con Bülow, en el año pasado, dió ya á conocer un Liszt artista de corazón, mejorándose en mucho el concepto que de él se había tenido.

Por último, sus cartas á la Princesa Wittgenstein nos han mostrado, en sus más íntimos detalles, una vida atormentada de continuo y rica en episodios dignos de mención.

Este nuevo retrato moral de Liszt estaba por fijar. Esta ha sido la labor del ya citado M. Louis, que ha hecho más en favor del músico objeto de su estudio, que cuantas mazorrales biografías ó guías temáticas minuciosas enriquecieron la literatura á Liszt relativa en estos últimos años.

Se había acostumbrado la gente á ver en él una especie de Paganini del piano cuando no al abate Liszt, y ¿qué podían hacer contra estas síntesis despectivas aquellas historias de su vida, llenas de programas de conciertos, listas de ovaciones, espadas de honor ó excursiones artísticas?

Heine, que padeció *lisztomanía*, hubo de complacerse en mostrar al mundo, con cierto ensañamiento, la *mise en scene* del músico de profesión, tan hábil en guardar su reputación de ejecutante admirable y en reglamentar con anticipación el entusiasmo de sus auditorios.

Por esas causas, pues, y por otras, á lo sumo pensando en Liszt, se pensaba en el *virtuoso* rapsoda, incomparable, sin duda, prestigiosísimo ejecutante, pero desagradable por su falta de sencillez y de sinceridad.

Este era el prejuicio. Y, sin embargo, pocos artistas ofrecen en su individualidad y en su obra mayor caudal de contrastes interesantes.

Aquel conjunto de bienes y males que se llama el hombre, se llamó por excelencia Francisco Liszt.

Y no hay modo de reducir á la unidad lo complejo de su naturaleza: se correría el grave peligro de falsearla.

El mal, es decir, el reverso de Liszt, fué el afán desapoderado del efecto, el aire teatral, la femenil coquetería, el amor propio de continuo exasperado; el bien, el anverso, está en aquella ingeniosa y natural bondad que produjo tan bellas acciones.

Porque si es exacto, al decir de sus contemporáneos, que Liszt fué un charlatán insoportable, es asimismo cierto, según de su conducta aparece, que fué un gran corazón. Su correspondencia con Wagner es, á este propósito, un documento edificante, y nada hay tan conmovedor como su total dedicación á la causa de este amigo y afín, á menudo imperioso y absorbente, á quien Liszt sostuvo con sus consejos y aun con su dinero en las horas de desfallecimiento, por su indestructible confianza en el porvenir de su obra, en cuyo favor luchó siempre, agrupando á su alrededor todas las voluntades amigas del nuevo arte, y despertando á Weimar, dormido desde Goethe, para hacerlo Meca provisional del wagnerismo frente á los Beckmesser reaccionarios de Leipzig. Así pudo escribir, sin faltar á la verdad, en su testamento, que su amistad por Wagner había tenido el carácter de una pasión noble y profunda.

Al llegar á este punto en el retrato moral de Liszt, afirma Godart, á cuenta de Louis en la popular revista de Larousse, que el músico de que se habla sería, quizá, teatral en el modo de exteriorizar sus sentimientos, pero profundamente sincero, aun en los episodios de su vida en que más se le discute, su profesión religiosa ó su renuncia al amor de la Princesa Wittgenstein; satisfecho y divertido siempre, pero incu-

blemente triste; perseguidor constante del efecto y á la par libre de todo prejuicio; aristócrata por de fuera y demócrata de corazón; espíritu superficial en apariencia, y, en realidad, alma altiva y ardiente, cuya seducción sufre el que le estudia como á pesar suyo.

Otra interesantísima contradicción en el espíritu de Liszt, artista.

Fué á un tiempo *virtuoso* admirable y compositor profundo.

No, ciertamente, «el más profundo de los compositores», como afirma Godart. ¿Qué guarda para Schumann el articulista de la *Revue Encyclopedique*? Compositor profundo, y, á mi juicio, basta para mostrar la complejidad del espíritu de Liszt.

Porque, en efecto—y vuelvo á estar conforme con Godart—los ejecutantes profesionales son, de ordinario, compositores *pro domo sua*.

A lo sumo, sus obras son una prolongación de la *virtuosidad*, que en aquéllas queda consagrada é impresa indeleblemente.

Chopin, por ejemplo—dice Godart—, cuyas composiciones llevan en sí una poesía más inmediata y directamente asequible que las de Liszt.

Y aún quedan—añadiremos—*virtuosos* únicos en la redondez de la tierra, mediocres y adocenados compositores. Nuestro Sarasate, por ejemplo.

En Liszt la maravillosa habilidad del ejecutante es realmente una creación perfecta; sus adaptaciones de la sinfonía beethoveniana ó del lied de Schubert son propiamente re-creaciones. Y de este modo, por esta comprensión admirable, por esta penetración absoluta del pensamiento ajeno, el ejecutante asegura la libertad del compositor, que se va á desenvolver luego con originalidad completa.

Y así y todo, nos permitiremos añadir, la orquesta de Liszt recuerda el piano muchas veces.

No han terminado aún las contradicciones en Liszt, según Godart, que, al llegar á ésta, nos parece poseído del afán de presentarlo rodeado de enigmas.

Dice el articulista—como habrá dicho seguramente Louis—que Liszt, el músico, según ellos, mejor preparado para la música pura (*absolue*) que pueda imaginarse, fué á la vez uno de los partidarios más resueltos de la música literaria (*musique á programme*).

No vemos la contradicción entre términos perfectamente compatibles.

Que Liszt hubiese tenido un aprendizaje musical perfecto, no implica en modo alguno que hubiera de resultar por ello solo un admirable sinfonista.

No son los catedráticos de derecho los jurisconsultos que dan más gloria al foro, y viceversa, no son los abogados profesionales, ordinariamente, los que se dedican al estudio especulativo del derecho. No; no basta conocer á fondo las leyes para penetrar en las entrañas más recónditas de la ley.

No basta, asimismo, estar bien preparado para la música musical, si se ha de escribir una sinfonía como la quinta del maestro de Bonn.

Liszt era á un tiempo músico y literato, y en él todo sentimiento, toda impresión de viaje ó de arte adquiere en el acto forma musical. Todo lo que ve, todo lo que experimenta, se traduce en sonidos.

Su amada le ofrece, de vuelta de Berlín, un apunte de la *Batalla*

de los Hunos, de Kaulbach, y este apunte es una composición musical al poco tiempo. Oye leer *Ce qu'on entend sur la montagne*, de Hugo, y no tarda en escribir el correspondiente poema sinfónico.

Liszt no perdió de vista ninguna de las manifestaciones literarias ó filosóficas de su tiempo.

En París sufrió el influjo del romanticismo, hasta el punto de que Chateaubriand fué su dios, Lamartine alimentó su sensibilidad y Lamennais determinó en él el pensamiento religioso, y le inspiró la ambición de reformar la música sagrada.

De todos estos entusiasmos surgió una idea compleja, sin cesar renovada, cuyo total desenvolvimiento parece realizarse durante la estancia del rapsoda en Italia.

La primera expresión original del pensamiento de Liszt fué un poema sinfónico, representativo de su vida de diez años (1850-60). Este ensayo no obtuvo buen éxito.

En sus primeros estudios dominan exclusivamente las preocupaciones técnicas. En cambio, ya en sus *Armonías poéticas y religiosas*, y sobre todo en sus *Años de peregrinación*, hay impresiones literarias ó artísticas muy precisas.

En la *Sinfonía revolucionaria* no triunfó.

Pudo lograrlo en su sonata *Dante*, verdadero germen de la soñada reforma, y en sus transcripciones de óperas se advierte un deseo fervientísimo de respetar, más que el texto original, la impresión, la emoción general de la obra.

El que recuerde, añadimos ahora, las transcripciones de las obras wagnerianas firmadas por Liszt, apreciará la justicia de tal apreciación del articulista francés.

La compenetración de la música y de la poesía va efectuándose, pero con gran lentitud.

«Esta idea—escribía Liszt—triunfará definitivamente, porque es una de las ideas verdaderas, una de las conquistas de nuestra época.»

Los poemas de Liszt han contribuido mucho—han «terminado», dice el panegirista—á la evolución de la música sinfónica.

Lo que se oye en la montaña, Tasso, Los preludios, Orfeo, Prometheo, Mazeppa.

De estos el público español conoce muy pocos. *Tasso*, en que se pinta la antítesis de sufrimiento y gloria que resume la vida del artista, mereció la atención, pero no el entusiasmo de nuestro público. Cierto es que fué ejecutado en el peor de los sentidos de la palabra.

En *Hungaria, Días de fiesta* y sus populares rapsodias—estas últimas ni dignas del fervoroso culto que acá se les rinde, ni merecedoras del odio de los clásicos *enragés*—resumen la historia de la patria de Liszt con algún otro trabajo análogo.

El gran esfuerzo del compositor está, no obstante, en dos sinfonías; *Fausto* y *Dante*. El primero uno de los cuatro *Faustos* dignos de memoria en el mundo musical, porque hay el de Beucourt, Eberocoin, Bishop, Gordiani, Adam, etc., etc., etc.

Así como Berlioz en *Romeo* pretende seguir de cerca el poema, procurando reproducir el movimiento escénico y los estados de alma sucesivos de los personajes, Liszt transcribe sintetizando lo inmutable, lo permanente de la composición literaria, condensando en fórmulas

melódicas lo esencial por medio de un simbolismo musical que escapa á la crítica.

Es decir: *Fausto*, *Margarita*, *Mefistófeles*; la Naturaleza, el eterno femenino, el mal. Tres tipos en que se resume la interpretación que Liszt da al poema. Tres cuadros psicológicos, expresados en sendas partes de la composición musical.

El *Dante*, poema sinfónico—con paz de Godart y del propio Liszt—, se divide en dos partes: el Infierno y el Purgatorio.

A esta obra no le falta para llegar al drama musical sino ser acompañada de la representación plástica. Liszt llegó á pensar en ello seriamente.

Liszt, en una palabra, vertiendo su propio espíritu en su obra total, hizo entrar en la sinfonía el mundo complejo del pensamiento moderno.

Un hombre como él, que vivió todo género de vidas, que se empapó en culturas tan diversas, que sufrió la influencia de ambientes tan opuestos entre sí, que era á un tiempo húngaro, alemán, francés, italiano, al fundir todos estos elementos en su pensamiento musical le prestó un sabor de originalidad por demás extraña.

En su estilo hay melodías, zingaras, armonías germánicas, atrevimientos á lo Berlioz y todas las tonalidades de la instrumentación moderna.

Su forma fué la sinfónica, ampliada primero, rota por último.

Beethoven fué el primero que intentó acabar con el formalismo tradicional; pero no rompió el molde.

Berlioz se atreve á ello, y añade á su obra un programa explicativo.

Liszt subordina en absoluto la arquitectura del poema á su contenido: variabilidad en el número de partes, libertad en el desenvolvimiento de cada una, dominación de la idea, como principio único de ordenación.

Es decir: no hay ya traba formal para la sinfonía, que se acerca así á la antigua clásica *obertura*, y acaba por constituir un género nuevo, base de la música contemporánea.

Con todo lo dicho no acaba, ni puede acabar para Godart, el estudio de la interesante personalidad artística de Liszt. Queda que decir algo de su pretensión de crear un arte religioso musical nuevo.

Y tal pretensión se apoyaba en una confianza ilimitada en sus propias fuerzas.

«En tres ó cuatro años estoy seguro de conquistar el dominio espiritual de la música de iglesia, que está ocupado hace veinte años por verdaderas adocenadas medianías.»

Esto escribió Liszt en 1856.

La música religiosa de la Edad Media, secularizada por el mal gusto, y deformada por el abuso de la profana ornamentación, pudo encontrar, merced á Palestrina á Victoria, Guerrero y otros insignes maestros españoles, Mr. Godart, *s'il vous plait*,—aquella «expresiva profundidad inexpresable» de que habló Wagner.

Liszt soñó en llegar á ser el Palestrina del siglo que acaba de morir.

Pero á nuestro parecer el deseo de conciliar con la nueva música el

teatro y la iglesia, el esplendor dramático y la interioridad mística, la acción y el sentimiento, fué la causa, que Godart no apunta, de que Liszt no hallara prosélitos ni gran fortuna en sus innovaciones.

Aunque este ideal se simplificó en el espíritu de Liszt al correr de los años, no logró verse seguido, quizá por haberse caído en el extremo opuesto.

Su misa para la consagración de la catedral de *Grau*, por ejemplo, es una obra de arte, en que se advierten dejos dramáticos pronunciados.

Sus últimas producciones de este género son obras casi exclusivamente de la piedad. Allá la música era drama; aquí, dogma, y tal como Liszt lo creía y sentía, expresado en estilo palestriniano y gregoriano a la vez, fundido en una concepción moderna, que, repetimos, no ha encontrado imitadores.

Y ahora para terminar: ¿qué suerte ha reservado el mundo a la obra de Liszt? ¿Durará esta música?

En cierta ocasión escribió el autor de la *Faust-symphonie*:

«A riesgo de que se me tenga por un orgulloso intolerable, debo declarar que, á mi juicio, para oír cierta clase de música hacen falta una inteligencia y un sentido moral más finos que los que ordinariamente se tienen.»

Liszt hablaba aquí de su música, y profetizaba.

Porque es rigurosamente exacto que el gran público le ignora. No ha conseguido hacerse popular.

Fuera de sus rapsodias — y no todas — y de varios trozos exclusivamente pianísticos, volvemos á decir que Liszt es un desconocido.

En la propia Alemania es menos el autor de las grandes obras que el de las citadas, y á lo sumo el de los *Preludios* y el *Tasso*.

Y sin embargo, su fórmula musical vive, su influencia perdura, y, por consiguiente, Liszt tiene derecho perfecto á un lugar preeminente en la historia de la música europea, en la que sin duda es una de las figuras más instructivas.

UN MICROMETRO ELÉCTRICO

El número de Diciembre del *Philosophical Magazine* nos ofrece una verdadera novedad con el micrómetro eléctrico, debido á Philip E. Shaw, catedrático del Colegio-Universidad de Nottingham.

Este sabio profesor se ocupaba desde el año 1897 en la investigación de las condiciones necesarias para obtener la mayor eficiencia y constancia en los sistemas de montajes telefónicos; y como el resultado que se busca en estos sistemas es, naturalmente, la vibración del diafragma receptor, cualquier cambio ó alteración en el aparato, ó en sus conexiones, que produzca aumento de vibración en ese diafragma, producirá la eficiencia deseada.

Suponiendo, por ejemplo, que la envoltura de hilo metálico del electro-imán receptor se altera, y hacemos pasar entonces un sonido constante al transmisor, si medimos el movimiento del diafragma receptor antes y después del cambio, nos encontraremos en disposición de juzgar de la eficacia obtenida.

Esta idea sugirió al referido profesor el montaje de mediciones que tan buenos resultados está dando en movimientos del diafragma.

El principio empleado es medir el sitio exacto de contacto de dos superficies que, al encontrarse, completan ó forman un circuito que contine un teléfono. Para conseguir esto, se construyó con gran cuidado un esferómetro especial, cuyo disco tenía ocho centímetros de diámetro graduado en 500 partes, y de manera que los errores, si los hubiere, fuesen insignificantes. El marco del esferómetro se aseguró firmemente al tablón del teléfono, en el cual tablón, se aseguró también el receptor de manera que el centro del diafragma, que lleva una pequeña plancha de platino, se encuentre frente á la extremidad gruesa de un alambre también de platino.

En esta disposición, el circuito se formará de la pila, una resistencia, el teléfono observador, el transmisor y los contactos; cerrándose este circuito cuando se encuentran el diafragma y el hilo de platino; lo cual puede verificarse mediante un movimiento hacia atrás ó hacia adelante del tornillo central del disco. Lleva éste una polea en su extremidad posterior, por la que pasa una cuerda á fin de que el referido tornillo pueda acercarse ó alejarse del observador sin que haya necesidad de tocarle con la mano.

Suponiendo que por el receptor telefónico pase una corriente constante, esta corriente hará que el diafragma se mueva á distinta posición y permanezca en ella, facilitando el medio de que el observador pueda seguir cómodamente el movimiento y verificar la medición.

El batidor de madera que soporta el aparato, descansa sobre trozos de goma elástica para el mejor aislamiento contra toda clase de vibraciones.

Mr. Philip E. Shaw, emplea distintos montajes que, con toda precisión, detalla en la memoria leída ante la Sociedad Física de Londres; variando los soportes y poniendo especial cuidado en que todos los contactos se verifiquen perfectamente, á cuyo fin inventó cubiertas de fieltros para todos aquellos puntos en que la partícula más insignificante de polvo pudiera presentar un obstáculo á la comunicación.

Para la medición de las emisiones del sonido, conviene conocer la extensión de las vibraciones, si éstas han de dar idea de la longitud de las distancias. Para ello, Mr. Shaw, mide la posición del contacto del teléfono cuando por él no pasa corriente alguna. Después hace pasar por dicho aparato una corriente para retirar el diafragma de su contacto, midiendo entonces la nueva posición. Y por último, separa los contactos y hace cesar la corriente, dejando libre el diafragma y midiendo esta tercera posición.

El principal objeto de los trabajos de Mr. Philip E. Shaw, que es el de medir pequeñas distancias mediante el contacto eléctrico por las ondas sonoras en un montaje telefónico, está conseguido, además de ser perfectamente aprovechable este sistema para la medición de las emisiones más pequeñas del sonido, obtenidas por medio de un diafragma telefónico.

Es probable que este nuevo método de medición tenga otras muchas aplicaciones, siempre que se trate de apreciar cantidades reducidas.

LA TEORÍA DE LOS BACILOS, ¿ES UN INFUNDIO?

Un médico de Nueva York, el Dr. Max Meyer, dice que sí, según un artículo publicado por el *Sun*. Ha hecho estudios sobre la materia en relación con el Dr. Kreidmann, de Alemania, y dice que sus trabajos demuestran que los bacilos no producen enfermedades, sino que son producidos ellos mismos por las alteraciones que en el organismo provocan los estados patológicos.

Créese que los bacilos flotan en el aire dispuestos á atacarlo todo, y según los bacteriólogos, penetran en algunos tejidos, allí se multiplican y originan males. Nada de esto, dice Max Mayer, es cierto: son inofensivos. Y si no fuera así ¿por qué los médicos que asisten á un atacado de fiebre tifoidea no contraen la enfermedad? Se ha visto que, de cada diez personas, seis tienen en la garganta bacilos de la difteria: si los bacilos son agentes de enfermedad ¿cómo esas personas no la padecen? Esta cuestión importante, á juicio del médico neoyorquino, la evaden los bacteriólogos llamando á éstos microbios pseudobacilos, pero en el microscopio no presentan diferencia alguna con los bacilos llamados virulentos de la difteria.

Los tejidos, recuerda el articulista del *Sun*, se componen de células que se considera como unidades, pero el conocimiento de los fungos y los microbios que son menores que las células, nos enseña que un *algo* menor que la célula es lo que debe tomarse como unidad, pues los microbios se multiplican como las células y poseen todas sus cualidades. Y en vez de la célula adoptaremos como unidad la molécula, que es, respecto á aquélla, lo que los átomos á los elementos, y es indivisible. Todos los animales y vegetales se componen de células, y por tanto de moléculas. Las células se presentan en el microscopio en forma de rayas y esferas, y están unidas por una cama de cemento. Esas rayas no son otra cosa que moléculas.

Pues bien, cuando viene la muerte, esta substancia ó cemento se disuelve, quedando aisladas las rayas y esferas por descomposición de las células. Unas mueren, y otras aparecen como seres vivientes en la putrefacción. Y estas moléculas, que no son más que microbios, tienen todas las propiedades de la célula de que proceden, multiplicándose y absorbiendo exactamente como lo hacían las células.

Si suponemos que un veneno cualquiera ataca algún tejido, las células morirán separándose en moléculas, de donde crecerán los bacilos. Estos no habrán causado ciertamente la muerte de las células. Si fueran éstos los que propagan las enfermedades, infestarían todo lo que tocasen, y hasta los enfermos de otras dolencias sufrirían sus ataques.

Las razones del contagio deben buscarse en otra parte, dice el doctor Max Meyer. Se sabe que ciertos venenos tienen afinidades con determinados tejidos del cuerpo; que el cerebro contiene bacilos en forma de tubérculos; y que otros tejidos al descomponerse producen microbios distintivos: el hígado, el bacilo de la tifoidea, las glándulas parótidas, el bacilo del tétano.

Ahora bien, si los microbios resultan de la descomposición de los tejidos, podrán producirse artificialmente, y así se ha hecho. En un tubo de ensayo con gelatina esterilizada se echan trozos de cerebro,

hígado ó parótidas, cortados con un bisturí esterilizado, y previamente bañados en solución de sublimado á 1-1.000, y tanto el aire del tubo como el algodón que lo tapa, perfectamente esterilizados también. De aquí no debía salir ningún microbio; pero en un plazo que oscila entre uno y catorce días se producirán bacilos, que, observados con el microscopio, no se diferencian en nada de los observados en las enfermedades respectivas. Con la particularidad de que el cerebro produce siempre tubérculos, y el hígado y las parótidas, bacilos de la tifoidea y del tétano, respectivamente. Estas pruebas parecen concluyentes, y permiten afirmar que la enfermedad no es más que la descomposición de las células producida por la inhalación de gases fétidos, que intoxican regiones débiles de los tejidos, desintegrando sus células.

Los microbios—leemos en el artículo del *Sun*—son *per se* inofensivos. Si fueran peligrosos, el mundo se despoblaría en un año. De los 70 millones de habitantes que tienen los Estados Unidos, puede asegurarse que 30 millones tienen en sus intestinos el bacilo del cólera, y sin embargo, no mueren de esa enfermedad.

Gases venenosos traídos por el viento—concluye el Dr. Max Meyer—, son los únicos agentes patógenos. En adelante, no deben ser considerados los microbios más ofensivos que los mosquitos.

UN NUEVO GENERADOR DE GAS

La revista técnica *The Mechanical Engineer* publica una memoria leída por Mr. A. Purves en la Inetitución de Ingenieros y Constructores Navales de Escocia, referente á la producción del gas, y que contiene datos interesantes.

Existen en general—recuerda Mr. Purves—dos fuentes, de las cuales se obtiene el gas para el comercio, á saber: el carbón y el petróleo, y respecto de esta última, que interesa hoy día, es de la que vamos á tratar. Hay en la actualidad dos métodos diferentes para producir el gas que del petróleo se extrae, que dan origen á las dos clases llamadas vulgarmente «gas de aceite» y «gas de aire»: el primero, se obtiene calentando el petróleo en una retorta hasta convertirlo en un gas, dependiendo su poder iluminante de la temperatura de la retorta; mientras más caliente está ésta, produce mayor cantidad de gas, pero es menor el poder iluminante del mismo. El primer aparato construído en Inglaterra para esta operación, fué el de Taylor, y el más conocido actualmente, el de Pintsch, mereciendo también mencionarse los de Keith, Thwaite, Young y Bell. El que vamos á describir, pertenece al tipo de los llamados «de gas de aire», gas que, como sabemos, consiste en una mezcla de aire y vapor de petróleo ó cualquier otra substancia análoga, como gasolina ó pentano, en proporción, que varía según la temperatura ó el grado de volatilidad del petróleo. Según resulta de cuidadosos experimentos, un pie cúbico (1) de aire, cargado con 735 granos de vapor de gasolina, tiene un poder iluminante de

(1) Conservamos las medidas inglesas.

16—5 bujías con un consumo de tres y medio pies cúbicos por hora en un mechero ordinario.

Desde 1831, en que Lowe sacó patente de un aparato para obtener este gas obligando á una corriente de aire á pasar sobre petróleo líquido, ha habido una serie de invenciones que no deben confundirse con el aparato de «gas de aceite», el cual obtiene el gas combustible mediante la vaporización del petróleo por el calor.

Los generadores de gas pueden clasificarse como sigue:

1) Aparatos en los que se obliga al aire, mediante presión, á pasar sobre ó á través del petróleo líquido. A esta clase pertenecen los Jackson, Muller, Weston y Maxim.

2) Aparatos en que, para evitar los riesgos de usar grandes cantidades de petróleo, se emplea un absorbente que retenga todo ó parte de los hidrocarburos, siendo en estos también obligado el aire, por la presión, á pasar por el absorbente.

Tanto esta clase, como la anterior, tienen una considerable importancia comercial, teniendo asimismo la gran desventaja del aparato compresor, y en este aparato, estriba el progreso de esta industria, pues lográndose en él simplicidad y eficacia, se haría una verdadera revolución en el alumbrado y en la calefacción.

3) Naum Notkin, de Moscou, concibió en 1895 la idea de aprovecharse de la mayor densidad del aire carburado para construir un aparato de extremada sencillez, llamado «fuente de aero-gas», y que consiste en una vasija de hojalata ú otra materia cualquiera, con un orificio en la parte superior y otro en el fondo, llena de una substancia porosa que se impregna de tiempo en tiempo en uno de los hidrocarburos más ligeros. El aire atmosférico, que penetra por el orificio superior, se impregna de vapor del hidrocarburo y haciéndose más pesado *gravita* á través de la masa del absorbente, impregnándose cada vez más hasta que sale finalmente por el orificio inferior en estado de aprovecharse para el alumbrado, la calefacción, etc. La mezcla gaseosa al propio tiempo que se hace más densa va enfriándose por la rápida volatilización del petróleo, lo cual le da condiciones de seguridad, comprobada por diversos experimentos.

Como la corriente de gas que va á los mecheros depende de la densidad de la mezcla gaseosa, habrá de cuidarse siempre de que el generador se halle á un nivel más alto que el mechero, siendo mayor la presión del gas á medida que la diferencia de nivel aumenta.

El carburador ó «fuente de aero-gas» se construye con un receptáculo que tiene arriba un regulador para la entrada del aire y una espita en el fondo, para evitar la pérdida de petróleo líquido; divídese el receptáculo horizontalmente en tres partes mediante láminas perforadas, que tienen por objeto obligar al aire á que haga un recorrido mayor, y por tanto, á que se impregne más de la substancia absorbente, que ocupa el cuerpo central, y que está hecha de una pulpa de madera no atacable por el petróleo.

Puede aplicarse en esta forma á toda clase de lámparas, estufas ó motores, y sus ventajas son grandísimas para el alumbrado público de pequeñas localidades, pues en cada farol puede instalarse con poco gasto un aparato que alimente de gas al mechero correspondiente. También es utilísimo en su aplicación á los faros, pues ahorran el te-

ner que instalar un gasómetro junto á cada uno de ellos, razón por la cual no se empleaba el gas en ellos, á pesar de sus condiciones superiores á todo otro alumbrado.

Su coste es inferior al de cualquier otro sistema, y como pueden aplicársele mecheros ó fundas incandescentes, su utilidad y eficacia resultan mucho mayores.

Numerosas pruebas se hacen actualmente con estos aparatos —concluye el colaborador del *Mechanical Engineer*—, principalmente en sus aplicaciones á motores, con lo que quizá se resuelva la dificultad que hoy impide el rápido desarrollo del automovilismo.

LOS INSECTOS Y LA MALARIA

En el número de Diciembre de la *Nineteenth Century* recuerda el Príncipe Kropotkin, en el mismo artículo cuya primera parte extractamos en otro lugar, que pocas enfermedades hay tan extendidas ni que paralicen tanto las fuerzas vitales como la malaria, en sus dos diversas formas, igualmente insidiosas. Es al propio tiempo uno de los mayores obstáculos para la colonización, porque diezma á los colonos antes de que los matorrales hayan sido descuajados y los pantanos desecados. En Caucasia, dicha malaria contiene á los invasores rusos mucho más que las inaccesibles montañas. Y hasta en países civilizados, como en Italia, existen millones de hectáreas de tierra fértil sin cultivar á causa de la fiebre intermitente. Se comprende fácilmente la importancia del descubrimiento de sus diferentes maneras de propagarse y de los principales agentes de la infección, que son los mosquitos.

Recordado esto, el Príncipe Kropotkin pasa revista á lo que contra la malaria se ha hecho.

Un francés, el doctor Laverán, después de residir algún tiempo en una región malárica de Argelia, descubrió el parásito de la malaria en 1880. En rigor, las células pigmentarias, que describiremos como parásitos de la malaria, fueron observadas en la sangre humana desde 1835, entre otros, por Virchow, pero no era conocida su relación con la enfermedad.

El parásito de la malaria, dice el colaborador de la *Nineteenth*, no es una bacteria. Es un protozoo, un coecidio, que, como todos los miembros de esa familia, experimenta en su desarrollo una serie de transformaciones, apareciendo primero como una amiba desarrollada de un esporo, y, como todas las amibas, echa pseudópodos y se mueve. Está adaptada para vivir en un glóbulo rojo de la sangre, del cual se alimenta y al que destruye gradualmente, dejando en un vacuolo de su cuerpo su devastador producto en forma de características manchas oscuras de pigmento. Pronto llena casi todo el glóbulo, y entonces empieza á subdividirse en sectores, cuyo número varía entre seis y veinte, agrupados alrededor de una masa de pigmento como los pétalos de una flor; estos sectores crecen en derredor separadamente, y cada uno de ellos se convierte en un esporo, que da origen á una nueva amiba, continuando este proceso de reproducción mientras la

fiebre se apodera del paciente. Cuando empieza la subdivisión de la amiba, empieza también el paroxismo de la fiebre una vez cada veinticuatro horas, ó una cada dos, tres ó cuatro días. Está plenamente probado que las *malarias diurna, bidiurna, terciana y cuartana*, están caracterizadas cada una de ellas por una variedad especial del mismo parásito.

Laverán hizo otra observación importante respecto de que, además de estos cuerpos amibóides, se veían algunos parásitos (cuerpos con flagelos) que, echando gruesos y largos flagelos, pronto se separaban del cuerpo madre, y debido á un movimiento helicoidal propio, desaparecían en el plasma de la sangre. Esto no ocurría, sin embargo, en el cuerpo del hombre sino cuando se colocaba una gota de sangre infestada en el cristal del microscopio. Notó, además, Laveran, diminutos «cuerpos en forma de media luna» que se adherían á los glóbulos rojos y semejaban quistes protegidos por una fuerte envoltura. A los quince ó veinte minutos de hallarse estos cuerpos en el microscopio, daban origen á un gran número de flagelos, evolución que sólo se verificaba fuera del cuerpo humano; siendo natural la conclusión de que el ulterior desarrollo de los flagelos debía verificarse en el cuerpo de algún otro animal, y Laveran, teniendo en cuenta el gran número de mosquitos que hay en los países maláricos, los consideró como los agentes que servían para la transmisión de la enfermedad.

Ya existían estas sospechas—traducimos de la importante revista de Londres—, y así lo estimaban los propios campesinos de Italia; pero la observación de Laveran no se tuvo en cuenta hasta que una serie de investigaciones han venido á corroborarla, especialmente sobre los modos de reproducción de pequeños organismos unicelulares y en particular las de un coecidio que infesta á menudo las células epitelicas del intestino y de los canales biliares del conejo. Baste decir, sobre estas numerosas experiencias, que se hallaron dos formas de reproducción para este coecidio: una semejante á la descrita para el parásito de la malaria, otra más complicada, por la cual una porción de las células almacena gran cantidad de materiales para dar origen á diminutas células, equivalentes al óvulo en los animales superiores, mientras la otra porción da origen á corpúsculos vivientes provistos de flagelos que se unen con los anteriores y luego se recubren de una capa protectora y forman un quiste.

Esto mismo se ha encontrado respecto al parásito de la malaria; pero el segundo procedimiento no puede verificarse en la sangre caliente del hombre, necesitando un medio más frío que lo estimule.

El medio en que suele verificarse es el intestino del mosquito, pasando luego á las glándulas salivares de éste, y de aquí, por las mordeduras, á la sangre humana, donde continúa su vida, como ya hemos indicado antes.

Y á continuación da cuenta el Príncipe Kropotkin de recientes interesantísimos trabajos sobre la materia.

Las experiencias más decisivas, dice, sobre este particular, son las del doctor Patricio Manson, el cual indujo al doctor Ross, médico mayor en el Ejército de la India, á que comprobase su hipótesis. Este, durante dos años, disecó un millar de mosquitos, buscando en vano los parásitos de la malaria en sus intestinos, hasta que en Agosto

de 1897 encontró células epitelicas que contenían el pigmento característico de la malaria. Después dirigió sus investigaciones á los parásitos de los pájaros y halló que 30 mosquitos sacados sanos de la crisálida, 10 alimentados sobre gorriones infestados, 10 sobre gorriones menos infestados y 10 sobre gorriones casi sanos, contenían parásitos de la malaria, cuya evolución fué seguida de la presencia de esporozoitos en las glándulas salivares de los mosquitos. Raltaba sólo saber si los mosquitos transmitían la infección á los pájaros, para lo cual tomó un centenar de gorriones cuya sangre estaba libre de infección; puso la mitad en contacto con mosquitos infestados, mientras preservaba cuidadosamente á los otros de las picaduras de éstos. Cuatro quintos del primer lote contenían en su sangre el proteosoma malárico, y ninguno de los del segundo lote.

Los investigadores italianos han dado un paso más cultivando el parásito malárico del hombre en los mosquitos (*Anopheles claviger*) y estudiando todo el ciclo de su reproducción. También hicieron experimentos de infestar personas, por medio de mosquitos, en sujetos que se prestaron voluntariamente á ello. Grassi emprendió un estudio, aún no terminado, sobre qué especies de mosquitos son los que transmiten la malaria. El *Anopheles claviger* es el principal, mientras que otra especie muy común, el *Cules pipiens*, que se juzgaba peligroso, resulta inofensivo.

Y, finalmente, los doctores Sambou y Low, de Londres, han reclutado personas reconocidamente sanas para llevarlas á parajes maláricos en la campiña de Roma, cerca de Ostia, en la estación más propicia al contagio, haciendo, en unión de Grassi, que se retirasen á sus chozas, que estaban preservadas de los mosquitos una hora antes de la puesta del sol, no saliendo de las mismas hasta una hora después de salir el sol; solamente tres personas entre 104 contrajeron la enfermedad. Y el doctor Elliot y sus compañeros de expedición á la Nigeria para estudiar la malaria, han vivido entre pantanos y parajes maláricos, volviendo completamente sanos con sólo tener la precaución de los mosquiteros durante la noche.

Dice el articulista de la *Nineteenth Century* que ese es el estado actual de estas investigaciones, hallando su principal conclusión en que hay que guardarse de las picaduras de los insectos, agentes principales de la infección. Descubrimiento de gran importancia también para las restantes plagas, ofreciendo, ademas, esas experiencias una admirable combinación de la ciencia pura y la aplicada, así como demuestran el carácter internacional de la ciencia, alejada de todas las rivalidades de pueblo á pueblo y de raza á raza.

DESCARRILAMIENTOS

The Mechanical Engineer, publica un extracto de la conferencia dada ante el Pacific Coast Railway Club, por M. J. H. Wallace, sobre descarrilamientos de trenes en las curvas.

Sobre la rueda de una máquina que recorre una curva, dice, actúan dos fuerzas, una vertical, debida al peso de la rueda y la carga que

soporte, y otra horizontal, producida por la tendencia de la rueda á seguir adelante en línea recta; siendo la resistencia del rail equivalente á la suma de la fuerza centrífuga y de la fuerza necesaria para hacer dar la vuelta á la máquina. Si se dibuja el corte de un rail y de la parte de la rueda que está en contacto con él, se puede trazar la resultante de las fuerzas antes mencionadas, que actúan sobre la rueda. Durante el reposo, dicha resultante es igual á la fuerza vertical, única que actúa, é igual pasa cuando sigue una línea recta; pero en las curvas entra en acción la fuerza horizontal, y entonces la rueda tomará una posición tal, que la cara interna de su muesca forme ángulo recto con la dirección de la resultante en el punto de contacto. A medida que la fuerza horizontal aumenta, varía la dirección de la resultante hasta llegar al límite extremo en que hace descarrilar, al cual podemos llamar «límite de seguridad»; pues cuando la resultante se aproxima más á la horizontal, no hay ya sitio alguno de la muesca que pueda formar ángulo recto con ella. Para prevenir los descarrilamientos, es preciso que la fuerza horizontal no sea nunca tan grande como la vertical, ni tan pequeña que haga tomar esta dirección á la resultante.

Parece, á primera vista, que los riesgos de descarrilamiento serán mucho mayores cuando el borde del rail en la curva esté usado, que cuando está nuevo, pero en los rails gastados, su forma se adapta mejor á la muesca de las ruedas.

Trácense los cortes de rails y ruedas haciendo las combinaciones posibles, y se verá que los riesgos de descarrilamiento no varían en ningún caso, dependiendo únicamente de la razón que hay entre las fuerzas vertical y horizontal.

Ahora bien; la segunda de estas fuerzas puede calcularse, pero la que actúa verticalmente está sujeta á grandes cambios, aunque sepamos el peso del vagón, pues cuando está en movimiento, varía este peso constantemente, debido á una infinidad de causas que no hace falta repetir. Por ejemplo, en las curvas, el rail exterior es más elevado, y cargando el peso del vagón sobre el otro rail, la razón de las fuerzas vertical y horizontal resulta modificada y quizá llevada más allá del límite de seguridad. Es preciso, por tanto, dar mucho peso á la rueda, y también prevenir el caso de que este peso pudiera quedar muy reducido. Asimismo se obtendría seguridad si se lograra un rail completamente liso, cosa que es prácticamente imposible, á pesar de las inmensas sumas que se gastan para ello.

Dadas las condiciones actuales, Mr. Wallace, según el extracto del *Mechanical Engineer*, hizo las siguientes recomendaciones: Que el centro de gravedad de los coches sea lo más bajo posible, y que las máquinas tengan exceso de peso en las ruedas, ó mejor aún, que la fuerza horizontal ejercida en la rueda de guía se reduzca por un arreglo conveniente del movimiento de balanceo, de modo que el motor de guía ayude á la máquina á voltear. Este es el medio propio y ha sido ensayado con máquinas de 12 ruedas, que en un principio produjeron muchas molestias, pero que previenen las causas del descarrilamiento.

BACTERIOLOGIA

En el número de Diciembre de la Revista de Londres *Knowledge*, dice el ilustre bacteriólogo inglés Mr. John H. Cooke, que los que se dedican á trabajos microscópicos pueden obtener del aire una gran variedad de bacterias y fermentos dignos de observación. Para ello, dice Cooke, basta seguir el sencillo procedimiento del Dr. F. Nory, con el cual se conseguirá una gran variedad de organismos adecuados para su observación en condiciones de vida y también para obtener efectos de color. He aquí el procedimiento:

Colóquense dos ó tres patatas sanas y un cuchillo en una vasija con agua, y déjese hervir durante veinte minutos. En seguida se tira el agua, y cuando las patatas se hayan enfriado, se cortan por la mitad con el cuchillo esterilizado, poniendo gran cuidado en que ni á la hoja del cuchillo ni á las patatas toque cosa alguna. Colóquense las patatas después de cortarles el lado superior, ó parte de encima, sobre un trozo de papel, y manténganse allí expuestas desde diez á treinta minutos; pasado este tiempo, se las cubrirá con un vaso de cristal de los grandes que se usan para beber, y á las cuarenta y ocho horas, poco más ó menos, se empezará á distinguir en las patatas uno ó más fermentos (según el tiempo que hayan estado expuestas al aire las patatas) del tamaño de una cabeza de alfiler. Estos fermentos ó gérmenes se deben á organismos que, flotando en el aire, han caído sobre las patatas y en ellas han encontrado suelo favorable á su desarrollo; facilitando así, por medio tan sencillo, el estudio y observación de los gérmenes que puedan existir en el ambiente de cualquier paraje que se desee purificar ó que pueda inspirar temores de contagio.

También se encuentra en el notable trabajo que extractamos, debido á Cooke, una observación del Dr. Maze, sobre la germinación de bacterias en agua esterilizada, á la cual se haya añadido cantidades variables de oxígeno.

Según el citado Maze, la vida del microbio parece latente en tales condiciones, verificándose ciertos cambios con bastante lentitud, aunque el desarrollo bajo el agua puede ser defectuoso por la falta de aire. Algunos gérmenes de tamaño reducidísimo pueden desarrollarse gracias á la atmósfera que existe dentro de sus capas ó conchas. Los gérmenes procedentes de sustancias oleaginosas retienen su vitalidad aun de bajo del agua por bastante tiempo.

La debilitación de embriones sumergidos, se atribuye á la acumulación de productos venenosos.

El mejor medio para examinar en estado vital las pequeñas algas del agua dulce, los protozoarios, crustáceos, pequeñas larvas y otras plantas y animales de tamaño inapreciable á la simple vista, es colocarlos en algún líquido inerte, como el agua; y, con preferencia, en una gota del líquido en que los organismos viven y crecen. El movimiento de estos organismos puede reducirse colocándolos en una solución al 10 por 100 de goma arábiga.

PÍLDORAS CHINAS

El *Monthly Magazine of Pharmacy*, copia del *North China Herald* la traducción de un anuncio de aquel país, recomendando la «Maravillosa receta de las píldoras para alargar la vida».

«La receta de estas píldoras ha llegado á nosotros procedente del gran médico Hsi-Ch'un-fu, del tiempo de la dinastía de los Ming. Un inspector de la Sal, Ch'en-ta-jen, paseaba por la colina de Ch'ing-Ch'eng y vió pasar hacia el Sur, por la cumbre de la colina, á una mujer que parecía volar.

La mujer, que aparentaba treinta años, iba en persecución de un viejo, al que golpeaba continuamente. El inspector de la Sal, movido á compasión, dijo: Mujer, ¿por qué le pegas á ese anciano? Es mi nieto contestó la mujer, y le pego porque no quiere tomar la medicina. Por eso le pego, porque debe saber Su Excelencia que yo tengo quinientos años, y él tiene sólo ciento once.

Entonces el inspector de la Sal dejó su caballo, se arrodilló ante la mujer y la hizo reverencias, diciendo: Dame, te suplico, oh, reverenda señora, esa preciosa droga para que pueda yo transmitirla á la posteridad salvando la especie humana.

De este modo logró esta medicina su renombre.

Cura todas las afecciones de los tres intestinos, todos los desarreglos de «las siete emociones», la debilidad constitucional, la flojedad en los movimientos, el ofuscamiento de los ojos, los dolores frígidos (el reumatismo) en los lomos y las rodillas y el calambre de los pies.

Dosis, dos píldoras.

Tomadlas por cinco días, y el cuerpo se sentirá ligero; tomadlas durante diez días, y vuestros ánimos despertarán; durante veinte días, y vuestra voz será más fuerte y clara, y vuestras manos y pies estarán más ligeros; durante un año, y vuestros cabellos blancos volverán otra vez á ser negros y os moveréis como si tuviéseis alas.

Tomadlas constantemente todos los días y los cien males del anciano serán desterrados y alcanzaréis larga vida sin envejecer nunca.»

Y después de alargarnos los dientes con este sugestivo reclamo, ni el periódico chino ni la Revista de Londres publican la receta.

CRONICA FINANCIERA

LA HACIENDA ESPAÑOLA

Madrid 1.º de Enero de 1901.

De prueba ha sido para el Estado español y, por consiguiente, para el país este año de 1900 que ayer concluyera. En nuestra historia financiera se le llamará el año del Sr. Villaverde, ya que él con sus reformas económicas le ha dado el tono y el carácter, creando unos impuestos y aumentando otros, convirtiendo unas deudas é intentando sobre otras convenios y arreglos, para dar por esos caminos en hacer permanente el aumento de nuestros presupuestos de ingresos, que sólo parecía transitorio durante las recientes guerras. De los 756 millones de pesetas recaudados en el ejercicio de 1894 á 95 hasta los 961 á que, según cálculos de última hora, asciende la recaudación de 1900, va una diferencia de 205 millones, que son lo que paga el país, no por haber ganado, sino por haber perdido grandes territorios, poblaciones numerosísimas, y pingües, aunque artificiales, mercados.

En los primeros momentos no nos percatamos de semejante quebranto. El dinero repatriado por servidores del Estado ó por los particulares que lo ganaron en el servicio del Ejército, y el de los que temerosos del porvenir quisieron poner en salvo sus ahorros; el beneficio de momento que al amparo de los altísimos cambios de 1898 hicieron las industrias de exportación, y la reacción subsiguiente, natural en toda desgracia, dieron grande animación á los negocios de 1899..... para hacer más sensible el decaimiento de 1900, en que aquellas pasajeras prosperidades terminaron, sustituyéndolas la realidad de algunos mercados menos, de muchos impuestos más y de una severidad recaudatoria por parte de la administración del Sr. Villaverde, que contrastaba tanto más con la anterior, cuanto que al señor López Puigcerver, integérrimo en los hechos y en las intenciones, nunca lo ha caracterizado una grande energía en ese menester de la gestión de la Hacienda, menudo, si se quiere, pero de la mayor importancia entre nosotros por los defectos de nuestra burocracia.

La crisis industrial de Cataluña y la de la industria harinera, en todas partes, han sido los síntomas más notorios de esa decadencia á que el alza de los cambios, que de 27,75 (sobre el mercado regulador de París) han pasado á 34,20 durante el año, ha puesto sello y remate. Cierto que en aquella crisis de algunas industrias han entrado por mucho factores universales, y que otras que viven de la exportación aparecen en la mayor prosperidad; mas esto no despeja de sombras el cuadro de la riqueza española, arruinada en los campos, desmedrada en los talleres, fogosa y vehemente, pero inexperta é insegura, en fábricas y minas.

A nuestros Gobiernos, sin embargo, estas cosas no preocupan mucho cuando la Bolsa no le da el susto de alguna baja cuantiosa, y en este punto no pueden quejarse. El Interior 4 por 100, que empezó el año con 69,20, lo cierra con 72,25, dos enteros por encima de la última cotización de Noviembre, que fué de 70,25. El Amortizable antiguo al 4 por 100, ha pasado en el año de 76,15 á 80,70, y el nuevo Amortizable al 5 por 100, triste herencia del Sr. Villaverde, ha ganado, en el mes de Diciembre, más de dos puntos, pasando de 89,75 á 91,85. El Exterior ha hecho en París buena campaña, á pesar de todos los pesares, pues de 67,60 (fin 1899) ha subido á 70,25 (fin 1900). Los dos valores, mitad industriales y mitad del Estado, por lo que éste les ayuda, el Banco de España y la Arrendataria de Tabacos, tampoco salen mal librados, pues el primero, que empezó el año á 510, lo acaba á 513,50, y la segunda, aunque ha bajado de 405 á 399, recuperará aquella cifra y la superará, como lo demuestran sus progresos de este mes de Diciembre, en que ha pasado de 387,75 (primer cambio) á 599 (cambio último).

Cuando nuestros Ministros miran estos cuadros de Bolsa y toman el pulso á la recaudación, y leen noticias de nuevas fábricas abiertas, de nuevas minas en explotación ó de nuevas Sociedades constituidas, fróntanse las manos de gusto creyendo que todo está hecho, la semilla en el surco y sólo pendiente del tiempo que la sazone la cosecha de las prosperidades.

* * *

En tanto los extranjeros hablan de nuestra bancarrota, y aunque en ello influyan bastantes intereses circunstanciales agravados, la verdad es que por lo menos tienen motivo para hablar de la bancarrota, de la seriedad del Estado español.

Precisamente en este mes de Diciembre les hemos dado dos muestras elocuentes, á propósito de presupuestos la una, y sobre el convenio con los tenedores de Exterior estampillado la otra.

Por lo primero, se ha tocado las consecuencias de no haber inspirado la reforma del año económico en las razones fundamentales de tales medidas, sino en conveniencias momentáneas del Ministro que la proponía. Ni las cuentas son más claras ni las liquidaciones más lucidas porque los presupuestos duren de Enero á Diciembre ó de Julio á Junio; pero si se cambió esto por aquello, ¿por qué no cumplirlo siquiera una vez? Ya que no se presentó el presupuesto en Mayo, porque pocos días antes había terminado el calvario con inri y todo, del anterior, ¿por qué no se reanudó á primeros de Octubre la vida parlamentaria, llevando los debates con el orden y la rapidez precisos, al fin de que dentro de 1900 quedase aprobado el proyecto ministerial? Lejos de eso, se abrió el 20 de Noviembre, y las sesiones transcurridas de entonces acá han sido pocas para debates políticos, que el Gobierno mismo parecía estirar.

No es que del nuevo presupuesto hubieran de surgir corrientes vivificantes de Pactolo. Por el contrario, acaso sea peor el proyecto para 1901 que la realidad de 1900, pues ni se modifica nada fundamental, ni se castiga ningún superfluo; pero la formalidad, la seriedad, es cualidad que no sienta mal á los Estados en crisis.

Análogo es el caso del convenio Comyn-Laiglesia con los tenedores extranjeros de Exterior, que no ha sido ratificado por las Cámaras antes de las doce de la noche pasada. En otras naciones constitucionales, esos asuntos no van al Parlamento sin previo acuerdo entre las principales fuerzas parlamentarias. Aquí no, y el Ministerio de Hacienda se vió un día sorprendido con que el senador liberal Ribera tenía diez ó doce discursos á punto contra el proyecto, y otro día se maravilló de que lo combatieran los amigos del duque de Tetuán, y al día siguiente de que lo hostilizaran los liberales que siguen á D. Germán Gamazo.

Al ver esa campaña de oposición, dan ganas de pensar que los que la hacen tienen para lo porvenir de ese problema financiero una solución mejor que la patrocinada por este Gobierno. No lo sabemos; pero imaginamos que esos acreedores de España pueden estar tranquilos. Tienen aquí mucha fuerza aquello de los derechos adquiridos, y aquello otro de los precedentes, y aquello otro de los prestigios del crédito allende el Pirineo, para que puedan ellos temer que se les arrebatan sus privilegios entre los acreedores del Estado español.

Ahora mismo, si hubiera seguido en el Poder el Sr. Villaverde, el convenio habría pasado; pero el Sr. Allendesalazar no sentía por él grandes entusiasmos. Ni nadie por supuesto. El Sr. González Vallarino, en el Senado, ha interpretado bien las censuras de la opinión para esa labor financiera por lo inopor-

tuna y por lo indiscreta, pues más parecía que nuestros comisionados iban á consagrar el *statu quo*, en punto á aquellos privilegios, que en busca de ventajas para el Estado, y aun la lograda de que una parte de lo que se había de pagar por intereses se convirtiera en amortización, no es de tal índole que pueda halagar nuestra castiza manera de ser. ¿Dentro de sesenta años? Si tan largo me lo fias.....

Otra nota curiosa del estudio psicológico de esos debates, está en la indignación que algunos hemos sentido por el enorme beneficio que habría para quien tuviese la fortuna de que le tocase una de las primeras amortizaciones. Comprar hoy á 70 y cobrar mañana á la par. ¡Qué enormidad! ¿No es verdad que es curioso ese espanto, en un país donde la lotería es una de las rentas más saneadas... y una de las más saneadas esperanzas de todos los españoles?



Uniendo á esa actitud de las oposiciones el hecho del Real decreto del señor Sánchez de Toca llamado de «nacionalización de ferrocarriles y tranvías», pudiera creerse en el mundo que los apercibíamos á sacudir el yugo del capital extranjero. Ello es, en efecto, una aspiración nacional. Sólo los pueblos que no han salido del estado embrionario de colonias, aunque políticamente no lo sean, dejan de sentir esa aspiración. Acariciábala Cánovas al calificar de «nacionalización» de la industria un desahogado proteccionismo, y ello es un tópico de todo programa político.

Pero ¿es que esas cosas se consiguen por Reales decretos, ni está España hoy, con los cambios al 34, en condiciones de emanciparse? Además, ¿de qué servirían Reales decretos, ni leyes siquiera, mientras un gesto de un Embajador ó las trapisondas de un agente bien relacionado abriese de par en par las puertas de España al capital extraño, aun para las más arbitrarias y abusivas pretensiones?

En ese punto tenemos un criterio muy claro, y á él hemos de someter cuanto en esta sección digamos: protección para toda industria genuinamente española—española por las primeras materias, por el capital y por la mano de obra—, y una gran seriedad de conducta para el dinero que de fuera de España venga á dar valor á las riquezas que nosotros desdeñamos. Ni se puede perjudicar al comercio con medidas proteccionistas en favor de industrias artificiales, en que todo es falso, desde la primera materia, pagada con un 35 por 100 de gravamen, gasta el mercado prendido con alfileres, sin fundamento alguno de reciprocidad, ni se puede jugar con los ex-

tranjeros, ya variando arbitrariamente el régimen tributario y las prácticas administrativas, ya entregándolos á las redes de los agentes de negocios con *agarraderas* políticas.

Sobre esta base, también nosotros sentimos vehementes aspiraciones hacia la nacionalización de todo, pero no por los senderos ideales de la *Gaceta* sino por los caminos de la realidad. ¿Por qué no hacemos por nacionalizar, y es un ejemplo, el consumo de carbón? Si lo tenemos de sobra para las necesidades interiores ¿por qué no favorecemos esa industria minera poniendo mano en la cuestión de transportes por ferrocarril, y en la cuestión de puertos, y en todas las que se relacionen con la marina mercante?

Nacionalizar industrias es, por ejemplo, lo que se propone una de las Sociedades proyectadas recientemente: construir en España, y en gran escala, material de ferrocarriles. Hay actualmente fábricas que arman máquinas y vagones y construyen algunas piezas sueltas; pero no hay ningún establecimiento poderoso para atender á esas necesidades, cada día mayores, de las explotaciones ferroviarias. El importe del material hoy encargado por las cuatro principales Compañías llega á unos 28 millones de pesetas. Calculando en otros 7 millones los encargos de las demás Empresas sube á 35 millones el dinero que por esa canal va á fluir de bolsillos españoles á cajas extranjeras. Parece que es alma de este proyecto el Marqués de Aldama y el nombre respetable y los talentos notorios de D. Luis Usía son un motivo para confiar en que el proyecto *cuaje* y prospere.

*
**

Y ya que de iniciativas particulares hablamos, bueno será dejar consignado que la actividad industrial del año 99 ha seguido durante el 900, extendiéndose á muchas provincias, además de aquellas del Norte que siguen conservando la cuerda en esa verdadera «carrera de obstáculos», pues muchos son los que se oponen á toda iniciativa bienhechora.

La mayoría de las nuevas Empresas dedícase á negocios mineros, respecto de los cuales siempre serán pocos todo amparo.... y toda parsimonia. La racha de Bancos no ha terminado cuando hubiera sido mucho más práctico meter en cintura al de España en ciertas cosas. Uno de los más recientes es el Banco Hispano-Americano, ha poco establecido en Madrid, con un capital de cien millones de pesetas nada menos, ó sea, ya que eso parece algo portugués, con un capital de *cien mil millones* de reis. Claro está que nadie duda de eso, pues desde el banquero gijonés D. Florencio Rodríguez hasta el último de los accionistas, todos ellos son indianos poderosísimos; pero no

deja de asombrar que para un plan tan menudo, que nadie concretamente lo conoce, se haya movilizado tan crecido capital. *La Estafeta*, el acreditado semanario financiero de esta corte, ha llamado la atención sobre ese Banco, que nada tiene que ver con el reciente congreso Hispano-Americano ni con un proyecto que á él se sometió, y nosotros hemos de estar al tanto del asunto, por el interés tan grande que nos inspiran las cuestiones económicas de la América latina como en esta misma sección de NUESTRO TIEMPO quedará demostrado.

**

Creemos haber expuesto en lo escrito las bases fundamentales del criterio que aquí hemos de sostener, con aquella elevación de miras que cuadra en un periódico que no pretende competencias en la información, dada su periodicidad mensual; pero que á nadie cederá en serenidad de juicio y rectitud de intenciones para todo lo que pueda contribuir al prestigio y fomento de la Hacienda española, con recursos y capacidad superiores á los que le reconoce la malicia internacional estimulada por pecados de nuestros políticos gobernantes.

DESDE LONDRES

Mercado de valores hispano-americanos.

31 de Diciembre de 1900.

Cierra el año con buena tendencia para todos los valores hispano-americanos, y muy especialmente para los de la Argentina, Chile, Méjico y Uruguay. La noticia de que los Gobiernos de las dos primeras Repúblicas firmaron, en 27 del presente mes, un protocolo, obligándose á no acudir á medidas agresivas en relación con los territorios de Patagonia, ha desvanecido, en parte, los temores de conflicto armado, que se creía próximo.

Contribuye aún con mayor eficacia al alza, el resultado de la discusión de los Presupuestos para 1901 en la Argentina. Quedaron éstos aprobados sin modificación alguna respecto á lo más importante del plan sometido á las Cámaras por el Ministro de Hacienda, Sr. Berduc, y los propósitos satisfacen por completo. Sus aspiraciones son: no aumentar la Deuda pública con la emisión de valores; pagar puntualmente todos los servicios y obligaciones públicas; economizar cuanto sea posible al hallar oportunidad, y procurar la unificación de los em-

préstitos exteriores, á fin de reducir el total importe de intereses, fondos de amortización y comisiones. La consecuencia inmediata había de ser, á no dudarlo, el afianzamiento del crédito de aquel país, y sus signos han ganado en la pasada semana un entero por término medio, al saberse que el Ministro argentino en esta capital había recibido fondos por 314.000 libras para atender á los vencimientos de Enero.

A pesar de la baja en el comercio, el Gobierno ha hecho frente á todos los compromisos sin recurrir á empréstitos. Cálculanse los ingresos de Aduanas, en este año, en unos ocho millones de libras esterlinas, con reducción de un millón, comparados con los del anterior; pero el estado de las cosechas permite abrigar la esperanza de que los comienzos del siglo xx han de ser prósperos. Según datos oficiales, transmitidos por el corresponsal del *Times* en Buenos Aires, el área de cultivo de trigo asciende á 8.000.000 de acres ingleses y el de linaza á 1.500.000. Tomando como rendimiento medio el de doce fanegas por acre, la cosecha, ya próxima, dado el hecho de que las condiciones climatológicas se presentaban, hasta ahora, favorables, no distará mucho de la suma redonda de 96.000.000. El sobrante para la exportación deberá, pues, subir á 74.000.000. Los embarques de linaza ascenderán, probablemente, á unas quinientas mil toneladas; y en cuanto al maíz se calcula, con prudencia, el exceso sobre el consumo en 50.000.000 de fanegas. Tomados, en conjunto, los tres principales artículos de comercio exterior mencionados, representarán un valor aproximado de 20.000.000 de libras.

Los ingresos para 1901 están calculados en 90.502.000 pesos, numerario corriente, y los gastos en 89.673.000 pesos; de manera que el *superávit* de la previsión legislativa representa la suma de 828.848 pesos. «La nota más grave» se ha declarado oficialmente: es la de «que desde Enero próximo, las obligaciones de la Deuda exterior exigirán la aplicación del 40 por 100 de la recaudación»; pero las esperanzas que despiertan las cosechas y las reducciones efectuadas, consienten la suposición de que en el ejercicio venidero los ingresos cubran los gastos. Por el pronto, los pagos previstos para 1901 suponen 7.000.000 menos que en 1900, 14.000.000 de ahorro respecto á 1899.

El comercio exterior, para los nueve meses á que alcanzan las cifras oficiales, si no ofrece grande mejora, tampoco demuestra contracción desfavorable. Las importaciones de 1900 figuran por 87.461.371 pesos, en relación con pesos 87.670.936, en 1899; y las exportaciones por pesos 122.518.293 y de pesos, 117.617.798, respectivamente. El pormenor de los datos enseña el mismo fenómeno, hoy general para el tráfico inglés: el des-

censo de éste y el aumento del de otras naciones. Las procedencias de la Gran Bretaña han perdido en el período que comprenden los estados el 8 por 100, mientras que las alemanas han ganado el 25 por 100.

Los peligros, si los hay, para la República Argentina, han de hallarse en que el número de habitantes no suba en las proporciones que exige el desenvolvimiento material del país conseguido por el Gobierno, y en que éste llegue á convertirse en realidad sin substancia. «El único remedio eficaz para nuestros males financieros—decía en el curso del debate el senador encargado de la exposición del presupuesto—, es el fomento rápido de nuestra población. Necesitamos diez, quince, veinte millones, para conservar nuestra herencia.» El censo actual, sin embargo, podrá dar tan sólo cuatro millones y medio ó cinco, y la inmigración italiana, aunque no descende, no adquiere vecindad en proporciones convenientes, por la costumbre de repatriarse tan pronto como recoge los primeros beneficios del trabajo, ó termina la recolección de las cosechas.

*
* *

El informe consular de Mr. Hervey, publicado recientemente por este *Foreign Office*, presenta á la República de Uruguay en situación halagüena. El Gobierno que la rige ha suprimido gran parte de los gastos superfluos, y no ha aumentado la Deuda del Estado más que en lo enteramente indispensable. A fines de 1899, el total de ésta, exterior é interior, alcanzaba á libras, 27.054.506, que ha crecido en 4.000.000 pesos. El total de la exportaciones, durante el año pasado, fué de 33.542.339 pesos, con diferencia en más, en cuanto al anterior, de pesos 3.000.000. Las importaciones cuentan por 25.800.000 pesos con incremento de poco más de 1.000.000 pesos. La población, en época reciente, ha hallado medios de reducir sus compras en el extranjero en cantidad considerable, puesto que en 1889 representaban el valor de 37 millones de pesos fuertes. La balanza mercantil, por consiguiente, permite al país, en estos momentos acumular fondos con que hacer frente en gran parte á los intereses de la Deuda exterior. Los trabajos del puerto de Montevideo ayudarán, además, á la mejora, porque estimularán, seguramente, la vida económica de la nación.

FERROCARRILES

ARGENTINA G. O.—El aumento del tráfico de este ferrocarril es notable, especialmente en la parte que se refiere al transporte de vinos. Resumiendo las cifras correspondientes á los cinco

últimos años, se ve que falta muy poco para que, en tan breve período, se halla duplicado el peso arrastrado.

	1895-96	1896-97	1897-98	1898-99	1899-900
Vinos.—Toneladas...	68.447	84.999	86.012	112 880	140.473
TOTAL.....	184.868	228.854	234.141	279.500	310.589

En la última junta general de accionistas de este año, expuso el Presidente de la Compañía, que los beneficios obtenidos durante los doce meses cumplidos en 30 de Junio importaban libras 66.000 La situación de la empresa está demostrada con las cifras copiadas á continuación:

	1895-96	1896-97	1897-98	1898-99	1899-900
Ingresos, libras.....	261.004	322.281	335.481	419.458	456.858
Gastos.....	122.403	148.012	167.473	240.668	260.423
Ganancias.....	138.601	174.269	167.953	178.790	188.435
Otros ingresos.....	65.086	89.857	25.599	80.427	26.906
Total ganancias...	203.687	214.126	193.552	209.217	214.741
Importe de las obligaciones..	152.714	152.985	158.511	147.024	148.704
Beneficios.....	50.973	62.191	40.041	62.198	66.037
Después de repartido el dividendo de 6 % en 1900, comparado con el de 5 % en años anteriores, pasan á la cuenta próxima.....	7.890	13.579	3.620	10.818	11.850.

BUENOS AIRES Y VALPARAÍSO.—Para el año que concluyó en 30 de Junio, los ingresos ascienden á 11.598 libras, y los gastos á 16.203 libras. Resultan, por consiguiente, 4.605 libras de déficit. Se han tomado medidas para la terminación de la línea hasta la frontera chilena, á fin de que queden unidas, por el ferrocarril, la Argentina y Chile. Desde Noviembre del año anterior, 1899, los trabajos han adelantado considerablemente. Para hacer frente á los gastos y obligaciones, cuenta la Compañía con bonos de la Argentina, entregados á cambio de la garantía, por valor de 6.400.000 pesos.

PARAGUAY CENTRAL.—El resultado de los trabajos del año, aumenta el Debe del balance en 62.928 libras. Esta cantidad y los intereses devengados por obligaciones, no pagados, aumentan los débitos hasta 437.289 libras, que cuentan como garan-

tía la suma de libras 811.059, debida por el gobierno de Paraguay.

Hasta 30 de Abril, y por el año, los ingresos brutos importaron 1.347.129 pesos, y los gastos de explotación, 1.172.209 pesos con provecho 174.920 pesos, empleado en material y reparaciones.

ANTOFAGASTA (CHILE) Y BOLIVIA.—La Compañía Huanchaca, de Bolivia, está encargada de los trabajos de la línea mediante la recompensa del 55 por 100 de los ingresos. La misma Compañía garantiza el 4 por 100 de interés sobre el capital de las obligaciones, aparte de la fianza de los gobiernos de Chile y Bolivia. En el año que se cumplió en 31 de Diciembre de 1899, la parte de los ingresos que correspondieron á la Compañía, ascendió 205.988 libras, ó sean, próximamente, 40.000 libras más que las exigidas para el abono de intereses. Durante los diez meses posteriores al último balance anual, hasta 31 de Octubre, los ingresos brutos llegaron á 216.000 libras en números redondos (la parte proporcional de la Compañía).

VENEZUELA-CENTRAL.—La Compañía, á tenor de lo declarado por la dirección no ha podido continuar los trabajos, excepción hecha de las reparaciones de los desperfectos causados por las inundaciones de 1892. La causa se halla en que el Gobierno no ha pagado los intereses y capital amortizado, procedentes del empréstito de 1896, en poder de la Sociedad. Las cuentas del año en 30 de Junio, representan como ganancias comparadas con pérdidas, el líquido de 57 libras, que significa, en realidad, alguna mejora, puesto que en el anterior el balance contrario fué de libras 1.220.

URUGUAY DEL NORTE.—Los ingresos han bajado á 9.615 libras, con relación á 11.609 libras en el año anterior. Los gastos suponen 12.097 libras, comparadas con 13.617 libras, para 1898-99. Sumando á los ingresos el importe de la garantía, suben los ingresos á 29.592 libras, y el balance, pagados gastos, queda en 17.345 libras, que absorben las obligaciones, excepto la pequeña suma de 66 libras á nueva cuenta.

INTEROCEÁNICO DE MÉJICO.—Hasta 30 de Junio, y por doce meses, importan los ingresos 4.166.679 pesos, y los gastos de explotación 2.977.215 pesos. Beneficio líquido, 1.189.464 pesos, con mejora notable sobre el período anterior, debida, en primer término, al aumento de pasajeros transportes. La cuenta de capital tiene gastos por 42.884 libras. Quedan para la distribución 67.892 libras, en la forma siguiente: á los tenedores de las obligaciones A, 7 por 100; á los de obligaciones B, 37½ por 100; 277 libras pasan al crédito de éstas últimas.

BANCOS

ANGLO-ARGENTINO.— Según los datos presentados en la junta general celebrada el 12 de los corrientes, los depósitos han subido en 80.000 libras, en su mayor parte, por los hechos á período fijo en la sucursal de Buenos Aires. Pasaron á cuenta de giros, á pagar, 8.600 libras, é importa la Caja unas 72.000 libras más que el año anterior. La mayor parte de los beneficios proceden de la Argentina, y se acentúa la marcha próspera.

Las lanas y la cosecha de trigos mejoraron la condición económica de aquel país, á pesar de los malos efectos de las inundaciones, que causaron en algunas partes daños considerables. Las enfermedades del ganado han desaparecido. Esta rama del comercio con Europa, adquiere extraordinaria importancia. Después de destinar 10.000 libras al fondo de reserva, fué acordado un dividendo de 6 por 100 al año para los últimos seis meses, unido al anterior, pasando á cuenta nueva 3.974 libras.

La misma Sociedad, en junta extraordinaria, aprobó la fusión con el Banco de Tarapaca y Londres en las condiciones pactadas provisionalmente en 30 de Agosto. Las razones que han movido á la Junta directiva en este sentido, son el deseo de que el Banco tenga más de dos sucursales, como hasta ahora ocurría, y el propósito de evitar que una crisis momentánea, cual la de 1888-90 en la Argentina, pesara excesivamente sobre el negocio. Para ello entiende, con la corriente general, que el mejor medio es ampliar la esfera de acción del Banco de manera que quede en ella comprendido campo tan fructuoso cual el de Chile. A fin de ahorrar los crecidos gastos del establecimiento de nuevas sucursales, y de contar desde luego con base de clientela, la junta recomendó la fusión antes mencionada en las condiciones siguientes:

Los accionistas recibirán diez libras, acción del nuevo Banco, con cinco libras pagadas, y libras 1-10-0 en metálico. El dividendo pasivo posible llegaba á dos libras; y con la fusión aumenta hasta cinco libras; pero precisa rebajar libras 1-10-0 de la parte á recibir en metálico.

TARAPACA Y LONDRES.— En junta extraordinaria de accionistas, del mismo día 12, fué consentida la fusión del Banco anglo-argentino. El capital efectivo de este último Banco representa libras 350.000, que pasa al de Tarapaca y Londres mediante la entrega á sus accionistas de 250.000 libras, en 50 acciones de diez libras nominales y cinco libras pagadas, y 75.000 libras en metálico, que dan el total de 325.000 libras, 25.000 libras menos que el valor par de las acciones del Banco fusionado. Por el pago mencionado el Banco de Tarapaca se hace

cargo de la reserva de libras 35.000 del anglo-argentino, que, sumada con las 25.000 libras sobrantes del precio y la del establecimiento adquirente, arrojan el total de 135.000 libras. El capital combinado es de libras 1.500.000, con 750.000 libras entregadas, en acciones de diez libras, nominales.

LONDON AND RIVER PLATE.—Cumplió el año de su cuenta en 30 de Septiembre. Los beneficios líquidos, deducidas todas las partidas necesarias, suben á 253.080 libras inclusas 55.428 libras llevadas al año siguiente. Se acordó el reparto de un 12 por 100, que, con el anterior, constituye el 20 por 100.

SOCIEDADES FINANCIERAS

CORPORACIÓN PERUVIANA.—Deducidos los intereses de las obligaciones, quedaron en 30 de Junio 158.276 libras. A esta cantidad es preciso agregar libras 90.005 procedentes del año anterior, y deducir algunas cantidades pequeñas, quedando, en su consecuencia, el total de 245.832 libras. De esta suma pasan á reservas 50.000 libras, que sube á 80.000 libras. Quedan, pues, 195.831 libras, de las cuales se abonan por intereses de obligaciones 74.000 libras, y un dividendo á valores preferentes, que importa 18.750 libras, quedando el balance de 103.081 libras. Parte considerable de éste ha de suplir la falta de capital.

SANTA FE.—Terrenos. Los beneficios por rentas y la tercera parte del producto de la venta de terrenos, ascienden á 25.079 libras, para el año que se completó en fines de Junio. El producto líquido figura por 13.548 libras. Por primera vez se paga 1 1/4 por dividendo.
